

LOURDES, relato auténtico de las apariciones



QUE SOY
ERA
IMMACULADA CONCEPCIÓN

René Laurentin

René Laurentin

LOURDES,
relato auténtico de las apariciones

René Laurentin (Tours, 1917) es licenciado por el Instituto Católico y por la Sorbona de París. Hecho prisionero por los alemanes en 1940, pasó cinco años en un campo de concentración nazi. Teólogo asesor del Concilio Vaticano II, periodista y profesor universitario. Laurentin está considerado como uno de los mayores expertos mundiales en teología y apariciones marianas. Es autor de más de ciento cincuenta libros, entre los que destacamos *Histoire authentique des Apparitions*, *Visage de Bernadette* y *Logia de Bernadette*.

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	6
PREFACIO.....	9
LA PASIÓN DE LOS SOUBIROUS.....	9
JUEVES, 11 DE FEBRERO DE 1858.....	30
<i>Primera aparición.....</i>	30
VIERNES, 12 DE FEBRERO DE 1858.....	42
SÁBADO 13 DE FEBRERO DE 1858.....	43
DOMINGO, 14 DE FEBRERO DE 1858.....	45
<i>Segunda aparición.....</i>	45
LUNES, 15 DE FEBRERO DE 1858.....	56
MARTES, 16 DE FEBRERO DE 1858.....	60
MIÉRCOLES, 17 DE FEBRERO DE 1858.....	63
JUEVES, 18 DE FEBRERO DE 1858.....	65
<i>TERCERA APARICIÓN.....</i>	65
VIERNES, 19 DE FEBRERO DE 1858.....	74
<i>CUARTA APARICIÓN.....</i>	74
SÁBADO, 20 DE FEBRERO DE 1858.....	78
<i>QUINTA APARICIÓN.....</i>	78
DOMINGO, 21 DE FEBRERO DE 1858.....	82
<i>SEXTA APARICIÓN.....</i>	82
LUNES, 22 DE FEBRERO DE 1858.....	100
<i>DÍA SIN APARICIÓN.....</i>	100
MARTES, 23 DE FEBRERO DE 1858.....	107
<i>SÉPTIMA APARICIÓN.....</i>	107
MIÉRCOLES, 24 DE FEBRERO DE 1858.....	121
<i>OCTAVA APARICIÓN.....</i>	121
JUEVES, 25 DE FEBRERO DE 1858.....	128
<i>NOVENA APARICIÓN.....</i>	128
VIERNES, 26 DE FEBRERO DE 1858.....	149
<i>DÍA SIN APARICIÓN.....</i>	149
SÁBADO, 27 DE FEBRERO DE 1858.....	153
<i>DÉCIMA APARICIÓN.....</i>	153
DOMINGO, 28 DE FEBRERO DE 1858.....	157
<i>UNDÉCIMA APARICIÓN.....</i>	157
LUNES, 1 DE MARZO DE 1858.....	162
<i>DUODÉCIMA APARICIÓN.....</i>	162
MARTES, 2 DE MARZO DE 1858.....	170
<i>DECIMOTERCERA APARICIÓN.....</i>	170
MIÉRCOLES, 3 DE MARZO DE 1858.....	189

<i>DECIMOTERCERA APARICIÓN</i>	189
JUEVES, 4 DE MARZO DE 1858.....	201
<i>DECIMOQUINTA APARICIÓN</i>	201
DEL 5 AL 24 DE MARZO DE 1858.....	222
JUEVES, 25 DE MARZO DE 1858.....	238
<i>DECIMOSEXTA APARICIÓN</i>	238
25.....	245
DEL 26 DE MARZO A LA NOCHE	
DEL 6 DE ABRIL.....	245
MIÉRCOLES, 7 DE ABRIL DE 1858.....	250
<i>DECIMOSÉPTIMA APARICIÓN</i>	250
DEL 7 DE ABRIL AL 16 DE JULIO DE 1858.....	258
<i>CUANDO BERNADETTE DESAPARECE</i>	258
VIERNES, 16 DE JULIO DE 1858.....	261
<i>ÚLTIMA APARICIÓN</i>	261
SENTIDO DE LAS APARICIONES	265

PRÓLOGO

Carta de monseñor Théas, obispo de Tarbes-Lourdes, a René Laurentin

Querido profesor.

Cuando le pedí, en 1954, que estudiara los hechos de Lourdes, no imaginaba las proporciones de la obra en la cual esta solicitud lo empeñaría.

Usted ha llevado a cabo una caza del documento sin precedentes. Ha sido el primero en escudriñar en la totalidad de los archivos, a despecho de los antagonismos que les habían impedido hacerlo a sus predecesores. Usted ha sacado a la luz muchos documentos desconocidos e insospechados.

Ha realizado así la monumental edición de los seis volúmenes de Documents authentiques que su colaborador, dom Bernard Billet, ha personalmente prolongado con un séptimo volumen redactado con el mismo método, el mismo rigor, y muy oportuno con ocasión del centenario de la entrada de Bernadette en la vida religiosa.

Sobre la base de todos los documentos ha comprobado, día a día y a menudo minuto a minuto, qué ocurrió en el curso de las dieciocho apariciones de Lourdes.

Este trabajo ha sido para usted un largo túnel. Durante años se ha preguntado si esta reconstrucción era posible, dada la confusión que, desde el comienzo, había hecho trasladar, de una aparición a otra, muchos de los hechos que allí se encontraban inextricablemente mezclados. Sin duda, en sus líneas esenciales la historia de Lourdes ya había sido establecida, pero ahora puedo sopesar cuánto enriquecen nuestro conocimiento de las apariciones la precisión y la exactitud cronológica a las que usted ha llegado.

Rindo homenaje al rigor de su trabajo, que he apreciado paso a paso y del que me ha sometido con confianza las etapas más delicadas. Su más grande mérito ha sido superar con igual objetividad y serenidad las penosas controversias que habían opuesto a los historiadores de Lourdes y, en gran medida, a sus herederos. A fuerza de exactitud y método ha

sabido elevarse por encima de las pasiones y las presiones.

No olvido tampoco que su rigor ha desarmado, desde 1958, a algunos enemigos de Lourdes que se preparaban para aprovechar ciertos silencios de la historia. Nosotros entonces ignorábamos lo que se tramaba en la sombra. No creía estar tan acertado al responderle, cuando me sometió los problemas que planteaba la edición completa de los documentos: «Lourdes no necesita más que verdades.»

Lo que más asombra de estas pericias, estos análisis minuciosos, estas averiguaciones de la «genealogía de los documentos» y estos análisis de amplio espectro de los testimonios, que usted ha impulsado hasta los límites de lo posible, es que hayan llevado a una narración concreta, sencilla y límpida como la misma Bernadette,

Por desgracia, esta narración, impresa por entero en su monumental obra, no era accesible al gran público. La masa de los seis volúmenes en que estaba incluida, la impresionante mole de notas, las largas pericias, las sinopsis y las tablas de cifras que interrumpían el hilo de los acontecimientos, bloqueaban a la mayor parte de los devotos de Lourdes. Se imponía una edición aparte. Se la pedían de todos lados. Hoy estoy feliz de presentarla a los peregrinos y a los amigos de Lourdes.

Es la más concreta de las narraciones editadas hasta hoy. El lector, desprevenido, podría sentirse tentado de preguntarse cómo sabe usted todo esto y temer que se trate de una narración novelada. Sin embargo no tiene más que volver a la Histoire authentique. Allí encontrará cada hecho, cada frase y, siempre que sea necesario, cada palabra justificados por documentos exactamente citados y criticados.

Esta narración despojada de toda redundancia, de toda exageración, satisface las exigencias del lector actual, tanto en el plano espiritual como histórico. Bernadette se revela allí admirable, no en triunfos cotidianos y espectaculares, sino en su humildad y en su misma pobreza. Nos quedamos asombrados al verla mantener día a día su línea de rigor y fidelidad, en medio de dificultades en apariencia insuperables y, en gran parte, ignoradas, que se renovaban continuamente.

Su narración, en fin, manifiesta —en transparencia y sin comentarios— el mensaje de la Inmaculada: pobreza, plegaria y penitencia; mensaje que su conclusión desarrolla en profundidad. No sabría recomendar suficientemente esta lectura a todos los que quieran conocer y vivir Lourdes.

Usted se ha convertido en uno de los más grandes benefactores de

Lourdes. Custodio de la gruta y el santuario, me siento incapaz de decirle el reconocimiento y las felicitaciones que se le deben.

Me resulta grato, sin embargo, querido profesor, expresarle con sinceridad gozosa y total mi respeto y admiración

PIERRE-MARIE THÉAS,
obispo de Tarbes y Lourdes
1965

PREFACIO

LA PASIÓN DE LOS SOUBIROUS

(1841-1858)

En casa de los Soubirous las cosas iban mal. La racha venía de lejos. Precedía a su matrimonio. Había sido el motivo del matrimonio.

Una muerte

Todo empezó el 1 de julio de 1841, en el molino de Boly, una vieja construcción encapuchada de tejas ocres sobre el arroyo del Lapaca. Hasta aquel día era un hogar feliz. En pocos instantes todo cambió. La compuerta estaba cerrada; la rueda, parada. Las persianas estaban echadas. Dentro del molino había una familia hecha un mar de lágrimas: la madre, Claire Castérot (cuarenta y cuatro años), y sus cinco hijos: Bernarde (diecisiete años), Louise (quince años), Basile (trece años), Jean (diez años) y Lucile (dos años).

El padre, Justin Castérot, llamado Boly, acababa de perder la vida en un accidente de carro en la carretera de Poueyferré. Ahí estaba, tendido, todavía cubierto de harina.

Un matrimonio

Acuciada por la necesidad, la viuda Castérot, aún de luto riguroso, empezó a rumiar una solución a su problema. Dicho problema lo constituían sus cuatro hijas y el molino.

Si al menos Jean, el pequeñín, fuese el mayor; si al menos el marido hubiese completado la adquisición de Boly, el sueño de su vida, lentamente perseguido a lo largo de veintidós años. Pero no, aún no estaba pagado, y la situación distaba de ser clara...

Sin embargo, no era cuestión de abandonar un molino que los Castérot, parientes de los propietarios, explotaban desde 1786... Quedaba casar a la hija mayor para seguir «rodando» y, con un poco de suerte, terminar de pagarlo. No había mucho donde elegir en el círculo de la

molinería lourdense, pues, de la docena de hombres válidos, la mayoría estaban casados, eran demasiado jóvenes o demasiado viejos.

Fue así como Claire Castérot se vio empujada a hacer ciertas insinuaciones a François Soubirous, del molino Latour, todavía soltero a sus treinta y cuatro años. Plácido y nada contradictente, el yerno en perspectiva pronto se convirtió en un enigma. Acudía de buen grado a Boly y parecía sentirse a gusto, pero las cosas no adelantaban. Cuanto se hacía para animarle en relación a Bernarde resultaba en vano e incluso le retraía. Nunca perdía la sonrisa pero no salía de su concha. Y entretanto el molino estaba parado o funcionaba costosamente con un obrero.

¿Se decidiría? ¿sí o no?... El enigma se aclaró poco a poco, a base de indicios y de conciliábulos entre parientes. François no se interesaba por la mayor sino por la menor, Louise, rubia de ojos azules. Intentaron hacerle entrar en razón. Vamos, no iban a casar a la segunda hija antes que a la primera, y con apenas dieciséis años. ¡Menos de la mitad de su edad! Haría mejor negocio con la «heredera», Bernarde, que era perfecta, y muy hábil costurera.

Pero no, nada le hacía desistir. Plácido y testarudo, escuchaba con imperturbable sonrisa pero sin ceder un palmo de terreno. «Louise es mejor ama de casa», argüía cuando se veía acorralado.

Lo cierto es que era al contrario. Bernarde tenía más cabeza y era más ordenada, pero no era esa cabeza la que quería François. Era Louise la que le había llegado al corazón. De todo modos, aún le quedaba suficiente sentido de las conveniencias para no anteponer motivos de sentimiento, que no tenían lugar en la molinería de Lourdes en 1842. De ahí la debilidad de su argumentación. Pero, con buenas o malas razones, una cosa terminó por imponerse: François se casaría con Louise o con nadie.

Así fue como la decisión tuvo que esperar un año.

La boda quedó fijada para el 19 de noviembre de 1842 (fecha en que Louise había cumplido ya diecisiete años). Y he aquí que la madre de François fallecía el 21 de octubre. Por respeto al luto, se limitaron a celebrar el matrimonio civil, paso que permitía resolver los asuntos de negocios. La boda religiosa y las fiestas se pospusieron para tiempos mejores. Se celebraron al cabo de un año, el 9 de enero de 1843. Fue entonces cuando François entró en el molino de Boly.

Inicios sin incidentes. Los recién casados encontraron la felicidad — una felicidad sólida—; los problemas materiales parecían evitarles. Despreocupados por naturaleza, poco dotados para la reflexión, pues no sabían leer ni escribir, hacer cuentas, no pensaban en los problemas. Además, la suegra y la hija mayor, también analfabetas pero más dotadas para los negocios, estaban con ellos. La autoridad del nuevo «molinero» se veía reducida, pero él se avino a la situación de buen grado. Después de todo, ¿no eran ellas las que llevaban los negocios desde hacía casi dos años? Y además, ¿quién había cambiado de nombre al casarse? No Louise sino su marido: de François Soubirous, había pasado a convertirse para todos en François *Boly*... De manera que todo marchaba bien según los cánones del mundo de Lourdes, con su larga serie de molinos pegados unos a otros que competían entre sí a lo largo del ínfimo arroyo del Lapaca. Es cierto que los ocho estaban algo hacinados en las tres estancias destinadas a vivienda, pero no eran exigentes al respecto. La vida reanudaba su curso en Boly, pausadamente, poco a poco, como el Lapaca.

Un nacimiento

Un año después de la boda, el 7 de enero de 1844, a las dos de la tarde, hubo un nacimiento en el molino. Una niña. Morena, con «ojos de terciopelo». Se llamaría Marie-Bernarde; en dialecto, Bernadette.

Al día siguiente, a las siete de la mañana, François , con torpeza pero lleno de orgullo, presentó al bebé en el ayuntamiento. El oficial del registro civil, Jean-Baptiste Claverie, redactó el acta de nacimiento, que fue acompañada de felicitaciones y alegremente regada en el café de enfrente, con los dos testigos: Jean Ségot y Jean Castérot, guardia municipal.

Al día siguiente, 9 de enero, primer aniversario del matrimonio, el bebé entraba por primera vez en la iglesia románica en la que discretamente brillaban suntuosos bajorrelieves de madera dorada. Por encima del baptisterio de granito (en el que todavía hoy los lourdenses reciben el sacramento del bautismo), el padre Forgues derramó las aguas bautismales. La madrina fue Bernarde, todavía en busca de marido, de ahí (en compensación) la elección del nombre. El padrino fue Jean Védère, de trece años, que llegó en carreta desde Momères en compañía de su hermana Jeanne, de dieciséis años, y de sus padres, Michel y Thècle, la hermana mayor de François Soubirous.

Las campanas repicaron al vuelo como era costumbre cuando se

trataba de un hijo legítimo. Y el campanero tuvo su doble medida de grano, en la que el molinero no se mostró cicatero.

Bernadette chilló.

«Esta niña va a ser mala», auguró el joven padrino, que había tenido dificultades para hacerse oír entre tanto alboroto.

El recuerdo de la fiesta que se celebró luego ha quedado dado fijado en una breve nota, escrita a medias en dialecto y a medias en francés:

«*Uo tisto de crespets et bouteilles de piché sus era taoulo. On fit une ronde.*» (Hicimos una ronda.)

Los lourdenses lo entienden. Los demás también lo harán cuando sepan que un *tisto* es un gran cesto de bordes anchos, los *crespets*, una especie de buñuelos y el *piché* designa unas orondas botellas con capacidad para dos o tres litros.

La ruina

La primera infancia de Bernadette estuvo rodeada del ruido de las ruedas y las muelas, las risas y gritos de los trabajadores que tomaban un refrigerio al tiempo que esperaban la mercancía mientras en el exterior relinchaban los caballos y tironeaban los asnos.

De noche, una gran calma se apoderaba del lugar. Sólo se oía el ligero rumor del Lapaca que proseguía, a través de la compuerta, su carrera hacia el torrente...

Una noche de noviembre ese periodo de pacífica felicidad se vio interrumpido por un accidente. Louise, fatigada en los primeros meses de un nuevo embarazo, se durmió cerca del fuego. La candela de resina suspendida en la chimenea cayó sobre su corpiño. El fuego prendió en la ropa. Louise despertó a una pesadilla... La llaga le iba a impedir amamantar a Bernadette. Sin embargo, allá arriba, en Bartrès, a cuatro kilómetros de Lourdes, Marie Laguës acababa de perder a su único hijo, Jean, de dieciocho días. Con tristeza, se hizo cargo de la niña. Bernadette le aportaría una pensión de cinco francos al mes, en dinero o en trigo. Bernarde se encargaba de llevar a su ahijada a la «casa Burg», donde permaneció ocho días para acostumbrarla...

El que se habituó peor (¿quién lo hubiese creído?) fue François. No conseguía hacerse a la cuna vacía y decidió subir cada día a Bartrès, con la excusa de un saco de trigo que entregar, o de un trato que negociar. Nunca el molino de Boly había tenido tantos clientes allá arriba... en apariencia.

Louise, absorbida por su convalecencia y por su nueva gestación, se resignó con más facilidad. Y además su hija mayor ya se le había escapado un poco. Aquella muñequita graciosa y frágil era de quien se ocupara de ella. La abuela y la madrina le habían tomado mucho cariño y se hacían cargo de la niña. Acostumbrada a obedecer como hija y como hermana menor, Louise les había cedido su tarea. «Nos conoce tanto como a su madre», observaban con orgullo las dos mujeres.

El 13 de febrero de 1845 la cuna volvió a estar ocupada: esta vez fue un niño, al que llamaron Jean. Pero desgraciadamente la criatura no hacía más que debilitarse. Tres meses después de su nacimiento, el 10 de abril de 1845, a las siete de la tarde, era tan sólo un cuerpecito blanco y helado que iba a reunirse con los abuelos en el cementerio.

Pero no fue este vacío, sino los primeros síntomas de escasez, lo que poco tiempo después trajo a Bernadette de vuelta al molino.

«Ya es hora de destetarla», afirmaban desde hacía unos meses los Soubirous.

Pero Marie Lagües, sin hijos, se había encariñado con la niña y no quería separarse de ella, hasta el punto que, desmintiendo su reputación de rudeza, se la quedó gratuitamente un mes más. Un embarazo muy esperado facilitó la separación. Louise Soubirous, que no quería quedar deudora, la obsequió con un pañuelo, y Bernadette regresó el 1 de abril de 1846 a Boly, pequeño castillo colgante que se recuerda por las ruedas del molino y el riachuelo.

En esas fechas la situación entre los Castérot y los Soubirous era algo tensa. El modus vivendi en el que se había instalado en la euforia del día siguiente a la boda no era el más adecuado. La irresponsabilidad a la que François se había resignado sin mucho pesar alimentaba su natural indolencia. En su momento agradecieron que respetara la primacía de la madre, pero ahora que las cosas andaban mal, llovían los reproches:

«Es que no te lanzas...»

«Eres vergonzoso...»

«¡Ay!, cuando vivía el padre era distinto...»

Se hacía el sordo para evitar problemas, pero los reproches le entristecían y le apartaban de la vida familiar. Sus momentos de libertad los dedicaba cada vez más a jugar a las cartas en el café, con amigos que no le calentaban los cascos. En 1848, esta situación se resolvió. Bernarde, cuyo matrimonio era aún un problema, dio a luz a su primera hija. Louise

esperaba un bebé para septiembre. La suegra decidió trasladarse a la ciudad a vivir con sus hijos.

Esta solución fue un alivio para François y Louise, que al fin, después de cinco años de tutela, pudieron disfrutar de su propia vida.

La «situación», sin embargo, no había mejorado. El molino era viejo. El Lapaca daba agua a horas contadas. Además, François era «indolente y poco espabilado»; Louise, «inexperta». Cierto que el ambiente de la casa era agradable. Uno siempre podía esperar un buen recibimiento y era una fiesta continua. La dueña invitaba a beber y ofrecía buñuelos, que eran su especialidad. Si la harina no estaba lista, el refrigerio era generoso y reinaba la alegría. A los amigos no se les cobraba y los que pedían eran bien recibidos (uno en particular, Michel Garicoïts, de Bétharram, pasaba de vez en cuando...). Los clientes insolventes encontraban comprensión; los molineros no dudaban en adelantarles (sin intereses) unas medidas de trigo o de harina hasta la próxima cosecha, esperanza que dentro oficio todo el mundo abrigaba como una salida a todas las dificultades...

Este talante multiplicaba la clientela, pero era clientela de poco «interés», que no pagaba. El equilibrio del presupuesto se rompía sin remedio. La estancia más que movida de las hermanas de Louise agravó la situación. Aunque el molinero todavía podía improvisar el pago del alquiler, de doscientos cincuenta francos, ya no cabía pensar en comprar el molino (lo que en algún momento habían considerado como un hecho) ni, sobre todo, en reparar el material.

En este aparado intervino la mala suerte. Ocurrió que François se decidió a picar las muelas, que estaban ya demasiado lisas. El ruido monótono del martillo llenaba el poco habitual silencio del molino parado. De pronto, un grito hizo cundir el pánico: François entró como un autómatas tapándose la cara con una mano, a través de la cual manaba la sangre. Una astilla se le había clavado en el ojo izquierdo.

François quedó tuerto. Los médicos, acostumbrados a ese tipo de accidente, frecuente entre los muchos canteros de Lourdes, no tenían otro remedio para la situación que un consuelo: «El ojo que queda sustituirá al otro gracias a la nueva fuerza que adquirirá.»

François adoptó entonces la costumbre de volver la cabeza hacia la izquierda para controlar las ruedas y descubrir lo que no le dejaba ver la aleta de la nariz, tan molesta los primeros días. Decididamente, el trabajo no cundía. Se abandonó; las muelas se alisaban y los tamices se agujereaban. La calidad de la harina bajó. La buena clientela desertaba.

Los vencimientos se convertían en una tragedia. Dos o tres vasos de vino bebidos en compañía de los colaboradores ayudaban a olvidar la angustia, pero no resolvían nada. ¡Cuánto les reprocharon las malas lenguas a los Soubirous, cuando la ruina cayó sobre ellos, aquellos vasos de vino tomados de tan buena gana! En el día de San Juan de 1854 les fue imposible pagar el alquiler. Hubo que abandonar la casa.

Con los ojos bañados en lágrimas, Bernadette, de diez años y medio, vio cómo amontonaban el mobiliario en la carreta y cómo dejaban atrás el alegre molino donde nació.

Todos los enseres fueron trasladados a la casa Laborde, domicilio provisional. Mientras trabaja todo el día aquí y allá, François, que se aferraba a su posición de molinero, estaba al acecho del primer molino libre. Así firmaría, santiguándose y con los ojos cerrados, un contrato de alquiler oneroso para arrendar el molino Baudéan. No duraría mucho.

El cólera

Fue un período triste en todos los aspectos: en otoño de 1855, Bernadette se vio aquejada por el cólera. La epidemia causaba estragos en la ciudad: ocho muertos el 23 de septiembre; treinta el 10 de octubre. Muchas eran las personas que huían mientras otras muy sacrificadas se quedaron; entre ellas debemos destacar al padre Peyramale.

El hombre cuya figura adquirió relieve en esas circunstancias difíciles fue el nuevo comisario de policía, Dominique Jacomet (treinta y cuatro años), asignado a Lourdes desde noviembre de 1853. El pánico generalizado convirtió a ese hombre encantador en una especie de héroe. Tranquilo y emprendedor, no dudó en exponerse a través de la ciudad en hospital. Su mera actitud forzaba a los cobardes a mostrar mayor coraje. Le acompañaba el sargento de caballería D'Angla, que en aquellas circunstancias se convertiría en amigo de por vida. Los dos se pusieron manos a la obra desdeñando la amenaza del contagio. Siguiendo los métodos preconizados por los médicos, hacían fricciones en la espalda a los enfermos con manojos de paja hasta dejarles la piel en carne viva. (La técnica les resultaba familiar gracias a los caballos.) La espalda de Bernadette, su piel frágil de once años, también sufrió la fricción, que fue realizada con más energía porque realmente se temía por su vida. ¿Fue gracias a estos remedios? Lo cierto es que la niña se salvó. Pero su salud, debilitada desde los seis años, quedó definitivamente deteriorada. Los sabios cuidados de Rosine Maillet, la comadrona que había aliviado sus

males pasados con remedios de su propia cosecha, se revelaban ahora impotentes. El asma no la abandonaría hasta su muerte.

En la segunda semana de octubre, la epidemia se retiró sin haberse llevado a ningún miembro de la familia Castérot. Fue una pequeña triquiñuela de la muerte. El 22 de octubre falleció Claire Lavit-Castérot, madre de Louise, la última de las abuelas de Bernadette aún con vida.

El último molino

No hay mal que por bien no venga. Al hacer el reparto familiar, a los Soubirous les correspondieron novecientos francos (¡más de tres años de alquiler!). De ese modo podrían solucionar una situación difícil y tentar su suerte en el molino Sarrabeyrouse, en Arcizac-ès-Angles (a cuatro kilómetros de Lourdes). Conseguirían «recuperarse» sumando a la molinería una pequeña cantidad de ganado. Invirtieron en el proyecto cuanto tenían, y un poco más...

El experimento duró poco. Al primer vencimiento, François se vio obligado a regresar a Lourdes, sin más esperanzas que encontrar a alguien lo bastante loco para arrendarle un molino. De maestro molinero había ido convirtiéndose poco a poco en «bracero». La palabra expresa muy bien lo que significa: el que alquila sus brazos para cualquier empleo. El que vale lo que vale su fuerza bruta: un franco veinte al día, menos caro que alquilar un buey (un franco treinta), o un caballo (un franco cincuenta y cinco), que tienen más músculo.

Con cuatro hijos a su cargo, con domingos y días de inactividad, el «pan de cada día» se veía a menudo reducido a su más simple expresión. Louise tuvo que ponerse a trabajar: faenas de limpieza, extras en el café de la plaza de Marcadal los días de mercado y, con mayor frecuencia, los duros trabajos del campo, sin posibilidad de cuestionarse si los sucesivos embarazos y crianzas le permitían semejante esfuerzo. Louise era una mujer orgullosa. ¡Y la gente atribuía su miseria a la pereza!

Al estar ausente la madre, era Bernadette quien se quedaba con los pequeños: Toinette, Jean-Marie y Justin, nacido el 1 de febrero de 1855. Este último no podía esperar que lo amamantaran en casa. Cuando lloraba de hambre, la hermana mayor se lo llevaba al campo, donde su madre estaba trillando el trigo, guardando el grano, o recogiendo el maíz, según la estación. En verano, a la sombra de una gavilla, el bebé mamaba con avidez. Pero ¿qué alimento encontraría en el pecho de su madre, mal

alimentada y agotada por el trabajo? Desde luego, no el necesario. Murió antes de cumplir los diez años. Ya le habían precedido dos (Jean y luego Jean-Marie). Pero, pese al dolor, no podían evitar preguntarse cómo habrían hecho con dos bocas más que alimentar.

Cuando la madre ya no podía trabajar, eran los niños quienes salían a buscar madera o a recoger huesos y chatarra, que luego revendían por unos céntimos a Letscina de Barou, la trapera, que a su vez proveía al trapero Casteret. Lástima perderse el colegio. Pero lo primero era vivir y comer.

Habría sido posible salir adelante día a día si no surgiese algún diario imprevisto: la enfermedad, el alquiler, un vestido demasiado estrecho ya, unos zuecos imposibles de arreglar. Por mucho que lo comprasen todo de lance en Marcadal, había que descontarlo siempre de la comida.

En el cabaret Nicolau

Cualquier arreglo siempre era bien recibido. Durante el invierno de 1856-1857, la tía Bernarde propuso a la familia llevarse a vivir con ella a su ahijada Bernadette. Se había quedado viuda el 1 de julio de 18ro, al cabo de un solo año de matrimonio; más tarde contrajo matrimonio con Jean-Marie Nicolau, al que llamaban Estrade, y regentaba el cabaret legado por su primer marido, en la esquina de las calles del Bourg y de Baous: era un gran edificio en el que había sitio de sobras. Tampoco faltaba trabajo; era la ley de la casa, en la que todo funcionaba a toque de vara... literalmente hablando, ya que la madrina era diestra en usar la vara como bastón de mando. Corrían tiempos duros y ella no tenía ganas de quebrar como su hermana. Además, tenía principios sobre la educación. En otro tiempo había sido objeto de habladurías, pero de lo que pasaba ahora en su casa, nadie encontraría qué decir y el que lo intentase tendría con quién vérselas.

Con Bernadette no había problemas, pues la niña era dócil, mañosa y espabilada. La empleaba en las labores de la casa y en la costura, tarea en la que destacaba; se ocupaba con éxito de los niños, Pierre y Jules, de tres y dos años, respectivamente, y también despachaba en la barra. Pero ahí su actividad no era tan satisfactoria: de sus padres procedía una generosidad natural y una falta de sentido de la propiedad que no casaba con los principios de su madrina. Cuando la amiga Jeanne-Marie Caudeban (o cualquier otra) pasaba por el café y la tía no vigilaba, podía tomarse gratis un vaso de vino.

Además, estaba su manera de llenar la medida de hojalata de tal forma que una vez bien llena la botella del cliente, ¡todavía quedaba un trago en el fondo!

«¡Bébetelo eso, Marie!»

Con tanto trabajo, no era cuestión de ir a la escuela, evidentemente. Ya era mucho que los padres se hubiesen descargado de una boca que alimentar.

Desgraciadamente ese remedio, y algunos otros, no bastaban para sacarles de apuros. Iban a la ruina. Cada vencimiento del alquiler les encontraba pelados y la cuestión se resolvía una vez más con la expulsión y la retención de una parte del mobiliario.

En el calabozo

Esta vez recalaron en un «pobre cuartucho»: la casa Rives, que Soubies, alias el Pélat, les cedió en subarriendo.

De su prosperidad de otros tiempos sólo quedaba el armario, honra del mobiliario de Boly. En esa ocasión hubo que abandonarlo al vencer el plazo. Una carretilla bastó para amontonar el resto de los «muebles» y, encima de todo, a los dos pequeños que gritaban, intuyendo la desdicha que se avecinaba. Ya no sabían adónde ir. ¿Dónde podrían encontrar algo peor?

Afortunadamente, estaba la familia. El primo Sajous era el propietario del edificio de la antigua cárcel, que había cambiado de emplazamiento. La habitación más sórdida, el calabozo, como ellos le llamaban, estaba vacía: un cuchitril cuya insalubridad había forzado en 1824 el traslado de los locales penitenciarios. «Un antro infecto y oscuro», escribiría con desprecio el procurador Dutour.

Sajous alojaba allí a la chusma de la ciudad: los jornaleros españoles empleados en las canteras. Por una renta de unos pocos céntimos, se hacinaban sobre el suelo mismo, bien apretados para darse algo de calor en invierno; pero habían acabado de encontrar mejor. Mejor haremos en escuchar a su propietario, André Sajous, tío de Bernadette, cuyas palabras fueron recogidas a vuelapluma en 1878.

La habitación era... negra, insalubre... En el corral había unas comunas que desbordaban y convertían aquello en un lugar infecto. Allí teníamos la basura... Allí alojaba yo a los españoles que venían a cavar

en invierno y dormían sobre el suelo con sus mantas, muy a menudo sin paja...

Soubirous vino a pedirle la habitación a mi tío, que se había reservado la renta de la habitación de abajo; no había más inquilinos. Mi tío me lo dijo por la noche. Nosotros dijimos:

—Puesto que están en la calle, habrá que darles alojamiento.

¡Aquello no me alegraba! Ellos tenían cuatro hijos, yo cinco; me daba cuenta de que mi mujer, que era mi buena, les daría de mi pan...

Estaban en la miseria: dos pobres camas, una a la derecha al entrar, y la otra del mismo lado, más cerca de la chimenea (yo mismo construí esa chimenea). Sólo tenían un pequeño baúl para guardar toda su ropa. ¡Yo no ponía el mobiliario! Mi mujer les prestó algunas camisas. Tenían parásitos; mi mujer también tuvo cuando durmió con Bernadette. Ella solía darles un poco de pan de mijo. Los pequeños, sin embargo, nunca pedían nada. Antes habrían reventado.

Es fácil leer entre líneas: la resistencia del tío... la espera de una respuesta hasta la tarde... la instalación en el cuchitril donde los parásitos de sus anteriores ocupantes añadía una prueba desconocida hasta la fecha, ya que «Luise era limpia», reconoce más adelante André Sajous. En cuanto a las «dos camas»... ¿cómo arreglárselas? Como mínimo habrían necesitado tres camas: una para los chicos, otra para las niñas y una tercera para el matrimonio. En casa de André Sajous había cuatro. Por lo tanto, había que coger una de su casa o de cualquier otro sitio o imitar el método de los obreros españoles.

En la cárcel

Aquello era la miseria. Pero todavía sólo la miseria. No tardó en seguirle su cortejo de deshonra. Los amigos del molinero del Lapaca le dieron la espalda al «bracero». Estaba arruinado. Era culpa suya, de él y de su mujer. Bebedores, perezosos, desordenados; él, un jugador... la lista de sus defectos iba de boca en boca por la ciudad, abultada; y se olvidaba que su buen corazón había sido en buena medida el causante de su ruina. De ahí a la cárcel no había más que un paso, que no tardaría en dar.

Durante la noche del 26 al 27 de marzo de 1857, dos sacos de harina desaparecieron de casa del panadero Maisongrosse. Una escalera apoyada en la pared medianera del jardín Lacrampe, un barrote roto por el peso, unas huellas de harina esparcida probaban la evidencia del robo. Pero ¿y el

ladrón? Interrogado por el comisario la mañana del 27, Maisongrosse no dudó en acusar a Soubirous. El 31 confirmó sus sospechas delante del procurador. Leamos su declaración, que ha sido conservada:

El [27] por la mañana, me apresuré a denunciar el robo al comisario de policía que se presentó de inmediato en mi casa. Les dije que tenía algunas sospechas del llamado François Soubirous al que había tenido empleado durante el mes de septiembre para hacer los viajes a Luz, adonde él llevaba la harina.

Maisongrosse daba sin embargo buenas referencias de su amigo empleado:

Durante el tiempo que estuvo en mi casa [continuaba diciendo], no tuve motivos para quejarme de su fidelidad.

Pedro añadió el siguiente argumento, que el juez Ribes juzgó definitivo:

El estado de miseria en que se encontraba fue lo que me hizo creer que él podría ser el autor de ese robo.

En consecuencia, concluía el juez:

Hemos dado órdenes a la gendarmería para que detengan a ese individuo y lo traigan a nuestra presencia, después de haber recogido los zapatos que se encuentren en su poder... El inculpado ha sido conducido al lugar de los hechos. En su presencia hemos hecho encajar sus dos borceguíes con las huellas...

Hemos podido observar que esos borceguíes se adaptaban perfectamente a tres de esas huellas, tanto en longitud como en anchura... aunque existía en la parte delantera de los zapatos una doble fila de clavos a cada lado, mientras que en las huellas sólo se distinguía una fila...

François, que negaba ser el autor del robo, hizo notar que «la forma de los borceguíes era más grande la de las huellas».

Pero él seguía siendo el pelagatos, la oveja negra, de ahí venía todo el mal. Nervioso, como lo está un pobre aunque sea honrado cuando se le tira de la lengua, acabó sintiéndose culpable de una fechoría que se le imputó, entretanto, después del registro que hizo Jacomet en su domicilio, y que el juez relató en los siguientes términos:

Habiéndose levantado a las tres de la mañana la noche del robo

[era la hora que habitualmente empezaba a trabajar], se puso sus borceguíes y se fue a buscar un haz de leña a Bartrès . Al llegar a la calle des PetitsFossés, enfrente del jardín Dozous, vio que había un tablón apoyado en la pared y después de recogerlo volvió a su casa... Ese tablón encontrado en el domicilio de los Soubirous... ha sido depositado en el ayuntamiento hasta que sea reclamado por su propietario.

Aquel lastimoso pedazo de madera, que llevaba abandonado mucho tiempo, carecía de propietario. Nadie lo reclamó nunca y estuvo estorbando en el ayuntamiento, después de haber estorbado en la calle, durante casi un año. Se sintieron muy satisfechos de poder darle al fin algún uso. Cuando un año después se prohibió el acceso a la gruta, ese *patibulum* sirvió de apoyo a un letrero: *Prohibido entrar*. ¿Hubo alguna ironía voluntaria en esa elección? (¡oprobio a la familia de ladrones que atrae a las multitudes a la gruta!) La ironía debía volverse contra la autoridad que, a su vez, sería incriminada fuera de toda razón.

Otro giro irónico de las cosas: cuando por entonces todo el mundo intentaba aliviar la miseria de los Soubirous, cuando se intentaba socavar su rechazo sistemático a cualquier limosna (todavía necesaria sin embargo), el panadero Maisongrosse recibió el encargo de una familia de alto rango de llevarles un pan de doce libras. El acusador de 1857 se vio en el aprieto de tener que tragarse una negativa rotunda y regresar con su fardo. Fue entonces a llevar el dinero al párroco y, violando el cartel de prohibición, acudió a orar a la gruta. Con algo parecido al alivio aceptó el proceso verbal con multa de cinco francos incluida.

Pero en la fecha en la que nos encontramos, 27 de marzo de 1857, las cosas no habían llegado a tal punto. Mientras el madero esperaba en el ayuntamiento, François fue puesto entre rejas, después de que se expidiera la debida «orden de prisión».

¿Qué sería de la familia, al verse privada del salario cotidiano de 1,20 francos? Eso era lo que se preguntaba François, descalzo, en su celda con la alta ventana enrejada, menos húmeda e insalubre que su miserable domicilio.

La situación se hacía cada vez más dramática, hasta el punto de preguntarse si encontraría a los suyos con vida..., pues el hambre había acudido a la cita con la desgracia.

El hambre

Para los pobres, el hambre empezó con la mala cosecha de 1855 (el año del cólera). Se complicó en el verano de 1856. El 26 de agosto, el procurador general de Pau (cuya jurisdicción se extendía a los tres departamentos de Landes, Altos y Bajos Pirineos), envió a París un informe alarmante (excepcionalmente, lo escribió de su puño y letra por miedo a que su secretario transmitiese su inquietud).

La crisis alimentaria... es grave... complicada por el pánico que una situación excepcional alimenta en nuestros campos. La cosecha de trigo es por término medio un tercio de la cosecha ordinaria... El oídio, que desde hace tres años suprime toda la vendimia, ha llegado al máximo... El maíz que estaba a 13 francos en el mes de mayo, está ahora a 27 francos. El trigo ha subido a 42 francos.

El problema, señalaba a continuación el procurador, era insoluble por una doble razón; por una parte, la vía férrea todavía no prestaba servicio en la comarca; por otra, en el caso de que se consiguiera transportar el trigo, a la mayoría de gente no le quedaba dinero para comprarlo. El emperador, enterado de la cuestión, mantuvo el 2 de septiembre de 1856 en Biarritz una larga entrevista con el procurador, sin encontrar más que paliativos.

Se comprende que ese invierno hubiese robos de harina.

En el calabozo, donde por descontado el dinero escaseaba, aumentaba el hambre, demacrando las mejillas y hundiendo estómagos; los ojos se volvían con avidez hacia cualquier cosa con el deseo irrealizable de verla convertirse en algo comestible.

Cuando Bernadette jugaba con su hermana y sus primos, el juego consistía en preparar la sopa, una sopa falsa que alimentaba la imaginación pero exasperaba al cuerpo. También, para desgracia de Jean Soubirous, de doce años, que no se tomaba el juego tan en serio y se divertía haciendo volcar la «olla»; la mano veloz de su prima se apresuraba a administrarle unas buenas bofetadas... a las que seguía una demanda de perdón y una reconciliación... hasta la próxima pelea.

Así es cómo, merodeando a través de la ciudad en busca de algo que comer, uno de los hermanos pequeños de Bernadette, Jean-Marie, de cinco años, entró un día en la iglesia, sin duda con la idea de rezar a Dios, pues en casa de los Soubirous se rezaba con asiduidad. Y he aquí que le pareció que su plegaria había sido oída. En el suelo, donde él estaba parado —era el lugar donde se levanta el catafalco—, descubrió un reguero de un blanco

amarillento que parecía mantequilla o manteca de cerdo. La señorita Estrade estaba en la iglesia, ella nos contó lo que siguió:

Hacia las dos de la tarde... Yo estaba rezando ante el altar de la Virgen, en la iglesia de Lourdes; me creía sola, cuando oí un movimiento de sillas. Me volví, vi a un niño de unos cuatro o cinco años, mal vestido, con una carita encantadora pero muy pálido, cosa que dejaba ver a las claras que el pequeño estaba mal alimentado. Volví a mis plegarias y el niño a su juego. Esta vez le ordené que guardara silencio con un «chist» muy seco. El niño obedeció unos instantes, pero aunque tomó algunas precauciones para no hacer ruido, no lo consiguió. Miré atentamente a aquel ángel: se estaba metiendo algo en la boca. ¿Qué era? ¡Gotas de cera! Me acerqué a él.

—¿Estás comiendo cera, pequeño?

—Sí [con un gesto de la cabeza].

—Debe ser el hambre... ¿te gustaría comer otra cosa?

—Sí, sí [asintió con la cabeza].

Salí inmediatamente de la iglesia con el que era ya mi pequeño amigo y que fue también durante un tiempo nuestro pensionista. Nunca consintió en entrar en nuestra casa para comer: el rellano de la escalera le sirvió siempre de mesa.

François estuvo encarcelado ocho días. El 4 de abril, el procurador hizo en efecto un descubrimiento (que veinte años después consolaba su conciencia).

«Razones de humanidad exigen que el inculpado no sea sometido a una detención preventiva demasiado larga.»

Por lo tanto, requería

levantamiento de la orden de prisión... encargando al susodicho Soubirous que se presente a todos los actos del proceso y a la ejecución del juicio.

El asunto terminaría con un «no ha lugar», por la imposibilidad de fundamentar la acusación.

Entretanto, los negocios de los Soubirous no mejoraban. Todo lo contrario. Por haber estado en la cárcel, François tenía dificultades para encontrar trabajo. Y el hambre estaba en su punto álgido; en todas partes

faltaban el dinero y el trabajo, mientras la cosecha de 1857, al fin prometedora, crecía lentamente.

La dignidad

En tiempos como los que corrían no se podía esperar gran ayuda de la gente. Todo el mundo pasaba apuros, salvo los verdaderamente ricos, que no se lamentaban menos de la dureza de los tiempos y de cómo menguaba el capital. Los días sin trabajo, en lugar de mendigar, François se quedaba tumbado en la cama para economizar fuerzas y dejar el pan a los suyos. Del fondo de esta hibernación ávida nacían proyectos imposibles en forma de sueños, desde los cuales volvía a precipitarse en una realidad de pesadilla. Sólo había dos cosas que se tenían en pie, aunque dolorosamente a falta de todo lo demás.

En primer lugar, Louise, valerosa y carente de amargura. Con su único ojo, tapado en el lado izquierdo por su tabique de sombra, François la veía pasar entre él y la ventana, atareada en los lavados y en los interminables remiendos. Qué estropeada estaba ella también. Por debajo de la máscara enflaquecida y ansiosa, un poco envejecida ya, François trataba de recuperar la expresión despreocupada y risueña de su joven y rubia esposa de dieciséis años, aquella niña, como decía su madre. Sabía muy bien que ella seguía ahí, detrás de la máscara de miseria. En la penumbra, su mirada averiada le decía con dulzura (¿le oía ella?): ¿Cómo te he traído hasta aquí, yo que soñaba con ofrecerte la felicidad?

Ella también miraba, entre puntada y puntada, el gran cuerpo tendido, sin trabajo, al que no le costaba levantarse tan pronto un patrón necesitaba de sus dos brazos: François era su último y muy tranquilo apoyo en la tierra cuando todo se derrumbaba.

Igual que en las horas alegres de los primeros años, el sí que se dijeron el uno al otro, pronto haría quince años, seguía intacto. Desde la desaparición de sus respectivos padres, seis nacimientos y dos niños muertos habían fortalecido ese sí. En el crisol de la miseria, el sí se ahondaba más allá de las palabras que ellos intercambiaban sin decir más que lo superficial y cotidiano. Los golpes de la suerte no habían conseguido enfrentarles. Entre ellos, nunca hubo un insulto ni un reproche. Lo que no les gustaba del otro, lo soportaban con cariño, muy conscientes los dos de su propia miseria hacían lo que podían; el resto era cosa de la mala suerte. Los Castérot podían intentar enfrentar a Louise contra el holgazán e inútil François; y los Soubirous a François contra Louise, que

«ha perdido a la familia» por culpa de su «vida desordenada» y la «bebida». En vano. Los dos seguían juntos sin flaquear, en lo bueno y en lo malo: François y Louise para siempre, el uno para el otro y con sus hijos.

Algo más les unía, algo que estaba más allá de sí mismos: la oración, una oración nada extraordinaria pero fiel, y tan profundamente subyacente en las palabras estereotipadas como su mutuo amor en las palabras banales que intercambiaban a diario. Cada noche, en la penumbra del calabozo donde agonizaba la última brasa, se elevaba la oración en sus voces rudas y cansadas; y se elevaba desde el corazón. Nunca se les habría ocurrido reprocharle al cielo lo que les ocurría, a ellos, «pobres pecadores».

Bernadette recibía la oración de manera natural. Estaba familiarizada con el rosario (la única oración que conocía). En las horas tranquilas y en las horas difíciles, repetía con agrado unas frases en francés cuyo sentido se le escapaba pero que le bastaban para unirse a una presencia intuita.

En Bartrès

En septiembre de 1857, una propuesta de Marie Laguës la alejó de los suyos. La «nodriza» necesitaba una ayuda para todo: para el ganado, los niños, las labores de la casa y que se hiciera cargo del pequeño Jean, de apenas dos años, su último hijo. Los padres recibieron la propuesta complacidos: «Con mucho gusto... y dos más con ella, si usted quiere.»

Eso supondría algún ingreso más y, sobre todo, una boca menos que alimentar, cosa apreciable en el irritante momento de repartir unas raciones demasiado escasas. A Toinette, que vería multiplicado su trabajo con la custodia de los niños y el trabajo de la casa, le dio cierta rabia ver marcharse a su hermana mayor, que parecía acaparar los raros golpes de fortuna de la familia.

Para Bernadette, sin embargo, no era tal suerte el estar allí. En Lourdes iba (¡por fin!) a empezar la preparación para su primera comunión. En Bartrès, pese a las promesas, la preparación se interrumpiría. Resultaba que las ovejas también comían los jueves.

La compensación improvisada por la nodriza fue la prueba más dura de la nueva vida de Bernadette. Por la tarde, al caer la noche, cogía el catecismo de la diócesis, escrito en un francés de lo más abstracto del que se le escapaban todas las palabras.

«¡Repíte!», decía la nodriza.

Le hacía repetir mecánica e indefinidamente, con la somera idea de que acabaría entrando, como un clavo en la pared, a fuerza de golpear. Pero no, cuando se trataba de repetir una frase balbuceada torpemente por partes, se quedaba en blanco. Bernadette sólo conseguía articular, adivinándolas a medias, las palabras que para llegar al final le soplaban, y hacer frente al enfado de la otra. «¡Repíte!»

Nada, lo había olvidado todo... Entonces la nodriza arrojaba el catecismo. «¡Eres demasiado tonta! Nunca podrás hacer la comunión.»

Pasaba noches llorando en la gran cama de la cocina que compartía con los niños o con la otra sirvienta; se dormía bajo aquella amenaza de excomunión perpetua que nada conseguía disipar.

No, en Bartrès no llevaba una vida fácil.

La comida era escasa, administrada con la más estricta economía; la carne de matanza sólo se veía dos veces al año: en Navidad y en San Juan. Cada día, mañana y noche, se comía pasta de maíz, que el estómago de Bernadette rechazaba, incluso cuando tenía hambre... En el calabozo le compraban su parte de pan de trigo candeal... Ahí el pan de trigo era privilegio de los amos. Y, además, Marie Laguës era una mujer dura, cuya contenida afectividad se manifestaba casi siempre mediante palabras toscas y brusquedades, sobre todo hacia Bernadette. En su memoria profunda, la pequeña seguía ligada a un recuerdo mal cicatrizado: ella había tomado la leche de su bebé muerto, el pequeño Jean, desaparecido el 23 de *noviembre* de 1844... al que siguió otro Jean, fallecido con dos años, el 1 de *noviembre* de 1850, luego este tercero del que se ocupaba Bernadette y que también andaba mal de salud; noviembre estaba al caer y le traería mala suerte. La nodriza trataba a su pastora con una agresividad de la que no era consciente, pues estaba muy unida al niño y le quería mucho». Cuando el padre Aravant pasaba a visitarla, salía en defensa de Bernadette, a la que llenaban de reproches injustamente.

Cambiaba de conducta durante un tiempo [según confiaba Bernadette a Jeanne Védère en secreto]... Después volvía a portarse como siempre.

Para la hija del molinero arruinado, Bartrès no era el lugar idílico que encantara a Zola, el san Trianón donde se deleitaban los turistas ociosos, menos todavía la tierra de los milagros; era el trabajo duro, la alternancia entre la soledad y las reprimendas y el aprendizaje del sufrimiento. Bernadette se lo tomaba según venía y ya entonces pensaba:

«Cuando Dios lo permite, no hay que quejarse.»

Ese pensamiento la sosegaba.

Tenía tiempo para meditar durante las horas de calma y de interminable silencio que pasaba en el aprisco. Allí todos eran amistosos: el perro *Pigou*, las ovejas, dóciles con la pastora a la que reconocían. Sólo sus preferidos, los corderos más pequeños, le hacían algunas trastadas. Se acercaban a golpearla con la cabeza mientras ella hacía punto, o derrumbaban los altarcillos que construía. La niña les reñía pero aún los quería más y, como penitencia, les daba aquel resto de pan que su estómago no soportaba.

El rebaño (en el que ponía mucha dedicación) prosperaba bajo su cayado. Un día descubrió en el lomo de las ovejas unas manchas verdes.

«¿Qué es eso?», le preguntó a su padre, que había ido a verla.

François adoptó un aire siniestro.

«Es la hierba que han comido, que se les ha subido a la espalda... Se van a morir.»

La pena hizo que le saltaran las lágrimas. François la consoló, pero fue sólo medio consuelo: la mancha verde era la marca del carnicero. Sí, aquellas ovejas iban a morir.

Animosa cuando se trataba de sus propias penas, Bernadette era toda compasión tratándose de los demás... y también buen humor. Jeanne-Marie Garros, que servía en la casa Burg, encontró en ella una buena amiga, que le prestaba su pañuelo cuando lavaba el único que tenía; también era amiga de Jeanne-Marie Caudeban, de once años, pastora en casa de los vecinos, con la que a veces salía a pastorear. La amistad las ayudaba a olvidar su dura condición de criadas-niñas, obligadas a obedecer y a ceder sin límites, por su doble condición de criadas y de niñas.

La situación se hizo más dura en lo más crudo del invierno. El pequeño Jean declinaba con el sol. Cumplió dos años el 20 de noviembre. El 5 de diciembre ya había muerto, como los dos pequeños Jean que le precedieron. Bernadette, que no soportaba la muerte de sus ovejas, vio acercarse la del niño día a día. Estaba agotada por la tristeza. La casa estaba desolada y el carácter de la nodriza se hizo más desabrido.

Regreso a Lourdes

En enero de 1858 François Soubirous, comprendiendo la excesiva

austeridad en que vivía su hija, y sin calcular demasiado cuánto costaría aquella «boca que alimentar» que podría desequilibrar el presupuesto, decidió su regreso.

Sí, había que ocuparse por fin de Bernadette, que ya se había sacrificado demasiado. Louise fue a informarse sobre el catecismo y sobre la escuela: solicitó consejo a Fanny Nicolau, la institutriz en cuya casa lavaba. Ésta, desinteresada, se mostró dispuesta a ocuparse de Bernadette sin siquiera haberla visto. Pero más tarde, la madre vio alzarse el espectro que lo impedía todo: sin duda habría que pagar... El proyecto fue abandonado: la niña frecuentaría la clase gratuita en la escuela de las hermanas de Nevers y Fanny no volvería a oír hablar de las clases.

El regreso de Bernadette se hizo progresivamente conforme a la manera campesina de arreglar tales asuntos. El domingo 17 de enero, la pastora bajó a Lourdes a visitar a sus padres, como de costumbre. Pero por la noche no regresó. Pasó el lunes, luego martes. ¿Estaba enferma? ¿O bien los Soubirous habían aprovechado que era menos útil arriba, por la falta de trabajo propia del invierno y la cuna vacía, para emplearla en algún trabajo?

La niña estaba de vuelta el miércoles. Para sus patronos, enfadados por la impertinencia, pero también contentos de volver a verla (pues arriba todo el mundo la quería), la niña llegó con una explicación preparada. «El señor cura quiere que haga la primera comunión.»

No había nada que objetar, sobre todo porque Bartrès no tenía vicaria. El padre Ader había abandonado la parroquia el 3 de enero para probar la vida monástica en Pierre-qui-Vire.

El jueves 21, sin mucho equipaje, Bernadette se marchaba de Bartrès para siempre.

Adiós a la casa Burg. Adiós a las amigas, Jeanne-Marie Caudeban y Jeanne Marie Garros. Adiós a los hermanos de leche, Zéphirin, Joséphine y Justine. Adiós a la abuela Aravant. Adiós a papá Laguës y a la nodriza, rebotante de ternura y dulzura, como siempre que la niña llegaba o se iba.

Bernadette llegó a la confluencia del cruce y el deficiente camino de carro cuyas sinuosas rodadas costeaban el reborde de la planicie, antes de tomar rumbo a Lourdes. A la derecha, el terreno bajaba hacia el Gave, en casi todo su recorrido hundido en lo profundo del valle. Del otro lado, se alzaban las laderas oscuras que no veían el sol en invierno, y hacia abajo, medio escondido, el abrupto amasijo de viejas rocas (Masse-vieille, o también Massabielle, como se decía en Lourdes); desde aquel punto se las

veía minúsculas, envueltas en nubes. Bernadette no las distinguía entre la masa montañosa del paisaje. Era un rincón perdido e ignorado para ella...

Al volver, Lourdes se descubrió a sus pies. El castillo sobre su roca abrupta y, más humilde, la iglesia con su campanario cuadrado, sobresaliendo entre el apretado montón de tejados apiñados; la iglesia en la que esperaba hacer pronto su primera comunión.

Llegó a la calle des Petis-Fossés, donde la tierra batida se volvía lodosa durante el invierno. Llegó al calabozo oscuro al fondo del patio; el aire viciado hizo vacilar su respiración asmática. Y, sin embargo, sintió alegría al encontrar, en el interior de la oscura habitación y en medio del indescriptible apilamiento, a sus padres, a Toinette y sus dos hermanos pequeños. Rodeada de un afecto sin sombra, todo, la miseria, el hedor, podía soportarse mejor que la soledad de allá arriba.

Bernadette se encontró de nuevo con las escasas raciones de comida sobre las que todos se abalanzaban, y con François que, tendido en la cama los días sin trabajo, daba a los suyos una muda lección tomando para sí la ración más pequeña.

Ésa era la situación de los Soubirous la mañana jueves, 11 de febrero de 1858. A los mismos a los que policía fue a buscar porque eran los más pobres buscaría también la Virgen —y a través de ellos al mundo—, para recordarles esta frase olvidada: «Bienaventurados los pobres...» y el programa que Cristo tomó como exergo de su prédica: «Los pobres son evangelizados» o en otras palabras, «La buena nueva es anunciada a los pobres.»

JUEVES, 11 DE FEBRERO DE 1858

PRIMERA APARICIÓN

Jueves, 11 de febrero de 1858, once de la mañana. Los Soubirous tomaron un pobre desayuno a las nueve. Bernadette hilaba la estopa con su hermana Toinette, de once años. François Soubirous, enfermo, estaba acostado. Los dos más pequeños jugaban en un rincón. Louise se atareaba en la preparación de un pobre puchero con los ingredientes que tenía.

—Dios mío —exclamó Bernadette—, ya no queda leña.

—¿Y la que fuimos a buscar ayer? —protestó Toinette.

El día anterior, Toinette había salido con su madre a las cuatro de la mañana a recoger leña. Había pasado tanto frío con los pies descalzos dentro de los zuecos, que Louise tuvo que envolverlos con su delantal mientras ella preparaba la gavilla.

Sí, pero ya se habían comido el haz... la leña les dio los seis céntimos de pan de la jornada anterior. Había que salir otra vez.

Aquí intervino Jeanne Abadie, alias Baloume, una muchacha alta de trece años, muy crecida, «con el hermano pequeño en brazos», del que se ocupaba mientras su madre trabajaba. Había adquirido la costumbre de visitar a Toinette, que también se ocupaba de sus hermanos menores. Entre dos era menos aburrido vigilar a la chiquillería. Al entrar, Balaume vio los preparativos para salir.

—¿Adónde va, Louise? —preguntó.

—Al bosque.

—Ya iremos nosotras.

Y dejó al pequeño donde pudo.

—Necesitamos un cesto para recoger los huesos —propuso Bernadette.

Era una manera indirecta de preguntar si ella también podía salir. A Louise le preocupaba el asma de su hija mayor. ¿Era prudente dejarla salir,

aun llevando las medias que le había comprado (un lujo desconocido para el resto de la familia)? Aquella misma noche todavía se ahogaba. Afuera había niebla y estaba Lloviznando. ¿Cómo sería la noche próxima?

Pero Bernadette prefería trabajar y salir. Deseaba estar al aire libre, pues se respiraba mejor que dentro del calabozo.

—¡En Bartrès sí salía! —suplicó.

Louise contempló apiadada la cara paliducha de su hija. ¡Hacía un mes que había cumplido catorce años! Parecía no tener sino once o doce. Cedió a regañadientes y mientras recogía la capucha blanca totalmente remendada (comprada de lance en frente de la iglesia) multiplicó las recomendaciones. Dos ojazos negros muy vivos, demasiado grandes en su cara fatigada, la miraban sin decir palabra.

Madera y ramas

Tres pares de zuecos golpearon los adoquines de la calle des Petits-Fossés, giraron a la derecha por la calle de Baous, cruzaron la puerta del mismo nombre, cuya bóveda resonaba. Y de pronto ya estaban en el campo.

Las niñas torcieron a la derecha delante del cementerio y rodearon el llamado «prado del paraíso» recogiendo algunas ramitas. El cesto iba de mano en mano: de Jeanne a Toinette y de Toinette a Bernadette. Volvieron a bajar hacia el torrente. Todavía pudieron encontrar algunas ramas bajo el Pont-Vieux, donde un espectáculo de gran interés reclamó la atención de las tres niñas. Algo más abajo, se veía a la tía Pigou atareada en una extraña colada de tripas violáceas.

—Tata, ¿qué hace ahí? ¿Por qué está lavando esas tripas?

—Es el cerdo del señor Clarens. ¿Y qué estáis haciendo vosotras con tan mal tiempo?

—Vamos a buscar leña.

—Id al prado del señor La Fitte, que ha cortado algunos árboles.

—¡No! —protestó Bernadette—. Nos tomarán por ladronas.

—Id entonces por Massabielle.

Todo esto fue dicho en dialecto, desde luego.

El pequeño grupo subió por el estrecho puente, encorvado como

lomo de burro, que tenía el parapeto de ladrillo cubierto de hiedra. Jeanne guiaba. Era la única que conocía el lugar; las otras dos nunca habían pasado por ahí. A doscientos metros del puente torcieron hacia el molino de Savy y se internaron en una pasarela de madera. Era el único acceso a la isla del Chalet: en verano era un rincón de ensueño, que atraía a los pescadores de truchas, a los poetas, a las parejas, pero que quedaba desierto durante esa estación desolada. Todo estaba gris. La hierba estaba ajada. Los álamos levantaban al cielo el esqueleto de sus ramas secas. Tres pares de ojos rastreaban la madera seca y los huesos, los frutos de la muerte que constituyen el último recurso del pobre, no sin discusión...

Desde el molino, parado por aquellas fechas, alguien vio a las espigadoras. Qué plaga de niñas pobres; no era agradable verlas rondando por el lugar. Y además los Nicolau se habían reservado la madera seca de alrededor del molino. Desde la ventana una voz de mujer gritó:

—¡No podéis ir más lejos!

—Déjalas —dijo el molinero, Antoine, que también las había visto—. Son las niñas de Soubirous. No pueden cargar con mucho.

Antoine conocía bien a François. Juntos habían trasegado algún vasito, entre molineros, cuando ambos lo eran. Pero las niñas ya se habían ido y no estaban a la vista del molino.

—¿Y si fuésemos adonde el canal se junta con el Gave? —propuso Bernadette.

—¿Y si se juntan en Bétharram? —respondió Toinette por decir algo.

Una gruta

No fue necesario ir tan lejos. A doscientos metros de allí estaba la lengua puntiaguda de arena donde se unían el Gave y el canal.

Satisfecha la curiosidad, había que ir más lejos. Por el lado del canal no era tan difícil. El molino estaba parado, el agua fluía suavemente entre guijarros y peñascos. Bastaba con dar unos pasos con el agua hasta las rodillas, como mucho. Y enfrente tenían una auténtica mina de madera y de huesos.

Eso es lo que vieron las niñas. No prestaron demasiada atención al paisaje que se presentaba ante ellas. Se trataba de una formación rocosa de veintisiete metros de alto, nudosa, abultada por protuberancias, surcada por grietas y anfractuosidades de distintos tamaños, coronada de una avara maleza. Por todo adorno tenía un penacho de hiedra hacia la cima, y en un

nicho a unos tres metros y medio del suelo, justo enfrente, un rosal salvaje cuyas ramas caían hasta el suelo. El lugar llevaba el adecuado nombre de Masse-vieille (vieja roca) o Massabielle, como todavía se pronunciaba. La vieja roca parecía sostenida por un enorme arco rocoso entre cuatro y cinco metros de ancho, que cubría una gruta alargada de ocho metros de anchura. El pie izquierdo estaba apuntalado en el agua del Gave y se elevaba, con suavidad y oblicuamente, hasta una altura de tres o cuatro metros. El lado derecho caía en vertical. En el interior de la gruta, tan profunda como ancha, el suelo lleno de arena y morrena formaba un plano inclinado que confluía en la bóveda, al fondo. Sobre esta pendiente el torrente había depositado la madera y los huesos.

Jeanne dejó sus zuecos en la otra orilla y cruzó con el haz de leña sobre la cabeza mientras Toinette la seguía con los zuecos en la mano.

Bernadette se quedó sola en la isla, a causa del asma y las recomendaciones maternas. Pidió ayuda, pero las dos niñas lloraban de frío del otro lado. Agachadas, se frotaban como podían con la falda los pies enrojecidos e hinchados. Los ojos de Bernadette recorrieron en todos sentidos la pequeña corriente donde el agua clara cantaba sobre las piedras, buscando un camino a través de las líneas de rocas que emergían. En todas partes veía agujeros infranqueables.

—¡Ayudadme a tirar piedras en el agua para que pueda pasar!

El esfuerzo fue inútil.

—Yo te puedo llevar a caballo —propuso Toinette en cuanto pudo levantarse.

Pero ¿soportarían los once años de Toinette los catorce años de Bernadette, por frágil que ésta fuese?

—Eres demasiado pequeña —le respondió—. Baloume, ¿me llevas tú?

Baloume era corpulenta, como su padre el cantero. Pero las ganas no acompañaban.

—¡Por el *pedo de Pericles*! ¡Pasa como nosotras! Estaba enfadada con Bernadette, que casi no había recogido leña. Inútil molestarse por una que no servía para nada. Se llevó a Toinette bordeando el torrente, y allí continuaron la recolección dando saltos para calentarse.

Un soplo que pasa

Bernadette quedó otra vez abandonada a su suerte. Hizo una última tentativa por conciliar las burlas de sus compañeras y las recomendaciones de su madre.

Me fui un poco más lejos para ver si podía pasar sin descalzarme. Imposible. Volví delante de la gruta y me dispuse a quitarme los zuecos.

Apenas me había sacado la primera media oí un ruido como el producido por una racha de viento.

¿Qué fue aquel soplo? El aire estaba en calma, nada se movía. Bernadette volvió la cabeza hacia atrás, del lado del prado, en sentido contrario a la gruta; los álamos se erguían inmóviles. «Me habré equivocado...» Bernadette se inclinó y empezó a quitarse la otra media.

Una sonrisa

¡Otra vez el mismo ruido! En esa ocasión levantó la cabeza y miró directamente enfrente. En medio del paisaje inmóvil, en una especie de nicho que formaba una mancha oscura en la parte derecha de la roca, a tres metros por encima del suelo, se agitaba una mata de espinos. Una suave luz iluminó progresivamente aquel agujero en sombra. Y dentro de la luz, una sonrisa; era una maravillosa niña blanca. Separó los brazos al tiempo que se inclinaba en un gesto de recibimiento que parecía decir: «Acercaos...»

Bernadette, paralizada por la sorpresa, pasmada, no se atrevió a moverse. ¿Era el miedo? Quizá, ¡pero era tan dulce! No sentía el menor deseo de escapar. No, se quedaría para siempre ahí, contemplando.

Algo, sin embargo, luchaba en su interior. No estaba acostumbrada a escucharse, a alimentar fantasías agradables. Reaccionó diciéndose: «¡Vamos!, me estoy engañando.» Se frotó enérgicamente los ojos varias veces. La fricción de las palmas de sus manos borró el paisaje, sumergiéndola en la oscuridad. Los dos globos aplastados, reducidos a su consistencia material, le procuraron una innegable sensación de realidad. Volvió a abrir los ojos. La niña blanca seguía ahí, con su sonrisa.

El rosario

Bernadette, vencida, dejó de luchar. Buscó auxilio más arriba. Con

un gesto habitual, casi instintivo, se llevó la mano derecha al bolsillo del delantal, encontró el rosario, el tranquilizador rosario de las noches de asma. Levantó el brazo mecánicamente para hacer la señal de la cruz con el crucifijo. ¡Sorpresa! el brazo se detuvo a medio camino; la mano cayó. ¡Da igual! Querer es poder... Pero no, el brazo le colgaba invenciblemente flojo y sin energía, aunque no dejaba de notar el tacto de la cruz de madera entre los dedos. De golpe, el sobrecogimiento se convirtió en miedo. Le temblaba la mano. En el hueco de la roca, la aparición esbozó un gesto, el gesto que Bernadette quisiera hacer. También ella sostenía un rosario en la mano, un rosario blanco con una gran cruz brillante. Se lo llevó a la frente. Acompañando su gesto, el brazo de Bernadette se levantó por sí solo y dibujó a su vez una amplia señal de la cruz. Con este gesto se desvaneció todo el temor y sólo quedó una intensa alegría. Se arrodilló. Las dos compañeras que se alejaban distinguieron, al volverse, la minúscula silueta en su postura de oración, arrodillada sobre el banco de arena en pleno torrente. Ranne se encogió de hombros.

—¡Está loca si se pone a rezar ahí! ¡Ya es suficiente con rezar en la iglesia!

De pronto...

Mientras pasaba las cuentas del rosario, Bernadette observaba todo lo que podía, y ambas acciones se acompañaban maravillosamente. El tiempo volaba y permanecía como una pequeña eternidad. La aparición hacía correr las cuentas entre sus dedos pero no movía los labios. Tan pronto terminó la oración, desapareció. Los ojos de Bernadette escrutaron en vano una estela de luz que se prolongó un instante antes de disiparse como una nube.

¡Sólo quedó la roca negra, la llovizna, el cielo bajo, el tiempo encapotado! Pero nada de todo eso pesaba ya. La fatiga y la preocupación de hacía un momento habían desaparecido. Todavía impregnada de su reciente contemplación, pero no soñadora, Bernadette terminó de quitarse la otra media que descubrió enrollada al tobillo como la había dejado. Sus piernas flacas hollaron el agua clara resistiendo la corriente que la empujaba hacia abajo.

¿No habéis visto nada?

Volvió a calzarse, sentada en una de las tres grandes piedras que

dominaban los guijarros, en el umbral de la gruta. Las otras dos niñas ya estaban allí. Acababan de llegar después de un cuarto de hora de espigar, con el haz ya preparado y el cesto bien lleno de huesos. Un momento antes, al subir bordeando la orilla, habían visto desde bastante lejos a Bernadette arrodillada en el extremo del arenal. ¡Otra vez! La llamaron sin éxito y sin insistir más continuaron con su trabajo y con sus juegos. Tiritando, se agitaban desordenadamente para calentarse. Luego se pusieron a bailar bajo la bóveda de la gruta, a resguardo de la llovizna. A Bernadette no le gustó verlas retozar en un lugar donde ella sólo se permitiría moverse con respeto, como en la iglesia.

—¿No habéis visto nada? —les preguntó, interrumpiendo su danza.

Las niñas se detuvieron, un poco sorprendidas de que hubiese cruzado tan de prisa después de haber dudado tanto.

—¿Y tú qué has visto?

Bernadette desvió la conversación, lamentando casi haber hablado.

—¡Sois unas mentirosas! Decíais que el agua estaba fría. Yo la encuentro tibia.

Las otras se quedaron pasmadas. Bernadette, la friolera, ¡ahora decía que tenía calor! Se acercaron... Era cierto que no parecía indispuesta.

—¡Bueno, tienes suerte! —exclamó Toinette.

Pero Jeanne se impacientó. Le molestaba que la muy perezosa no hubiese hecho aún su haz de leña.

—¡Por el *pedo de Pericias!* —volvió a exclamar para acelerar las operaciones.

—Vete a blasfemar a otro sitio —protestó Bernadette, pero con una calma que imponía.

Ya era hora de apresurarse y recuperar el tiempo perdido. Jeanne ya tenía atado su haz. Mordisqueó un pedazo de pan que acababa de encontrar en el bolsillo...

Desde el arrebato experimentado en aquel mundo oscuro, Bernadette no sabía qué pensar. ¿No se habría equivocado? Inspeccionó la gruta buscando alguna señal. No había nada más que la roca, el suelo húmedo, en algunos lugares algo rojo como sangre, y unos pelos de animales a lo largo de la pared... El espino, agitado momentos antes, colgaba ahora quieto del nicho vacío. No, ya no quedaba nada. Pero ¿era posible que las

otras no hubiesen visto nada, ni siquiera un poco de aquella luz? No pudo evitar volver a preguntárselo.

—¿Habéis visto algo? (*Aouet bis a ré?*)

—No. Y tú ¿qué has visto? (*Non. E tu qu'as bis?*)

—¡Pues nada! (*Labets, a ré!*)

Ya había hablado demasiado. Toinette empezaba a sospechar algo. Insistió. Pero Jeanne se mostró más agresiva.

—No ha visto nada, lo que pasa es que no ha querido recoger leña. Maï le dará una zurra.

Entonces cargó con su haz de leña, cogió el cesto, y plantando a las dos niñas desapareció entre la maleza de la ladera.

Bernadette y Toinette terminaron de preparar su gavilla. Después la ataron y cada una cargó la suya sobre la cabeza. Por primera vez, Bernadette no se quedó rezagada, cosa que sorprendió a Toinette, que casi no conseguía trepar por la pendiente empinada con su bulto. Todavía se quedó más sorprendida cuando Bernadette, tras dejar su carga en el camino, regresó para ayudarla.

—¡Pero si yo soy la más fuerte!

—¿Qué quieres! —respondió Bernadette.

«Tonterías»

Al bajar la cuesta, Toinette volvió a la carga.

—Dime qué has visto.

Bernadette no respondió. La otra insistió.

¡Dímelo sólo a mí! Te prometo que no se lo contaré a nadie; ni siquiera a Maï (es decir, a la madre, según la expresión dialectal).

A fuerza de promesas, Bernadette se dejó convencer. Contó en pocas palabras lo que había visto, sin adornarlo. Pero aquello era demasiado para Toinette. El nuevo «privilegio» de Bernadette, a quien su mala salud le valía tantas otras pequeñas ventajas, agudizó sus celos.

—¡Lo dices para asustarme! Pero ahora que estamos en el camino, me río de todo eso —protestó enfadada.

—No, puedes creerlo.

—Anda, ¡déjame tranquila!

Pero apenas volvió Bernadette a su silencio, Toinette no pudo

resistirse e insistió con sus preguntas.

—Estoy cansada —respondió Bernadette.

Llegaron al pie de la cuesta, delante del aserradero La Fitte. Se sentaron al borde del camino para recuperar el aliento.

—Dios mío, cómo me gustaría volver a la orilla de Massabielle.

La alegría inaccesible de Bernadette fastidió tanto a Toinette que cogió una de las ramas del haz de leña y le pegó con ella.

—¡Todo eso son tonterías!

—Puedes creerme —repitió Bernadette parando los golpes. Luego añadió—: Cuando quise hacer la señal de la cruz, algo me impidió levantar la mano, y cuando eso [*Aqueró*] hizo la señal de la cruz, algo me hizo levantar la mano.

De nuevo estaban sobre el puente como lomo de asno donde el haz pesaba más, tanto sobre la cabeza como sobre las piernas. Llegaron a la puerta de Baous, donde resonaban los zuecos, pero todo había adquirido otro color. Nunca un regreso había sido tan distinto de la ida. A la vista estaba el calabozo. Delante de la puerta, herrada como una enorme suela, Toinette se agachó y dejó caer el haz de leña, igual que Bernadette. De nuevo en la habitación oscura. La madre seguía ahí, siempre atareada en no se sabía qué; el padre estaba en la cama, y los pequeños agachados en un rincón, entretenidos en sus juegos.

La comida de las dos de la tarde había pasado. El aire y el esfuerzo habían despertado el apetito de las dos buscadoras, que comerían hasta las piedras. Toinette sacó la pasta de maíz del armario, y Bernadette un poco del pan reservado para ella (su estómago rechazaba la pasta). A Toinette se le iban los ojos tras ese pan, de corteza oscura y miga ligera de los días de fiesta, que era el pan cotidiano de Bernadette.

Golpes de peine y bastonazos

Louise contempló las cabezas de las dos leñadoras, llenas de ramitas y de briznas de hojas y polvo como verdaderos nidos de pájaro. Le preocupaba la tiña, o el impétigo o quién sabía qué. Tenía la obsesión de la limpieza y era su lucha de cada día, no sin alguna derrota, frente al estercolero al fondo del patio, y en el hacinamiento donde nacían los parásitos.

—¡Toinette!

Maï empujó la silla contra la ventana. Blandió el peine de la familia; las niñas conocían el golpe de rastrillo mellado sobre sus cabezas. Toinette esbozó una mueca desde su rincón.

—Siempre empieza usted conmigo. Empiece con Bernadette.

—Así son las cosas.

Mientras el peine hacía volar las ramitas, la araña de los celos corroía a Toinette. Si no hubiese prometido... Algo la empujaba a toser extrañamente, como si estuviese conteniendo la voz para llamar la atención de Maï. «Si ella me pregunta, entonces, lo siento, ¡pero tendré que decírselo!» El peine se detuvo...

—¿Por qué haces eso? ¿Estás enferma?

—No, sólo estoy pensando en lo que me ha dicho Bernadette.

Bernadette había salido al pasillo a comer el pan, cuya simple visión molestaba a su hermana. Se derrumbó. Toinette empezó su relato con locuacidad.

Bernadette ha visto una chica blanca colocada encima de la roca de Massabielle...

—*Praoubou de iou!* ¡Pobre de mí! ¿Qué me dices? A Louise, debilitada por la miseria, le parecía que las malas noticias tomaban la forma de catástrofe. Sin embargo, luchando contra el pánico, interrogó a Bernadette sin enojo. Pero era la calma antes de la tempestad.

—¿Qué has visto? Dime, ¿qué has visto?

Las palabras no acudían a la boca de Bernadette.

—Algo blanco.

Las dos niñas recibieron una buena tunda con el bastón de sacudir las mantas, menos fuerte para Bernadette.

—Tus ojos te han engañado. Sólo has visto una piedra blanca —exclamó la madre.

—No, que tenía una cara muy bonita (*Noun qu'aoue uo baroïo figuro*) —protestó Bernadette.

—Por tu culpa, madre me ha pegado —gimoteó Toinette.

—Os prohíbo que volváis —concluyó Maï.

Desde la cama, el padre se sumó a la reprimenda.

—¡Nunca ha habido nada que decir de nuestra familia y tú quieres empezar!

No comprendía nada de esa aventura y la regañó débilmente, por la costumbre de apoyar a la madre, perseguida por su tormento.

—Puede que sea el alma de alguno de nuestros parientes que está en el purgatorio. Hay que rezar a Dios.

Ésa era la sempiterna conclusión de Louise ante tus infortunios y gracias a eso resistía.

Tres libras de pan

Hacia las cuatro, antes de que anocheciera, Jeanne regresó con el cesto. No hacía mucho rato, a su vuelta, le habían dado una tunda por llegar calada y no había querido cambiarse. Pero tenían algo más interesante que contarle: lo que había visto Bernadette. Aunque lo importante ahora eran los huesos y lo que reportarían, Toinette sacó todo un montón acumulado a lo largo de varios días. El momento de venderlos había llegado, ya que el padre no trabajaba y se acercaba el carnaval. ¡Si pudiesen comprar con qué hacer *crespets* (buñuelos)!

Las tres chicas fueron a casa de la trapera Letsina de Barou, a la que caían en gracia. Después del pequeño regateo habitual, solía mostrarse generosa. Veinte céntimos por todo, y de ellos seis por el cesto de la mañana. Qué alegría ir al panadero a comprar por tres céntimos una buena libra de pan, y volver a casa a comérselo con los hermanos, sin hablar de nada más.

La oración de la noche

El día llegaba a su fin, se hacía oscuro. Después de una magra cena de caldo y pasta de maíz, la familia se arrodilló para rezar a la luz del hogar, que proyectaba sobre el techo grandes siluetas en movimiento. Padrenuestro... Dios te salve... Monótonas, las oraciones de la iglesia se elevaban desde esa miseria como un *De Profundis*. La voz poderosamente timbrada de Bernadette dominaba sobre las demás. Pero, en un momento dado (¿fue al decir: «Oh María sin pecado concebida?»), su voz flaqueó y se echó a llorar. Maï se dio cuenta y la interrogó preocupada. Pero Bernadette estaba demasiado emocionada para responder; algo de la alegría de la mañana había vuelto a adueñarse de ella.

En el piso de arriba tenía lugar el zafarrancho de cada noche: la tía Romaine acostaba a sus pilluelos. Louise fue a pedirle consejo. La tía Romaine plantó a su prole. Aprovechando la oscuridad, las dos sonsacaron

suavemente a Bernadette.

Al final, concluyeron con calma: «Es un sueño. Ha sido una ilusión.» La acostaron en la cama que compartía con Toinette, esperando que los sueños de la noche se llevaran los del día.

Pero Louise no podía dejar de pensar... ¿Era un alma del purgatorio que vagaba en pena? Mientras las brasas morían en el hogar, se durmió, la última, rogando que no cayera sobre ellos ninguna desgracia.

VIERNES, 12 DE FEBRERO DE 1858

La mañana del viernes, 12 de febrero, Bernadette se levantó pensativa.

Toinette espiaba a su hermana mayor, aunque no era mucho más grande que ella: un metro cuarenta apenas, pese a tener dos años más, y todavía con aspecto de niña. En sus ojos negros, ojos de terciopelo, de los que estaba celosa, había ahora una expresión distinta. Las mejillas, llenas y firmes a pesar de las privaciones, manifestaban una especie de resolución interior. Devorada por la curiosidad, Toinette intentó averiguar qué escondía aquel silencio.

Bernadette, poco locuaz, terminó por confesar: «Algo me empuja a ir a Massabielle.»

Se lo notificaron a Louise.

«A trabajar», fue su respuesta.

Bernadette trató de distraer con el trabajo la atracción que sentía. Mantuvo la actitud calmada y reflexiva que ya el día anterior había llamado la atención de Toinette. Ésta, sin embargo, cuchicheó la noticia a algunas niñas del colegio.

En cuanto a Louise, silenciosa delante de las niñas aunque perseguida por las pesadillas, confió a sus amigas la inquietud que la atormentaba: ¿Pero qué le había pasado a Bernadette?

SÁBADO 13 DE FEBRERO DE 1858

El 13 de febrero, en la clase de los indigentes, los cuchicheos de Toinette terminaron de extender la noticia en un clima de misterio. Entonces se forjó el plan.

«¿Y si fuésemos mañana a ver esa gruta?»

Bernadette se mantenía ajena a estos conciliábulos.

Al terminar la clase de la tarde, Marie Fourcade, de doce años, se fue sola a Massabielle y allí inspeccionó el lugar con una curiosidad avivada por el temor. Dos cosas llamaron su atención. Al fondo de la gruta, a la izquierda, vio un poco de agua que iba a perderse en el barro y algo rojizo... ¿Sangre? ¿o era el color de la tierra a la que no llegaba el sol? Marie no dedicó más tiempo a tan inquietante cuestión. La noche estaba al caer y notaba cómo el miedo se estaba apoderando de ella. Apretando el paso regresó a Lourdes.

A esa misma hora, el padre Pomian terminaba la monótona serie de confesiones del sábado. Al abrir la rejilla a la penúltima penitente, recibió de sopetón esta extraña declaración: «He visto una cosa blanca que tenía la forma de una mujer.»

Pronunció de una vez la frase, que había preparado con mucho cuidado, en dialecto. El tono de voz, en el que era perceptible la agitación, dominaba bien su timidez. La penitente esperaba una respuesta al otro lado de la rejilla. El padre Pomian no se alteró en exceso. Un confesor no se sorprende nunca de nada... «Debe de habérmela enviado alguien», pensó; lo mejor era no detenerse demasiado en este tipo de casos, no había que darles importancia... Y sin embargo, ¿qué fue lo que le impulsó a preguntar?

Bernadette —el sacerdote supo entonces su nombre— respondió escuetamente, pero con aplomo y de manera clara. Consiguió sonsacarle, fragmentado, el relato de la aparición del 11 de febrero. La niña hablaba con voz fuerte, y su tono era más alto a medida que iba adquiriendo confianza. Sus palabras llegaban a oídos de Eléonore Pérard, que estaba

esperando su turno. Vamos, no estaba bien sorprender de esa manera el secreto de la confesión. Y se apartó para poner fin a su involuntaria indiscreción.

El padre Pomian estaba perplejo. Cuanto más insólita le parecía la aventura, mejor impresión le causaban las respuestas de la niña. Una cosa le dejó anonadado: «*uo rumor coumo u cop de benet*» (un ruido como el producido por una ráfaga de viento). ¿Era el propio hecho y cierta reminiscencia de Pentecostés? ¿O bien el tono en que Bernadette lo dijo? No sabría decirlo. Se limitó a pronunciar algunos buenos consejos y al terminar preguntó: «¿Me permite que hable con el señor párroco?»

Poco acostumbrada a tanta deferencia, Bernadette concedió su permiso sin dudar.

Al salir del confesionario, el padre Pomian se enteró de que el párroco había salido por el camino de Argelès. Lo encontró charlando con el carretero Froument. Después de que éste se despidiera, le puso al corriente de lo ocurrido. El padre Peyramale escuchó con expresión distraída aspirando el aire del anochecer y respondió concisamente: «Hay que esperar.»

Y se pusieron a hablar de asuntos serios...

DOMINGO, 14 DE FEBRERO DE 1858

SEGUNDA APARICIÓN

14 de febrero de 1858, domingo de carnaval. Durante la mañana de fiesta, con todo el tiempo del mundo para ellas, la curiosidad de las niñas llegó a su apogeo. En un extremo de la plaza de la iglesia, a la entrada de la misa mayor de las diez, se formaron conciliábulos bajo el sol, que se reanudaron al salir.

La discusión pudo pasar desapercibida porque ocupa a unas niñas pobres de la clase gratuita: «Bernadette ha visto una cosa en Massebielle.»

Éste y ningún otro era el tema de conversación. La principal interesada, sumida en sus cavilaciones, no intervino.

—¡Nosotras vamos contigo!

—A mí me gustaría ir, pero mi madre no me deja.

Bernadette vacilaba entre dos sentimientos. Le atraía la gruta: sentía curiosidad, deseaba verificar lo ocurrido, y algo más que no sabía explicar. Pero el padre y la madre habían pronunciado sobre el tema unas palabras definitivas, a las que no podía oponerse.

Las otras niñas no mostraban su misma moderación.

—¡Vamos a preguntar nosotras!

El permiso

Toinette, escoltada por Thérèse Courouau y Catherine Mengot, se llevó a Bernadette por la calle de trazado irregular que unía la plaza de la iglesia con la calle des Petits-Fossés. Pese al ingenio y las sonrisas de las niñas, Louise no se dejaba ablandar y se mantenía firme en su negativa, llena de temor y de objeciones.

—Os caeréis al agua.

—No, tendremos cuidado.

—No estaréis de vuelta para las vísperas.

—¡Sí!, lo prometemos.

Las chiquillas tenían respuesta para todo, pero Louise seguía inmovible. Creyó que podría zanjar el asunto escudándose en la autoridad del padre, con quien había tomado la decisión, pero su cálculo se reveló equivocado: las niñas sabían que François era incapaz de negarle nada a Bernadette. Se fueron, pues, a buscarle.

François estaba trabajando en el «campo común». Había encontrado empleo en casa de Cazenave, que explotaba la diligencia de Bagnères. En ese trabajo no había «domingos». Así recuperaba el tiempo que había estado parado en mitad de la semana. El asunto de la gruta tenía preocupado a François. No había olvidado la acusación que hicieron caer sobre él el último mes de marzo... Aquella maldita historia de la harina que quisieron endosarle. Si la policía metía las narices en lo de la gruta, ¿qué más podría ocurrir? Nada bueno, en cualquier caso.

—No —respondió secamente, más si cabe porque Cazenave, una silueta negra a contraluz en el umbral, estaba presente. ¿Qué pensaría él de todo eso?

Pero el «patrón» resultó un aliado imprevisto de las niñas, que ya le habían hecho sus zalamerías.

—Deja hacer a las niñas. Una señora con un rosario no puede ser nada malo.

François se sentía apesadumbrado, inquieto. Las lágrimas asomaron a sus ojos. Imaginó una salida de compromiso, que intentó imponer con expresión de autoridad.

—De acuerdo, pero te doy sólo un cuarto de hora.

Bernadette observó con honradez que un cuarto de hora no bastaba, pero que intentarían tardar lo menos posible. Regresaron triunfantes a ver a Louise, que sintió duplicarse sus temores.

—¿Y si esa cosa es algo malo?

—Llevaremos agua bendita.

Por fin dio su autorización, acompañándola de mil recomendaciones. Cinco pares de zuecos se alejaron al galope por la calle irregular. Las primeras en llegar se detuvieron para recuperar el aliento a la puerta de la iglesia, esperando a Bernadette, siempre la última por culpa del asma. Genuflexión, señal de la cruz y una breve oración bajo la bóveda artesonada. El frasco que sumergieron en la pila de agua bendita dejó una diadema de burbujas. Después de taparla salieron en dirección a

Massabielle.

En ese momento eran una docena de niñas, «unas mayores, otras más pequeñas que yo», observaría Toinette. Se formaron dos grupos. Las pequeñas caminaban presurosas al lado de Bernadette y de su hermana. Las mayores lo hacían a su paso, por detrás.

En el camino de la gruta

Ya conocemos el trayecto: la cuesta de Baous, la torre, el Pont-Vieux... pero en vez de continuar hacia Savy como el jueves (Toinette había aprendido la lección del agua fría) doblaron por el camino del bosque.

Subiendo la cuesta del *Chioulet*, donde las rodadas eran profundas, se cruzaron con un paseante que, aparentemente advertido de algo, Dios sabría cómo, mostró su interés por el grupo. Adoptó un aire avisado, inquietante, y al verlas tan decididas dejó caer una enigmática advertencia: «Tened cuidado para que eso no se os lleve.»

Esas palabras no lograron amilanar el impulso del grupo, pero sí avivaron, sin que dieran muestras de ello, algunos temores secretos: la excitación constituía uno de los atractivos de la aventura, excepto para Bernadette. En lo alto de la pendiente que dominaba las rocas de Massabielle, Bernadette tomó aliento en el torrente cavado por las pisadas de los puercos. Dejó atrás a las otras niñas, se deslizó y se levantó con una agilidad desconcertante, como suspendida en la alegría que planeaba por encima de ella.

«¿Ves algo?»

La perdieron de vista en los bosquecillos. Volvieron a encontrarla ya abajo, arrodillada, con el rosario entre las manos y al lado de un bloque rocoso colocado de través en la entrada de la gruta. En su gesto de recogimiento no había asomo de su respiración ahogada. «¡Cuánto has corrido!»

Pero ella, concentrada en su oración, no escuchaba lo que le decían. Las que llevaban un rosario lo sacaron: eran rosarios de cuatro chavos. El de Toinette se lo había comprado Bernadette en Bétharram. Notaron en las rodillas el duro contacto del suelo, húmedo, pedregoso y desigual. Varias niñas se quedaron de pie. Estaban demasiado asustadas y reconcomidas por la curiosidad para rezar bien. Observaron los agujeros de las bóvedas,

moviéndose agitadas alrededor de Bernadette. «¿Ves algo?»

Entretanto, el grupo de Jeanne seguía subiendo, un poco ofendidas porque las pequeñas no las hubiesen esperado. ¡Si creían que ellas iban a correr! Al contrario, las mayores acortaban el paso con dignidad. Buscaron un punto de observación mientras urdían confusamente una represalia.

La claridad

Abajo acababan de terminar la segunda decena. Bernadette se estremeció imperceptiblemente.

«Ahí está la claridad. —Y un instante después—: *Querat lo!* ¡Ahí está! Lleva el rosario colgando del brazo derecho. Os está mirando.»

Las pequeñas entornaron los ojos, preguntándose qué era, sin ver nada. Tampoco vieron mucho más cuando Bernadette anunció los saludos o las sonrisas de la señora y rodeó con un brazo el cuello de su vecina para conducirla hasta el eje de la hornacina. Intrigadas, emocionadas e irritadas, sólo vieron cómo su amiga empezaba a moverse enérgicamente. Llevaba la botella que le había pasado su vecina. Dejemos que sea ella quien nos lo cuente.

Empecé a echarle agua bendita mientras le decía que si venía de parte de Dios se quedase, y si no, que se fuese, y me daba prisa en seguir echándole agua.

Ella sonrió, inclinó la cabeza y cuanto más la rociaba yo, más sonreía ella e inclinaba la cabeza, y más la veía yo hacer sus señas... y entonces, muy asustada, me apresuraba a rociarla y lo hice hasta que la botella se vació.

Las otras contemplaron la escena con curiosidad y preocupación. Delante de la caverna, perforada por tanto misterioso agujero, el enigma de la presencia invisible (¿maléfica o benéfica?) las obsesionaba más de lo que se atrevían a confesar. Si no fuese por el sentimiento de ir en grupo...

El miedo

De pronto, en lo alto, oyeron un fragor breve y sordo, una especie de estallido entre la hiedra, algo que caía en picado, estallaba abajo, muy cerca de Bernadette... y «saltaba» al Gave, donde salpicaba el agua.

¿Qué pasaba? Antes de averiguarlo, varias niñas presas del pánico ya

habían escapado dando gritos. Creían que «la cosa» las perseguía. El hermano Cérase, que en ese momento iba paseando por la carretera de Pau, a trescientos metros del Gave, vio la bandada de niñas en la cuesta, corriendo de cara a las que bajaban y entre sus gritos reconoció algo en común: «¡Escapemos! ¡Eso nos persigue!»

En lo alto, Jeanne Abadie, que se preparaba para disfrutar de la «bonita broma» que había tramado, ya no se sentía tan orgullosa. Pues ella era la que había sembrado el pánico. De forma impulsiva, había traducido el descontento del grupo que se encontraba con ella ahí arriba. «Ya que no nos han esperado, voy a darles un susto», había anunciado con expresión misteriosa.

Dicho y hecho. Desde lo alto de la escarpadura arrojó una piedra «grande como un sombrero».

«¡Yo te aplastaré tu señora blanca!»

La piedra cayó proyectando algunos pedazos a la derecha de Bernadette, antes de terminar su carrera en el Gave. Apenas la vio caer por la pendiente, Jeanne se llevó la mano a la boca dándose cuenta de que acababa de cometer una tontería. El temor de las que huían se apoderó de ella.

Mientras empezaban a explicarse, una chica volvió de abajo, menos nerviosa aunque no menos asustada que sus compañeras. «La has matado», le gritó a Jeanne Abadie.

La recién llegada reprimió su primer impulso de escapar e intentó llevarse a Bernadette. Pero la vidente seguía allí, pálida e inmóvil, sin responder... Al oír esto, unas escaparon, mientras otras bajaron hasta la gruta para encontrar a su amiga en el mismo estado: los ojos desmesuradamente abiertos y pálida como la cera.

El estrépito de la piedra que hacía un instante había conseguido asustarla un poco casi la había hecho atrincherarse en el éxtasis que empezaba a adueñarse de ella. Durante toda la primera parte de la aparición, sin dejar de «ver», había podido hablar con las otras con entera libertad. Ahora, ajena al mundo exterior, se hallaba absorta en la visión. «¿Qué te pasa? ¿Dónde te duele? ¡Responde!»

No hubo respuesta. Bernadette seguía arrodillada con las manos juntas. Sus ojos, clavados en el agujero del peñasco, no parpadeaban. Sus compañeras empezaron a empujarla y a zarandearla, tratando de forzarla a

levantarse, pero aunque apenas oponía resistencia, parecía muy, muy pesada, un verdadero saco de harina.

¿Era aquel misterioso estado en que estaba lo que la hacía tan pesada? ¿O bien era el temor lo que impedía a las niñas tocarla y llevársela de allí como habrían hecho en otras circunstancias? En cualquier caso, el fardo era superior a sus fuerzas. Era preciso pedir ayuda.

De la gruta al molino

Las que salieron a buscar ayuda no tuvieron que andar demasiado, pues la madre del molinero de Savy, Jeanne Barrau-Nicolau, y su hermana, Jeanne-Marie, que iban paseando por el pie de la cuesta, subieron al oír los gritos y ahora se las veía bajar por el sendero que llevaba a la gruta. También ellas intentaron levantar a Bernadette, también sin éxito. Regresaron al molino; ahí hacía falta un hombre.

Antoine, el molinero, un mocetón de veintiocho años, bajo y fornido, casado hacía dos años, se estaba vistiendo para ir al albergue a celebrar el carnaval.

«Bernadette Soubirous está en la gruta. Está viendo algo. No sé qué es, pero no puedo traerla. Ven a ayudarnos, tú que eres fuerte.»

Antoine Nicolau interrumpió su aseo y acudió a todo correr, sin recoger siquiera la gorra y la chaqueta. En el camino se cruzó con Pauline Bourdeau, que huyó asustada. Abajo sólo encontró a «tres o cuatro niñas pobres» llorando.

Bernadette continuaba en el mismo estado. Para el molinero, a quien ningún temor empujaba a dramatizar, la escena adquiriría un cariz distinto del que tenía para las niñas. A pesar de las prisas, se quedó un momento mirando sencillamente.

Bernadette estaba de rodillas... con los ojos muy abiertos, clavados en la hornacina..., las manos juntas... el rosario entre los dedos. Las lágrimas le caían por la cara. Estaba sonriendo y tenía una expresión hermosa... más hermosa que todo lo que yo he visto. Me dio pena y alegría, y todo el día me sentí conmovido al pensar en ella... Me quedé quieto un rato, mirándola... Las chicas estaban como yo, se decían algo unas a otras; mi madre y mi tía estaban tan embelesadas como yo... Miré hacia la hornacina, pero no vi nada. A pesar de su sonrisa, me daba pena lo pálida que estaba.

Fue la tía Nicolau quien puso fin a la contemplación. «Cógela, y vamos a llevárnosla a casa.»

Nicolau la levantó cogiéndola por debajo de los brazos, por detrás. Bernadette no emitió «ningún gemido; sólo una respiración un poco rápida». Para llevársela, él la cogió por el brazo derecho, mientras su madre la cogía por el izquierdo. De cerca pudo verle la cara brillante por las lágrimas. A falta de pañuelo, se las secó con los dedos. Luego intentó sacarla de allí. Opuso más resistencia de lo que cabría esperar de aquel gato flacucho que no pesaba ni la mitad de un saco de harina. Nicolau entendió qué estaba pasando: lo que la retenía era lo que ella estaba viendo, con los ojos «clavados en lo alto». Entonces abordó la dificultad por su causa.

Le tapé los ojos con la mano e intenté obligarla a inclinar la cabeza, pero ella la levantaba y volvía a abrir los ojos con la misma sonrisa.

Se la llevaron de todos modos hasta abajo del corto sendero. Pero allí la dificultad aumentaba debido a la acusada pendiente y al terreno que se desmoronaba.

Mi madre la sostenía por una mano y yo por la otra, los dos tirábamos de ella hacia delante..., mi tía y las niñas [empujaban] por detrás. Ella hacía un esfuerzo para bajar sin hablar, y había que ser fuerte para arrastrarla. Mientras subía, seguía estando pálida, y mantenía los ojos abiertos y fijos. Cuando llegué a la llanura estaba sudando.

El molinero se enjugó el sudor. Su ánimo se debatía entre la admiración y la inquietud. Le costaba forzar a aquella niña de otro mundo. Algo confundido, la acompañó por la pendiente, donde su tarea se hizo más fácil. Se sentía conmovido al contemplar la cara transfigurada de la niña. De vez en cuando le secaba los ojos con sus gruesos dedos, como si pretendiera disculparse. No conseguía entender cómo podía derramar aquellas lágrimas mientras sonreía tan dichosa.

Toinette, tan animosa al planear la expedición, se volvió a Marie Choutou acusándola de ser la responsable.

«Tú tienes la culpa de todo..., de que mi hermana se vuelva imbécil.»

Un señor con bastón y sombrero, Romain Pimorin, propietario del prado de enfrente, que estaba dando un paseo, lanzó una mirada desaprobadora al grupo y pasó altivo.

Un hombre del valle de Batsurguère, en blusa y boina, subía también

en aquel momento, de regreso a su casa. Al ver a la comitiva que mostraba tal desasosiego, se detuvo un instante adoptando una actitud bonachona y animosa. La chiquilla que sonreía no parecía estar enferma. «No se asusten, no será nada.»

Por más que Bernadette seguía igual, el grupo recobró un poco el ánimo. Una pausa más junto a la fuente Brioulente, y ya era la última etapa. Por fin llegaron al molino de Savy. En el umbral, Bernadette, que seguía con la cara y los ojos vueltos hacia arriba, agachó la cabeza; su sonrisa se apagó y el color volvió a su cara.

Desde el momento en que cayera la piedra, la vidente había perdido la conciencia del mundo exterior. No hubo desde entonces más que la sonrisa de *Aqueró*. No se había dado cuenta ni del trayecto ni del cambio del paisaje, ni del esfuerzo y los gritos. Y ahora volvía a encontrarse en el mundo, con los pies en el suelo; ruido, agitación. La sentaron. Se vio rodeada por un círculo de caras llenas de curiosidad. En primer plano vio la nariz aplastada del molinero y sus ojos verdeazulados que la contemplaban interrogantes y muy vivaces por debajo de las cejas. Algo emocionado, sonreía a duras penas y bromeaba torpemente para disimular su emoción.

—Pero ¿qué es lo que ves en ese agujero? ¿Ves algo feo?

—Es una muchacha muy bonita, lleva un rosario colgando del brazo...

Bernadette, enteramente penetrada aún por su contemplación, imitó el gesto de *Aqueró*: juntó las manos, «palma contra palma», según tradujo el molinero.

Del círculo de caras que se apiñaban a su alrededor surgieron nuevas preguntas, en medio de una gran confusión. Aquel retorno al mundo de todos los días era penoso. Sobre su cuerpo, de regreso a una vida más mustia, Bernadette notó entonces las uñas de las amigas, que la habían agarrado del brazo, como si ella fuera un saco, y el rudo apretón del molinero en la parte superior de su brazo derecho. Se percató de lo desordenada que llevaba la ropa, que le habían tironeado por todas partes, y del cansancio del forcejeo sostenido sin darse cuenta contra esa jauría bienintencionada que pretendía separarla de su felicidad. Aquello le dolía un poco... Pese a todo, sentía que una gran calma la aislaba y la mantenía por encima de todo el alboroto: algo nuevo que no sabría cómo explicar habitaba en su corazón. Podría haber diez veces más caras, preguntas, dolor y desorden en su ropa y seguiría conservando aquella paz, distinta de

la del primer día, pero que había ganado en seguridad, pues la aventura y la sorpresa ante lo desconocido habían cedido su lugar a una impresión nueva: el regreso de una amiga, de rostro y sonrisa ciertos. Menos mal que era así, ya que los ataques iban a ser duros.

Entretanto, los presentes se mostraban muy solícitos. Desde la silla la trasladaron hasta la cama para que pudiese descansar y luego de nuevo la colocaron en una silla, cerca del fuego. La casa se iba llenando de gente, sobre todo de mujeres. En el molino ya no cabía una aguja.

Mat y su bastón

En la entrada se formó una algarabía.

«*Het plaçaa! Het plaçaa!*» (¡Dejad paso!)

Era Louise Soubirous quien llegaba sofocada y con su garrote en la mano. Había ido a charlar con Cyprine Gesta, para distraerse aquel domingo por la tarde, cuando un grupo de niñas irrumpió en la casa. Hecha un mar de lágrimas, Toinette no fue capaz de juntar dos palabras. Fueron las otras niñas quienes dieron las explicaciones: «Bernadette está en el molino. Ve a una: señora que la sigue y no pueden moverla. Venga a buscarla.»

Louise acudió corriendo, acompañada por su vecina y seguida por Toinette y las demás niñas.

Tan pronto la vio, Jeanne Baloume se esfumó. Sabía que no era santo de la devoción de Louise y creía adivinar sobre quién caería el bastón. Se fue, sin recibir castigo, pero con un peso en la conciencia, un peso que conservó durante mucho tiempo.

Louise consiguió entrar a duras penas. El molino estaba a rebosar de gente. Los paseantes del domingo y las comadres que habían presenciado el retorno entre lágrimas de las niñas se apretujaban en la puerta sin poder entrar. La gente puso su mejor voluntad en ceder el paso a la madre, que pronunció una acelerada regañina con el aire que le quedaba en los pulmones:

—¡Mala! Que haces correr a todo el mundo detrás de ti.

—Yo no le he dicho a nadie que me siga.

Bernadette pronunció estas palabras con sencillez, sin rodeos, pero también sin la intención de provocar. Su tono causó cierta impresión. La madre levantó el bastón, como tenía decidido. Estaba enfadada y acos-

tumbrada al deber de castigar. Pero los presentes simpatizaban con la niña. Contuvieron su gesto y trataron de ablandarla, intercediendo en su favor, sobre todo Cyprine Gesta y la tía Nicolau, a la que el éxtasis había dejado muy impresionada.

—Madre Soubirous, si usted la hubiese visto como la he visto yo, no se le ocurrida pegarle. ¡Le digo que parecía un ángel!

La cólera de Louise se fundió en lágrimas. Ya no sabía qué hacer ni qué pensar. Se derrumbó sobre una silla. Las penalidades y una alimentación escasa la convertían en una fuente... Era ella la que necesitaba consuelo.

«No quiero que vuelva a ir»

La gente empezó a dispersarse. Nicolau se marchó antes de que llegara Louise, pues los amigos le estaban esperando en el café. Al pasar por la esquina de la calle Baous y de la calle del Bourg, avisó de lo ocurrido a Bernarde Castérot, madrina de Bernadette. «¡Dios mío! — exclamó la mujer, negando con la cabeza—. ¿Cómo se le ha ocurrido a esa niña ir allá?»

Cyprine Gesta, acompañada por otras mujeres, fue a visitar la famosa gruta... «Nada más que un agujero y un rosal», y las otras fisgonas quedaron tan decepcionadas como ella.

Louise se llevó a las niñas a casa. En el camino vació el saco de los reproches que había contenido hasta entonces. «¿Y ése es el cuarto de hora que iba a durar todo? ¿Y las vísperas? Si no llego a venir yo a buscarte, te las habrías perdido... ¿Es eso lo que aprendes en la gruta? ¿Qué? ¿Estarás contenta cuando vengan a llevarse a tu padre a la cárcel?»

Aquellas palabras dolían más que las uñas de sus compañeras y los dedos del molinero.

Debían de ser las dos y media. Cyprine Gesta, que no había conseguido averiguar nada durante su visita a la gruta, entró en el calabozo. Bernadette tenía que contar qué era lo que había visto. Pero Louise estaba enfadada. «Son fantasías. No quiero que vuelva a ir.»

En seguida dieron las tres. Sonaron campanas de vísperas. Bernadette vació su corazón de la tristeza y la alegría en que se debatía. Por obediencia, trató de despedirse de la gruta.

Aquella noche la noticia empezó a circular por la ciudad, que celebraba el domingo de carnaval.

«Bernadette se ha encontrado mal en la gruta», contó alguien en casa de la tía Bernarde.

«Se ha quedado como imbécil.»

«¡Ha visto algo que se ha puesto a seguirla!», contó alguien en otro sitio.

En el mismo relato mezclaron la aparición y la piedra que cayera rodando. El acontecimiento no suscitó gran interés: no eran más que chiquilladas. Estuvieron hablando del asunto por matar el tiempo a falta de mejor noticia en la que hincar el diente.



LUNES, 15 DE FEBRERO DE 1858

Armándose de valor, el lunes por la mañana Bernadette se dirigió a la escuela, donde tenía dificultades para salir adelante. Voces ebrias y gangosas se dispersaban con el alba. Los últimos juerguistas del domingo de carnaval regresaban a sus casas, buscando apoyo en los muros de la calle.

La escuela tenía dos entradas. Por la primera pasaban las niñas calzadas con zapatos y bien vestidas. Por la otra, las chiquillas calzadas con zuecos, con vestidos deshilachados y remendados, unas niñas que no siempre olían bien. Eran las de la «clase gratuita», la «clase de las indigentes», donde se aprovechaba el material viejo. Bernadette fue a ocupar su fila.

«Carnavaladas»

La madre superiora (madre Ursule Fardes) recibió a las niñas con la expresión severa de los días importantes. Clavó en el grupo aquella mirada suya a la que nada se le escapaba, deteniéndose especialmente en Bernadette, una completa ignorante, que se había incorporado a la clase hacía menos de un mes, iniciado ya el curso. La miró fijamente. Alguien le había contado algo.

—¿Ya has terminado con tus carnavaladas?

Las que habían estado en la gruta bajaron la cabeza con expresión lastimera. ¿La madre superiora también estaba enterada de lo de la piedra? Las que no habían estado en la gruta sonrieron; cuchicheando y dándose codazos, apuntaban hacia ella sus índices muy informados. Una mirada severa puso fin a esta conducta y volvió a detenerse en Bernadette, que pronunció un «sí» tristón. La hermana le explicaría más tarde:

—Es una ilusión.

—¿Eh?

—Como un sueño. No hay que hacer caso.

Bernadette lo había entendido muy bien: la clave era «hay que».

«Hay que» trabajar; «hay que» resignarse; había que hacer casi siempre algo distinto de lo que a una le gustaría. Bernadette se esforzó en volver la página. En la gruta se estaba tan bien; bueno, se había acabado; acabado del todo. Con pena volvió a la tarea escolar, que la rehuía... ¿Por qué las letras se negaban a entrar en su cabeza? ¿Y por qué la resolución de no volver a la gruta también se negaba a entrar? Debía de ser por lo de siempre: tenía la cabeza dura. Bernadette escondió el pedazo de roca que era su cabeza entre las manos y trató de prestarle toda su atención al vocabulario.

Al final de aquella interminable mañana, la autoridad del deber se manifestaría de manera más impresionante. Eran las once. Bernadette abandonó la escuela con alivio, sin percatarse de la presencia de las dos siluetas apostadas bajo la columnata: eran Sophie Pailhasson, una mujer que frisaba los cuarenta, ruda y seca, acompañada por sor Anastasia, la más «dura» de las maestras de la escuela, la maestra a la que las niñas «detestaban» más. Sophie estaba al corriente de lo ocurrido en la gruta. Tenía sus propias ideas sobre la educación. Los padres deberían retener a sus hijos en lugar de dejarles sueltos para que hiciesen tonterías. Si hubiese más severidad, no habría tantas niñas perdidas. Dejaremos que cuente lo que siguió:

Sor Anastasia me dijo:

—Señáleme a esa cría (drôle) cuando pase.

Así llamaba a Bernadette, a la que no conocía aún. Cuando distinguí a Bernadette, la avisé con un fuerte susurro.

—Mire, ahí está la cría.

La hermana la agarró por un brazo y la zarandéo bruscamente mientras le decía:

—¡Chalada! ¡Chalada! ¡Como vuelvas a ir a la gruta, te encerrarán!

Se oyeron algunas risas burlonas. Bernadette se alejó aturdida, aunque sin rencor, esforzándose en sonreír... «Pero ¿qué es lo que me está pasando? Ay, sí, se ha acabado, se ha acabado para siempre.»

En el taller

Acabado, se dice pronto. El asunto volvió a reavivarse aquella misma

tarde. Estaban en el taller de manualidades. Bernadette se encontraba allí como pez en el agua. Sus dedos eran inteligentes y los buenos resultados hacían más agradable su esfuerzo. La tía Laguës ya había sacado provecho de esta habilidad en Bartrès. En la escuela, estas cualidades le granjeaban los celos de algunas.

La propia Jeanne Baloume, fecunda en toda clase de ocurrencias chuscas, nos lo ha contado... Un día propuso una especie de concurso para ver quién hacía la mejor petaca para guardar tabaco. La suya no era nada bonita, así que por despecho la arrojó por encima del seto del jardín. La de Bernadette, en cambio, daba gusto verla. El cerebro de Jeanne concibió un plan diabólico. «Tienes que regalársela a X.»

X era un chico que al parecer se había fijado en ella en el catecismo. A pesar de lo mucho que le insistieron, la prudente Bernadette no hizo nada. Pero Jeanne encargó a una compañera que le llevara la petaca al chico «de parte de Bernadette». De ahí, risas, cuchicheos Y sobreentendidos que la distante tranquilidad de la interesada no tardó en desalentar.

Ese día no se trataba de ninguna petaca sino de costura en serio con la buenaza de sor Damien Calmels siempre tan absorta que nunca llegaba a enterarse de nada. Ni siquiera de lo que pensaba su superiora. Ahí estaba la doble tentación de ponerla en un aprieto y de gastarle una broma a Bernadette. Con aire de secreteo, algunas niñas se dieron codazos hasta conseguir llamar la atención de la religiosa. «¡Cuéntale a la hermana lo que has visto!

Bernadette no tenía ganas de contar nada. «No sé hablar francés...»

Que por eso no quedara. Las otras se lo contaron a su manera; en realidad, del revés. ¿Es que lo habían entendido al revés? ¿Y no estaban contándolo con cierto malintencionado placer? Bernadette sabía, pese a todo, suficiente francés para entender que la cosa no iba bien. Las corrigió enérgicamente; no, no había ningún ramo de flores y la visión no la había perseguido. Sor Damien estaba perpleja. Todo aquello le parecía de lo más extraño y, sin embargo, el tranquilo aplomo de Bernadette así como lo pertinente de sus intervenciones invitaban a creer en sus palabras... Pero no, no sería razonable. La religiosa transformó su perplejidad en una expresión de indiferencia y concluyó, como había hecho la superiora: «Te has tenido que equivocar. No repitas eso delante de nadie. Se burlarán de ti...»

Burlarse era algo que las otras hacían continuamente. Empezaban a improvisar la serie de burlas que repetirían durante meses: «Bernadette va

a la gruta de los cerdos. Ve a una mendiga.»

Y luego le llovían las preguntas sin cesar con todo el juego de comparaciones. La chica de la gruta era *tan guapa como quién*. ¿Era más guapa que la señora Pailhasson? Pese al prestigio casi mítica de la señora Pailhasson, cuyo encanto natural se veía realzado por los tres mil francos de deuda que había dejado en casa de su modisto, Bernadette rechazó la analogía con conmisericordia.

Decididamente, habría sido mejor atenerse a su idea inicial: guardar para sí misma lo que nadie podía entender. ¿Por qué aquel 11 de febrero, al regresar de la gruta, no se mantuvo más firme? Debía recuperar el silencio, lo que a la larga resolvería muchas cosas, la pastora de Bartrès lo sabía por experiencia. Hizo esfuerzos por mostrarse indiferente y a veces le parecía que lo conseguía.

MARTES, 16 DE FEBRERO DE 1858

El martes de carnaval por la mañana, el asunto parecía definitivamente concluido. La cordura de los padres y de las hermanas, las burlas y las humillaciones de las compañeras, así como el silencio plácido de Bernadette, contribuyeron a reinstaurar el orden.

Sin embargo, cuando salía de la escuela, una criada abordó discretamente a Bernadette: «La señora Milhet quiere hablar contigo.»

Una antigua criada

Bernadette conocía a la opulenta cuarentona que había sido criada del señor Milhet antes de convertirse en su esposa. Se hacía notar por su robustez y sus ricos vestidos, algo extravagantes, que confeccionaba ella misma con la ayuda de Antoinette Peyret. ¿Qué podía querer la señora Milhet? Información sobre la gruta. Bueno, pues lo sentía por ella, pero no. La criada regresó de vacío.

Su negativa tendría que haberle valido algunas felicitaciones, y sin embargo fue motivo de preocupación para Maï, que se preocupaba por todo. Parte del pan que se comía en aquella casa venía de la colada que le hacía a la señora Milhet. Había que ser amable con ella.

Por otro lado, tanto si se quería como si no, la señora Milhet siempre conseguía lo que se proponía. A la salida de la escuela, su emisaria se presentó de nuevo, con la consigna de traer consigo a Bernadette, por el medio que fuera... La casa estaba situada en la calle Saint-Pierre, al lado de la del comisario Jacomet. Bernadette fue mejor recibida por cuanto su negativa de la mañana había dado valor a su consentimiento de la tarde.

La señora Milhet sentía gran curiosidad. Había oído hablar de los hechos del domingo y el lunes le dijo a Antoinette Peyret: «Enviaremos a buscar a Bernadette y le haremos algunas preguntas para averiguar si está mintiendo.»

El interrogatorio

Empezó a sondearla con habilidad, planteando algunos escollos, a la que la muchacha daba una respuesta breve y pertinente. La señora Milhet estaba cada vez más interesada.

—Iremos juntas a la gruta.

—Me han prohibido volver.

Bernadette ya había dicho adiós a Massabielle y sostenía ahora el punto de vista de la autoridad. Pero su interlocutora no estaba dispuesta a resignarse.

—¡Sí, sí! Hay que aclarar este asunto. Yo te acompañaré a tu casa. Conozco bien a tu mamá. No podrá decirme que no.

La señora Milhet entró armada de decisión en el cuchitril de la calle des Petits-Fossés. Aunque algo impresionada por el hedor, supo no manifestarlo y desplegó toda su amabilidad e insistencia.

—El domingo me llevaré a Bernadette a la gruta para aclarar este asunto.

Louise quiso protestar. ¡Les había costado tanto convencer a aquella boba para que se quedase tranquila! No era el momento de animarla a que volviese a caer medio muerta y que todo Lourdes saliese corriendo detrás de ella.

—¡Nadie se va a enterar!

La señora Milhet enunciaba las cosas con una autoridad en la que no cabía apelación. No había situación que se le resistiera. Además, Louise notaba su estómago vacío, al igual que la bolsa en el fondo de la faltriquera. ¿Podía permitirse llevarle la contraria a quien la empleaba? Había que ser amable con la señora Milhet.

A partir de mañana

La dama regresó satisfecha a su casa. Se lavó las manos y se cepilló la ropa para desprenderse del penetrante olor de los Petits-Fossés, del que le había quedado algún resabio.

Antoinette Peyret llegó más tarde. Estaba convocada al interrogatorio de Bernadette, pero no había podido llegar a tiempo. Cuando lo hizo, se encontró con el programa ya trazado.

—He convenido con ella y con su madre que iremos el domingo. ¡No

quiero que nadie nos vea!

Antoinette enarcó las cejas sorprendida.

—¿El domingo? No es el mejor día.

Adivinaba la muchedumbre de paseantes en busca de alguna distracción con que apaciguar el taciturno aburrimiento de los días festivos. La señora Milhet, que no le agradaba volverse atrás en sus decisiones, replicó con rotundidad:

Ya está decidido.

Pero las labores de costura invitaban a la reflexión. Antes de que su empleada se marchara, sugirió:

—Antoinette, vaya a ver a los Soubirous a ver si podría arreglarse para el jueves.

Antoinette vaciló. Ella era demasiado tímida para ir a hablar con los habitantes del calabozo. Aquella miseria la sobrecogía, sobre todo si estaba presente François con su ojo tuerto, pues «hacía daño» mirarlo a cara. La gente murmuraba que era un bebedor... Antoinette se batió en retirada, arguyendo apremiantes motivos para marcharse, y dejó a la señora Milhet muda en sus cavilaciones.

MIÉRCOLES, 17 DE FEBRERO DE 1858

El miércoles, 17 de febrero, volvió a plantearse el asunto, propiciado por las labores de costura. Feliz de poder escudarse en las labores, Antoinette aventuró algunos de sus pensamientos más íntimos.

—¿Sabe, señora, en qué he estado pensando?

—¿Eh?

—Un vestido blanco, una cinturilla azul y un rosario, ¿eso no le dice nada?

—¿Eh?

—Es nuestro uniforme de hijas de María.

—¿Y qué?

Antoinette se ensimismó en la labor antes de sobreponerse a su timidez y soltar de un tirón:

—Yo, señora, soy devota de las almas del purgatorio. Hay cosas... Bueno, pues que he pensado que Elisa Latapie... Puede que sea Elisa, que viene para pedir que recemos por ella.

La muerte de Elisa Latapie, que había tenido lugar el 2 de octubre del año anterior (1857), había causado una profunda impresión en toda la ciudad. El padre Peyramale envió una extensa descripción a monseñor Laurence para «alegrar su corazón de obispo». Unas horas antes de su muerte, Elisa Latapie pidió que se le preparase el hábito fúnebre, insistiendo en que se la amortajara con un atuendo modesto: «Su vestido de congregante, sin cinta ni encajes.» El sacerdote dio al entierro «la mayor brillantez, la mayor pompa posible».

La difunta continuaba edificando a sus íntimos a través de sus «voluminosos escritos, más asombrosos aún que su vida y que su muerte». ¿No sería entonces Elisa la que quería manifestar desde Massabielle un mensaje de ultratumba?

¡Decididamente, aquello no podía esperar más! De modo que la misma tarde del miércoles 17, la señora Milhet volvía a recorrer la calle

des Petits-Fossés llevando a remolque a Antoinette que, intimidada, se quedó delante de la puerta. La señora Milhet entró con paso firme y segura de su triunfo. Salió con el mismo talante: sería al día siguiente, antes de que clarease.

JUEVES, 18 DE FEBRERO DE 1858

TERCERA APARICIÓN

El jueves 18 de febrero, de buena mañana, Jeanne-Marie Milhet y Antoinette Peyret emprendieron, en una atmósfera de gran misterio, el camino hacia el calabozo; no del todo convencidas, por supuesto, pero más emocionadas de lo que quisieran confesarse a las puertas de su aventura de ultratumba. La emoción las había despertado antes de la hora prevista. Llegaron con adelanto.

Los golpes que dieron a la puerta del calabozo fueron devorados por el silencio, al que siguió un trajín de gente que se movía y se llamaba con voz entorpecida aún por el sueño. Bernadette aún dormía plácidamente. Se daría prisa...

Cuando por fin estuvo en la calle, Antoinette la observó llena de curiosidad: la veía por primera vez. En la oscuridad sólo llegaba a distinguir una silueta, el halo blanco de la capucha que destacaba en medio de la noche. Pudo verla un poco mejor en la iglesia, donde estaba empezando la primera misa, gracias al resplandor de los cirios a lo lejos. Según el plan trazado por la señora Milhet, el grupo permaneció en un rincón oscuro. Y abandonó la iglesia un poco antes de que terminara la ceremonia.

Hicieron el trayecto habitual, por el Pont-Vieux y el terreno pantanoso del camino del bosque. La señora Milhet repitió una vez más sus consignas, sobre todo las preguntas que había que hacerle a la aparición: quién era y qué quería. Dos frágiles siluetas flanqueaban a la opulenta matrona acompañando su paso al de ella. Era la primera vez que Bernadette hacía el trayecto de noche, pero se sentía bien. En la cima del despeñadero, sus compañeras vieron cómo parecía emprender el vuelo. «¡Bernadette! ¡Espera!»

Perdían el tiempo; la niña se encontraba ya en mitad del camino. Y llegaba mientras la señora Milhet, alcanzando la parte más inclinada de la pendiente, bajaba con suma precaución sentada sobre la falda, emitiendo

hondos suspiros.

Al llegar abajo, Bernadette comprendió que, llevada por el entusiasmo, había ido demasiado deprisa. Estaba claro que debía esperar. Contuvo sus prisas y entonces vio a la señora Milhet pegando a la cuesta todo el volumen de sus asentaderas, que desplazaba lentamente con pequeños movimientos temerosos de las manos y los pies, apoyados en el suelo. Una vez en pie, se sacudió el polvo y recompuso su autoridad.

«Qu'ey yé»

Cada una fue a ocupar su lugar. Bernadette, de rodillas sobre una piedra plana ligeramente atravesada, frente a la hornacina. En esta ocasión flanqueada por las otras dos.

A su izquierda, Antoinette acababa de encender el cirio, que puso a salvo de la corriente de aire contra una roca inclinada. A su derecha estaba la señora Milhet, que también se arrodilló. Para las dos mujeres, la hornacina era la puerta del purgatorio que misteriosamente iba a exhalar sus sufrimientos y demandas. Buscando una protección contra el vértigo que las ofuscaba, se aferraron a sus rosarios como a una mano apaciguadora.

«*Qu'ey yé!* (Ella está aquí), murmuró Bernadette apenas iniciado el rezo.

Las otras dos dirigieron la mirada a la hornacina pero no consiguieron ver nada. Al unísono, volvieron su mirada hacia la niña. Antoinette podía verla bien bajo el resplandor vacilante del cirio: un semblante tranquilo, dichoso, sin aquella palidez de otro mundo que había maravillado o espantado a los testigos del domingo anterior. Sus ojos claros miraban de frente, hacia lo alto, con un brillo de alegría. La señora Milhet la veía a contraluz, dentro del halo vibrante que creaba el cirio, un perfil oscuro tendido hacia el hueco del peñasco. La visión había llegado antes de lo que esperaban. Pero los imprevistos, aunque fuesen celestiales, nunca habían alterado los planes de la señora Milhet. Todo debía desarrollarse conforme al plan trazado.

«Cállate y recemos el rosario», replicó con autoridad.

Y cada una lo rezó por separado. La vidente, al ritmo de la muchacha blanca que, allá en lo alto, deslizaba las cuentas sin pronunciar una palabra; las otras cada una a su propio ritmo.

Una pluma y papel

Antoinette se levantó, pues había acabado primera. La señora Milhet terminó a su vez y guardó el rosario en el bolsillo. El ligero ruido de las cuentas destacaba en el silencio. Antoinette, que era quien llevaba la bolsa, se inclinó hacia Bernadette: «Vamos a hablar a esta señora...»

Era la segunda parte del programa.

Sacó una hoja blanca, una pluma y un tintero: todos los avíos de su padre, Peyret, el ujier. Se tratase o no del purgatorio, convenía que todo fuese tan claro como un atestado.

«Pregúntale a la señora qué quiere y pídele que lo ponga por escrito»

Le había repetido las mismas instrucciones más de diez veces desde el día anterior, sin olvidar detalle. Bernadette se levantó y caminó hacia la hornacina, seguida de las dos mujeres. Pero, de pronto, la vidente se detuvo y, sin volverse, con un expresivo gesto de la mano derecha que movió por detrás de la espalda, las obligó a detenerse en seco. Las dos retrocedieron como escolares cogidas en falta, sin entender el porqué de la reprimenda. Se eclipsaron hacia la derecha, arrebujándose en el hueco de la roca, fuera de la gruta, pero de manera que pudieran ver qué hacía Bernadette.

La niña parecía perpleja. Torció hacia la izquierda y subió la pendiente inclinada bajo la bóveda (tres o cuatro pasos); a continuación dio un cuarto de vuelta hacia la derecha, mirando a lo alto y con una sorpresa teñida de alegría, sonrió...

Bajo la cavidad interior

¿Pero qué estaba ocurriendo? Hacía un momento, mientras Bernadette caminaba hacia ella, *Aqueró* había retrocedido hasta el fondo del nicho. Bernadette, desconcertada, se detuvo. ¿Acaso al acercarse iba a provocar la huida de la muchacha blanca? Quiso advertir a sus compañeras, pero la voz se le había ahogado en la garganta. Fue entonces cuando les hizo aquella seña, sin apartar los ojos de la aparición. Ésta se iba desplazando hacia la izquierda, sin dejar de hacer aquel gesto con el dedo, que parecía decir: «Venid por aquí.»

¿Por aquí? ¿Cómo? Intuitivamente, Bernadette torció en la dirección que le indicaba. Así fue como llegó bajo la bóveda atravesada en aquel lugar por una ancha hendidura que comunicaba con la hornacina exterior.

Ahí estaba la muchacha blanca. ¿Había bajado por el pasillo rocoso? En realidad, lo sobrevolaba. Bernadette no la había visto nunca tan cerca. Por poco podría tocarla.

Se puso de puntillas y le alargó con los brazos extendidos la pluma y el papel, recitando al mismo tiempo la lección de la señora Milhet.

«*Boulet aoue era bouentat de mettre vostre noum per escriout?*» (¿Tendría la bondad de poner su nombre por escrito?)

La maravillosa muchacha blanca se echó a reír, en vuelta en su propia luz, con una risa como las que tienen las niñas en el cielo. ¿Qué era lo que le hacía tanta gracia? ¿Eran los avíos sacados de la escribanía del tribunal en manos de Bernadette, que no sabía leer? En cualquier caso, era una risa benévola y Bernadette se echó a reír al igual que ella de la extravagante ofrenda que sostenía en sus manos.

Aquello inauguró entre ellas un sentimiento de complicidad. ¡Qué amistosa era la mirada de la blanca visitante! ¡Y qué dulce iniciar con risas esa amistad! Después de la experiencia del agua bendita, que ella lamentaba ahora como una falta de delicadeza, se atrevía a amarla sin miedo. La risa de *Aqueró* terminó en una sonriente respuesta.

«*N'ey pas necessari.*» (No es necesario.)

Era la primera vez que oía su voz fina y suave. Ahora estaba segura de que no se trataba de una ilusión. Notaba la roca bajo sus pies y los tres objetos irrisorios que sostenían sus manos. *Aqueró*, más real aún que todo aquello y más presente, esa vez enlazó sus frases en tono serio.

«*Boulet aoue era gracia de bié aci penden quinze dias?*» (¿Quiere tener la cortesía de venir aquí durante quince días?)

La hija de los Soubirous, poco habituada a tanta deferencia, se quedó totalmente desconcertada. *Aqueró* llamaba de usted a una chiquilla a la que todo el mundo tuteaba; había dicho si quería *tener la cortesía*, una bonita y educada fórmula del dialecto de Lourdes. Bernadette respondió de corazón, sin detenerse a pensar en las consecuencias.

A su promesa le respondió otra promesa.

«*Non proumeti pas deb hé urousa en este mounde, mès en aoute.*» (No prometo hacerla feliz en este mundo, sino en el otro.)

Estas parcas palabras parecían dulces bajo la mirada de Aquélla que las pronunciaba.

Las dos mujeres, que se habían quedado semiescondidas a la derecha de la entrada, empezaban a impacientarse.

—¡Bernadette! ¡Pregúntale lo que te he dicho!

¿Cómo es que ellas no la habían oído? La niña bajó hacia ellas completamente sorprendida.

—Pero si se lo he preguntado bien alto.

Las dos adultas se mostraron no menos sorprendidas, e incluso algo irritadas. ¿De verdad que había estado hablando sin que ellas la hubiesen oído?

—¿Y qué ha pasado?

—Se ha echado a reír.

—¿Se lo has dicho bien?

—Sí.

—¿No te ha contestado nada?

—Me ha pedido que venga durante quince días.

A la señora Milhet le había ofendido verse excluida antes. La antigua criada, víctima en Lourdes de algunas habladurías, volvía a verse frente a su secreto sufrimiento. ¡Cómo! ¿También allí iban a excluirla?

—Pregúntale a tu señora si mi presencia le desagrada.

Tras los aires de superioridad que seguía adoptando, se traslucía su pesadumbre.

—Pregúntale si podemos acercarnos ahora —añadió Antoinette.

Bernadette tuvo un gesto animoso para las dos.

—Nada impide que vengan.

Se acercaron entonces muy felices, como si hubiese llegado el final de su penitencia. La señora Milhet, a la que su ascenso social había dejado entre dos clases, pues era objeto de las burlas de los de abajo y del desprecio de los de arriba, concedía mucho valor a saberse aceptada. Se arrodilló y empezó a rezar. Pero la visión había desaparecido, elevándose dentro de la cavidad donde el halo de luz se prolongó un instante. La aparición había durado algo menos de media hora.

En el camino de vuelta

Bernadette se levantó. Las dos mujeres la imitaron pensativas.

—Eso la ha estado mirando mucho rato —le dijo Bernadette a Antoinette.

A la señora Milhet no le gustó que hiciera diferencias. ¡Caramba, con lo oscuro que estaba, sólo podía mirar hacia aquel lado!

—Lo que miraba era el cirio.

Poco inclinada a creer en seguida y, sobre todo, a creerse digna de cualquier privilegio, Antoinette estaba dudosa.

—No, ¡la miraba a usted! La dama la ha mirado y ha sonreído. (*Era damo qué ha espiado en a ride.*)

De regreso, la señora Milhet se tomó su revancha.

—Si mientes, Dios te castigará.

Pero apenas acabó de pronunciar estas palabras, comprendió que era una advertencia vana, y se dejó ganar por la paz que la embargaba.

Habían recorrido las tres cuartas partes del camino cuando desde más arriba les llegó un ruido entre la maleza. Afortunadamente, empezaba a clarear y su ánimo estaba más tranquilo. Continuaron el ascenso sin temor. Arriba vieron llegar a un grupo de tres congregantes: Germaine Bayal, su hermana Marie y Alexine Latapie. ¿Acaso se habían oído algo? Los dos grupos se saludaron sin decir nada. «¡Demasiado tarde!», pensó la señora Milhet y dirigió una mirada triunfante a Antoinette. Habían hecho bien yendo temprano...

El arrepentimiento de Maiï

No podía saber hasta qué punto tenía razón... En efecto, aquella mañana, después de que se marchara Bernadette, Louise Soubirous se marchó muy temprano a lavar a casa de Fanny Nicolau, la institutriz. Informada por sus alumnas, Fanny Nicolau profirió su alarmante opinión, que era casi una reprimenda.

«¿Por qué ha dejado que la niña vaya a ese antro? Van a tener disgustos con el comisario.»

Cualquier cosa bastaba para trastornar a Louise, que dejó plantada la colada por si aún estaba a tiempo de alcanzar a su hija. Bernadette estaba ya de regreso.

Cuando recuperaron el aliento, las dos compañeras interrogaron a la niña sobre aquellas idas y venidas que no habían conseguido entender, y sobre todo por lo principal.

—¿Has reconocido a Elisa?

Bernadette negó con la cabeza.

—¿Y quién crees tú que era?

Bernadette no lo sabía.

—¿Y si fuese la Virgen? —aventuró la señora Milhet

«No en este mundo»

Bernadette guardó silencio. ¿Cómo saberlo, puesto que no había dicho nada? ¿Y cómo se iba a molestar la Virgen por alguien tan insignificante como Bernadette Soubirous?... Pero ese pensamiento la llenaba de alegría. Confió entonces las últimas palabras que la señora le había dirigido.

«También me ha dicho que no me prometía hacerme feliz en este mundo sino en el otro.»

¿No en este mundo? La señora Milhet, que tan bien había sabido labrar su fortuna terrestre, se quedó desconcertada. ¡Qué extraño! El misterio de la niña estaba haciendo presa en ella. Pero en su caso las impresiones rápidamente adquirirían la forma de una decisión práctica: «Entretanto, me ocuparé de que esta pobre niña sea un poco menos desgraciada.» De vuelta, contenta por el éxito de su aventura («¡ya le había dicho yo que nadie iba a enterarse!»), se dirigió a Louise con autoridad:

«Yo me haré cargo de su hija. La tendré en mi casa.» Louise no supo qué decir a esto. La imposición de la señora Milhet y la responsabilidad que adquiriría calmaban las inquietudes suscitadas por Fanny Nicolau. Maï trasladó la decisión a la autoridad de su marido y volvió a la tarea que había abandonado durante ya demasiado tiempo. Bernadette fue entonces a la cuadra de Cazenave para someter a su padre la cuestión. François consintió.

¡Qué pronto se solucionaba todo! Por un momento había visto cómo se levantaba un conflicto insalvable entre su promesa de la mañana y la prohibición y ahora tenía autorización para acudir a la gruta durante quince días seguidos... Nunca había tenido ante sí la perspectiva de una alegría semejante. «No le prometo hacerla feliz en este mundo.» La austera frase no empañaba su felicidad. Incluso formaba parte de ella. Sí, ésa era ya una felicidad que no pertenecía a este mundo...

A última hora de la mañana, Bernadette ya estaba instalada en casa de la señora Milhet. La casa estaba encarada al presbiterio de la iglesia, muy cerca de Marcadal. Bernadette se quedó sorprendida por la vista, pues daba sobre la plaza en la que hormigueaba la muchedumbre habitual de los días de mercado. Y todavía la sorprendió más todo el lujo de chucherías, péndulos, alfombras, cortinas rameadas, brillantes entarimados, y la ropa blanca con calados y sin remiendos. ¿Agradable? Sí, aunque sobre todo fastidioso. No era como sus estancias en casa de la tía Bernarde. Allí seguía estando en familia. Aquí, tanta blancura la separaba de los suyos. Era otro mundo, en el que uno comía cuando tenía hambre en vajilla blanca y con cubiertos de plata... La señora Milhet llenaba en abundancia el plato de su invitada. Y es que a ella, levantarse al amanecer le había abierto el apetito. Era sorprendente lo mucho que podía comer. El señor Milhet tenía la expresión bonachona y resignada de quien hacía tiempo que había perdido la costumbre de mandar en su propia casa. La nueva fantasía de su esposa le cogía preparado para todo.

Bernadette se sentía un poco avergonzada. Encontró un pretexto para volver a casa con los suyos. Toinette sentía celos de los nuevos privilegios de su hermana, y se lo hizo notar a «la señora Milhet».

«La heredera»

La llegada de la tía Bernarde les entretuvo. Ella, que el domingo anterior le había dicho al molinero: «¡Esa niña! ¿Cómo se le ocurre ir allí?», sentía ahora cómo la curiosidad podía más que su reprobación. Quería verlo. Además, no le gustaba la hospitalidad de la señora Milhet. Albergaba por la antigua criada la opinión severa de las personas que han sido criticadas por sus costumbres y que experimentan la necesidad de purificarse comparándose con los demás. No, aquello no le parecía bien a la tía Bernarde. Y sobre todo, que acaparara a su ahijada. La señora Milhet no pintaba nada ahí. Era asunto de la familia, y dentro de la familia, la tía Bernarde conocía bien cuáles eran sus responsabilidades. Ella, la mayor, la «heredera», como se decía en Lourdes; ella no era de la raza de las que abdicar.

«Iré mañana a Massabielle», anunció.

Louise recordó el secreto con que la señora Milhet había planeado toda la operación.

«Sobre todo, conviene que no se sepa.»

Pero la tía Bernarde, que había tenido noticia de la aventura no se sabía cómo, ya había hablado... un poco.

«Tienes que coger algo bendito», le dijo a Bernadette para desviar la conversación.

Al día siguiente por la mañana llevarían el cirio de congregante de la tía Lucile.

Lucile, Bernarde y sus amigas; aquello era demasiado para que el secreto continuase siéndolo. Y como era día de gran mercado, la noticia empezó a circular por Lourdes y hasta por el campo.

VIERNES, 19 DE FEBRERO DE 1858

CUARTA APARICIÓN

El viernes, muy temprano, la señora Milhet y Bernadette, con capucha negra, llamaban a la puerta de la calle des Petits-Fossés. Louise salió del calabozo. Josèphe Barinque, la zapatera, emergió de la oscuridad, donde había estado esperando acompañada por dos mujeres a las que no pudieron reconocer. Dieron dos golpecitos en los postigos de casa de tía Bernarde, al pasar por la esquina de la calle del Bourg, y ésta llegó envuelta en su capuchón. Si continuaba sumándose más gente a lo largo del camino, iba a congregarse una multitud. ¿Se desbarataría la victoriosa táctica de la señora Milhet? Por suerte, a esas horas la calle de Baous estaba desierta. La operación se mantuvo con discreción... al menos por ese día. Se reunieron menos de diez personas en el interior de la gruta, donde ya esperaban Germaine Raval y su amiga que, aunque heladas de miedo, se habían adelantado a las demás. También en esta ocasión los nuevos testigos se sorprendieron al ver bajar a Bernadette.

«Se va a romper la crisma», pensó Josèphe Barinque, que tenía grandes dificultades para llegar hasta abajo.

Bernadette no había esperado a nadie. Cuando las mujeres llegaron, la encontraron arrodillada a la derecha de una gruesa piedra. Empezó a rezar el rosario. Muy cerca de ella se situaron Germaine Raval y su amiga, satisfechas del éxito de su escapada: ¡esta vez habían llegado a tiempo!

La tía Bernarda escogió un buen sitio, a la derecha de su ahijada. Encendió el cirio y se lo puso en la mano derecha. La temblorosa llama reveló la bóveda y el fondo del antro cuyo misterio se hacía benévolo; la llama introducía una nota cálida de sosiego. Eran cerca de las seis de la mañana. Los ojos de todas las mujeres estaban clavados en Bernadette, a la que se veía tranquila y confiada.

Apenas hubo pronunciado tres «Dios te salve, María», su cara cambió; se tornó muy pálida. «Parece de cera», pensó Germaine Raval. Tenía la boca entreabierta. Sus ojos no vacilaban. Sonrió.

Saludó con las manos y con la cabeza: era un placer contemplarla, como si toda su vida no hubiese hecho otra cosa que aprender a hacer aquellos saludos. Yo no podía hacer otra cosa que mirarla [recordaría toda su vida Josèphe Barinque].

Todo el mundo se arrodilló. La oración, el recogimiento y la emoción se elevaron por sí mismos. La palidez y la fijeza de su mirada asustaban un poco.

«*Qués mourech*» (¡Se muere!), exclamó Madeleine Pontic.

La tía Bernarde, con la emoción a flor de piel, demoraba cálidas lágrimas. Olvidando viejos contratiempos, recuperaba el fervor de su primera comunión. Pero era una emoción traspasada por una inquietud que aumentaba por instantes hasta hacerse insostenible. Quería que todo aquello cesara y tener la seguridad de que la niña no iba a morir. Pues si aquello duraba más tiempo, Bernadette se quedaría ahí, muerta... ¿Pero no se estaba desmayando? La madrina consiguió recogerla en sus brazos, al tiempo que profería un grito desgarrador.

«*Praoubou de iou de la maïnado!*» (¡Pobre de mí y de la chiquilla!)

El hechizo se rompió. La cara de Bernadette recuperó el color. Despertó, muy tranquila, de aquel mundo desconocido, y tranquilizó a su madrina con una mirada en la que había un matiz de reproche. ¿Por qué tenía que ponerse de esa manera?

A las otras, lo mismo que a ella, pero sobre todo a Josèphe, el tiempo se les había hecho muy corto. ¿Había durado «más de un cuarto de hora», como pensaba su preocupada madrina? Ellas habrían dicho que menos; toda idea relativa a la hora se había esfumado de sus cabezas. A pesar de la fría humedad que reinaba en el lugar, pensaron: ¡ya ha terminado!

Al regresan con recogimiento y ánimo alegre, se cruzaron con algunas personas que iban a la gruta. Como los otros días, Bernadette no tenía nada que decir: *Aqueró* había sonreído en silencio.

La silueta del castillo emergía en medio de un halo blanquecino. Crecía y subía hasta el cielo, que se iluminaba mientras ellas descendían. La tía Bernarde se sentía feliz como después de una resurrección.

En la esquina de la calle de Bourg hizo entrar a su ahijada para que pudiese descansar, abrigándola como a una convaleciente. Al separarse,

todas pronunciaron las mismas palabras con la misma mirada de alegre esperanza.

«¡Hasta mañana por la mañana!»

En la ciudad, los niños salían corriendo hacia la escuela. El rumor sobre las apariciones también corrió, y más rápido. Germaine Raval en Lourdes y Madeleine Pontic en Angles confiaron el hecho a sus amigas. La tía Bernarde no sabía esconder sus emociones y habló a diestro y siniestro, oscilando entre el entusiasmo y el temor.

«Dios nos libre de todo mal.»

«Josèphe Barinque, la zapatera, también estaba perpleja. Al regresar de la gruta abrió su tenderete, situado frente a la casa parroquial. Ardía en deseos de comunicar a alguien sus impresiones. Precisamente Emmanuélite Estrade salía de la casa Cénac, muy próxima. A Josèphe le habría gustado abordarla, pero le fallaron las palabras. ¿Cómo explicar aquello? Fue madurando las frases en su cabeza, y mientras Emmanuélite hacía la compra encontró la ocasión de decirle: «Señorita, hay una chiquilla que ve a una muchacha, tan bonita que podría ser la Virgen o nuestra Elisa.»

Emmanuélite sonrió como si hubiese escuchado unas palabras amables e intrascendentes.

Se alejó sin insistir.

Más tarde, Josèphe hablaba con su marido mientras trabajaban. Disipada la emoción de la noche, ahora surgían las dudas e interrogantes. ¿Qué podía ser aquello? Bernadette no había sido nada precisa: había vuelto a ver «eso» (*Aqueró*) o, como también decía, «la pequeña señorita», «la niña blanca», «la niña»... como si fuese algo pequeño. Justamente en ese momento pasó por Bernadette. La pareja le hizo señas para que se acercara.

«¿Quieres coger una medallita de la Virgen?»

La medalla sería un apoyo más, después del agua bendita del jueves y del cirio de la mañana. Con su cuchilla de zapatero, Barinque cortó un delgado lazo de la propia pieza de cuero, ensartó en él la medalla y ató los extremos. Un olor tonificante a piel y a tanino les envolvía a los tres. Josèphe pasó el cordón por el cuello de Bernadette, que con gesto sobrio se

santiguó. Se despidieron como al salir de la iglesia.¹

¹ No nos hemos referido en este capítulo al episodio de las «voces diabólicas» por razones muy precisas que han sido examinadas en *Lourdes. Histoire authentique*, París, 1963, págs. 19-20. Este relato mítico, que se apoya en un único testimonio indirecto, resulta poco fiable por varios motivos.

SÁBADO, 20 DE FEBRERO DE 1858

QUINTA APARICIÓN

El 20 de febrero, antes de que saliera el sol, unas siluetas negras bajaban por el despeñadero. A la cabeza y con paso ágil iba Eléonore Pérard, acompañada por otras congregantes; en la retaguardia, la señora Lannes, de soltera Louise Baup, una mujer maciza y precavida que iba acompañada por su criada. Poco le importaba que su marido, el almacenista de tabaco, se hubiese encogido de hombros al tener noticia de esa extravagancia. Cuando una mujer quiere algo...

Antes de las seis salió con mucho sigilo de la casa Lavigne, esperando que el coinquilino, Peyramale, no se diera cuenta de nada.

Entre las seis y las siete, Bernadette, cubierta como el día anterior con una capucha negra, que sin duda le había prestado la señora Milhet, bajaba por el sendero seguida por la misma comitiva del viernes. La rodeaban unas treinta personas cuando empezó a rezar el rosario. Mientras tanto, dos congregantes más se acercaban corriendo por el camino. Al salir de la primera misa, Rosine Cazenave, la hermana del cochero para el que trabajaba François Soubirous, había visto a Bernadette y a la señora Milhet, lo cual le despertó las ganas de seguir las. Justo a tiempo, se encontró con su amiga, Germaine Raval, que ya iba camino de la gruta. Se apresuraron entonces tras los pasos de Bernadette. La resbaladiza pendiente del camino enfrió el entusiasmo de Rosine: «Pero esto es un auténtico precipicio.» Empezó a lamentar la ocurrencia descabellada que la había llevado hasta allí. La Virgen no podía haber elegido un lugar tan abrupto... ¡Y tanto esfuerzo para a lo peor llegar demasiado tarde!

En la gruta se desvaneció su mal humor. Algo la llevó incluso a recitar un Ave, «por si acaso era la Virgen». Pero la plegaria no ahogó su sentido práctico. Prestó atención al escenario. Entre los presentes había un pasadizo por el que era posible adelantarse y llegar justo a la derecha de la vidente. Ahí la tenía. Bernadette, al sentirse zarandeada, se volvió. En su mirada había sin duda un reproche por su descaro, pero Rosin estaba muy

contenta de haberla encontrado. No, el éxtasis del que le habían hablado aún no había empezado... Estaba de suerte. Aquel día tardaba un poco en presentarse.

Bernadette llevaba casi un cuarto de hora de rodillas. De nuevo volvió la cabeza hacia la hornacina.

«¡Ahora está viendo!», murmuraron las mujeres.

Sí, Bernadette sonreía, saludaba, y los párpados «no se movían ni siquiera cuando inclinaba la cabeza para los saludos». Con desenvoltura, Rosine avanzó unos pasos y se plantó enfrente de la niña para contemplar mejor el hermoso y extraño fenómeno. A su alrededor se oía una plegaria impregnada de emoción y de curiosidad. «Yo llevaba el rosario como apoyo, pero estaba distraída con Bernadette», confesó Louise Lannes. Poco a poco, el recogimiento alcanzó a todo el mundo.

Un cuarto de hora después, tras un último saludo, un velo de tristeza cubrió el rostro de la niña y sus negras pestañas volvieron a moverse sobre los ojos. Bernadette se incorporó. Se había terminado.

Durante el camino de vuelta, la asediaron a preguntas. Pero no sacaron nada en claro. Bernadette caminaba de prisa. No tenía nada que decir. Había visto eso (*Aqueró*), la señorita blanca que sonreía y la saludaba. Eso era todo.

¿Por qué? ¿Cómo? Ella no sabía nada.

Su mayor deseo sería dejar plantada a esta escolta de moscas preguntonas. Precisamente en la calle Baous, la de las viejas casas construidas con tablones de madera, la tía Basile asomó por una de las ventanas su nariz en forma de pera. Bernadette se metió en su casa.

—¡Adiós, tía!

Su expresión era tan alegre y calmada que daba gozo verla. Pero la tía le tenía preparada una reprimenda.

—¡La gente habla demasiado de ti, hija mía! ¡No debes volver más a la gruta!

—Lo siento por ellos. Déjales que hablen —respondió Bernadette. Y al cabo de un momento añadió—: Si quieres venir conmigo mañana...

Sin llegar a confesárselo, la tía Basile tenía grandes deseos de ir. Lo que la fastidiaba eran todas aquellas personas que también iban.

—Entonces, vayamos más pronto o más tarde, cuando no haya tanta

gente.

Convinieron en ir más temprano.

Las espectadoras del sábado regresaron a sus casas como las del día anterior, ganadas por la atmósfera de la gruta, la cara de Bernadette, aquel sentimiento del más allá, aquella oración fácil y dulce... Después de remontar el resbaladero, con más facilidad que al bajar, Rosine Cazenave estaba segura de encontrar valor suficiente para volver.

El entusiasmo de Josèphe Barinque había subido un tono. Aquel día no dudó en detener a Emmanuélite Estrada: «¡Sabe usted, señorita, la chiquilla ha vuelto a ver! No es algo ordinario, ¡créame! ¡Si me dijeran que es la Virgen, no me extrañaría nada!»

Emmanuélite manifestó la misma indiferencia que el día anterior, o eso creyó ella. Sin embargo, de vuelta a casa, algo la empujó a llamar a la puerta del despacho prohibido, donde su hermano, el agente inspector de contribuciones, alineaba las columnas de cifras recogidas en el curso de su ronda a caballo del día anterior. Y eso pese a que estaba bien establecido que no había que molestarle cuando estaba ocupado, como en aquel preciso momento.

«¿No te has enterado?»

Jean-Baptiste adoptó la expresión absorta que era su manera de recordarle la consigna. Pareció exageradamente sumido en el registro de las contribuciones indirectas.

—*En la ciudad se dice que la Virgen se le ha aparecido en las Espélugues a una niña de los bajos fondos.*

—*Está bien eso...*

Jean-Baptiste murmuró estas palabras en el tono más perfectamente ausente que quepa imaginar. Eso fue todo por aquel día en la casa Cénac.

En el calabozo, por el contrario, la familia Soubirous celebraba consejo sumida en la perplejidad. La tía Bernarde irrumpió en la casa. Se había hecho algunas reflexiones: aquello, la manera como la señora Milhet acaparaba a Bernadette, no podía durar más tiempo; se la había llevado y andaba paseándola, ¡como si fuese hija suya! Y a fin de cuentas, ¿qué era la tal señora Milhet? Sí... ¿qué era? Una mujer vulgar, que se pavoneaba con sus vestidos de seda, en vez de fregar las cacerolas, ahora que se había

casado con su señor... etc. La tía Bernarde poseía el sentido de la propiedad familiar. Y además, estaba algo celosa. Ella solía recibir en su casa a su ahijada... Aquella hospitalidad ociosa que eclipsaba la suya desató su elocuencia. Como siempre, se saldría con la suya, no en vano era la «heredera» y la madrina. Bernadette regresaría con su familia ese mismo día. Y no volvería a poner los pies en casa de la señora Milhet, a la que se informó sin tardanza.

Fue una decisión providencial pues de lo contraria esta circunstancia habría agravado los grandes problemas a los que Bernadette tuvo que hacer frente desde el día siguiente y que nadie sospechaba todavía.

DOMINGO, 21 DE FEBRERO DE 1858

SEXTA APARICIÓN

Domingo por la mañana, 21 de febrero. Todavía faltaba mucho para que dieran las seis y era aún de noche cuando Bernadette llamó a los postigos de la casa de tía Basile, en la calle de Baous. Esta, tal y como habían acordado, ya estaba preparada. La tía Basile había sugerido salir muy temprano para esquivar a los curiosos. Pero no lo consiguieron. Nunca hasta entonces se había reunido tanta gente: unas cien personas contemplaron el éxtasis silencioso de Bernadette y se retiraron gozosas.

La noticia rodó como una bola de nieve.

Aquella misma mañana, al volver de la gruta, Josèphe Barinque abordó a Emmanuélite en el portal de la casa Cénac, la gran construcción en la que vivían en buena vecindad el vicario Pène, el agente a caballo Estrade y el comisario Jacomet: el clero, los impuestos y la policía.

«¡Sí, sí, señorita! —las palabras de Josèphe traslucían su entusiasmo—. ¡Es verdad, la pequeña ve a la Virgen!»

Ya no se habló de Elisa Latapie ni de las almas del Purgatorio. El prestigio de la visión había subido de categoría. Josèphe lanzó un vistazo a los postigos de la planta baja: el apartamento de Jacomet. Bajando la voz añadió: «El comisario tiene que interrogarla.»

Esta vez Emmanuélite se mostró interesada, casi impresionada. Pese a la desalentadora acogida que había obtenido el sábado, se dirigió directamente a la habitación de Jean-Baptiste. Éste se encontraba aún en la cama, aprovechando que era domingo para reponerse de las agujetas que le producían sus rondas a caballo.

«¿Sabes? Esa aparición tiene maravillada a la gente. Nuestra vecina Milhet se está volviendo piadosa y ha encendido cirios en su habitación.»

«¿Quieres hacer el favor de dejarme dormir?»

Y Jean-Baptiste se volvió de cara a la pared.

Con el padre Pène

El día avanzaba, aburrido y dominical. La noticia arrojó sobre la monotonía de siempre una nota de interés que aún estaba lejos de la pasión. Al igual que Jean-Baptiste, fueron muchos los que se limitaron a encogerse de hombros. Como mucho, sería una de esas naderías con que los lourdenses distraían el aburrimiento del domingo. Aquello le valió a Bernadette verse hostigada a preguntas como nunca antes.

Por la mañana, al pasar cerca de la casa Cénac la abordaron varias mujeres.

El padre Pène quiere verte.

—Yo no le conozco.

—Ha pedido que vayas.

Bernadette dudó. No le hacía gracia entrar en casa del comisario, el hombre que había llevado a su padre a la cárcel el año anterior; gato escaldado...

—Es un sacerdote, tienes que obedecer.

La orden estaba amañada. Las mujeres acababan de salir del apartamento del vicario; habían subido su casa a propósito para proponerle «traerle a la niña».

Bernadette no sabía quién era el padre Pène pero sabía qué era obedecer. Y obedeció. Una vez más tuvo que contar todas aquellas cosas tan difíciles de explicar, que la gente entendía mal, cada cual a su manera.

Esta vez encontró una cordialidad discreta. Su sencillez, su modestia, la tranquila claridad de sus respuestas impresionaron al vicario... pero aún fatigó más a Bernadette.

Por suerte, estaba la las vísperas en las que encontró un silencio que nunca había apreciado tanto. Desearía prolongar aquella calma. Pero por desgracia la prueba más dura de la jornada estaba a punto de empezar.

En casa del comisario

Todo empezó a la salida de vísperas, bajo el porche. Eran las dos y media. Las religiosas trataban de contener el paso demasiado veloz de las niñas encorsetadas en el pesado atavío del traje regional: llevaban faldas largas hasta los tobillos y rígidos chales formando coraza.

Enfrente del porche estaba apostado un hombre con un atuendo entre

campesino y militar: blusa con ribete rojo y gorra galonada; lucía el águila imperial bordada en el pecho y tenía aspecto bonachón.

Era el guarda rural Callet. Sus grandes ojos escrutaban al grupo que bajaba los escalones. De pronto apuntó a alguien con el índice.

—¡Ahí está!

—¿Quién?

—Es aquélla.

«Aquélla» era, desde luego, Bernadette, a la que el guardia rural atrapó, cogiéndola por la capucha. El que había preguntado era un hombre vestido al estilo burgués pero cuyo aspecto parecía menos envarado que el de los burgueses del lugar. Tenía treinta y seis años, era alto, de silueta vigorosa y esbelta y su mirada era imponente. Cogió a la niña del brazo con un gesto cortés aunque enérgico.

—*Qu'em bats segui.* (Sígueme.)

—*Oui moussu oun bouillat.* (Sí, señor, donde usted quiera)

Había ocurrido. A ese mismo señor de actitud inteligente y desenvuelta ya lo había visto el año pasado con otra ropa. Él era el que había ido a buscar la viga a casa y se había llevado al padre a la cárcel. Era el comisario de policía Jacomet, cuyo nombre bastó para despertar en la niña el recuerdo de los días de vergüenza y de dolor de estómago. No obstante, Bernadette se sintió extrañamente tranquila. Justo antes de doblar por la esquina del ayuntamiento se acercaron algunas personas compasivas: «Pobre Bernadette, te van a meter en la cárcel.»

«*N'ai pas pooû si mi metten que m'en sourtiran.*» (No tengo miedo, y si me meten ya me sacarán.)

Se formó un tropel de obreros endomingados y mujeres de pueblo que salían de la iglesia. Algunas murmuraron por lo bajo palabras contra el comisario: «Qué malo es.»

Calles, hombre de buen corazón, dejaba que dijeran, aunque la situación no le gustaba. Jacomet también guardaba silencio, pero él no se alteraba por nada. Empezó a caminar llevando a Bernadette a su lado. Luego iba el guardia. Y detrás seguía la gente.

El grupo dejó atrás el ayuntamiento, cruzó la calle Saint-Pierre y, apenas cincuenta metros después, se alzaba el portal de la casa Cénac. Había una puerta cochera en medio formando una bóveda; a la izquierda en la bajada había otra puerta más pequeña a la cual se accedía por un

escalón. Por esa puerta entró Jacomet.

«Sígueme», le ordenó a Bernadette.

Un murmullo se elevó entre los que les seguían. Se oyó circular la idea de defender a la niña y entrar con ella. Algunos miembros de su familia se apresuraron a ocupar la primera fila. Jacomet se volvió hacia ellos y les habló subido al peldaño.

«¡Ustedes no tienen nada que hacer aquí!»

Las veleidades de los defensores se esfumaron. La muchedumbre había reconocido a su domador, el hombre al que nadie le rechistaba. Callet saboreó la gloria de su jefe. «Una gran autoridad, una enorme desenvoltura. No había ningún procurador de la República que pudiese ponerle en un aprieto», le gustaba contar al hacer la elogiosa semblanza de su patrón...

En el despacho, la primera habitación a la derecha, dejó el sombrero y buscó una insignia que, sin ser demasiado impresionante, señalara sus derechos y su función. No, el bicornio, no... mejor el gorro de cuartel adornado con una borla.

La ventana daba a la calle. Desde ella, Bernadette veía a la multitud que curioseaba tras los cristales. ¿Lo había advertido el comisario? Hizo entrar a la niña en la habitación de al lado, que daba al patio interior. Los curiosos quedaron burlados. También Callet, a quien le habría gustado escuchar lo que se decía, se quedó al otro lado, en compañía de la señora Jacomet.

La sala del interrogatorio, en realidad el salón del comisario, era muy elegante. El comisario fue a sentarse a la mesa y, cortés e indiferente, le señaló un asiento a Bernadette.

Algo al fondo de la estancia captó su atención. A espaldas de la niña, la puerta se abrió sin ruido. Una mirada inquisitiva. Era Emmanuélite Estrade, la inquilina del primero. Por la mañana, al salir del apartamento de su hermano, había ido a visitar a la señora Jacomet.

«¿Es cierto lo que Josèphe Barinque ha contado sobre esa Bernadette?»

«Sí, mi marido tiene que hacerle unas preguntas... Haré que la avisen.»

Y así lo hizo.

Entre las familias Estrada y Jacomet había desde hacía años suficientes partidas de cartas y alegres farsas para que las cosas transcurrieran en un ambiente familiar. Con un gesto imperceptible, el comisario le recomendó discreción, señalándole una silla junto a la puerta. Emmanuélite tendría la ocasión de oír, pero sólo vería la parte posterior de la gastada capucha de Bernadette.

El comisario rompió el silencio. Sorpresa: su tono era cordial y sonreía. Sus ojos no mostraban la indiferencia concentrada del trayecto ante el ayuntamiento, ni el brillo autoritario que había dejado asomar en el umbral de la puerta. Su fisonomía adquirió de manera natural la expresión afable y directa que le granjeaba la confianza y la amistad.

—Bernadette Soubirous. ¿Así que vas todos los días a Massabielle?

—Sí, señor.

—¿Y ves algo bonito?

Parecía interesado, su tono de voz y su mirada animaban a hablar.

—Sí señor.

De la minúscula silueta cubierta con la capucha salía una voz fuerte, ingenua aunque no tímida. Aquello prometía ser interesante.

Había algo que Emmanuélite lamentaba: Jean-Baptiste iba a perderse el interrogatorio. Dentro de su asociación fraternal que había llevado a descartar a ambos cualquier proyecto de matrimonio lo compartían todo. ¿Qué pensaría Jean-Baptiste? No pudo resistir más y subió al despacho, donde su hermano se había encerrado con el pretexto de sus sempiternas escrituras. Muy excitada, empujó la puerta.

«Ha empezado... Te aseguro, Jean-Baptiste...»

Jean-Baptiste se había ido ablandando.

Escribía sin convicción. Hacía un rato, al oír el alboroto de la llegada de Bernadette, le habían dado ganas de asomarse a la ventana. Estaba a punto de desear que le forzaran un poco. Emmanuélite lo comprendió muy bien y le cogió del brazo, luego tironeó de la silla entre risas. Él protestó por cumplir. «¡Vamos, esto es ridículo!, pero la siguió por la escalera.

Entraron discretamente, sin llamar, y mientras Emmanuélite volvía a ocupar su silla, tan mal situada, a Jean-Baptiste le hacen señas de sentarse algo más adelante, a un lado.

El día invernal, tamizado por las ventanas del patio del que se había

apoderado la oscuridad de la tarde, iluminaba discretamente el perfil de Bernadette; estaba sentada con total naturalidad a poca distancia de la mesa, sin apoyarse en ella, con las manos encima de las rodillas y la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante, tranquila y atenta. ¿Por qué daba la impresión de ser frágil y tímida? Por su escasa altura, su reserva, su dulzura; aunque tenía las mejillas llenas y vigorosas y los labios firmes. Era como si la niña hubiese reaccionado a las privaciones concentrando en miniatura una perfección de equilibrio y de gracia. Debajo del pañuelo estriado, la mirada, oscura y dulce, no era huidiza sino que se posaba directa, al frente.

¿Era la cordialidad benévola del comisario la que había provocado aquel resultado? La muchacha no daba muestras de turbación. Iba a hablar con confianza. Los preámbulos se habían terminado. Cuando llegó Estrade, el comisario empezó las diligencias. Afectando despreocupación, pero con un movimiento rápido y seguro, empezó a escribir a lápiz, sin perder en absoluto su tranquilizadora expresión de complicidad.

—¿Cómo te llamas?

—Bernadette.

—Bernadette qué más.

Ella vaciló un instante. ¿Tenía que decir «Boly o bien...»?

—...¡Soubirous!

—¿Y tu padre?

—François.

—¿Tu madre?

—Louise.

—Louise qué más.

—Soubirous.

—No, te estoy preguntando por su apellido de antes, su apellido de soltera.

La niña dudó un momento, luego, con la precipitación de una colegiala que da con la respuesta a lo que le habían preguntado, respondió:

—Castérot.

—¿Qué edad tienes?

—Trece... o catorce años.

—¿Son trece o son catorce?

—No lo sé.

—¿Sabes leer y escribir?

—No, señor.

—¿No vas a la escuela?

—No mucho.

—Entonces ¿qué haces?

—Me ocupo de mis hermanos pequeños.

—¿Vas al catecismo?

—Sí, señor.

—¿Has hecho la comunión?

—No, señor.

—Así, Bernadette, que ves a la Virgen.

—Yo no he dicho que vea a la Virgen.

—¡Ah, vaya! ¡tú no has visto nada! (¿El problema quedaría eliminado de raíz?)

—¡Sí que he visto algo!

—Entonces, ¿qué has visto?

—Una cosa blanca.

—¿Es una cosa o es alguien?

—Eso (*Aqueró*) tiene la forma de una niña.

—¿Y eso no te ha dicho: Soy la Virgen?

—Eso no me lo ha dicho.

—Vaya, pues es lo que se dice en la ciudad. Parece incluso que ha salido publicado en los periódicos. Jacomet se sentía incómodo. El comedimiento de la niña al hablar no cuadraba con la opinión generalizada: todo el mundo hablaba de la Virgen, o al menos de una dama... Era más complicado de lo que parecía. Había que proceder por orden.

—¿Qué día la viste por primera vez?

Bernadette vaciló, buscando algún dato de referencia. Los coches en la carretera...

—¡El día del mercado de Tarbes!

—¡Bueno! El jueves, 11 de febrero. ¿Cómo ocurrió?

—Jeanne Baloume vino a buscarme para que fuésemos a por huesos.
Jacomet continuó escribiendo negligentemente, mientras la interrogaba.

—¿Y dónde estabas tú cuando la viste?

—Al borde del canal del molino... para cruzar agua.

—¿Y qué pasó entonces?

—Las otras chiquillas (*eras aoutos drolos*) cruzaron el agua!

—¿Y tú viste algo?

—Yo oí en la zarza (*sega*) un rumor como una racha de viento (*ou rumor coumo u cop de bént*).

—¿Y qué viste?

—*Ou sarrot des brancos que anaouen* (un grupo de ramas que se movían).

—¿Y qué más?

—Entonces vi eso (*Aqueró*).

—¿Había otras niñas contigo cuando la viste?

—Sí, señor.

—¿Ellas también lo vieron?

—No, señor.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ellas me lo dijeron.

El comisario prosiguió el examen de los hechos de manera ordenada. Un fuego graneado de preguntas agudas, directas, a menudo inesperadas, a las que Bernadette respondía al punto, con claridad y de manera concisa, sin rebasar en ningún momento los límites de la pregunta, sin emoción tampoco, al cabo de unos segundos de reflexión a veces, pero siempre con aplomo; más claramente cuando abordó lo esencial. Entonces no dudaba como cuando se le preguntaban fechas o el estado civil. De vez en cuando Jacomet se detenía en una expresión oscura, en una aparente contradicción. La niña seguía sin más confusión; sus respuestas dibujaban una coherencia incontestable. Sí, se trataba de una persona real, viva, que sonreía y hablaba como nosotros. Pero Bernadette evitaba y rechazaba cualquier palabra precisa para designarla. Se refería siempre a *Eso* (*Aqueró*). Si parecía aceptar, de lejos, cualquier término de comparación, cuando se la

presionaba lo rechazaba con una conmiseración irritante. Jacomet a duras penas llegaba a entrar en aquella abstracción.

—Pero, bueno, ¡esta dama! Bueno, esta joven, ¿va vestida?

—Lleva un vestido blanco ceñido por un lazo azul, un velo blanco en la cabeza y una rosa amarilla en cada pie... y un rosario en la mano.

—Tiene pies?

—El vestido y las rosas se los tapan, menos los dedos.

—¿Tiene pelo?

—Se le ve un poco (*drin*) el pelo por aquí. —Bernadette se llevó los dedos a las sienes, dibujando dos líneas oblicuas y simétricas.

—¿Y sabes quién es?

—No señor.

—¿Es guapa (*bero*)?

—Sí, señor, muy guapa (*beoroï*).

—¿Guapa como quién? ¿Cómo la señora Pailhasson? ¿Cómo la señorita Dufo?

El comisario apreciaba visiblemente las bellezas locales. Era diestro en la materia. Bernadette hizo una mueca de compasión.

—*No poden pas hé.* (No se la pueden comparar).

—¿Qué edad tiene?

—... joven.

—¿Y cómo se te apareció?

—Ya se lo he dicho.

—Te has explicado mal.

Bernadette volvía a empezar. No había terminado. El comisario seguía escribiendo.

Más que por las misteriosas apariciones, se interesaba por las personas de carne y hueso que estaban involucradas en los hechos y que habían tomado alguna iniciativa. La señora Milhet retuvo especialmente su atención, una mujer hábil la tal señora Milhet... y desocupada.

Interesante, la historia de la pluma y el papel que le había hecho llevar a la gruta. Lo más pasmoso era que la hoja no hubiese vuelto cargada de revelaciones, como era debido. Sí, decididamente, el asunto era más complicado de lo que parecía.

—De modo que ahora esa señora te tiene en su casa y te dice lo que tienes que hacer.

—No, ayer regresé a casa.

—¿Por qué?

—Mi tía no quería que volviese con ella.

—¿Te ha dado mucho dinero la señora Milhet?

—No me ha dado dinero.

—¿Estás segura?

—Sí señor, bien segura.

Un ruido casi imperceptible se dejó oír desde la estancia contigua. La señora Jacomet, que escuchaba con la oreja pegada a la puerta, se volvió con gestos y risas hacia el guardia rural Callet. Éste se había mantenido apartado, deferente, aunque con gusto habría hecho callar a la señora, que le impedía oír nada. De haberse atrevido, también él habría pegado la oreja a la puerta. Rabiaba al oír al comisario y no oír a Bernadette. Al volverse para reír mirándole a él, fue la señora Jacomet quien provocó el ligero ruido, que sensatamente reprimió para no provocar las iras del comisario. ¡El comisario no era hombre que bromeara con el servicio!

Prosiguió minuciosamente el inventario de las primeras confidentes: ahí podían haber pistas.

—¿Quién fue la primera persona a la que se lo contaste?

—A las otras chicas.

—¿Y quiénes eran?

—Mi hermana Marie, a quien se lo conté cuando nos íbamos, y luego a Jeanne, por la tarde.

—¿Qué dijeron ellas?

—Se burlaron de mí.

—¿Con quién hablaste luego?

—Con mi madre (*maï*), por la noche.

—¿Y qué te dijo maï?

—Eso es un sueño. No debes volver.

—¿Con quién más hablaste?

—Con mi tía Romaine, que estaba allí.

—¿Quién es la tía Romaine?

—Vive en el piso de arriba.

—¡Ah, sí! Romaine Sajous. —Buena mujer, pero bebe, apuntó para sus adentros el comisario, enterado de todo. ¿Qué dijo la tía Romaine?

—Es una ilusión.

—¿Y a quién más se lo dijiste?

—A Cyprine, el domingo, después de vísperas.

—Cyprine ¿qué más?

—... Gesta.

Jacomet negó con la cabeza. La mujer que iba con dos niños en brazos. ¡No eran gran cosa las relaciones de los Soubirous!

—¿Y las hermanas? ¿Has hablado con las hermanas?

—Con la superiora y con la hermana que nos da la clase de costura.

—¿Y qué te han dicho?

—No hagas caso. Lo has soñado.

—Bueno, hija mía, sí, lo has soñado...

—No, yo estaba bien despierta.

—Te ha parecido verlo.

—Pero, señor, he visto a *Aqueró* varias veces. No puedo equivocarme siempre.

—¡Sí! Tu imaginación te ha engañado. Tú misma has dicho que las otras niñas no habían visto nada. Ellas también tienen ojos.

—No sé explicarlo, pero estoy segura de que lo he visto.

—Escucha, Bernadette, todo el mundo se ríe de ti. Todo el mundo dice que te equivocas, que estás loca. Por tu interés: no debes volver a esa gruta.

—He prometido ir durante quince días.

—No se lo has prometido a nadie, puesto que te han engañado. ¡Vamos! Vas a ser razonable y vas a prometerme a mí que no volverás.

Bernadette calló, pero sus negros ojos lo decían muy claro: puesto que lo he prometido, no puedo prometer otra cosa.

La persuasión había fracasado. Además, aquella lucidez calmada y relajada no era propia de una loca. Entonces, ¿se trataba de algún truco preparado? ¿Una lección aprendida? El comisario pensaba en la aventura

de su amigo, el padre Clouchet, llegado de la pampa americana, a quien albergó en su casa el año anterior. Los chismes de los beatos, que tachaban su actitud de escandalosa, terminaron por alejarlo de Lourdes; todo porque había cazado una paloma torcaz y mordisqueado un trozo de salchicha olvidando que era viernes. Las mujeres del pueblo, lo bastante fuertes para desacreditar a un sacerdote, ¿no iban a ser capaces de acreditar una historia de apariciones? Aquélla era una buena pista. Pero si estaba en lo cierto, no había que andarse con rodeos.

El comisario hizo una pausa. Cambió de expresión y compuso el aire entendido del hombre que está al cabo de la calle, número en el que sobresalía y que le había valido numerosas confesiones desde el inicio de su carrera.

—Bien, bien, Bernadette. Te he escuchado con mucha paciencia hasta el final. Pero tu *historia me la sé de memoria*, y sé quién te la ha soplado.

La miró fijamente a la cara, con esos ojos suyos cuyo poder conocía muy bien; sin dureza, como si hubiese complicidad, pues se trataba de facilitar la confesión. Jacomet proyectó sobre ella una especie de evidencia sin sombra de dramatismo.

—Señor, no sé de qué habla.

—Bien, pues voy a ser claro. ¿Quién te ha enseñado la historia de la señorita blanca de Massabielle? ¿Y quién te ha hecho bonitas promesas a cambio de repetirla?

—Nadie.

—¿Y quién, después de todo esto, anda diciendo que es la Virgen?... Vamos, más vale que me lo digas, puesto que yo ya lo sé. Te lo pregunto sólo para ver si por fin vas a ser sincera.

—Señor, le he dicho la verdad.

—No, estás mintiendo. Y voy a ser claro. Si confiesas, yo arreglo esto en familia y ya no volverás a oír hablar del asunto. Si no, te levanto un proceso verbal.

Bernadette no dijo nada. ¿La emoción? El comisario sacó otra hoja de papel, esperando la crisis de llanto que seguiría. Pero sólo oyó esta respuesta tranquila:

—Señor, haga lo que quiera.

—Lástima—murmuró el comisario como si hablara consigo mismo —, ella lo ha querido; habrá que castigarla.

Blandió el papel en alto.

—Voy a poner por escrito todo lo que has dicho. Y veremos si mientes...

Recopiló la declaración, con tinta en esta ocasión, en una gran hoja dos veces más grande que los cuadernos de escuela. El raspado de la pluma sobre el pape] y la mímica grave del comisario hicieron más denso el silencio. Había una amenaza en el aire. El comisario llegó casi al final de la tercera página, que secó con polvillo dorado. Entonces volvió a la primera.

—Recapitulemos.

Bernadette buscó un sentido a aquella palabra que sonaba inquietante. El comisario continuó.

—Me llamo Bernadette Soubirous, de trece o catorce años de edad. El 11 de febrero, día de mercado en Tarbes, Jeanne Baloume vino a buscarme...

Bernadette escuchaba con suma atención. Sí, eso era.

—La Virgen se me apareció —continuó el comisario.

—Yo no he dicho la Virgen.

Jacomet desdeñó la rectificación con un ademán «¿Por qué se dice entonces en la ciudad que fue la Virgen?» No obstante concedió:

—Bueno... una chica vestida de blanco, de veinte años.

—No. Yo no he dicho veinte años.

—Guapa como la señora Pailhasson.

El comisario se deleitó pronunciando el nombre de la dama sin mejor resultado.

—No, yo he dicho más guapa que todas esas señoras que ha dicho usted.

—El cabello le caía hacia atrás como un velo.

—No... el pelo apenas se le veía.

Continuó la lectura, salpicada a un ritmo irregular de grandes o pequeñas fantasías, mientras la niña señalaba cada error.

—No, señor... Me lo ha cambiado todo.

El comisario insistía aquí o allá, por fingimiento o porque realmente

hubiese entendido mal.

—¡Sí! Eso es lo que tú me has dicho.—¡No, señor!

—¡Sí!

—¡No!

Aquello duraba ya rato y el tono subía. A Callet le pareció oír las palabras a través de la puerta.

—Borracha... *couquino... putarotto...*

En ese punto era de rigor mostrar ira, pero parecía demasiado lograda como para ser fingida. ¡La cría era de lo más irritante! Cualquier tentativa resbalaba sobre su ingenuidad llena de aplomo. Jacomet soportaba mal el fracaso. Forzó la nota para salir adelante. Trató de que mordiera el anzuelo, como hacía cuando daba la vuelta al mercado, su mejor número. Amenazaba con la mirada y la mano.

—Llevas a todo el mundo detrás de ti, quieres convertirte en una pequeña p...

—Yo no le digo a nadie que vaya.

—Ya lo creo. Estás muy contenta de hacerte notar.

—No, yo estoy cansada de eso.

—Bien. Si estás cansada, di que no has visto nada.

—¡Pero sí que lo he visto!

El comisario escribió algunas líneas con una letra nerviosa cuyo tamaño aumentaba hasta el doble cuando llegó a la cuarta página. Era evidente que se le había ocurrido una idea tremenda.

Hacía más de una hora que aquello duraba. Delante de la casa, desde la calle subía un rumor. Rápido, había que acabar de una vez. ¿Quién sabía? La niña quizá estuviera cansada. ¿No eran lágrimas lo que asomaban a sus ojos? Quizá iba a ceder in extremis, como solía suceder con otros más duros que ella. Jacomet retomó por última vez, con un último arresto de energía, las armas que habían caído en sus manos.

—Escúchame, Bernadette, he oído tus historias y soportado tu cabezonería. Por última vez, ¿vas a confesar?

—Señor, le he dicho la verdad.

—¡Escucha bien, Bernadette! Te has metido en un mal asunto. Yo quiero que arreglemos esto entre nosotros, en familia, pero con una

condición, que admitas que no has visto nada.

—Señor, sí que lo he visto, no puedo decir otra cosa.

—Al menos, vas a prometerme que no volverás a la gruta. Es tu última oportunidad.

—Sí, he prometido volver.

—Entonces, tú lo has querido. Voy a ordenar que vengan los gendarmes. Vas a ir a la cárcel.

Jacomet se levantó. Bernadette no se movió. Sin embargo, la amenaza parecía ir en serio. El afable Estrade no sabía qué pensar. Se sentía triste por los dos: por el comisario, que se veía forzado a esa solución extrema, y por la niña, que había conseguido interesarle, y diría que conmoverle. Le habría gustado arreglarlo todo. Se acercó mientras Jacomet salía con paso decidido por la puerta del pasillo.

—Veamos, Bernadette, no te empecines. El comisario quiere tu bien. Reconoce que has podido equivocarte. Todo el mundo puede equivocarse... o al menos promete que no volverás. ¿Qué ganarás con que te encierren?

No le respondió. Aquel señor no pintaba nada en el debate. Lo había comprendido intuitivamente y también Estrade lo comprendió por su mirada.

¿Por qué había salido Jacomet? Pues porque el rumor en la calle había ido en aumento hasta estallar en gritos y en golpes contra puertas y ventanas.

—¡Déjenla salir!

En esa tierra los ánimos se inflamaban pronto. El grupo reunido delante de la casa Cénac había aumentado, favorecido por el ocio del domingo. La temperatura subía. La llegada de François Soubirous, al que habían ido a buscar, sirvió de catalizador de las iras.

«El comisario está cometiendo un error. No tiene derecho a interrogar a tu hija si tú no estás.»

«¡Entra si eres hombre!,»

Sí, François quería a su hija. Que no se dijera que no sabía defenderla. Dejó que le empujaran hasta la primera fila y, enardecido, golpeó con los otros la puerta por la que había entrado la niña. Él, el débil, el timorato, el que vivía aplastado por la miseria, se disponía a hablar

como dueño y señor.

Y de pronto la puerta se abrió por sí sola. Se vio cara a cara con el comisario.

Entró obedeciendo a un impulso, pero solo. La puerta se cerró a su espalda. En el pasillo, al notar sobre sí la mirada del comisario, y separado de la corriente que le empujaba, sintió cómo retrocedía su valor. Ya no era más que un pobre hombre preocupado, refugiado detrás de una gorra, que retorció entre las manos, muy incómodo. Su reivindicación agonizó convertida en una súplica.

—Soy el padre de la niña.

Jacomet no ignoraba los derechos paternos, y él era un jugador hábil. ¿El enojo que había manifestado hacía un momento era fingido o había desaparecido de golpe? Fue un Jacomet conciliador y comprensivo el que entró en la sala del interrogatorio acompañado del viejo molinero.

—Bien, Soubirous, me alegro de verle. Iba a enviar a buscarle, pero esta comedia no puede durar más tiempo. Ustedes atraen a la gente a su casa.

—Pero...

—Lo sé todo ahora. La niña también está cansada de toda esa gente que corre detrás de ella. Está cansada de que la obliguen a ir a la gruta.

—¡Que la obliguen!... ¡pero si se lo impedíamos!

—Escuche, acabo de interrogarla y sé a qué atenerme— —Cogió la hoja y leyó las últimas líneas que había escrito con grandes letras y escritura nerviosa—. Escuche lo que me ha dicho llorando: «Papá y mamá están del otro lado; usted tiene que prohibirles que me obliguen a ir a la gruta. Estoy cansada y no quiero ir más.»

François se quedó atónito. Contempló ansiosamente con mirada de tuerto y analfabeto aquellos papeles llenos de amenazas, tan parecidos a los que le habían llevado a la cárcel once meses atrás. Bernadette protestó. ¿Qué más le iban a hacer decir? Pero el comisario no iba a dejar que le interrumpieran en aquel pase difícil.

—Escuche, Soubirous, yo quiero creerle. Pero entonces no vuelva a enviar a su hija allá. Si no es así, sabré a qué atenerme. Supongo que no tiene la intención de volver a la cárcel, y por mi parte me sentiría disgustado si tuviese que volver a encerrarle.

—Por Dios, señor, no pido otra cosa que obedecerle; es verdad que

estamos cansados de que nos hagan comentarios sobre nuestra hija, y de tener nuestra casa siempre invadida. Su orden me conviene. Cerraré mi puerta a la gente y mi hija no volverá a la gruta.

Ahí tenía el éxito que en el último minuto no le escapaba nunca a Jacomet. Después de ese acuerdo, se concedió el lujo de felicitar a Soubirous por sus buenos sentimientos y mientras terminaba sus cumplidos, abrió la puerta que daba al patio... y la volvió a cerrar. La sesión había terminado.

Cuando se quedaron a solas, el comisario y el agente de contribuciones intercambiaron impresiones. Estaban de acuerdo en un punto: la cría se defendía bien. En lo demás, diferían.

—Es un truco montado por los devotos —opinó Jacomet—. Lo sabré pronto.

—Sobreexcitación orgánica brillantemente adornada —definió Estrade, que había ido acumulando en sus ratos de ocio esas expresiones cultas.

Uno y otro excluían toda idea de un hecho sobrenatural.

Al salir, Jean-Baptiste contaría a su hermana con palabras más sencillas: «La niña habla de buena fe, pero es posible que se haya equivocado.»

Después, el comisario pasó a limpio el interrogatorio. No añadió la confesión escrita con grandes letras de trazo nervioso.

En el calabozo

Entretanto, Bernadette se encontró en el patio. No cabía en sí del asombro. Ese día no iría a la cárcel. Se secó las lágrimas que le habían saltado a los ojos cuando su padre se puso de parte de Jacomet. Al recuperar la libertad, saboreó la satisfacción del deber cumplido.

Nunca se habría imaginado capaz de afrontar una prueba semejante. No se sentía tan satisfecha como maravillada. Sí, aquel valor desconocido le había sido concedido. Y adivinaba de dónde venía. Mientras sus galochas golpeteaban el suelo bajo la bóveda de la puerta cochera, aspiraba a encontrar por fin un poco de paz y de tranquilidad.

Pero apenas salió a la calle, se vio asediada por una barahúnda de rostros y preguntas.

«¿Qué te ha dicho?»

«¿Qué te ha hecho?»

«¿No te mete en la cárcel?»

Se libró de ellos como pudo y regresó al calabozo... para encontrar las mismas preguntas y los lamentos de Louise, extenuada por la emoción.

La niña mantuvo la calma. A distancia, le pareció que el comisario se empequeñecía. ¿Cómo podía decir una cosa y luego la contraria con tanta tranquilidad? Con una sonrisa recordó sus ardides, sus arrebatos.

«¿Qué es lo que te parece tan gracioso?»

«El comisario temblaba. Llevaba una borla en la gorra que hacía *tintín*.»

Terminaban de tomar la rápida cena de los domingos —día sin trabajo—. Era ya de noche. Las brasas del hogar agonizaban. Seis voces murmuraban la plegaria; la de François sonaba un poco cansina, cortaba por lo bajo a la de Louise y los niños. La de Bernadette dominaba sobre las demás. La suya era la voz que mejor oía Sajous a través del techo. El hambre, el cansancio, las preocupaciones y las inquietudes se elevaban al cielo, en un pesado vuelo de esperanza. Luego descendía sobre ellos una gran calma.

El asma no tardaría en devolverle algunas imágenes opresivas: aquella montaña que pesaba en su pecho ¿no era el comisario, que estaba sentado encima de ella, con su pluma, sus papeles, sus amenazas y las inquietantes palabras que todo el mundo repetía desde el primer día: «Es un sueño... Es una ilusión... Te has equivocado»? Se sentía atrapada en aquel lugar, con la prohibición de ir a Massabielle, adonde sin embargo había prometido ir durante quince días... una pesadilla que el sueño no lograría disipar. Pero Bernadette no se dejó vencer por el vértigo y buscó refugio en la seguridad que desde hacía unos días encontraba en el fondo de su alma cada vez que la necesitaba. Volvió a sumergirse en el sueño hasta la mañana, cuando algo seguiría protegiéndola.

LUNES, 22 DE FEBRERO DE 1858

DÍA SIN APARICIÓN

22 de febrero. Pronto serían las ocho. Cargada con su pequeña bolsa, Bernadette se dirigió con pesar a la escuela. François Soubirous había mantenido la prohibición de ir a la gruta.

Todo el barrio había discutido la decisión. Fanny Nicolau, la institutriz, se presentó para felicitar a los Soubirous. Esta aprobación le valió algunos reproches.

—¿Quién es usted para impedirle a la niña que cumpla con su deber? La Señora le ha pedido que vaya quince días seguidos.

—¿Irá usted a la cárcel por ella?

A algunos vecinos les habría gustado intervenir en sentido contrario, pero se encontraron con la puerta cerrada. La decisión estaba tomada.

Bernadette, que se sentía impelida a ir a la gruta, volvió a hacer oír sus ruegos por la mañana.

—Esto me causa mucha pena. Tengo que desobedeceros a vosotros o a la Señora.

La niña daba lástima.

—Ya veremos a mediodía —respondió la madre para ganar tiempo.

Pero Maï no cesaba de lamentarse.

—¡Si vuelves a la gruta, nos meterán a todos en la cárcel!

El padre repitió la orden de ir a la escuela «sin desviarse ni a derecha ni a izquierda». No había nada que hacer: se lo había prometido al comisario.

Y así se fue Bernadette, triste y alterada, a la escuela, pues ella también había hecho una promesa: ir la gruta durante quince días.

En clase

La superiora, que había visto el domingo cómo el comisario se

llevaba a la niña, la recibió con una increpación: «¿Qué? ¿Ya se han terminado “las carnavaladas” por esta vez?»

Luego empezó la prueba de la clase, que le resultaba desalentadora, pues no había cogido a tiempo la costumbre de la disciplina escolar. La aplicación que dedicaban a la costura le procuraba tanta alegría; en cambio allí caía en el vacío. Ni siquiera sabía bastante francés para comprender las explicaciones. Las palabras, las letras no le «entraban». Las lecciones que aprendía, incluso el catecismo, se le escapaban apenas entraban en su cabeza; lo olvidaba todo de inmediato. Su impotencia la desanimaba: «Nunca aprenderé nada. Tendrían que meterme el libro dentro de la cabeza.»

Aquella mañana, cuando por fin conseguía concentrarse en las tareas escolares, su pensamiento se fugaba a Massabielle...

En la gruta

Ignorando la prohibición del comisario, desde primeras horas de la mañana algunos grupos se encaminaron hacia la gruta. Otros tenían la mirada puesta el camino para ver si, a pesar de todo, «la niña» también iba. Poco a poco, los curiosos desistieron y se dispersaron. De regreso, Anna Dupas, la sombrerera-chacinera, a la que había llevado Marie Ségot, se acerca a la calle des Petits-Fossés a recabar noticias. La rubia Louise se encontraba a la puerta de su casa, vestida con su gastada ropa y completamente trastornada. Para no sumirse sola, llevaba en brazos al más pequeño de sus hijos, Justin, de tres años. Las dos comadres trabaron conversación con ella.

—¿Es usted la madre de Bernadette?

—Sí. Ya sé quién es usted. Usted es vendedora. He ido a su casa varias veces.

—¿Dónde está Bernadette?

—No quiero que vuelva a la gruta. Ahora está en la escuela.

En el hospicio, la interminable mañana llegaba a su fin. ¡Por fin las once! Bernadette regresó a casa para comer. De nuevo imploró permiso. ¿Acaso no le habían dejado creer esa mañana que a mediodía se decidiría? Nada que hacer. Insistió. No podía resistirlo más. Era más fuerte que ella. La madre empezó a temer que escapara y decidió acompañarla hasta la escuela.

«Una fuerza irresistible»

Nunca le había costado tanto a Bernadette recorrer el camino que la alejaba de la gruta: la calle Basse y el puente de los Ruisseaux. Luego la cuesta bastante empinada que desembocaba en la carretera de Tarbes. Ahí estaba ella: a su derecha, la comisaría; a la izquierda, por encima, el hospicio que también albergaba la escuela. Bernadette recorrió con dificultad la corta y sinuosa cuesta; pero ocultaba tan bien cuánto le costaba dar aquellos pasos, parecía tan tranquila y dueña de sí misma, que la madre regresó a casa. Sin embargo, la niña estaba bajo la atenta vigilancia de los gendarmes, que a falta de mejor distracción, contemplaban la entrada de las niñas. Bernadette llegó al portal sintiendo que crecía su desasosiego. Se detuvo frente a la columnata blanca, incapaz de adelantar un paso. La llamada interior adquirió de pronto una nueva potencia, que empujaba literalmente hacia la gruta. La resolución de obedecer, que hasta entonces orientaba sus pasos, se vio superada. Dio media vuelta y encaminó sus pasos hacia Massabielle, sin comprender lo que le estaba ocurriendo. Descendió la cuesta que acababa de subir.

Esta vez no volvió a pasar por la parte alta de la ciudad. Al llegar al puente de los Ruisseaux torció a la derecha sin cruzar el Lapaca. A su izquierda se presentaban los molinos; a su derecha, por encima, el sórdido barrio de los *cagots* (mojigatos). Algo más allá de Boly, su casa natal, cruzó el arroyo y se adentró por el sendero de Pet de Pesqué. Del lado de Lourdes, el castillo parecía aplastarla con su masa vertical. Del lado de la gruta, el Gave corría en sentido contrario al de sus pasos. Bernadette se encontró en medio del campo, aunque no sola...

Dos gendarmes

Alguien la estaba observando cuando, al pasar por delante de la gendarmería, se decidió a ir a la gruta. Se habían dado consignas. Dos gendarmes abrocharon sus cinturones y se apresuraron tras sus pasos. Después de alcanzarla se situaron cada uno a su lado, flanqueándola, pero sin detenerla... La misión era de simple vigilancia.

Mientras bajaban la cuesta, Julia Pimorin, que se encontraba allí, corrió hacia la parte alta de la ciudad para avisar a su amiga Jacqueline Pène, la hermana del vicario. Julia actuó discretamente, pues Jacqueline era inquilina de la casa Jacomet; sin embargo, su expresión de misterio intrigó a los más avisados. Todo un grupo descendió al galope por el camino de

Baous. Mientras Bernadette atravesaba el barrio del Lapaca, se dio la alerta en la ciudad baja. Algunos niños y mujeres la seguían mientras los molineros, encogiéndose de hombros, se quedaban en sus molinos, más tentados de seguirla de lo que aparentaban.

Entretanto, unas paseantes, ignorando lo que iba a pasar, bajaban tranquilamente por el camino de Baous para visitar, a falta de mejor distracción, la famosa gruta. Eran Emmanuélite Estrada, Joséphine y Eléonore Pérard, Hélène Pailhasson, la hermana del farmacéutico y la señora Lannes (Osseñora Rivière). Cuando llegaron algo más allá del castillo, se sorprendieron al ver aparecer por abajo, a su derecha, a la niña entre los dos gendarmes, y seguida por su comitiva. El sargento de caballería D'Angla se unió a ellos. Al ver el grupo improvisado tan rápidamente se encogió de hombros: «¡Y en pleno siglo XIX pretenden hacernos creer en semejantes supersticiones!

Sobre el puente

Bernadette parecía tranquila; sin embargo, una inquietud secreta la perturbaba. El conflicto entre el deber y la fuerza que la arrastraba le provocaba una especie de malestar. Sintió entonces que necesitaba una protección, una luz... Al llegar al Gave se detuvo y pidió el cirio bendito que habían llevado los días precedentes: el cirio de congregante de su tía Lucile. Alguien corrió a buscarlo.

Reinó el suspense alrededor del Pont-Vieux, donde unas cincuenta personas se quedaron esperando. La impaciencia era mayor porque la mayoría estaban allí por primera vez. El grupo se detuvo a orillas del Gave. Muchos guardaban una distancia respetuosa, a causa de la presencia de los gendarmes. El sargento de caballería ya se había ido. ¡Acaso tenía él aspecto de esperar para contemplar las chifladuras de una cría!

Por el camino de Baous bajaban más grupos.

Por fin, con uno de ellos llegaron las tías Lucile y Bernarde trayendo el cirio. Acababa de dar la una. El grupo se apresuró hacia Massabielle. Dominique Vignes, que trabajaba en la carpintería de Savy, abandonó su tarea para seguirles. Un poco más arriba, Germinie y Eugénie Raval, que ayudaban en la gran colada de la granja de las Espélugues, dejaron plantada la ropa blanca que estaban tendiendo y se sumaron al grupo, ya muy nutrido.

Donde interviene el sargento de caballería

Tan pronto llegó a la gruta, Bernadette encendió el cirio, se arrodilló y empezó a rezar el rosario. Sus tías, muy cerca de ella, también se arrodillaron. Los gendarmes se quedaron de pie. A su alrededor había unas cincuenta personas.

La cara de la niña no experimentó ninguna transformación. La plegaria se alargaba sin más resultado. Entonces volvió el sargento de caballería. Inspeccionó el lugar con aires de superioridad y se situó detrás de Bernadette. Su alta y adornada silueta se inclinó sobre el esbozo de muchacha murmurándole algo al oído. Sólo los más próximos pudieron oír qué le dijo.

«¿La ves?»

Lo preguntó en un tono de afable ironía, según él amistosa, dándole una palmadita en el hombro. No hubo respuesta.

«¿La ves?», insistió.

Los que habían estado en otra ocasión ya conocían la respuesta: la expresión triste y ansiosa de Bernadette contrastaba con la alegría de los días precedentes. El sargento de caballería inclinó su mostacho hasta acercarlo a la cara de la niña. «¡Cómo quiere usted que se le aparezca la Virgen teniendo delante a este espantajo!», pensaban con indignación los asistentes.

«¿La ves? —repitió. Y con aire entendido añadió—: Tú ves lo mismo que yo.»

Bernadette mantuvo un silencio imperturbable. Pero la madrina ya no soportaba la situación. Apagó el cirio y se llevó a su ahijada, no sin antes pronunciar unas ásperas palabras dirigidas al sargento.

Éste se fue encogiéndose de hombros: ya había dicho él que eran supersticiones.

Algunas personas amigas también se acercaron a preguntar a Bernadette, que estaba al borde de las lágrimas.

El acontecimiento fue objeto de comentarios. La ausencia de la visión aumentó el escepticismo de los no creían y turbó a «fe» de muchos otros. Los más reflexivos no tardaron en extraer una explicación favorable. Si lo de la niña era teatro, ¿por qué no había fingido también ese día?

«Eso son tonterías», decían unos.

«Es por el gendarme», dijeron otros.

«Ya había pasado la hora», observaron algunos.

Y los «creyentes», como empezaba a llamárseles, se pusieron fácilmente de acuerdo sobre esta última explicación.

Daba lástima ver a Bernadette.

«No sé en qué le he fallado a la señora», murmuró.

El molino de los días malos

La invitaron a descansar en el molino de Savy. Emmanuélite Estrade, que había sido de las últimas en salir de la gruta, se reunió con ellos en el molino.

Entremos con ella. Bernadette estaba sentada. A su lado una mujer, joven aunque envejecida, muy pálida y sudorosa, echaba de vez en cuando una mirada llena de angustia a su alrededor.

—¿Conoce a la niña? —le preguntó Emmanuélite.

—¡Ay!, señorita, yo soy su desgraciada madre.

—¿Desgraciada madre? ¿y eso por qué?

—Ya ve usted lo que está pasando, la policía nos amenaza con llevarnos a la cárcel. Unos se ríen de nosotros y otros nos compadecen, y nos dicen que la niña está enferma.

—¿Y qué es lo que usted cree?

—La niña no es nada mentirosa. La considero incapaz de engañarnos. Cuando le pregunto si sufre, me responde que no está enferma. Yo le tenía prohibido ir a la gruta, y ella ha ido a pesar de todo. Y sin embargo, no es desobediente. Pero me dice que se siente obligada a ir por algo que no sabe explicar...

Cuando tomaron de nuevo el camino del cuchitril, la madre y la niña estaban desconcertadas. Al anochecer, Bernadette volvió por segunda vez al confesionario del padre Pomian, que la escuchó con atención antes de concluir: «No tienen derecho a impedirte que vayas.»

Contra todo pronóstico, la inextricable situación se resolvía en pocas horas. El padre, tan conmovido como la madre por el desasosiego de la niña, retiró su prohibición.

Los funcionarios

Al regresar a la ciudad, el sargento informó de lo ocurrido con

satisfacción y complacencia: «¡Las alas de mi sombrero hicieron volar a la aparición!»

Pero, como ya se temía el retorno a Massabielle, por la tarde celebró consejo con el alcalde y el procurador. La discusión giraba entre dos exigencias contrarias, había que hacer algo... Pero por mucho que buscaban y rebuscaban no había delito ninguno en ir a la gruta Puesto que habían fracasado las medidas intimidatorias, ¿qué hacer? El alcalde dejó que la discusión naufragara, luego, de manera imperceptible la orientó hacia posiciones preparadas de antemano: no le gustaba que molestaran a sus administrados, pues de ello siempre resultaba más mal que bien. Según avanzaba la conversación él aprobaba, sugería y respaldaba pequeños argumentos que acertaban a dar en el blanco.

«Actuar sin bases legales resultaría vano. Y, además, debemos admitirlo, la opinión pública está a favor de la pequeña. Si actuamos contra ella, no va a faltar quien nos "arroje piedras".»

Imperceptiblemente, las decisiones enérgicas que habría deseado el sargento salían del campo de perspectivas de lo realizable... ¿No sería más sensato mantenerse a la expectativa? El alcalde, secretamente triunfante, no tardó en felicitar a sus interlocutores por la sensatez de sus observaciones y de su decisión. Al día siguiente, Bernadette podría volver sin obstáculo a la gruta.

MARTES, 23 DE FEBRERO DE 1858

SÉPTIMA APARICIÓN

«¡Irá a la gruta!»

«¡No irá!»

«¡Verá a la Señora!»

«¡No la verá!»

Ése era el tema de todas las conversaciones durante la tarde del 22 de febrero. Por la noche, un rumor de origen desconocido se propagó en tono de confidencia de una amiga del alma a otra amiga del alma en el animado círculo de las hijas de María: la niña iba a volver a la gruta al día siguiente, martes 23.

Un acompañante recalcitrante

En casa de Emmanuélite Estrada la conversación giraba en torno al mismo tema, aunque en voz baja, pues no había que olvidar que el comisario vivía en el piso de abajo,

—No saben cuánto deseo ir a la gruta —confesó Emmanuélite.

—¡Vayamos juntas!

—¿A qué hora es?

—A las seis como mucho, me han dicho.

—Pero eso es en plena noche!

Acababa de pronunciar la palabra fatal. Las jóvenes como es debido no podían salir de noche sin compañía.

—¡Jean-Baptiste nos acompañará!

La amabilidad de Jean-Baptiste era infinita, salvo si intervenían razones profesionales. Precisamente al día siguiente, el inspector a caballo de contribuciones indirectas no tenía que salir de viaje. Al pasar por el salón, le rodearon y adularon y escuchó todo tipo de súplicas. Se mostró amable aunque esquivo y logró escapar con pretextos y bromas. Al final se

batió en retirada luciendo una sonrisa aunque bastante descontento consigo mismo.

Al salir del salón, su sonrisa se desvaneció. Le costaba negarse a acompañarlas. Sentía incluso curiosidad por ver en acción a la pasmosa muchachita que el domingo había hecho frente con tanto aplomo al comisario. Pero no era posible. Si aquellas jóvenes pudiesen oír lo que se comentaba en el café Français por esos días, e incluso lo que aquella misma tarde se había dicho, ni se les habría ocurrido semejante idea. Bien libres eran de alinearse con los débiles de espíritu que acudían a admirar a una jovencita a la que periódico tachaba de *cataléptica*, pero los adeptos a las luces no podían ponerse en un ridículo semejante. No, ¡no era posible!

Para acabar con un malestar del que le costaba deshacerse, Jean-Baptiste salió de casa y caminó hasta la casa parroquial con la secreta idea de que el párroco, a quien se tenía por severo en lo referente a la «comedia de la gruta», aprobara su rechazo.

A la izquierda, en la pendiente, algo retirada de la calzada Maransin, se levantaba la imponente construcción cuadrada que servía de casa parroquial. El resplandor de las luces agujereaba su masa negra con enormes cuadrados amarillos, en el lugar de las ventanas: a un lado, las del señor Lannes, el almacenista de tabaco; al otro, las del padre Peyramale.

¡El padre Peyramale! El dubitativo Estrada se dirigía hacia él como el que va a un punto sólido. Concia bien al pastor de ademanes temibles, pronto a blandir desde el púlpito las iras de Dios contra los pecadores, y de manera más general contra quienes traían el desorden; sin embargo, era también el más encantador de los hombres. Arisco con los feligreses, prodigaba la generosidad de corazón, su rasgo dominante, entre dos categorías de personas.

En primer lugar, entre los pobres, quienes con él gozaban de todos los derechos, y tenían derecho *a todo*, hasta a su última camisa, la última moneda de su bolsillo o, incluso y a falta de algo mejor, al pollo que estuviese guisando la gobernanta... Sobre este punto era opinión generalizada que el padre Peyramale era excesivo, poco razonable e imprudente. Ignoraba las virtudes burguesas del ahorro y la previsión. Éste era el único punto sobre el cual el párroco mantenía cierto «desorden». Aquella manera suya de empezar el trimestre regalando olímpicamente y de terminarlo improvisando soluciones, viviendo como un auténtico pobre, ¿le convenía a un deán, a un «sacerdote de primera clase»?

La segunda categoría de visitantes que se beneficiaban de su amistad

eran los hombres de la parroquia y, paradójicamente, los miembros de la mejor sociedad, que no eran siempre los más devotos. Con ellos el párroco se sentía a sus anchas: un hombre como los demás, vividor, cabal, de una pieza y, sin embargo, lleno de contrastes, que, si uno se detenía a considerarlo, no dejaba de sorprender: su superioridad no condescendía y, aun así, tampoco apabullaba; irradiaba calidez y de entrada, elevaba a su interlocutor hasta su nivel, sin premeditación por ninguna de las dos partes. Rápidamente suscitaba una conversación de cariz alegre, pintoresca y original. El padre Peyramale tenía una manera muy personal de pasar de la broma a la severidad, del optimismo más contagioso a las más sombrías inquietudes, de un impagable juego de palabras a una reflexión profunda, de una partida de bolos al servicio a un enfermo, sin dejar nunca de estar entregado por completo a lo que hacía.

Jean-Baptiste no tuvo que prodigar las precauciones oratorias para llevar la conversación al tema de la gruta. El sacerdote lo hizo primero. Estaba visiblemente preocupado y más interesado de lo que quisiera manifestar. ¡Ay, si sólo se tratase de los chismes de comadres, de la historia de la señora blanca en el hueco de una roca, habría dado rienda suelta a su ira! Pero también estaba la creciente afluencia al confesionario: gente que venía de lejos, conversiones sinceras. Una corriente de gracia atravesaba la parroquia. Por supuesto, siempre se daba un cierto movimiento al principio de la cuaresma; estaba también el jubileo (...para el que no había encontrado aún predicador); pero había algo más. Era incontestable que las conversiones tenían relación con la gruta.

Cuando Estrade relató como cosa de risa la petición que acababa de esquivar, el padre Peyramale casi le interrumpió.

—¡Vaya a acompañar a las señoras!

—Pero, padre...

—¡Vaya! Se habla mucho de la gruta y yo no puedo enojarme porque un hombre serio como usted vaya a ver qué ocurre allí.

En el camino

Al día siguiente, por lo tanto martes, 23 de febrero, hacia las cinco y media de la mañana, Jean-Baptiste y Emmanuélite bajaban las escaleras de la casa Cénac de puntillas por no interrumpir el sueño del comisario. Recogieron al paso a las amigas, que esperaban ante la puerta secretamente temerosas de que las olvidasen.

Era noche cerrada sin luna. Tenían que ir con los ojos muy abiertos para adivinar, aun a poca distancia, el trazado del camino.

«Estaremos solos», se dijo Emmanuélite. Pero el camino se veía animado: pasos de zuecos, murmullos, plegadas y risas. Había más grupos en camino. En el de Estrade cundía la risa tonta. También Jean-Baptiste estaba bastante excitado por lo misterioso de la aventura, la importancia de su condición de protector de las damas y la atención que éstas le prodigaban; y por algo que le preocupaba: ¿qué dirían en el café Français si supieran que el señor «inspector» de contribuciones había sido visto en Massebielle? Trató de disipar cualquier equívoco sobre sus sentimientos y tomó como blanco de sus bromas la gruta, el carnaval y la chiquilla. ¡Estaban de suerte! Verían una comedia en plena cuaresma... y con el permiso del párroco. Las mujeres no dejaban de reír, aunque fuese por reconocimiento y para animar a la carabina, pues habían temido no conseguir doblegarle.

«¡Seriedad, señoritas! Y abrid bien los ojos. Parece que olvidáis que vais a ver a la Santa Virgen. ¡Estáis de suerte!»

Las risas eran tan amistosas que el inspector abandonó su esfuerzo y multiplicó las bromas intrascendentes.

«¿Habéis traído los prismáticos?... A ver si no se os lleva el diablo!... ¿Habéis cogido agua bendita y el cirio de Chandeleur?»

Aún no habían dado las seis cuando llegaron a la gruta. Cien personas, sobre todo mujeres del pueblo que desgranaban las cuentas del rosario, se encontraban ya en el lugar. Estrade sonrió para sí ante su precipitada credulidad. «Dios del cielo, rezan como si realmente se tratase de la Virgen.» Se las veía tranquilas y recogidas, agrupadas en filas poco apretadas, lo que le permitió abrirse paso en busca de un buen sitio... que no tardaría en revelarse excelente.

De momento no era ésta la principal preocupación de Jean-Baptiste. A la luz del amanecer y de las velas que portaban algunas devotas, intentó distinguir quién había acudido, qué comadres pondrían en movimiento sus malintencionadas lenguas para proclamar en la ciudad la visita de Estrade a Massabielle... Su inspección le tranquilizó; entre los faldones de las campesinas descubrió algunas siluetas masculinas e incluso burguesas: sombreros de alas anchas, abrigos cortos y pantalones. Ahí estaba Dufo, miembro del consejo de la orden de los abogados y consejero municipal; Dozous, médico; y también estaba De la Fitte, intendente militar retirado,

cabeza de una de las principales familias del país. (¿Acaso no se decía que su madre había decidido el nombramiento del obispo?) Por último allá, aquel uniforme de dragones ¿no era el del capitán Duplessis, comandante del anexo de Visens?

Entre confusos y tranquilizados por coincidir allí, los caballeros intercambiaron algunas palabras sobre el pretexto que justificaba su presencia y la alta consideración filosófica que les elevaba por encima de la credulidad popular. Examinaron los huecos de la bóveda, las protuberancias y la cavidad que se perdía en la oscuridad que no dejaba adivinar el final. ¿Y no sería alguna forma extraordinaria o algún juego de luz lo que explican la supuesta aparición?

Una conversación

Un ligero alboroto puso fin a las conversaciones. Acababa de llegar Bernadette, acompañada por su tía Bernarde. La niña ocupó apresuradamente su sitio, muy cerca de la entrada, en medio, ligeramente a la derecha, precisamente al lado de Estrade, feliz aunque intranquilo ante semejante privilegio que le convertía en punto de mira de todos los presentes.

Bernadette se arrodilló y sacó su rosario. De perfil reconoció la cara de la niña que viera en casa del comisario: muy natural, muy común, con un asomo de tristeza y de ansiedad. Ciertamente no había en ella nada de comediante. Estrade redobló su atención, con curiosidad por descubrir el secreto más o menos honorable de aquella excentricidad.

¿Cuándo ocurrió? ¿Era Bernadette la que había cambiado insensiblemente o era la pantalla de sus celos la que se había disipado progresivamente? No sabía qué responder, pero de pronto se encontró contemplándola embelesado. ¿Era la palidez, la alegría o la nueva expresión de su mirada? Aún no había dado un nombre a lo que sucedía, pero un sentimiento casi físico se apoderó de él: *allí había alguien*. De golpe se volvió hacia el punto adonde miraba Bernadette. Y él, escéptico hacía unos instantes, se sintió asombrado al no ver más que oscuridad. Sus prejuicios se esfumaron. Se quitó el sombrero como las buenas gentes de la «clase baja». Ya sólo era un admirador entre los demás, maravillado ante la humilde niña convertida en espejo de algo superior a ella.

En el momento en que se produjo el cambio, Bernadette terminaba la primera decena. El movimiento de los dedos y de los labios se interrumpió.

Lo reanudó a continuación, aunque de manera menos regular. La alegría parecía llevarla a contener la respiración y detener el movimiento de la plegaria. Sonrisas, saludos, y amplias señales de la cruz como nunca antes había visto Estrade.

Entonces tuvo lugar una especie de conversión: le pareció maravilloso el mero hecho de ser admitido a presenciar aquello. Bernadette hablaba —o, mejor dicho movía los labios— como si retuviese el sonido de sus palabras entre los labios. Bernadette escuchaba. Mostraba sorpresa. Decía «sí» con la cabeza y luego «no». Por momentos se afligía, luego se echaba a reír, abiertamente, con alegría aunque de una manera que en su extrema sencillez se mantenía un tono por encima de la realidad. Estrade estaba subyugado.

El alfiler negro

Si hubiese podido ver del otro lado, en la oscuridad, las maniobras de Eléonore Pérard. (¿Quién podría imaginar que la traviesa muchacha se convertiría un año después en hermana de san Vicente de Paúl?) Mientras el inspector de contribuciones había rendido armas, la otra procedía a realizar un experimento. Antes había intentado pinchar a Bernadette para ver cómo respondería. No hubo reacción. Sacó entonces de su delantal un grueso alfiler de cabeza negra y, como si no la tocara, se lo clavó en el hombro. Bernadette no se movió. ¡Vaya! Impresionada, Eléonore se sumó al estado de recogimiento que poco a poco cayó sobre las cien personas reunidas, como un gran manto invisible.

La llama del cirio

Nadie se dio cuenta de nada. Sin embargo, Emmanuélite creyó advenir algo durante el éxtasis de Bernadette.

El cirio le resbaló de la mano. Por uno de sus extremos (el contrario al que ardía) tocó el suelo de manera que el segundo dedo de su mano quedó tocando la llama durante varios minutos. Creí que aquel pobre dedo estaría totalmente calcinado. No pude reprimir un gemido en voz alta, y... no tuve el valor de apartarlo de la llama.

Seguía llegando gente a la gruta. Fanny Nicolau, la institutriz, bajaba con grandes dificultades por el resbaladero ayudada por su criada. Tenía miedo de caer rodando. Por la mañana se había levantado con idea de

acudir a la gruta, pero luego se dijo: «¡Menuda tontería!»

De modo que se decidió por ir a misa. Pero, al regresar de la iglesia, la sirvienta, que ardía en deseos de ir, le dijo con alguna exageración: «Todo el barrio va. Las únicas que no vamos somos nosotras...

Por eso salieron a toda prisa temiendo llegar demasiado tarde. Afortunadamente, el éxtasis se prolongaba aquella mañana. (Duró una hora, para pesar de Estrada y su hermana, a quienes sin embargo no les pareció largo.) Llegaron a tiempo de presenciar las últimas inclinaciones y las últimas sonrisas. Quedaron admiradas.

Eran casi las siete. A la derecha, una aureola de luz dorada nimbaba el castillo y la cima del Jer. El éxtasis de Bernadette había soportado la luz del día sin defraudar.

Su rostro recuperó gradualmente el color. Los párpados recuperaron su movimiento habitual. Ya sólo era una niña como cualquier otra que se restregaba los ojos, como si la hubiesen sorprendido al pasar de una luz intensa a la grisalla de las primeras horas de la mañana. Una niña, ¡pero una niña tan feliz! *Aqueró* no estaba enfadada. Lo demás carecía de importancia. En silencio, con discreción e inconsciente de la admiración de que era objeto, Bernadette se levantó y desanduvo el sendero, llevándose consigo su sonrisa y su certeza. Se quitó de encima a los que la detenían para hacerle preguntas con la amabilidad y pertinencia de costumbre, y parecía incluso que más de las de costumbre. Nadie pudo averiguar nada del diálogo de ese día. ¿Le había confiado *Aqueró* un primer secreto? Lo más probable es que se tratara de la oración secreta «sólo para ella» que recitaría a partir de entonces todos los días de su vida.

Primeros entusiasmos

Tan pronto Bernadette se fue, en la gruta se desató una ola de entusiasmo. Estrade fue uno de los primeros. Toda su vida trataría de expresar qué le había extasiado de tal modo durante aquellos minutos incomparables.

«Llegué incrédulo y salí creyente...»

Pero por el momento no sabía sino balbucear su admiración, que compartía con Dufo y De la Filie. «¡Prodigioso! ¡Sublime! ¡Divino!...»

El regreso a la ciudad y la perspectiva de hacer frente a la ironía ya no le pesaban. Había visto. Ofrecería su testimonio. Empezó a esbozar las frases que podrían transmitir a los otros su convicción. Aún creía en el

poder de las palabras y de la retórica para expresar lo inexpresable. El pequeño demonio literario que habitaba en él y le hacía redactar alambicados editoriales con destino a la primera página del *Lavedan* se puso de su parte y así empezaron a emerger de su pura emoción unas frases que empezó a ensayar.

—Si en el cielo se hace la señal de la cruz, sólo puede hacerse de esta manera.

Dozous manifestó algunas reservas. Sacó a colación argumentos propios de su oficio.

—Un veterano médico como yo no puede rendirse tan pronto. Son tantas las enfermedades capaces de confundirnos.

—Doctor, ¿ha visto usted lo que he visto yo?... ¿No cree que su ciencia podría cegarle respecto a lo esencial?

—Me permitirá usted que prosiga con mis observaciones.

Llegaron juntos a la ciudad. Se separaron, terminada la discusión, con la habitual retahíla de falsos adioses. Estrade subió pensativo la escalera de la casa Cénac. No era el mismo hombre que por la mañana bajara con ánimo socarrón. También su vida había cambiado de sentido.

En el descansillo se encontró con su vecino de planta, el padre Pène, que le estaba esperando. Unos minutos antes, su hermana, Jacqueline, había regresado entusiasmada, transportada, de la gruta, desbordando una comunicativa convicción. Pero ¿qué podía valer el entusiasmo de Jacqueline? Lo que el vicario necesitaba era el juicio de un hombre. Se sorprendió mucho al encontrar a su vecino, el inspector, igual de conmovido.

—¡Amigo mío!... ¡No hay cosa igual en el mundo! ¡Es increíble! Hay que verlo para creerlo. Hay quien afirma que lo de Bernadette es teatro. Bueno, pues si eso es verdad, habrá que admitir que es la mejor actriz del mundo. Yo tuve ocasión de ver a Rachel... en Toulouse y en Burdeos... Era magnífica..., pero infinitamente por debajo de Bernadette. No, mi buen deán. No, lo de Bernadette no es teatro: esta niña tiene delante de ella a un ser sobrenatural.

¡Rachel! No podía haber buscado más alto. La célebre actriz había muerto en enero, y su fallecimiento llenó más páginas de periódicos que la de un ministro muerto por las mismas fechas. El culto naciente a las estrellas había ofuscado a todos.

En el café Français

El entusiasmo de Estrade tuvo que superar aquella tarde una ardua prueba: la prueba del café Français. Situado en la esquina del gran eje Tarbes-Argelès con la calle de Bagnères, a dos pasos del ayuntamiento y de la casa Cénac, el establecimiento acogía a una sociedad bastante selecta, el círculo Saint-Jean, que reunía a todo personaje relevante de la sociedad lourdense: tribunales, medicina, ejército y propiedad. La primera «discusión, sobre la gruta se estaba fraguando o, mejor dicho, el preludio a unas discusiones de un estilo novedoso que se prolongarían durante años. Estrade había estado temiendo el momento en que empujaría la puerta acristalada de ese baluarte del pensamiento local. Ese momento había llegado.

Le envolvió un ambiente que le era familiar: las bombillas proyectaban sus conos de luz amarillentas entre nubes de tabaco. El *Siècle* y *La Presse* de la semana anterior corrían por las mesas, junto al *Ere impériale*, el *Intêret public* y otros diarios locales. En la sala contigua, el golpe de las bolas de billar estallaba en acolchados lanzamientos. En la penumbra del fondo, el lujoso revestimiento de fresno, orgullo del local, añadía el último toque de confort lujoso a la inglesa, que constituía el prestigio del círculo. Sin embargo, Estrade se sintió ese día incómodo en el ambiente familiar; extraño como el día que entró por primera vez, después de haber reunido el padrino necesario.

Advirtió lo extraño de su convicción, sintiéndolo retroceder hacia zonas secretas. Se sentía paralizado por la imposibilidad de hacer que otros la compartiesen con él... El asunto de la gruta no sólo había sido hasta el momento objeto de bromas fáciles. Se había discutido quién podría ser el autor del artículo del *Lavedan*. Una sutileza tan parisina ¿debían atribuirse al abogado Bibé o al comisario Jacomet? El pequeño misterio semanal se resolvía en un círculo restringido. En cualquier caso el tono jocoso y de superioridad fue muy apreciado. La presencia por la mañana en la gruta de algunos representantes de la inteligencia lourdense era el tema del día. En definitiva, suponía una ocasión de renovar el capítulo de bromas ya gastadas a lo largo del invierno bajo un régimen en el que las pasiones políticas estaban adormecidas. Estrade esperaba topar con una «tempestad». La encontró. Las bromas, las pullas y las ácidas felicitaciones cayeron como una granizada. Algunos parecían estar enterados de que Estrade había dejado de ser un simple curioso.

Estaba preparado para encajarlo. Dejó que los caballeros agotaran su

verbo en el que, afortunadamente, estaba ausente la pasión y en vez de una profesión de fe, que habría de perderse entre la humareda, optó por una argumentación ad hominem...

«Señores —replicó cuando el silencio empezó a hacer deseable una respuesta de su parte—, cuando un saltimbanqui exhibe en la plaza de Marcadal un cordero con dos rabos o un asno con dos cabezas, todos ustedes corren a verlo. Bien, yo he visto algo mejor. El éxtasis de esa niña es una escena que ningún pintor podría igualar. Explíquenlo como quieran...»

¿Qué había sido entretanto de Emmanuélite? El movimiento de la muchedumbre la había apartado del grupo de los hombres. No llegó a preocuparse: la luz del día y la afluencia hacían inútil la protección. Y, sobre todo, deseaba silencio y recogimiento. Se dirigió a la iglesia, donde prolongó la plegaria.

Una cadencia emergió poco a poco del silencio; un paso grave recorría la sacristía y se acercaba sobre las baldosas. Emmanuélite se vio interpelada por una mal contenida voz de bajo.

«¿Y su hermano? ¿Ha ido a la gruta? ¿Qué dice él?»

Era el capellán, más impaciente de lo que hubiese querido aparentar tras su aire de indiferencia huraña.

Emmanuélite comprendió que su opinión de mujer no contaba para el deán de Lourdes. Respondió de la manera más concisa:

«Me ha parecido que estaba muy emocionado, Pero no he hablado con él.»

«Que venga a verme.»

Una visita tras otra

El recogimiento se esfumó. Emmanuélite tuvo otro deseo: ver a la niña, hablar con ella y examinar el dedo que había estado en contacto con la llama. Un deseo que no tardó en ver cumplido, gracias a su amiga Hélène Pailhasson, hermana de la señora Pailhasson, tan piadosa como frívola la otra. Era amiga de los pobres. ¿Los Soubirous? Pues no faltaba más; ella los conocía.

Vivian a dos pasos.

Emmanuélite quedó impresionada por la miseria del calabozo, el olor, la oscuridad... En ese momento Bernadette estaba en el primer piso,

en casa del tío Sajous. Emmanuélite atravesó el sombrío pasillo, cruzó el patio fétido y se adentró llena de aprensión por la escalera de peldaños vacilantes. Le sorprendió llegar arriba sin percance. Encontró a Bernadette

sentada junto al hogar casi sin fuego... tenía a un niño sobre las rodillas (sin duda se trataba de su hermano Justin, de dos años menos cinco días). Había toda una pequeña familia reunida en aquel cuarto.

«La pequeña familia» comprendía a los pequeños Sajous y a los pequeños Soubirous y quizá a algunos vecinos. Emmanuélite no se detuvo a aclararlo. Su atención se detuvo en el chaval de seis o siete años, el «joven amigo» mudo al que sorprendiera un día rascando la cera del suelo de la iglesia y que todos los días se presentaba en su casa para comer una rebanada de pan en el rellano de la casa Cénac, avergonzado y hambriento. Por fin averiguaría quién era...

Le puse la mano sobre la cabeza y se la sacudí suavemente.

—Hola, criatura ¿Tú también vienes a ver a Bernadette?

Después de mi pregunta, oí hablar al niño por primera e..

—Soy su hermano.

En estas circunstancias tuve ocasión de examinar el dedo de Bernadette. No habla rastro de quemadura.

Examinar a Bernadette y hacerle todo tipo de preguntas era entonces la idea de todo el mundo. No hubo casa más frecuentada aquella tarde que el calabozo. Entre las visitas estaban Anna Dupin, señora Dupas, vendedora de sombreros y artículos diversos: su marido quería hablar con «esa cría».

«Deténgala esta tarde al volver de la escuela», le recomendó Louise.

Y ahora Bernadette se encontraba en la trastienda adonde la habían hecho entrar, soportando todo tipo de amonestaciones con palabras que ya había oído antes.

«Llevas a todo el mundo detrás de ti.»

«*Eh perque arribou! Lous boï pas coillé iou!*» (¿Y por qué vienen? ¡Yo no voy a recogerlos!)

Las amigas de Anna fueron invadiendo poco a poco la habitación; y de su parte sólo había fervor. Bernadette se convirtió de inmediato en su presa.

«No voy a tener el placer de darle un beso a la Virgen; deja que te lo dé a ti.»

Los pensamientos de Anna, no menos enternecida, eran de talante más práctico al contemplar a aquella criatura, visiblemente desnutrida. Hurgó en el anuario. Ese año habían escaseado las manzanas, pero le quedaba una muy hermosa, que reservaba para «comérsela al final». Anna se la ofreció de todo corazón. Pero en vano; Bernadette había tomado sus distancias, incluso hacia la hermosa manzana.

«La rechazó a pesar de que yo insistí mucho», contó la sombrerera.

Al salir, Eugénie Raval (hermana de Germaine), que había sido nodriza en Bartrés con Bernadette, se la llevó con autoridad.

«Ven a casa.»

Allí también había un montón de gente que quería verla, y sobre todo preguntar. La niña respondió a todo directamente, sin premeditación. ¿Por qué había empezado dos veces a persignarse? Porque se había adelantado a *Aqueró* y el brazo cayó por sí solo. ¿Qué le había dicho la aparición? Una plegaria para ella sola; de ahí no consiguieron sacarle nada más. ¿Era por el cansancio? En cualquier caso, parecía fatigada. Se compadecieron y la dejaron tranquila. Al fin.

Pero no, no había terminado. En el calabozo François esperaba a su hija con impaciencia. Hacía un momento, en la caballeriza, la hermana del patrón, Dominique Cazenave, le había ordenado en el tono perentorio que convenía para dirigirse a un criado: «Tráigame a la niña esta tarde. ¡Después del trabajo!»

No había objeción posible. El empleo en casa de Cazenave, en lo más crudo del desempleo de invierno, era inesperado. No era cuestión de disgustar a alguien de la casa.

Pero ¿quién habría pensado aquella misma mañana que también Dominique entraría en el movimiento? Esta congregante de treinta y nueve años era una escéptica, una opositora, y los asaltos que llevaba sufriendo desde hacía unos días no parecían alterar sus convicciones.

«Realmente hay algo», le repetía Germaine Raval.

«Debería venir», decía Jeanne-Marie Lavit, una pariente de Bernadette, que compartía con Dominique la casa de los Espénettes.

«¡Si vieras la devoción de esa niña!», insistía su hermana Rosine Cazenave.

Dominiquette fingió indiferencia, pero cada vez le costaba más ocultar su irritación. No, a ella no iban a embaucarla con la hija del palafrenero de su hermano.

Al acudir a misa por la mañana, tomando por la calle des Petis-Fossés, se encogió de hombros cuando encontró a un grupo esperando delante del calabozo... Y no sólo estaba Germaine Raval y algunas otras jóvenes, sino una persona relevante, una antigua institutriz de Lourdes, Dorosie Tarbès.

«¡Usted también, Dorosie, está esperando a esa cría!»

«Créeme, criatura, algo hay. Yo estaba como tú. Pero ahora que he visto...»

Siguió una discusión. Dominiquette dejó caer entonces el argumento contundente que hasta entonces había guardado para sí.

«¡Estoy escandalizada de ver qué clase de mujeres la protegen!»

Sí, se refería a Cyprine que le prestaba su rosario a Bernadette y sus dos tías, que la acompañaban. Dominiquette recordaba muy bien su expulsión de la congregación y el tiempo que hubo de pasar para que un matrimonio regularizase su situación. Una de ellas regentaba un cabaret en el que algunas veces Bernadette había despachado vasos de vino. No, toda esta gente no valía tres cuartos.

Durante el día tuvo que sufrir otra acometida. Esa vez fue Marie Pailhès, la mujer del escribano. Dominiquette solía ir a su casa a plancharle la ropa.

«Haga venir a Bernadette.»

«¡Cómo! ¿También usted cree en esas cosas?»

«No, pero me gustaría verla.»

Bueno, pues sí, ¡veámosla! Y así sabremos a qué atenernos. Así fue cómo decidió dirigirse a François Soubirous y cómo, al caer la noche, éste subió con su hija la escalera de la calle des Espénettes en lo alto de la cual vivía Dominiquette. Pero la Bernadette que le acompañaba no era más que una sombra de sí misma: con expresión ausente y con la mente en blanco a fuerza de atender a tantas preguntas y abrazos. Contó en cuatro palabras lo que había visto, como si quisiera quitárselas de encima... Resultó tan decepcionante como Dominiquette secretamente pudiera haber esperado.

La sesión, sin embargo, no había terminado. Ahora la patrona hacía oír sus objeciones. Bernadette no parecía interesada y las respuestas que le

daba carecían de fuerza. De todos modos, Dominique no la dejaba hablar mucho y cuando lo hacía era para cortarle la palabra de inmediato. Se burló de Bernadette. «Hacía muecas.» Marie Pailhès intervino en favor de la pequeña pues ésta, que se había arrimado a ella cariñosamente, le inspiraba simpatía.

«¡Quiere dejar hablar a la niña!»

François también intervino, aunque en otro tono. Le habría gustado que su hija se mostrase más amable y más brillante ante la patrona, resueltamente irritada por su comportamiento. Haciendo un esfuerzo, contó él en lugar de la pequeña lo que había oído decir o, al menos, lo que había entendido. Pero su manera de relatarlo no cuadraba con la de Bernadette. Dominique les despidió despechada. ¿Por qué todo el mundo andaba detrás de aquella cría? Desde luego, no había para tanto. Y, sin embargo, el porqué seguía preocupándola.

«¿Qué opinas de Bernadette?», le preguntó a su hermano.

«No me creo nada.»

«Ni yo... pero mañana voy a ir a ver qué hace allí.» De hecho, él no iría hasta el 3 de marzo y sería Dominique quien acudiría a la gruta al día siguiente.

Lourdes oscilaba entre el entusiasmo, la irritación, el encogimiento de hombros y la perplejidad. De lo más alto a lo más bajo de la escala social, el asunto de la gruta estaba en el punto de mira de todos. Aquella noche no fueron pocos los que tardaron en conciliar el sueño diciéndose: «¿Voy o no?»

Y más de uno se levantaría preguntándose: «¿No se me habrá hecho tarde?»

Pero en la calle des Petits-Fossés una niña dormía en paz, derrotando el cansancio en el borde del colchón que compartía con su hermana. Los obstáculos cedían, las tristezas de la víspera se desvanecieron. Al día siguiente iría a su querida gruta y sabía que la muchacha de blanco no estaba disgustada con ella. La niña no pedía más. Hacía mucho que no se dormía iluminada por una esperanza semejante.

MIÉRCOLES, 24 DE FEBRERO DE 1858

OCTAVA APARICIÓN

La mañana del 24 de febrero de 1858, Estrade ensilló su caballo a disgusto. Era día de inspección. Desde las cinco de la mañana una multitud de visitantes ponía rumbo a la Gruta.

Dominiquette entra en escena

Dominiquette Cazenave se despertó al oír el trajín que llegaba desde la habitación de al lado. Jeanne-Mane Lavit y su hija, dos vecinas, se disponían «a ir»... Otro día le habría irritado que la despertaran tan temprano. Pero no, el sueño había disipado el mal humor de la víspera. Saltó de la cama y tamborileó contra el tabique diciendo en voz alta: «¡Yo también voy!»

Las otras se mostraron muy contentas, pues conocían su escepticismo.

«La llevamos, pero dése prisa.»

No hubo que repetirlo. Dominiquette se apresuró, espoleada por el temor a llegar demasiado tarde.

Una vez en el exterior se preguntó: «¿qué estoy haciendo?» El fresco de las últimas horas de la noche heló su impulso. Sus achacosas piernas protestaron; ¿Qué se le había perdido a ella en el famoso sendero? Poco le faltó para regresar a casa.

«No podré caminar demasiado», protestó débilmente.

«Nosotras la llevaremos.»

El rosal

Dominiquette Cazenave bajó, como muchas otras mujeres, sentada sobre la falda, pero a toda prisa, animada por el afán de dar con un buen sitio. Deslizándose a lo largo de la peña ayudada por sus muchas amigas,

encontró un lugar excelente: justo debajo del nicho, cerca de Fanny Nicolau, la institutriz, y de la familia Dufo, cuyos miembros habían acudido en pleno: el abogado, su esposa y las dos hijas. Una rama del rosal silvestre se enganchó en su pañuelo de cabeza.

«¡Cuidado! —la advirtieron las mujeres que se hallaban a su lado—. Cuando se toca el rosal, la Señora se va.»

Desde la ausencia del día 22, era éste el gran temor. Las más fervientes se las ingenieron para reprimir, no sin fantasía, todo lo que pudiera «molestar a la aparición». A Dominiquette no le gustaba que se le hicieran recriminaciones y juzgó ésta idiota.

«Si la Señora sabe cuál es mi intención, no se enfadará.»

Entonces llegó Bernadette. Al ocupar su sitio miró con asombro a la concurrencia, que superaba la del día anterior: había doscientas o trescientas personas. Su mirada despertó los recelos de Dominiquette. ¡Qué manera de mirar de arriba abajo a la gente tenía la muy descarada! ¡No podía esperarse modestia de la niña! Bernadette se arrodilló, encendió el cirio y se persignó con una devoción contagiosa. Las cuentas del rosario corrían entre sus dedos cruzados.

Cuando terminaba la primera decena, se produjo algo imponderable, una especie de movimiento hacia adelante, o más bien un impulso muy suave, pues Bernadette no se había movido. Pero su semblante había cambiado. A la lívida luz del amanecer, que la amarilla oscilación del cirio calentaba apenas, la cara palideció adquiriendo una luminosa blancura. La niña acababa de pasar a otro mundo.

«¡Dios mío, se va a morir!», gimió una mujer.

Para aliviar su emoción, otras mujeres se hicieron eco de esta exclamación. Dufo sentía tal turbación que no se atrevía a mirar. Le parecía que su mirada ejercía una especie de violencia. Y además, ¿se iba a echar a llorar como un niño? Instintivamente, retrocedió unos pasos. Fanny Nicolau se abandonó a las lágrimas. No era la única. Producía una grata sensación llorar en aquel lugar.

Al cabo de cinco o seis minutos, sin embargo, una inquietud alteró tan dulce atmósfera. Bernadette ya no sonreía. Una especie de nube cubrió el resplandor de su cara. Recuperó el color. Al levantarse parecía triste, preocupada; incluso disgustada. Miró con enfado al grupo que tenía enfrente, justo debajo de la hornacina. La señora Dufo se sintió mortificada. ¿Por su culpa y sin querer había ahuyentado al ser bendito?

Las mujeres que habían advertido a Dominiquette terciaron entonces.

«Pues se lo habíamos dicho, que no hay que tocar el rosal.»

Cada cual trataba de achicarse o esquivar como podía las largas ramas, algunas de las cuales rozaban el suelo.

Pero la mirada de Bernadette no se detuvo en la muchedumbre: sus ojos estaban anegados en lágrimas. Parecía buscar a alguien.

«Pobrecita», murmuró la señora Dufo, desbordante de compasión y de buena voluntad.

Bajo la cavidad interior

La niña dio dos o tres pasos por la gruta, se volvió hacia la derecha y miró hacia lo alto, hacia la amplia cavidad ensanchada que comunicaba desde arriba con la hornacina exterior. Los que estaban más cerca advirtieron un soplo muy suave, apenas articulado, como si ella hubiese dicho: «Ah, qué felicidad, ¡ahí está!» De nuevo su rostro recibió desde lo alto la palidez y la sonrisa —cosa que alivió en grado sumo a la señora Dufo—. Bernadette ahora veía. Y esta vez parecía además estar escuchando. Sus labios se movieron. Pero los que se encontraban cerca no oyeron el menor sonido. Y sin embargo parecía que hablaba.

¿Acaso la conversación era triste? Volvió al sitio que ocupaba al principio «con una lágrima en cada mejilla, como pegada». Pero cuando llegó ante la hornacina exterior aquella tristeza desapareció y «con los ojos aún húmedos por las lágrimas.., prorrumpió en una risa muy suave», observó Jacqueline Pène.

La aparición continuó de este modo durante los minutos que siguieron. Bernadette iba y venía del nicho exterior a la cavidad interior. La alegría y la tristeza se turnaban en su cara en la que los presentes pudieron distinguir modificaciones del estado extático.

Era como si una mano cubriese y descubriese su rostro con un fino velo, o como una luz de otro mundo proyectada unas veces y otras apagada. Y es que la palidez de Bernadette no carecía de brillo ni era opaca como la de un cadáver; era una dulce iluminación, «como el sol que reaparece y luego como el sol que se oculta», observó Dominiquette.

Bajo la cavidad, Bernadette saludó tres veces, inclinándose un poco más profundamente en cada ocasión; decía «sí» y luego «no»...

El escándalo de la tía Lucile

La tía Lucile, al lado de Bernadette, estaba muy conmovida. Lo que más la afectaba era aquella palidez «como si se muriese». La impresionaba la misteriosa conversación. De pronto vio cómo Bernadette daba uno o dos pasos de rodillas. Luego volvía la cara hacia delante. No pudo resistirlo más, profirió un grito Y se desplomó casi desmayada. Bernadette se sobresaltó. Iba a prosternarse de nuevo de cara al suelo cuando el grito la devolvió al mundo exterior. Interrumpió el movimiento, de ritmo muy intenso, y miró a su espalda: alguien sostenía a la tía Lucile, totalmente demudada.

«Tía, *n'ai pa peno!*»

En el tono había reproche a la vez que un intento de tranquilizarla: «¡no está bien que se ponga en ese estado!».

Bernadette dirigió la mirada de nuevo a la hornacina como si quisiera disculparse antes de reanudar el movimiento que había interrumpido. Su expresión recuperó su color normal: dos pómulos sonrosados sobre la tez mate. *Aqueró* había desaparecido.

Bernadette se incorporó algo triste. Y se alejó de inmediato con aquella indiferencia discreta que la protegía de los curiosos.

Durante el camino de vuelta, aprovechó el primer instante propicio para decirle a su demasiado emotiva acompañante:

«Tía, no hace falta que vuelvas a venir conmigo.»

Lucile se sintió confundida por el alboroto que había formado y que «había hecho que se fuera la Virgen». No sabía qué contestar, pero pensaba cómo hacerse perdonar y ser admitida de nuevo en la gruta a la mañana siguiente. Estaba segura de que esta vez estaría muy tranquila.

El incidente sin embargo no tuvo gran eco. El ejercicio esbozado por Bernadette, el grito proferido por su tía y el final de la aparición se interpretaron confusamente como manifestaciones de tristeza en el momento en que *Aqueró* se iba. La devoción permanecía intacta

En la intimidad del amanecer blanquecina, la causa de las apariciones seguía ganándose los corazones.

Al igual que los Estrade el día anterior, y pese a todos sus recelos, Dominiquette estaba conquistada. «No —concluyó para sus adentros en el camino de vuelta—. La niña no miente,

Una leve duda, sin embargo, planeaba sobre su reciente convicción:

¿no podía tratarse de una «alucinación»? La palabra científica tenía prestigio a sus ojos. «Habría que consultar con un médico de renombre», pensó. Pero lo dominante era la voluntad de proteger por todos los medios a la pequeña Bernadette.

La conversación silenciosa

Fanny Nicolau era de la misma opinión que Dominique: «¡Está claro que no es una pantomima!»

Pero lo que la intrigaba e intrigaba a todo el mundo era la conversación que, al menos en apariencia, había tenido lugar por la mañana bajo la cavidad. Se fue pisándole los talones a Bernadette y aprovechó el primer momento favorable para preguntarle:

«¿Te ha dicho algo la Señora?»

Bernadette respondió con una pizca de asombro.

«*Té! e qu'erot ta prés de iou e n'adaouet pas entenut*» (¡Vaya! Con lo cerca que estaba usted y no ha oído nada.)

Fanny lo comprendió de repente: desde el punto de vista de la vidente, la conversación había tenido lugar en voz alta. Desconcertada un instante, la institutriz, virtuosa y maestra de virtud, recurrió a pies juntillas a sus reflejos profesionales (no había que «ensoberbecer» a la niña); improvisó una razón para su pregunta.

«¿Oído? No, criatura... Me han estado empujando tanto que a punto han estado de hacerme caer. —Luego añadió—: ¿Cómo te ha hablado? ¿En francés o en dialecto?»

«*Oh, té, té, qué boulet qu'em parlé francés? eh qu'ou sabi, iou!*» (¡Vaya! ¿Cómo quiere que me hable en francés si yo no sé francés?)

En tono más pausado, penetrada de la deferencia de la maravillosa muchacha, añadió:

«*Qu'en: parlo en patouès et quem dits bous.*» (Habla conmigo en dialecto y me trata de usted.)

Fanny se sintió maravillada «a causa del respeto» de la que muchos creían que era la Virgen.

Penitencia

Jacquette Pene haría la misma observación. Lo que la intrigaba eran

los incidentes del final; los tres saludos graduados y sobre todo aquellos signos, *sí, no*, antes de empezar a caminar de rodillas. Se lo contó a su hermano, el vicario, que pareció perplejo. ¿Qué sentido tenía todo eso?

Bernadette acudió a la casa Cénac después de que le aseguraran que el comisario no estaba. Ésta fue la explicación que dio: Ese día *Aqueró* habla pronunciado una palabra nueva.

«¡Penitencia!»

Y había dicho:

«¡Rogad a Dios por la conversión de los pecadores!»

Luego le había rogado que «se arrodillara y besara el suelo como penitencia por los pecadores». Tenía el semblante triste. Bernadette respondió que sí también con tristeza. *Aqueró*, siempre deferente, le había preguntado «si aquello la molestaría».

«¡Oh, no!», había respondido la niña de todo corazón.

Se sentía dispuesta a todo para complacer a aquella amiga celestial que tan triste parecía cuando hablaba de los pecadores.

Por la tarde, en Lourdes se hablaba de la gruta más que la víspera y con creciente convicción. Se aseguraba que la Virgen le había confiado a Bernadette un secreto o una oración secreta, de la que era imposible sonsacarle una palabra. La frase que pronunció aquella mañana, «Rogad por los pecadores», se abrió camino por la ciudad. Mientras los charlatanes murmuraban, otros muchos aprovecharon la consigna que les permitía ahondar en su fervor.

Bernadette más que nadie, pues aquel día hizo además un sorprendente descubrimiento. Después de Fanny Nicolau, los Dufo, Sajous, Tarbes y otros le hicieron unas preguntas a propósito de la conversación de la mañana que al principio la asombraron. Para ella, estaba claro: había unas palabras secretas que le había dicho en la intimidad, como destinadas al corazón, y otras en voz alta. Poco a poco iba comprendiendo que tampoco éstas las había oído nadie: ni las suyas ni las de *Aqueró*. Todo quedaba entre ellas dos, como la visión. No habían terminado las sorpresas, que por otra parte no la preocupaban demasiado. Lo que a sus ojos contaba era aquella amiga de lo alto y los deseos que había empezado a expresar el pensamiento sobre los pecadores, ayer todavía lejano, y que había captado de una vez para toda su vida en la

tristeza de una mirada.

JUEVES, 25 DE FEBRERO DE 1858

NOVENA APARICIÓN

Jueves, 25 de febrero, dos de la mañana. Tuvo lugar un hecho sin precedentes: los pasos de los zuecos resonaban ya por el sinuoso trazado del camino que unía el valle de Batsurguère y el valle del Gave. Eran tres mujeres: Marie, costurera en Omes, a la que acompañaban Louissette de Tiné y Jeanne-Marie Carrère. Iban rezando el rosario, tropezando a causa de los baches y el barro del camino. Llovía. Les preocupaba llegar y encontrar los «buenos sitios» ya ocupados.

¡Pues no! Fueron las primeras.

Velada de oración

Se resguardaron de la lluvia bajo el alero de la peña, en la vertical de la hornacina, frente al «lugar de Bernadette». Unos ruidos ligeros perforaban el silencio de la noche... una especie de fragor que parecía proceder de las entrañas de la roca. Se estremecieron pero la oración las ayudó a mantener el valor.

Allá en lo alto se acercaban unos pasos en la oscuridad. Esperaron con una mezcla de inquietud y moza. ¿Qué hora sería?

En el sendero los pasos se hacían desiguales, resbalaban, pero el sonido de las voces sonaba tranquilizador. Eran Pauline Cazaus, una hija de María de Lourdes, y su hermano. Eran las tres y media, afirmaron los recién llegados. Quedaban dos largas horas de espera: el tiempo de rezar varias veces el rosario.

La gente iba llegando. Entre los primeros, unos «forasteros» con un niño. Cerca de las cinco ya quedaban pocos lugares buenos. Ya había empujones para avanzar entre la muchedumbre que se resistía a ceder, aunque sin altercados ni discusiones. La gruta estaba abarrotada e incluso el ancho refuerzo del lado izquierdo, allí donde la bóveda casi horizontal se encontraba con lo alto de la pendiente. Catherine Oustallet se acuclilló,

satisfecha de haber dado con esa posición, pues estaba encinta y no eran sus piernas muy sólidas. ¡Lástima de la humedad que sentía elevarse desde el suelo!

El carpintero Domengieux también se coló trepando por la izquierda por detrás de la gente. Le había estorbado Claire Trézères, que se metió por la parte baja... Al llegar a la cima, se instaló de una manera curiosa con las piernas estiradas, los codos apoyados en el suelo, de espaldas al peñasco y la espina dorsal pegada a la bóveda. Con la capucha con que se protegía la cabeza del frío parecía un gnomo en la posición de una cariátide. ¿Qué estaba haciendo ahí? Él mismo se lo preguntaba. Al principio no tenía demasiadas ganas de ir debido a su fastidiada salud. Se dejó llevar por sus hijas. Pero una vez allí, le ganó el deseo de ver. Según la opinión de los iniciados, que se guardarían de decir nada, había escogido un mal lugar.

Ese día los maliciosos referían algunas anécdotas. Ahí estaba Etienne Phéas, labrador al que se veía pegado al tronco de aquel árbol, muy cerca de la hornacina, y aquel chico de Adé, agarrado a una arista rocosa: hacía unas horas había ido a plantificarse en la hornacina de la aparición. Unos gritos le animaron rápidamente a ocupar un lugar más decente...

Allí había sobre todo gente de «clase baja», en su mayoría mujeres. A las cinco, sin embargo, vieron llegar a un grupo de la «buena sociedad»: Jean-Baptiste Estrade, guiando a su hermana y a una amiga de ésta, Elfrida Lacrampe, hija del dueño del hotel des Pyrénées.

El punto de vista de Elfrida

La llegada de Elfrida fue motivo de asombro. Aquella hija de María, de treinta y dos años, aficionada a soltar palabrotas, era conocida por su resuelta e incluso combativa oposición a las apariciones. El padre Pomian, su confesor, aunque reservado, juzgaba excesiva su actitud. Por lo que hacía al doctor Dozous, que recuperaría la fe de su bautismo gracias a la gruta, no entendía cómo una muchacha tan piadosa podía mostrarse tan hostil. «Pero ¿es posible que usted, señorita Elfrida, sea incrédula?, ¡usted, precisamente usted!»

Aún le veía cruzado de brazos y negando con la cabeza en un gesto de reproche mientras ella se preguntaba si le hablaba en broma o en serio.

De la casa Cénac le habían llegado las ofensivas más insistentes y convincentes. Habían empezado hacía dos días. Arrebatada por el

entusiasmo de su primer contacto con la gruta, Emmanuélite Estrade corrió a casa de su amiga. La recibió con cordialidad, como de costumbre, pero Elfrida respondió a sus emotivas declaraciones con una risa escéptica. ¡Otra más!: en Lourdes todo el mundo había perdido la cabeza. Romain Lacrampe, hermano de Elfrida, de treinta y cuatro años, intentó detenerla pero ella repitió burlona: «¡Mira, otro creyente!»

Tales palabras no desanimaron a Lacrampe. Con calculada solemnidad, respondió con el brazo en alto: «Hago aquí una promesa solemne para que no dudes más.»

No confiaría los sorprendentes motivos de su fe hasta mucho tiempo después: un torbellino de llamas le hizo escapar hacía algún tiempo de aquella misma gruta, en la que entró un día de lluvia buscando refugio.

El 24 de febrero, es decir, la víspera, después de una conversación con Eléonore Pérard, que le había relatado el extraño experimento del alfiler, Elfrida se presentó en casa de los Estrade, con curiosidad por conocer la opinión de Jean-Baptiste. Se sorprendió al saberle un defensor más acérrimo que su hermana. Igual que hiciera con el padre Pène, sacó a colación la cantinela de Rachel, cuyas poses más hermosas él había tenido ocasión de admirar y podía afirmar que estaban muy por debajo de las de Bernadette.

«¡Si va a la gruta, creerá!», concluyó.

Elfrida terminó cediendo, menos por curiosidad que por librarse de tanta insistencia y porque no pareciera que le asustaba una experiencia fulminante. Ahora bien, se presentó armada de toda su lucidez y de todo su escepticismo.

Hábilmente guiada por Estrade, y ayudada por sus buenas relaciones en la ciudad, consiguió pese a las trescientas personas allí congregadas, el lugar que le habían sugerido, algo adelante, ligeramente a la derecha, de cara al torrente.

Bernadette llegó acompañada de sus tres tías y seguida de una comitiva. Ver a la chiquilla caminar en medio de semejante multitud como un personaje atizó la indignación de Elfrida. ¿Quién era ella para repetir en dialecto con aquel aplomo, con aquella impaciencia?: «Déjenme pasar. Déjenme pasar.»

Verdaderamente parecía estar diciendo: «De lo contrario, ustedes no van a ver nada. ¡Y entonces, qué!» De hecho, la gente esperaba ver... Y era precisamente por eso por lo que tenían dificultades para colocarse con

cierto orden. La buena de Marie Poutau, que se había apartado, no volvió a recuperar el sitio que ocupaba desde las tres de la mañana, y se vio obligada a deambular en busca de una regular perspectiva.

Todo lo que limitaba la visibilidad provocaba los gritos de los presentes: «¡Los sombreros! ¡Los sombreros!» Y a pesar de la lluvia, que no cesaba: «¡Abajo los paraguas!»

Bernadette se detuvo al fin: a tres metros de Elfrida, ¡justo enfrente de ella! (el consejo de Estrade era muy bueno). Se compuso la ropa, se arregló la capucha (otro punto negativo), se arrodilló y sacó el rosario. Ya sólo faltaría que mirara a la gente... Pero no, la niña parecía ajena a la multitud que la rodeaba.

Elfrida clavó en ella una mirada penetrante. La cría era de lo más común: alzaba los ojos hacia la hornacina, los volvía a bajar y cogía la cruz del rosario... con la cabeza gacha (por lo que merecía otro punto negativo), volvía a levantar la mirada al peñasco, tranquila e inmóvil de cuerpo y mirada. Eran casi las cinco y media.

¡Hasta aquí, nada extraordinario! Elfrida esperaba impaciente la transformación que le habían anunciado: la palidez, las lágrimas que convertirían a aquel pergamino en una muchacha más hermosa que Rachel. Bueno, pues no, nada salvo una chiquilla que recitaba el rosario en voz baja, con bastante corrección, había que admitirlo.

El camino de rodillas

¡Pero estaba pasando algo nuevo! Bernadette se quitó la capucha blanca, que recogió Eléonore Pérard. Le pasó el cirio a su tía. A buena velocidad caminó de rodillas y subió en esta posición la pendiente que se elevaba hacia el fondo de la gruta. Su agilidad sobre aquel amasijo de guijarros era sorprendente.

¡Dios del cielo!, caminaba «de rodillas como si lo hiciese sobre los pies». De vez en cuando besaba el suelo. Al pasar muy cerca de Elfrida apartó con respeto una rama del rosal silvestre que colgaba hasta rozar el suelo. Apenas la rama volvió a su sitio un espectador molesto la apartó a su vez. Con bastante energía, pero sin detenerse, la niña manifestó con un gesto de la cabeza hacia atrás su impaciencia y su reprobación...

¿Qué significaba todo eso? ¿Adónde iba? Una mujer recién llegada, más irritada aún que Elfrida, murmuró en voz alta:

«¿Cuándo se va a acabar esta comedia?»

«¡Haga el favor de callar!», la atajó Elfrida antes de volver a observar a la niña con redoblado interés. Bernadette la rebasó y llegó a la altura de Josèphe Barinque, que se inclinó al paso de la vidente, a la que escuchó murmurar con un soplo de voz, y como un eco, una misma palabra tres veces, que le costó descifrar:

«Penitenço... penitenço... penitenço.»

Bajo la cavidad

Bernadette llegó bajo la hendidura abierta de la bóveda. Se detuvo, se incorporó y miró. Los más próximos observaron cómo sus labios se movían, pero sin llegar a oír nada. Y luego vieron cómo, siempre de rodillas, se volvía. Elfrida no pudo por menos de admirar, más al bajar que cuando subía, la gracia y la facilidad de su paso. ¿Cómo era posible sobre semejante amasijo de piedras? Sin embargo, no era visible el éxtasis que le habían anunciado. Aquello no era más que una «agitación» sin sentido.

Bernadette recuperó su sitio; parecía dispuesta a continuar hasta el torrente. Pero algo la detuvo... Se volvió con expresión de desconcierto, vacilante; miró hacia la hornacina, se levantó y volvió bajo la bóveda, pero hacia la izquierda y esta vez de pie.

Algo asombroso: durante toda esa maniobra, no dirigió ni una sola mirada al público. Se movía como si estuviese sola, sola con alguien allá arriba... Y sin embargo, pasó por entre las apretadas filas, cosa en absoluto fácil. Unos a otros se empujaban e increpaban para despejar el camino.

«Het plaça! het plaça!» (¡Hagan sitio!)

El guardia rural intentó (si bien en vano) dominar el tumulto con su voz de mando demasiado indulgente.

«¡Échense atrás!» (que él pronunciaba en realidad *etrás*).

¿Qué busca Bernadette?

Seguida muy de cerca por su tía Bernarde, Bernadette llegó al fondo donde Elfrida la perdió a medias de vista. En aquel punto donde la bóveda bajaba, pese a su escasa estatura, se vio obligada a encorvarse; con la vista siguió buscando no se sabía qué, inclinada hacia la izquierda costó la pared del fondo, pasó rozando el pie de Domengieux, el hombre de la capucha, y muy cerca de Catherine Oustallet, la mujer embarazada... y, como si no encontrara lo que buscaba, dio media vuelta y bajó de nuevo la

pendiente pegada a la pared este, muy cerca de Claire Trézères. No tenía la sonrisa dichosa de los otros días; al contrario, su expresión era triste. Bajando de esa manera, directa al torrente, volvía la cabeza a un lado, hacia la cavidad interior... Pero, una vez más, algo la detenía y la obligaba a volver.

Subía de nuevo, llegaba hasta el fondo y allá de nuevo se inclinaba bajo la bóveda. Contemplaba con repugnancia, incluso con irritación, el suelo enlodado, una especie de limo rojizo saturado de agua; luego lanzaba una mirada avergonzada hacia la cavidad como si preguntase: «¿Qué me está pidiendo que busque aquí? No hay nada.»

En el barro

Entonces una súbita decisión la llevó a inclinarse sobre el suelo húmedo. Escarbó con la mano derecha, formando un pequeño *clot* (cuenco), tal como se decía en Lourdes, lo hundió en el barro, que se volvía líquido en el fondo del hoyo, se lo llevó a la cara, lo rechazó con disgusto, volvió a escarbar por segunda vez y aún una tercera, siempre la misma maniobra... disgusto, rechazo. A su alrededor, la gente se preguntaba alarmada:

«¿Qué está escarbando?»

Por último, reanudó la operación por cuarta vez, recogió con precaución un poco de agua sucia en el hueco de la mano, la bebió con sumo esfuerzo, esta vez ensuciándose la cara y volvió a hundirla.

Los que no veían qué hacía manifestaban asombro e impaciencia. Los que podían verla estaban consternados: pero ¿qué le pasaba? ¡Aquello era un delirio!

Hierba

Todavía no había terminado. Alrededor del hoyo cavado por Bernadette la pendiente estaba tapizada de hierbas silvestres de hojas lobuladas (dorina). Bernadette masticó unas cuantas y regresó a su lugar del principio.

Su descenso extendió a su alrededor la consternación. Bernadette se secó toscamente la cara, manchada de barro rojizo, con el delantal; una limpieza de lo más insuficiente.

«¿Quieres mi pañuelo?», murmuró compasiva a su paso Catherine

Oustallet.

Pero la niña ni siquiera la miró. Aquel morrito agresivo que le dibujaba el barro alrededor de los labios disipaba la ternura que uno pudiera sentir. Un murmullo de reprobación se elevó entre la concurrencia. En los más fervientes ya sólo había piedad. El entusiasmo se había esfumado.

Algunos, con todo, hallaron cierto consuelo en observar lo que les parecía una maravilla tranquilizadora. Al llegar abajo, la cara de Bernadette volvía a estar limpia, o casi. Pero los que estaban mejor situados pudieron verlo: un pañuelo le limpió la cara; era el de la tía Bernarde, que había estado siguiendo sus pasos. A este gesto le acompañó otro que muy pocos pudieron ver, de tanto como se apretujaban unos y otros; una buena bofetada, para que aprendiera, por hacer semejantes payasadas.

Bernadette no rehistó. Volvió a bajar, de pie, hasta la cavidad interior, hacia donde continuó mirando unos dos o tres minutos, luego regresó a su lugar de partida, donde se puso a rezar, sin preocuparse por las variadas emociones exteriorizadas a su alrededor.

Dos o tres minutos después, sin preocuparse de la muchedumbre, se retiró seguida en esta ocasión por pocas Personas: sus tías, confusas y humilladas, se la llevaron de allí a toda prisa.

¿Qué le ha ocurrido a Bernadette?

El ambiente que se respiraba no tenía nada que ver con el de los días anteriores.

«¡Está loca!», se oyó decir.

«Una muchacha a la que todo lleva a suponer afectada de catalepsia»... publicó el *Lavedan*. ¿Estaría entonces justificada semejante opinión?

Incluso Estrade empezaba a preguntárselo. Su fervor de dos días atrás se había esfumado. Durante la aparición acechó, llamó, imploró, arrojó y animó interiormente, con todo su corazón, los signos precursores del éxtasis que le había maravillado y que en su entusiasmo había embellecido con tintes de ensueño...

Pero ella no había comparecido. Ese día todo había faltado, incluso las sonrisas. Todo había ido de mal en peor. De haber acudido solo, tal vez habría podido soportar el golpe. Pero llevaba junto a sus propias im-

presiones las de Elfrida Lacrampe, a quien él había alentado con su convicción, y llevado —¡precisamente ese día!— a contemplar la maravilla del siglo.

Cuando Bernadette se fue, Jean-Baptiste se volvió con infinita desazón hacia Elfrida para recoger sus impresiones. No tuvo tiempo de preguntarse si debía pedirle excusas, pues la joven exclamó:

«¡Bueno! Habría hecho mejor dejándome en mi casa. Antes creía poco, ¡pero ahora!...»

Sólo la cortesía le impedía dar rienda suelta a su indignación por la jugarreta que le habían gastado. ¡Levantarse a las cinco y apretujarse entre aquel gentío para ver eso! Estrade no pensó en contradecirla. Abdicando de su prestigio, confesó:

«Yo mismo me siento desconcertado. ¡No comprendo nada!»

Éste era el clima que reinaba en la gruta el jueves 25. Algunos devotos, sobre todo entre los miembros de la «clase baja», resistieron a pesar de todo, y los que apenas habían conseguido ver algo pusieron muy por lo alto el espectáculo que se había hurtado a su anhelante atención.

Marie Portau, que había perdido su sitio al inicio de la aparición viéndose con ello reducida a no ver nada, se había sentido sin embargo muy dichosa por el hecho de encontrarse en la gruta. Se marchó con el deseo vehemente de volver. Madeleine Courrade se mostró sensible a la humilde docilidad de Bernadette. Lloró quedamente. Y no fue la única: para algunos otros, los insólitos gestos de la vidente quedaron integrados en la aureola de su prestigio. A Catherine Oustellet le pareció ver cómo dibujaba la señal de la cruz encima del punto donde brotaba el agua. Auguró por ello grandes hechos. A Lacrampe hermano le impresionó ver cómo manaba el agua del mismo lugar donde tiempo atrás le sobresaltara la llama. Deslizó la mano por debajo del gabán y dibujó la señal de la cruz sobre su pecho.

Después de la partida de Bernadette, Fanny Nicolau, la institutriz, se acercó al hoyo, tentada de beber como había hecho antes la niña. Pero lo bajo de la bóveda la obligaba a realizar una acrobacia demasiado difícil para sus piernas de cuarenta y siete años, así como para la dignidad de su persona. Domengieux, el hombre de la capucha, que tenía el hueco al alcance de la mano, no esperó a que terminara la aparición.

Mientras Bernadette bajaba por la pendiente, bebió, él también, y fue el primero, pensando que aquel agua misteriosa extraída de la roca le haría

bien. Otras personas imitaron su gesto antes de irse.

Entretanto, en el camino Bernadette recibía la reprimenda de sus dos tías.

«Pero ¿cómo se te ha ocurrido hacer algo así?»

La niña dejó pasar la tormenta y respondió con la mayor tranquilidad que todo lo había hecho por orden de *Aqueró*. No añadió nada más y, en cualquier caso, las dos mujeres estaban demasiado alteradas para escucharla.

En torno al grupo caminaban algunos amigos y curiosos, menos numerosos que los días precedentes. Entre ellos se encontraba Eléonore Perard, que seguía ejercitando su espíritu de observación (como dos días antes con el episodio del alfiler). Otra cosa la tenía sorprendida y era que había estado lloviendo toda la noche: los que subían de la gruta iban «salpicados de barro hasta las orejas», mientras que Bernadette, que se había estado arrastrando sobre el barro, estaba limpia. ¿Se debía a su extraordinaria agilidad? ¿O había que considerarlo una especie de milagro?

Pauline Cazaoux se acercó a Bernadette.

—¿Por qué te has parado cuando hacías la señal de la cruz al final del rosario?

—*Aqueró* aún no había terminad. Yo sólo he podido hacerlo cuando ella lo ha hecho.

—¿En qué lengua te habla?

—No lo sé... Yo la entiendo.

«Vaya a beber a la fuente»

Pero la pregunta de todo el mundo, la pregunta al menos de todos los que no se resignaban a dejar de «creer», se refería al extraño comportamiento de Bernadette, a la pantomima absurda que contrastaba con la inmóvil serenidad de los otros días.

Varias veces a lo largo del día tuvo que dar explicaciones al respecto: en el camino, en el calabozo y, por último, en la casa Cénac, en presencia del padre Pène y de Estrade. La niña respondía sin mostrar incomodidad alguna y sin entusiasmo, con la sencillez de su dialecto envarado en tiempos pasados:

—*Aqueró* me ha dicho que fuese a beber y a lavarme en la fuente.

Como no veía agua, yo me iba a beber al torrente. Pero ella me ha hecho un gesto con el dedo para que fuese bajo la peña. Allí he encontrado un poco de agua enlodada, pero tan poca que apenas he podido recoger algo en el hueco de la mano. Tres veces la he tirado por lo sucia que estaba. A la cuarta vez he podido beber.

—Pero ¿por qué te pedía eso?

—No me lo ha dicho.

—¿Qué te ha dicho entonces?

Bernadette concentró su mala memoria y lentamente recuperó las palabras de la mañana.

—*Anat béoué en'a houn é b' y laoua.* (Vaya a beber a la fuente y lávese.)

—¿Y esa hierba que te has comido?

—Me lo ha dicho ella también.

—¿Qué te ha dicho?

—*Que minyarat d'aquéra yérbe qui ey aquiu.* (Coma de esa hierba que hay ahí.)

—Pero son los animales los que comen hierba.

Más tarde Bernadette respondería a esta pregunta con la que no dejaban de acosarla: «Ustedes bien comen ensalada.» De momento no tenía respuesta ni parecía preocupada por encontrarla.

—¿Y a qué se debía la agitación de hoy?

—*Aqueró* me ha dicho que besara el suelo como penitencia por los pecadores.

—Pero ¿tú ya sabes que la gente cree que estás loca cuando haces este tipo de cosas?

—Por los pecadores...

Producían una impresión sobrecogedora la mirada y el tono de Bernadette, tan sencillos, tan penetrados de algo más grande que ella. Sin saberlo, estaba impregnada de la dulce tristeza con que la muchacha de la roca había pronunciado esas palabras: «*por las pecadores*». Sí, desde el fondo de su corazón, con sólo mirar, había comprendido que en el mundo sólo había una cosa verdaderamente triste: el pecado. Para consolar a *Aqueró* se sentía dispuesta a todo. Si algo lamentaba no era haber escandalizado a algunas personas sino no haber sido más rápida en obedecer.

Las primeras botellas

Las controversias y las explicaciones de Bernadette arrastraron por la tarde una pequeña oleada de visitantes a Massabielle. Hacia allá se encaminaron Jacquette Pène y Germaine Raval. Observaron la cavidad de tan difícil acceso donde Bernadette había cavado un hoyo «grande como una sopera». Eléonore Pérard, siempre ocurrente, lo examinó y auscultó y terminó clavando un bastón. Pudo hundirlo sin dificultad pues el fondo era blando. La mano de Eléonore percibió un rumor casi inaudible: ahí abajo corría el agua.

Jeanne Montat, una visitante más inquieta, llegó con un frasco de agua bendita y roció la gruta en todas direcciones contra los maleficios del demonio. Sólo a continuación se atrevió a examinar el lugar, sin soltar el frasco, y entonces se le ocurrió llenarlo; no era fácil, bajo aquel hundimiento de la roca, recoger agua en el charco de agua turbia y movediza que el limo se bebía a su alrededor. Las fuentes eran muy buscadas en Lourdes, donde llegaban a doblar el precio del terreno, sobre todo en años de sequía como aquél. Algunas personas repitieron tímidamente los gestos de Bernadette, encontrando en ello alegría y consuelo. El agua que secreta manaba de las entrañas de la tierra, por más turbia que estuviese, parecía traer consigo una promesa. Sin que nadie pensara aún en hablar de milagro, discreta y cálidamente, la esperanza, comprometida durante un momento, renacía en el corazón de las almas sencillas.

Una disputa

Entre «la opinión ilustrada», por el contrario, la causa de la gruta había perdido muchos puntos. Los «incrédulos» manifestaban su júbilo mientras que los creyentes exhibían un semblante triste. Éste era el clima por la noche en casa de los Estrade, reunidos en torno a la chimenea, donde Emmanuélite charlaba con Elfrida Lacrampe e Irma Jacomet, la esposa del comisario. Esta última, por encargo de su marido, también había bajado a la gruta por la mañana; allí encontró un alimento inesperado de su incredulidad.

Por lo que se refiere a Elfrida, se había librado del inicio de convicción que consiguieron inculcarle y de impresiones de muy distinta naturaleza que la habían perturbado desde su temprano despertar.

«Pero, bueno, ahora no pretenderéis que creamos que esa niña ve a la

Virgen. Tiene todo el aspecto de una loca. Para creer habría que estar tan loca como ella.» Emmanuélite se veía despojada de argumentos... El fuego de los leños proyectaba sobre los rostros enrojecidos breves sombras danzantes. Elfrida (treinta y dos años) e Irma (veintisiete) desollaron viva a Bernadette como dos felices ogresas. Elfrida la había visto rascarse la cabeza, que llevaba cubierta con el pañuelo, después de la aparición; menuda Rachel de los bajos fondos...

«Pero, querida, ¡tiene pulgas!»

Y como esta señorita, aunque hija de María, era aficionada al viril lenguaje habitual de las caballerizas del hotel des Pyrenées, concluyó (la frase, como la de Waterloo, es histórica, y la historia se debe a la verdad): «¡Nos ha llevado usted a ver a una pequeña mierdosa!»

Eso era demasiado para Emmanuélite. A pesar del desconcierto y de su impotencia para justificar la escena de la mañana, reaccionó y descubrió que, pese a todo, en el fondo de su corazón continuaba confiando en su «joven amiga», en la robusta limpidez que emanaba tanto de su éxtasis como de sus respuestas.

«No, no tiene derecho a decir eso. Recuerde que hubo quien trató de bruja a Juana de Arco.»

La comparación entre Juana de Arco y la insignificante Bernadette desató la hilaridad de las dos mujeres. Emmanuélite era de verdad la mar de graciosa.

En casa del procurador

A la misma hora, también se discutía el asunto, aunque con menos risas, en casa del procurador imperial, que disparaba toda su artillería contra Bernadette. Ese día, en efecto, la administración local, que hasta el momento se había mantenido a la expectativa, volvía a ponerse en movimiento.

El domingo anterior (21 de febrero) el comisario creía haber puesto fin a las visitas de Bernadette a Massabielle. La conformidad de François Soubirous al respecto pareció una garantía. Su seguridad quedó defraudada. El movimiento ganó en amplitud. Las aglomeraciones y visiones eran dos amenazas para el orden público, sin contar los problemas de seguridad, pues no dejarían de producirse percances en las pendientes, abruptas a orillas del torrente. Nada dramático, sin duda, pero el papel de la administración imperial era, prever, era prevenir.

El jueves, un jueves sin mercado en Lourdes, Jacomet se desplazó a Tarbes, donde sometió verbalmente la cuestión al prefecto Massy. La situación era delicada. Dado que no se había cometido ningún delito, las medidas que debían aplicarse eran asunto de la administración, no de los tribunales. Pero el alcalde afectaba esa expresión de indiferencia apática de la que, como bien sabían sus administrados, nada cabía esperar. Él no veía que hubiese lugar para una intervención. Jacomet, por su parte, estaba persuadido de lo contrario. Pero conseguía interesar a Massy. Según el prefecto, se trataba de un asunto local que no requería su intervención. Que se espabilaran en el lugar de los hechos para apaciguar discretamente el movimiento, manteniendo siempre un buen entendimiento con el clero, la gendarmería y los tribunales. Con eso bastaba.

Jacomet tuvo más éxito con el procurador imperial de Lourdes, Dutour. En resumidas cuentas, era posible que se tratase de una estafa. Había que saber a qué atenerse y, en cualquier circunstancia, advertir a la niña del peligro que suponía tomar aquel camino y apartarla de él. Mejor prevenir que curar. Ésta era una habilidad que Dutour había sabido usar con éxito con los furtivos y delincuentes rurales.

Habían dejado de sentirse seguros. Una vez advertidos de que se conocían sus pasos, se ocultaban o desaparecían.

El caso de los Soubirous era al respecto de los más favorables. Hacía menos de un año el padre de Bernadette había sido inculcado de un robo y luego encarcelado. Al requerir que se levantara la orden de encarcelamiento, el procurador insistió en que se le excarcelaba por razones «de humanidad» y «dejaba a su cargo comparecer en todos los actos del proceso». François Soubirous acababa apenas de abandonar el estado de «libertad provisional» (¿había pensado alguien en notificarle siquiera el «no/ha/lugar»?). En tales condiciones, una discreta presión tendría mucho peso.

Para destacar el carácter oficioso de su gestión, el procurador imperial convocó a Bernadette no en el tribunal sino en su propio domicilio, fuera de la horas de servicio.

Un agente se presentó por la tarde en el mismo «calabozo» al que la policía había ido a buscar a François el pasado 27 de marzo: «El señor procurador imperial pide a Bernadette Soubirous que comparezca en su casa, esta tarde, a las seis.»

Louise acusó el golpe; ella, que no vivía desde el encarcelamiento de su marido el año pasado... Precisamente François iba a tardar en regresar

del gran mercado de Tarbes. En casa del cochero no había horarios; ¿qué hacer? Subió a casa del primo Sajous, un hombre robusto y compasivo. Tampoco había regresado. Estaba terminando su trabajo en la cantera de Ger. Hecha un mar de lágrimas, Louise corrió a buscarle. La noche estaba al caer. Le encontró cavando, totalmente cubierto de polvo. Pero por Bernadette lo dejaría todo. Unos minutos hicieron de él otro hombre, después de subir a la habitación donde la tía Romaine le tenía ya preparado el traje de los domingos.

El procurador vivía en la calle Marcaladouse (calle de Bagnères), un edificio propiedad de Claverie, el notario. Era casi de noche. Lámparas y bujías amarilleaban las ventanas con sus luces movedizas. La presencia de Sajous resultaba tranquilizadora. Él fue quien se dirigió a la criada.

«¿Está el señor procurador? Dígale que Bernadette y su madre están aquí.»

Esperaron en el portal, donde la criada dejó a esos individuos de «clase baja» que se presentaban a una hora tan avanzada. El procurador llegó sin ningún tipo de ceremonia. Tenía la mirada distante de los tímidos, a la que sabía dar un aire de autoridad. El cabello esponjoso y rizado, dividido por una raya a la derecha y las patillas que alargaba en cuadrado el mentón fino y triangular conferían a su cara un aspecto frágil y conciliador. La inesperada presencia del personaje que se interponía entre él y las dos mujeres le hizo esbozar una expresión de pocos amigos.

—¿Es usted su padre?

—No, soy su tío y el dueño de la casa donde ella vive.

—Bernadette y su madre, entren. Usted espere aquí un momento. Ellas quedarán libres.

Acompañó sus amables y tranquilizadoras palabras con un gesto que, sin llegar a tocar a nadie, introdujo a las dos mujeres y bloqueó en el umbral de la puerta a aquel fanfarrón dispuesto a entablar una disputa. Sin tiempo de comprender la maniobra, Sajous se encontró solo delante de la puerta cerrada, sin nada que hacer y vestido de domingo...

No iba a soportar el ridículo de quedarse de plantón delante de la puerta. Él bien tenía su salón, a falta de poder acceder al del procurador: el salón de los pobres, el cabaret del primo Sajous, situado casi enfrente de la casa, y desde donde podría vigilar la salida. Pidió un cuartillo mientras relataba lo ocurrido a los presentes.

Pero el «momento» de espera anunciado por el procurador se fue

alargando desmesuradamente. Las campanas de la parroquia dieron las siete. Llevaban una hora dentro. ¿Acaso pretendía que se quedasen a dormir?

Desde el café, las ventanas de la habitación del interrogatorio adquirían una apariencia enigmática y agresiva. El ambiente subía de tono en el café Sajous. ¿Con qué derecho el señor procurador convocaba a una niña sin su padre? Va a tener que terminar. La situación se estaba caldeando.

El tono también subía, aunque de otra manera, tras los postigos rayados de luz amarilla. Una abundante documentación nos ha permitido seguir muy de cerca el desarrollo del interrogatorio a la luz de dos candelas de sebo.

El procurador habló, como siempre, primero con seguridad y claridad, conforme a un plan ya madurado: averiguar si Bernadette era sincera y honesta y sobre todo, convencerla para que no volviese a poner los pies en la gruta. El asunto parecía fácil. La madre temblaba de antemano. En cuanto a aquel pedacito de niña, visiblemente inculta, que ni tan sólo sabía qué años tenía, no tardaría en hacer otro tanto.

El procurador le planteó sus preguntas con extrema cortesía, incluso con benevolencia, según las reglas de su oficio. Su atención resultaba halagadora e invitaba a hablar. A fuerza de insistir, obtuvo respuesta a preguntas frente a las cuales Bernadette solía guardar silencio porque las consideraba ociosas y carentes de sentido.

—¿A quién se parece la visión?

—A nada.

—Bueno, pero ¿a qué se parecería más?

—A la Virgen de la parroquia por la cara y los vestidos... pero rodeada de luz y viva.

—¿Qué edad tiene?

—Es joven.

—¿Cuánto mide?

Bernadette indicó con la mano una altura inferior a la suya. Como antes Jacomet, Dutour tenía delante de sí un gran papel en el cual anotaba a toda prisa, de manera intermitente, después de escurrir cuidadosamente la pluma en el borde del monumental tintero. A continuación releía lo

escrito. Pero Bernadette no reconocía su declaración. Y desde las primeras palabras hizo oír sus protestas.

—Pero, señor, ¡yo no le he dicho eso!

El procurador adoptaba una expresión de supremo asombro. Intercambiaban «síes» y «noes». Por fin, parecía admitir que se había equivocado y corregía y volvía a leer... pero siempre añadiendo «nuevos errores». Y, luego, de súbito, se detenía, dejaba la pluma, sacaba de la carpeta verde con incrustaciones de oro una hoja de papel ya escrita que blandía triunfalmente:

—Tengo los papeles del comisario. A él no le dijiste lo mismo.

Inauguraba así un nuevo procedimiento.

—A mí me has dicho esto, y en cambio al comisario esto.

—No, señor.

—¡Sí!

—¡No!

—Pero el comisario lo ha puesto por escrito.

—¡Pues si el comisario se ha equivocado, peor para él!

La chiquilla, de apariencia frágil y voz potente, tenía un aplomo más que terco. El procurador elevaba el tono pero perdía algo de su autoridad, sumido en una serie de cálculos. Al tomarla por más ingenua de lo que en realidad era, había conseguido respuestas más contundentes de la supuesta idiota. La niña tampoco caía en la trampa ante planteamientos más sutiles. ¡Caramba! E incluso ponía una pizca de condescendencia desde lo alto de su confianza. Se había dado cuenta de que cambiaba las cosas y ahora, mientras muy educadamente le decía: «No, señor», sus ojos negros respondían claramente: «¡Está usted mintiendo!» El estricto, el escrupuloso Dutour, penetrado de la honradez de su personaje y de su función, se sintió sojuzgado, herido. Decididamente, la cría era imposible. Por su insociabilidad no entendía nada de las reglas corrientes de todo interrogatorio. A punto estuvo de explicarle: «Es preciso que yo altere lo que tú has dicho para averiguar si me estás mintiendo.» Pero ahora sólo daba con frases abstractas y embrolladas que la niña no lograba entender. Se quedaba sin palabras ante aquellos ojos negros que le censuraban. La irritación hizo mella en él despertando un afán de revancha. La hoja que tenía encima del escritorio le proporcionó el ataque.

—Has comido hierba igual que los animales.

No era una pregunta que exigiera respuesta. Bernadette no respondió. Sonrió ingenuamente, pues la excitación del procurador lo hacía risible. Acababa de errar el agujero del tintero.

Ante la falta de éxito en esta primera parte de su plan, el procurador decidió iniciar la segunda parte.

No, Bernadette no aceptaba ningún dinero.

—Pero lo cierto es que haces lo posible para obtener algunos favores.

—Yo no espero ningún provecho en esta vida.

—Bien has aprovechado la hospitalidad de la señora Milhet.

—Fue ella la que vino a buscarme.

—No olvidemos el hecho de que encontraste en su casa una existencia mejor que en casa de tus padres.

—Pero yo acepté por complacerla.

—También para tu propia complacencia.

—Yo no pensaba en mí. Además, no vivo en su casa desde el sábado.

Nada que sacar por ahí... ¡Irritantes Soubirous! Su miseria olía a delito a todas luces y, paradójicamente, ahora igual que el año pasado, los «elementos materiales de la acción delictiva» se esfumaban... Quedaba la intimidación: el procurador se rehízo para explotar este último recurso.

—Vas a prometerme que no volverás a la gruta.

—He *prometido* ir quince días seguidos.

—Esa promesa a una señora a la que nadie ha visto no tiene ningún valor. Debes renunciar a volver.

—Siento demasiada alegría cuando voy.

—La alegría es mala consejera. Mejor harías en escuchar a las hermanas que te han dicho que es una ilusión.

—Me empuja una fuerza irresistible.

—Entonces, si te meto en la cárcel, ¿qué harás?

—¡Vaya! Si no puedo ir, entonces no iré.

Dutour sentía que le faltaban armas legales para ejecutar su amenaza pero, con todo, iba a hacer transigir a aquella pequeña presuntuosa. La madre estaba visiblemente al límite de sus fuerzas. No podía decirse que

apoyara a su hija. En cuanto al padre, el año anterior no se mostraba tan orgulloso para obtener su excarcelamiento. El procurador llamó. La señora Dutour no se hizo esperar... sentía curiosidad por saber qué estaba pasando al otro lado de la puerta.

—Que se dé aviso al comisario para que venga a buscar a esta niña, que hoy dormirá en la cárcel.

Un ruidoso sollozo cubrió la última palabra del comisario. Maï, que desde hacía unos momentos hipaba silenciosamente, estalló de pronto. El procurador clavó la vista en aquel mudo personaje que de tal modo llamaba su atención. Era la imagen misma de la desdicha. Bernadette se acercó hasta ella y le susurró al oído:

—Es muy buena al llorar así porque vamos a la cárcel. Pero no hemos hecho nada malo.

Maï apenas parecía oír. Después de dos horas de pie, se tambaleaba. El procurador no era un torturador.

—Hay sillas. Pueden sentarse.

El tono dejaba vislumbrar la condescendencia y el desprecio que expresaría en un próximo informe. Bernadette no poseía una inteligencia académica, pero captaba exactamente ese tipo de matices. Aquel tono para dirigirse a su madre la soliviantó. Se oyó responder, antes incluso de pensar:

—¡No! Las vamos a manchar.

Y mientras Louise, más que sentarse en la silla que la señora Dutour le acercó se derrumbaba sobre ella, la niña «se instaló en el suelo como los trabajadores de la cantera».

Imposible seguir interrogando a la chiquilla acuclillada en su dignidad, minúscula, dos pies por debajo de la mesa, claramente decidida a resistir hasta la mañana; mientras surgió un nuevo elemento. En el exterior, por debajo de la ventana, se elevaron voces hostiles de las que de vez en cuando se destacaba una exclamación: «¡Déjelas salir!»

Tales exigencias no tardaron en verse puntuadas por golpes en la puerta y la ventana. Suavemente al principio y luego más fuerte. Del café Sajous salió un grupo de obreros cuyos ánimos se inflamaron muy pronto. El procurador abrió la ventana y, menos dotado para improvisar que Jacomet, se limitó a decir:

—¡Calma!

Intentó una vez más retomar el hilo del interrogatorio.

—Llevas a todo el mundo detrás de ti. Tendré que detenerte si continúas.

—Impídale a la gente que vaya. Yo no les pido que vengan

—¡Pero tú sí que vas!

—Yo lo he prometido.

Dutour temblaba, cada vez más irritado. Renunció a encontrar el agujero del tintero.

En el exterior los golpes arreciaban. Había que terminar. ¿Había ido la señora Dutour a avisar al comisario, o bien había considerado la orden como una argucia de su marido? El procurador ya no sabía qué pensar; en cualquier caso, no dejaría que le partieran la cara. Salió un instante y volvió declarando:

—El comisario no tiene tiempo. El «caso» queda aplazado hasta mañana. —A continuación añadió—: Queda claro que no vuelves a esa gruta.

—Señor, no se lo prometo.

Dutour recompuso su expresión y su actitud, que hubiera deseado impasibles, para despedir a sus dos visitantes. La puerta se cerró a sus espaldas en medio de un silencio lleno de sobreentendidos... la única arma que le quedaba. Al ir a tomar la cena que le habían guardado caliente, el procurador recogió los pedazos de su plan fallido albergando un sentimiento penoso en su alma ávida de perfección. El interrogatorio no había sido ningún éxito. Más tarde hizo pedazos los confusos y nerviosos garabatos que había escrito.

En el cabaret

Esa misma noche obtuvo un cierto consuelo al tener noticia de un hecho que le confirmaría su punto de vista, que había visto quebrantado por un momento... Apenas salieron del interrogatorio, ¡madre e hija entraron en el cabaret! ¡Extraordinario! Esa gente no tenía dinero para pagar una casa y, sin embargo, tenían siempre para beber. Le habían dicho que los Soubirous bebían. Ahí estaba la confirmación. En su informe del uno de marzo el procurador se desquitó presentándolas en los términos más

sombríos.

Bernadette pertenece a una familia pobre. Su padre fue detenido en 1857 acusado de robo con agravantes. La moralidad de la madre no es menos dudosa. Es públicamente notorio que se da a la bebida. La intervención de estos miserables personajes, su lenguaje y, sobre todo, sus costumbres y reputación son sin ninguna duda capaces de destruir el encanto e inspirar no sólo la duda sino también el disgusto; son, en efecto, unos intermediarios muy viles para Aquélla a la que se ve como el Ser puro por excelencia...

La información inicial era justa, no así la interpretación... Cuando salieron del interrogatorio, el grupo de manifestantes se apresuró a reconfortar a Louise y a Bernadette a las que condujeron hasta el café Sajous para que se repusieran.

«¡Un vasito también para la niña! No puede hacerle daño. ¿Tinto o blanco?»

Bernadette, como su madre, prefería el blanco. Con palabras sobrias y comedidas relató entonces por primera vez lo ocurrido.

Al salir del café el grupo de manifestantes se tropezó con dos agentes.

«¡Eh! Callet, ¿adónde vas a estas horas?»

«Voy a buscar a Bernadette para llevarla a la comisaría.»

Entre los miembros de esa clase social no había ceremonias. El bueno de Callet, hijo de padre desconocido, carecía de la altanería de los señores del ministerio.

«Ve a ver al procurador. Pero las cosas han cambiado. Lo ha aplazado hasta mañana.»

«Mañana» en lenguaje administrativo significaba un aplazamiento sine die.

Eran casi las nueve cuando Bernadette regresó al calabozo. Sus habitantes ya dormían. Pero Dominiquette Cazenave, que ya había bajado varias veces de las Espénettes, estaba a la espera de novedades.

«¿Qué? ¿Has confesado?»

«Sí... he dicho la verdad y ellos dicen mentiras. —Luego añadió—: Cuando no se escribe bien, ¿se ponen cruces? El señor procurador hacía

cruces todo el rato.»

Y se echó a reír.

«¡Qué niña eres!», exclamó la madre, cuyas mejillas apenas se habían secado.

El baile de las cruces y las candelas

Por la noche, en el café Sajous, después de que se fueran las dos «acusadas» (y también en otros sitios, en las Espénettes y en casa de Anna Dupas), los comentarios se prolongaron y adornaron. Entre los vapores del vino y el humo de las pipas, el sobrio relato de Bernadette adquirió paulatinamente proporciones fantásticas. El temblor del procurador se convirtió en un baile de san Vito; sus rectificaciones en barrote alucinantes: unas cruces que se veía obligado a trazar sobre el papel. En cuanto a las honestas candelas que habían iluminado la escena, también se sumaron al baile: multiplicadas o encendidas por sí mismas para terror de Dutour se convirtieron tras diversas transformaciones en el núcleo del relato popular. Así fue como desde el día siguiente (día de mercadillo) circuló por Marcadal; así fue como poco después llegaría a oídos de Dutour.

En el calabozo, no había huellas de esa fiebre fabuladora. Las amenazas seguían pareciendo graves y las dificultades inextricables. Pero el cansancio, las emociones, la euforia de una solución provisionalmente feliz, además del efecto soporífero del vaso de vino blanco tomado en el café Sajous, evitaron por el momento cualquier discusión. Los Soubirous se habían acostumbrado a vivir al día. Era lo que les salvaba de la desesperación. Dejemos los problemas para mañana.

VIERNES, 26 DE FEBRERO DE 1858

DÍA SIN APARICIÓN

Al amanecer del día 26 los problemas asomaron de nuevo la cabeza. Y en primer lugar el siguiente: ¿iría Bernadette a la gruta?

Una vez más, se veía en la triste situación del 22 de febrero. El procurador le había prohibido regresar a la gruta. Por supuesto, ella no había prometido nada. Pero él la había amenazado... Imposible volver sin provocar a la autoridad.

Un caso de conciencia

A Louise, devorada por el temor, su agotamiento le representaba todo bajo una luz amenazante. Se agitaba, se desesperaba en torno a Bernadette a la que veía preparándose para salir. Estaba claro: algo la arrastraba hacia la gruta, esa mañana igual que el pasado lunes. Algo misterioso... «¡No irás después de todo lo que ha pasado!»

Bajo su aparente seguridad, las palabras de Louise traicionaban un gran desasosiego. Lloró, suplicó y se lamentó pero sin atreverse a prohibírselo claramente como hiciera el lunes. Un temor se lo impedía. Le habría gustado que Bernadette renunciase a ir por propia iniciativa.

Ante la puerta del calabozo esperaba un grupo de gente, compuesto sobre todo por mujeres. Esperaban, embozadas en sus capuchas, a que saliera la vidente. Allí estaba el guardia rural. Parientes y conocidos entraron para interesarse por las novedades.

Entre ellos se encontraba la tía Bernarde, madrina de Bernadette, embebida de la gravedad de la situación. Le faltaban su locuacidad y determinación habituales. Sentada sobre la mesa cavilaba sobre los extraños hechos de la víspera, sobre el agua, sobre la fuente de la que habían vuelto a hablarle, pensaba también en el procurador... sin ni siquiera escuchar el soliloquio de su hermana, que gemía y hablaba en un rincón. Miró a su ahijada, un pequeño bloque mudo que no tardaría en

debatirse entre su inclinación, su promesa y las súplicas maternas.

Fuera empezaban a impacientarse. Dentro, las miradas estaban clavadas en tía Bernarde, «la heredera», la autoridad en los casos difíciles. Dudó durante un largo rato. ¿Qué la inspiró tan súbitamente? «Yo, si estuviese en el lugar de Bernadette, iría a la gruta.»

Sin pronunciar una palabra, Bernadette descolgó su rosario, que pendía de un clavo, y salió. Una comitiva se fue tras ella.

Pese al desconcierto del día anterior, había quinientas personas reunidas en la gruta, cuando Bernadette se arrodilló.

En vano...

Encendió el cirio como de costumbre y empezó a rezar el rosario con fervor, alzando hacia el rosal silvestre una mirada confiada. Pero el rosario avanzaba, y no pasaba nada. La mirada se iba volviendo implorante y luego triste delante de la hornacina vacía. Bernadette pensó en su malhumor de ayer —cuando buscaba la fuente sin dar con ella—. Pensó en su escasa disposición a obedecer, cuando en tres ocasiones rechazó el agua enlodada. Repitió a modo de súplica los gestos que la visión le había ordenado realizar los dos días precedentes. Subió de rodillas y besó la tierra. En su desasosiego, hizo un signo con el dedo para que la imitaran. Los devotos se hicieron eco de esta invitación con entusiasmo.

«¡De rodillas todo el mundo!»

¡En vano!... En vano se lavó en la fuente, más transparente que ayer, y rezó unos minutos... Nada. Era desesperante; nada.

Entonces la niña, tan arrogante en casa del procurador, lo mismo que por la mañana durante la discusión familiar, pareció desarmada. Llevaba la derrota escrita en la cara. Las tías se la llevaron a toda prisa. ¡Verdaderamente, todo iba de mal en peor!

La condujeron hasta el molino de Savy, el refugio del 14 y del 22 de febrero, de triste recuerdo. Nada parecía capaz de consolarla...

«¿Qué le he hecho?», murmuraba rememorando los hechos del día anterior y de ese día mientras Louise sollozaba.

«¡Nos van a meter en la cárcel!»

Aquella mañana, el señor Lannes consintió en acompañar a la gruta a su pupila Louise, de diecisiete años, que ardía en deseos de ir. Al llegar al

pie de la ladera del Chioulet, la noticia de la mañana le llegó de manera confusa.

«¡No vaya a la Gruta! ¡A Bernadette le han prohibido ir! Está en el molino.»

Hasta allá fue, y quedó muy conmovido por su tristeza, por lo que pronunció algunas palabras animosas. En la gruta, sin embargo, el desconcierto no era mayor que el jueves. Todo lo contrario: los escépticos no habían vuelto a aparecer; sólo los más fervientes, dispuestos a todo, y la nueva oleada de sus prosélitos.

En la confusión del día, la mayoría ni siquiera se había dado cuenta de que Bernadette no había visto nada. Los gestos de penitencia que la niña repitió ante sus ojos les chocaron menos que el jueves. Muchos la imitaron con fervor encontrando en ello su gratificación.

El informe de Victoire

No era ése el caso de Victoire Bonnacarrère, de Aubarède, una mujer de treinta y cuatro años, muy ponderada y ex feligresa del padre Peyramale. Su visita a Lourdes no obedecía a ningún interés vinculado a la aparición, sino que quería visitar al párroco. Éste aprovechó la ocasión para enviar como informadora a esta mujer de robusto sentido común. Victoire acudió a la gruta sin entusiasmo. La aglomeración de personas le impidió ver a la vidente durante casi todo el tiempo y lo poco que pudo ver la instruyó poco y mal. Ocurrió cuando Bernadette pasó besando el suelo. Victoire juzgó esto tan insensato que la cogió del brazo y le murmuró al oído: «¿Quieres levantarte? ¿Estás loca?»

Ahora, con la misma irritación le transmitía sus impresiones al párroco: «Tiene que estar muy obnubilada para creer que puede dirigir de ese modo a la gente. Y además va completamente sucia de barro... Ninguno de su gestos delataba que estuviese viendo algo.»

Victoire concluyó con un matiz de reproche: «¡Oh, padre! Me he sentido muy desplazada en ese antro. Lamento todo el tiempo que he perdido. En la iglesia me siento con Dios. ¡Allí he quedado escandalizada!»

El sacerdote tomó nota de los hechos con perplejidad.

«¡Bien! ¡Bien! Sin embargo, hay personas, incluso entre los hombres, que han quedado edificadas. Otros han tenido la misma impresión que usted.»

¡Qué difícil era ver claro en este asunto!

Un agua misteriosa

Lo sucedido no impidió que la gente desfilara durante todo el día por la gruta. El agua de la fuente era aún poco apetecible, pero los visitantes del jueves habían ahondado en el hoyo y el agua manaba más abundante y menos turbia. Se podía oír cómo brotaba y escapaba por el suelo. Devotamente, Josèphe Barique, la zapatera, bebió y se lavó en ese agua. De este agua misteriosa precisamente se hablaba en la ciudad, mucho más que de la ausencia de la aparición; los vecinos de la calle Baous quedaron sorprendidos por otro hecho: la gente bajaba con botellas vacías y regresaban con las botellas llenas... Jacomet fue informado del hecho: la multitud del sábado amenazaba con ser más densa que la del viernes. ¿A dónde iría a parar todo aquello?

SÁBADO, 27 DE FEBRERO DE 1858

DÉCIMA APARICIÓN

Nunca en Lourdes habían resonado tan temprano los zuecos ni en tan gran número como la noche del 26 al 27 de febrero.

Las citas del misterio

El insólito ruido tenía despierto al director de la Escuela Superior de Lourdes, Antoine Clarens (treinta y un años cumplidos el pasado 10 de febrero). Harto de echar pestes contra los importunos, distraía su insomnio rumiando un verso de Boileau que acababa de venirle a la memoria.

Est-ce done pour veiller qu'on se couche à Paris? (¿Es entonces para quedarse sin dormir por lo que uno se acuesta en París?)

Mentalmente se representó todos los contradictorios rumores que se habían difundido en Lourdes acerca de las apariciones. Tan estimulante reflexión le mantenía despierto. Los pasos se multiplicaban a medida que avanzaba la hora. Cruzó por su cabeza la ridícula idea de unirse a la oleada de gente.

¿Ridículo? ¿Y por qué iba a serlo? Las personas instruidas e inteligentes tenían que hacerse cargo de sus responsabilidades ahí donde la muchedumbre se extraviaba. A ellos debían sus luces. Clarens recordó complacido algunas extrañas supersticiones que había logrado disipar gracias sencillamente a un poco de reflexión y de valor. Acudió a su memoria el recuerdo de sus primeras armas en ese terreno: el asunto de los fuegos evanescentes que le dejó la embriagadora impresión del poder superior de un espíritu ilustrado. Tendría por aquel entonces entre veinte y veintidós años y no era más que un maestro de pueblo. Corría el mes de octubre, inicios del año escolar. Los lugareños vivían aterrados por un extraño fenómeno. Unos resplandores aparecían y desaparecían en las proximidades del caserío. Era el alma de algún muerto que merodeaba por la noche.

«Avísenme», pidió él.

Acompañado por un amigo valeroso (pues por más valiente que uno sea, no es bueno presentarse solo de noche ante el misterio), acudió al lugar maléfico y también él vio la «cosa». Era algo extraño: unos puntos luminosos se expandían y se apagaban de noche, muy próximos entre sí. Se acercó a aquello hasta una distancia concreta. Y allí se quedó pasmado, algo alarmado: el resplandor se había esfumado y se reproducía a una distancia igual en apariencia, a pesar del espacio recorrido. Ahí necesitó Clarens hacer acopio de todo su valor. Continuó caminando, con los dientes apretados, fascinado por el riesgo... Su valor tuvo recompensa. Unos pasos más lejos, el calor y la crepitación familiar de un cizañero alimentado por un montón de cápsulas de lino disipó sus angustias. A pesar de la lluvia, la combustión proseguía lentamente desde hacía varios días y de vez en cuando una chispa saltaba en el aire. En eso consistía todo el misterio. Al resolverlo, la autoridad del joven maestro alcanzó su apogeo.

Una vez más, el misterio le convocaba a la gruta de Lourdes. Quizá bastaría esta vez para aclararlo todo con examinar bien las rocas, los juegos de sombras o hablar con la niña.

El golpeteo de los zuecos redoblaba por el camino a medida que pasaba la hora. Sí, seguir a la gente no suponía ceder a un impulso de vana curiosidad sino a una secreta inspiración de hacer el bien... Además, ¿cómo iba a quedarse en la cama cuando ya no había modo de dormir? Protegida por el abrigo de invierno, la fornida silueta del director de la Escuela Superior de Lourdes se unió a la corriente que se dirigía a Massabielle.

El punto de vista del «director»

¿Quién habría imaginado que el encantador paraje donde era tan agradable entretenerse pescando truchas y componiendo hermosas frases al estilo de Chateaubriand se convertiría en una zona de milagros? ¡Menudo gentío! No eran más de las seis y todos los accesos a la gruta estaban ya bloqueados... ¡Sí! Aún quedaba una posibilidad: los espectadores de la última fila habían dejado libre aquí y allá algunos centímetros de separación entre sus pies y la orilla del canal. Aferrándose a vestidos y pantalones Clarens consiguió avanzar hacia la izquierda y luego infiltrarse entre la multitud; la amabilidad de la gente hacia el joven y brillante director facilitó la maniobra más que su propia habilidad. De este modo

consiguió llegar al extremo del plano inclinado que formaba el suelo de la gruta. Una vez allí, el sorprendente espectáculo despertó su lirismo. Empezó entonces a bosquejar para sus adentros el esquema de narración al que más tarde daría forma en sus cuadernos:

El sol empezaba a despuntar. Los que se encontraban en la parte inferior del anfiteatro miraban hacia nosotros, que estábamos arriba, y nosotros hacia ellos. Fue entonces cuando descubrí que algunos expertos en cálculo se habían equivocado al afirmar que en una masa compacta cabían cinco o seis personas por metro cuadrado como máximo; aquí había entre diez y doce. Es verdad que sólo veía las cabezas, pero supongo que los cuerpos también estaban. Tan pronto habrían podido ver ustedes cómo esas cabezas se volvían en un mismo movimiento hacia Occidente como a continuación juntos se volvían hacia Oriente. Podría decir que obedecían a una misma voluntad. Hasta entonces nunca habría sospechado que se pudiese imitar tan bien con cabezas humanas la agitación de las olas...

¡Las siete! Por fin llegó Bernadette. La buena voluntad de los presentes ayudó a abrirle paso. De ese movimiento resultó un desorden que los más avisados aprovecharon para robarles su sitio a los más amables.

Hubo gran bullicio durante unos momentos. Sin embargo, en cuanto la niña se arrodilló, al pie del anfiteatro se hizo un silencio general... una especie de recogimiento que era muy grato al alma.

Clarens asistía por primera vez a la escena que se había convertido en familiar para tantos otros: la palidez, los saludos, las sonrisas. Luego el semblante de Bernadette se entristeció. Esta transformación que la hacía irreconocible oprimió el corazón del director de la Escuela de Lourdes sin dejarle opción a preguntarse si era una emoción favorable o desfavorable.

La vidente se levantó, luego volvió a arrodillarse y caminó así, besando el suelo; atravesó el anfiteatro hasta arriba, volvió a bajar, subió de nuevo, pero esta vez cruzó la bóveda hacia la izquierda, se inclinó en medio de una mata de hierbas lobuladas y se llevó a los labios un poco de agua terrosa. Bajó con la cara embadurnada, lo que confería a su sonrisa una expresión no más conmovedora que antes sino más extraña, insoportable. Clarens desvió la mirada.

Sí, a medida que se desarrollaba la escena, se fue apoderando de él una penosa impresión. Decididamente, el comportamiento de la niña carecía de sentido y era competencia de los médicos. ¿No había manera de

intervenir, si todavía estaban a tiempo?

DOMINGO, 28 DE FEBRERO DE 1858

UNDÉCIMA APARICIÓN

El domingo 28 de febrero de 1858, Bernadette realizó ejercicios de penitencia parecidos a los de los días anteriores. La concurrencia, más numerosa que el sábado (1150 personas), se había acostumbrado a ellos y también besaba el suelo durante y después de la aparición. También acudían en mayor número a sacar agua de la fuente, cuyo caudal iba creciendo. Entretanto las autoridades estaban preocupadas ante la proximidad del gran jueves.

El interrogatorio

El mismo domingo por la mañana pudo verse en la gruta un uniforme de gendarme, discreto pero adornado con una cantidad de galones como no se habían visto en Lourdes... Era el jefe de escuadrón Renault, comandante de la gendarmería de Tarbes. El sábado, 27 de febrero, a última hora de la mañana, había recibido el informe del teniente Bourriot, el cual se hacía eco del sargento de caballería D'Angla, con fecha del sábado. A las dos había salido a caballo en dirección a Lourdes acompañado por su secretario, el gendarme Bigué. Y así fue como por la mañana, vestido con el «uniforme ligero» se acercó a la gruta guiado por el gendarme Malé.

Bernadette oraba, de rodillas y sosteniendo el cirio en la mano. La aglomeración era tan densa que el comandante no se atrevió a acercarse. Permaneció a quince o veinte pasos contentándose con contemplar la menuda silueta atisbando entre las cabezas que se movían en busca de un punto de observación mejor. La aparición duró bastante tiempo y Bigué quedó «impresionado». El comandante abandonó la gruta sin comunicar cuál había sido su reacción, pero organizó la relación de las personas que regresaban a la ciudad y dejó en la gendarmería la siguiente nota de servicio:

Enviarán un gendarme a la famosa gruta cada mañana, el cual dará

cuenta de los hechos y usted me informará de lo que allí ocurra y del número de personas reunidas y qué clase de personas integran esa concurrencia.

Luego regresó a Tarbes, donde ese mismo día, a pesar del descanso dominical, redactó con carácter de urgencia un informe para el prefecto: la afluencia que cabía prever para el siguiente jueves planteaba un serio problema.

También en el tribunal de Lourdes el asunto estaba a punto de pasar a primer plano. Al salir de la misa mayor, el guarda Latapie fue a prender a Bernadette. Se dejaron oír algunas protestas.

«¿Por qué se la lleva?»

«¡Obedezco órdenes!»

La orden venía del comisario, que esperaba a pocos pasos, en la plaza. Latapie, cogido entre dos fuegos, tenía una expresión lastimosa. Bernadette le dijo riendo:

«¡Sujéteme fuerte o me escaparé!»

Él se encogió de hombros (¡qué chiquilla!). Rodearon el edificio del ayuntamiento, tomaron la calle Marcaladouse y entraron en la casa Claverie, en el domicilio de Dutour, con Jacomet.

Allí, encontraron con el procurador a Ribes, juez de instrucción que puso a prueba sus escasas armas sobre la vidente. El guarda Latapie apenas retuvo de la conversación algunos fragmentos, pero de ella derivó su admiración estupefacta por el valor de la jovencita. A los amigos, ávidos de saber lo ocurrido, les contó los hechos en su particular lenguaje.

El juez le dijo:

—*¿Estás ahí, bribonzuela?*

—*Sí señor, estoy aquí.*

—*Vamos a encerrarte. ¿Se puede saber qué es lo que haces en la gruta? A ti te obligan a hacer lo que estás haciendo. Te vamos a meter en la cárcel.*

Bueno, pues ella le contestó esto:

—*Que soĩ preste, boutami, et que sia soulide et pla clabado et qu'en descapareĩ. (Estoy dispuesta a ir, métame en la cárcel, y que sea bien resistente y esté bien cerrada o me escaparé.)*

Como lo oís. Entonces el señor juez le dijo.

—Tienes que renunciar a ir a la gruta.

—¡No dejaré de ir! (Je en m'en priverai pas.) Había que ser una santa o una inspirada para tener la sangre fría que tenía esa niña...

Entonces, la hermana del hospicio, la mayor, la superiora, vino a sacar a todo el mundo de apuros. Llorando, pidió:

—Se lo ruego, señores, déjennos a la niña, no le hagan daño.

Entonces el juez le dijo al comisario:

—¿Qué quiere usted hacer? Soltémosla, no vamos a conseguir nada de ella.

Al marcharse ella me ha dicho:

—Que bouï ana; queï et darré dio diaous. (Quiero ir. El jueves es el último día.)

Estos y otros relatos contribuyeron a dar publicidad al acontecimiento. ¿Qué iba entonces a pasar el famoso jueves entre el ser misterioso y la jovencita que parecía saber más de lo que aparentaba?

La investigación de Clarens

Por la tarde, aprovechando los lazos familiares de su mujer, Jeanne-Charlotte, nacida Soubirous, Antoine Claren, se personó en el calabozo. Bernadette tuvo que responder a otro interrogatorio. Los ejercicios de penitencia del día anterior habían causado una mala impresión al director de la Escuela Superior. La «vivacidad», una especie de «sobree excitación» con que los ejecutaba la vidente, la «expresión rara» que había transfigurado su rostro por un momento, embadurnado de barro, habían hecho que acudiera a su mente la palabra propuesta por el *Lavedan*: catalepsia. Por tal motivo no había regresado a la gruta aquella mañana. Y ahora no iba a verla para formarse una opinión sino por «caridad», por «deber», para persuadir a la chiquilla de que renunciara a poner los pies en la gruta, pues corría el peligro de que su razón se extraviara definitivamente. Para conseguirlo, tenía la intención de hacerla incurrir en contradicciones y convencerla del error en que vivía. Contaba para hacerlo con su experiencia confirmada tanto sobre sus alumnos como en la vida.

Muy pronto se vio desarmado. Bernadette no mostró excitación ninguna. Respondía a sus preguntas con objetividad, incluso con indiferencia, y con tales naturalidad, claridad, aplomo, ingenuidad y hasta

encanto que hicieron tambalear su convicción inicial. No presentaba ninguno de los rasgos de una alucinada. Incluso a los extraños ejercicios del sábado dio Bernadette una explicación sencilla y satisfactoria.

«La Visión me lo ha ordenado como penitencia, para mí primero y luego para los demás.»

Clarens empezó a preguntarse si la gente no tenía razón al esperar el oro y el moro para el jueves, día 4 de marzo. Le hizo entonces una última pregunta:

«¿Te ha dado algún mensaje?... ¿Te ha encomendado alguna misión?»

«No; todavía no.»

La niña era, por lo tanto, extraña a la exaltación generalizada y a tantos rumores como circulaban. Después de despedirse, Clarens volvió a sus cavilaciones.

Un punto quedaba fuera de dudas: Bernadette veía algo... «Pero ¿qué es lo que ve?»

Había un segundo punto claro: las nociones folklóricas ancestrales habían caído en desuso y nadie, ni siquiera entre los más incultos, había pensado en traer a colación a las hadas o genios que habitan en las fuentes... «Las ideas supersticiosas de los antiguos han cedido su sitio a las ideas religiosas.» Y ahí había una constatación que le consolaba, ya que si las supersticiones habían desaparecido ¿no era gracias al esfuerzo de quienes dispensaban la cultura?

¿Había, por lo tanto, que hablar de milagro como hacía la mayoría? Sin lugar a dudas, no quedaba excluido. Había habido lo de «Garrison... Bétharram» y, más recientemente, «la conversión de Ratisbone». Pero quedaba abierta otra hipótesis. En ese caso, Clarens evocó las nociones vertiginosas que la vulgarización psiquiátrica le había dejado entrever:

¿No pudiera ser que la muchacha viese lo que no ve en absoluto? Por muy paradójica que parezca esta proposición, podría perfectamente ser la verdad. No se puede contestar hoy que una persona pueda tener percepciones que en realidad no tiene. Aquélla ha creído ver, sin oír. Aquella otra ha creído oír sin ver. Aquella otra, por último, ha creído ver y oír lo que no existía. Aunque deploramos la ligereza con la que ciertos materialistas se han apoderado de la teoría de las alucinaciones para rechazar las visiones consagradas por las Escrituras o mencionadas en las Vidas de los santos, no se puede refutar que se trata de hechos asumidos

por la ciencia.

Y sin embargo, la mirada transparente y la ingenuidad poderosa, la victoriosa sencillez de la muchacha que con tanta simplicidad hablaba de lo sobrenatural planteaba la pregunta de forma innegable: ¿era un milagro?

Decididamente, el acontecimiento no admitía simplificaciones. Pero el director de la Escuela Superior no era hombre que se permitiera extraviarse en reflexiones sin orden. Las cosas encontraban en él un rápido acomodo. Concluyó para sí mismo:

A la ciencia le corresponde decirnos si la niña es o no una alucinada; a la autoridad religiosa el pronunciarse sobre si ha habido un milagro. Hasta su veredicto, la única actitud razonable es esperar y dudar.

Clarens, que se sentía deslumbrado por el sentido común y la lucidez de Bernadette, experimentaba la necesidad de que otros aprovecharan la experiencia, y sobre todo su amigo y protector, casi un padre para él: el prefecto Massy. ¿No sería útil informarle y recordarle al mismo tiempo que en Lourdes existía un director de escuela ilustrado, «en resumen, apto para las funciones de inspector de pesos y medidas»... y, sobre todo, «provisto de un certificado de aptitud, otorgado en Toulouse, que le permitía desempeñar las funciones de inspector de enseñanza primaria», del que podía sacar provecho el departamento...?

En las horas libres de un domingo que llegaba a su fin, Clarens sacó brillo a sus títulos y los caligrafió en exergo de una memoria titulada: *La gruta misteriosa de Lourdes o la aparición de 1858 con su carácter hasta d día de hoy*. La terminaría durante los momentos de descanso del jueves 4 de marzo, «el gran día».

LUNES, 1 DE MARZO DE 1858

DUODÉCIMA APARICIÓN

«Esperar y dudar.» Ésta era la conclusión de Clarens que, igual que la víspera, tampoco acudió a la gruta el lunes. Pero su actitud no era la más extendida. El 1 de marzo volvió a batirse el récord de afluencia a la gruta: 1500 personas. Conforme a las órdenes impartidas por el comandante Renault, un gendarme apostado en la puerta de Baous controló el número de los que regresaban a la ciudad.

Bernadette tuvo dificultades para practicar sus ejercicios de penitencia debido al apretujamiento. Los «Háganse atrás» del guardia rural tenían aquel día el matiz irrisorio de un conjuro convertido en tic frente a una situación inexorable. Sobre su camisa, el águila imperial adquirió la facha de un pollo asustado.

Dos abrigos blancos

Afortunadamente, dos cazadores de Visens se alzaron con autoridad ordenando como si estuviesen de servicio: «¡Sitio! ¡Sitio!»

Se plantaron delante de Bernadette y, caminando de espaldas sin perderla de vista, con un movimiento concertado fueron apartando a la gente a empujones y codazos. Sus abrigos blancos les daban un aire de arcángeles. Cruzaron una mirada risueña y admirativa. Estrade creyó oír como uno le comentaba al otro: «¡Y aún nos dirán que es una patraña!»

Gracias a su prestancia y a la buena voluntad de todos, Bernadette llegó sin estorbos hasta la fuente, inclinó el rostro y bebió del hoyo, «sin recoger el agua con la mano», le pareció a Jean Vergez, alcalde de Ossen. Éste quedó «impresionado, enternecido», pese a los manchurroneos de barro en su cara... sobre todo cuando vio cómo se volvía y dirigía aquella mirada hacia la cavidad interior.

Al subir, observó otro incidente que le impresionó. Bernadette estaba ya bajo la bóveda y había dejado bastante atrás el rosal cuando la gente,

deseosa de ocupar el espacio abierto por sus pasos antes de que se cerrara, apartó las ramas.

Bernadette se volvió y, al mismo tiempo, se llevó las manos a la cabeza en un gesto de tristeza y de indignación. Alguien, comprendiendo, gritó.

«Non touquet pas et arrousé.» (No toquéis el rosal.)

Y Bernadette pudo reemprender su camino. Eso al menos fue lo que Jean Vergez contó en Ossen. Pero en Lourdes, la señorita Pène contaba algo distinto. La causa del incidente, según ella, era que los cazadores, desbordados un momento a pesar de su fuerza y de su prestancia, no pudieron «romper» la masa de gente «lo bastante rápido». Fue entonces cuando Bernadette se volvió un instante, sentada sobre los talones, lanzó una mirada extraviada a derecha y a izquierda y luego hacia «la visión» antes de continuar su camino.

Lo que se contó en Lourdes

Como se ve, la emoción y la afluencia que impedía a la mayoría ver a Bernadette no favorecía la exacta difusión de los hechos. Fue así como a lo largo de todo el día llegaron a oídos del comisario toda suerte de chismes: «Había dos sacerdotes entre la gente»; «Bernadette hizo bendecir los rosarios»; «Sus padres estaban allí y dirigían a la gente»...

El resto tenía menos interés y el comisario lo desestimó. Pero las tres primeras noticias llevaban el agua a su molino. Las hilvanó y las armó para redactar el informe del día con objeto de forzar la atención del prefecto, que seguía considerando el asunto un incidente local sin importancia.

¿Qué tres noticias eran ésas?

Un sacerdote en la gruta

La primera no carecía de fundamento. La mañana del lunes, por primera y única vez, un sacerdote había ido a la gruta: Antoine Dézirat, ordenado desde el 19 de septiembre, y que aún vivía con su familia a la espera de que se le asignara destino. Estando en casa del padre Glaire, sacerdote de Omex, salió por la mañana acompañado por un grupo de feligreses, algo preocupado pues había oído hablar de la prohibición del padre Peyramale. Por otra parte, se preguntaba él, «¿qué era esa aparición?» «¿Sería cosa de Dios o del diablo?»

Conducido por el camino del bosque, llegó a la gruta justo al mismo tiempo que lo hacía Bernadette. Se había prometido pasar desapercibido, pero sintiendo aumentar su curiosidad y recordando su miopía, empezó a seguir a la niña por temor a que escapara de los estrechos límites de su campo visual. Se adelantó sin advertir su suerte, pues muchos de los que intentaban hacer lo propio se veían bloqueados por una resistencia insuperable. Todos los ojos, que él no veía, estaban clavados en su sotana. La gente se apartaba con respeto y los que no lo hacían se veían conminados a hacerlo de inmediato.

«¡Dejen pasar al sacerdote!»

Así se vio admitido sin una protesta en el espacio reservado para despejar la vista de Bernadette hacia la hornacina. Estaba a menos de un metro de la niña. Se sacó el tricornio, se ajustó las gafas y se acercó, a muy poca distancia de la cara de la niña, a unos centímetros.

Un recuerdo indeleble quedó impreso en su memoria; recuerdo que nunca conseguiría traducir de forma precisa. Es el que sigue, desprovisto de la madeja de comparaciones y figuras retóricas que introdujo en su intento de situarlo a su justo nivel:

Bernadette, mientras desgranaba el rosario, movía apenas los labios pero, en su actitud, en los rasgos de su rostro, se percibía que su alma estaba embelesada... Su sonrisa superaba cualquier expresión. El artista más hábil, el más consumado actor no podría reproducir nunca el encanto y la gracia... Es imposible representárselo.

Me impresionó la alegría y la tristeza pintadas en su rostro. Cuando uno de estos fenómenos sucedía al otro, ocurría con la rapidez de un rayo; y sin embargo no había en esa variación nada brusco: era una transición admirable. Había observado a la niña cuando se dirigía a la gruta. La había observado con escrupulosa atención. ¡Qué diferencia entre lo que era entonces y cómo la vi en el momento de la aparición! La misma diferencia que entre la materia y el espíritu...

Bernadette era la única que veía la aparición, pero todo el mundo parecía sentir su presencia... El respeto, el silencio, el recogimiento reinaban en todas partes... ¡Oh! Qué bien se estaba allí. Yo me creía en la antesala del paraíso.

Pero la sombra altiva del padre Peyramale, así como el temor a que la visión no fuera lo que él esperaba, perturbaron esa serenidad. Imposible seguir ahí, convertido en punto de mira de todos. Debía irse. El padre

Dézirat se prometió aprovechar la primera ocasión para abandonar el lugar.

Justamente entonces la cara de Bernadette salió de su limitado horizonte. Acaba de iniciar el camino de rodillas. Era la señal... De puntillas se alejó lo más rápido posible, sin advertir los prodigios que hacían los espectadores para abrirle paso.

¿Cuánto tiempo pasó en la gruta, arrobado por el rostro angélico que no había dejado de contemplar sino para lanzar un vistazo a hurtadillas a la hornacina vacía? ¿Cuánto? ¿Diez minutos? Sí, a juzgar por las cuentas del rosario. Pero él tenía la impresión de haberse evadido del tiempo durante un momento para comulgar con otro tipo de existencia.

Su entusiasmo recibiría aquella misma mañana algunas duchas frías. Como antiguo alumno del pequeño seminario de Saint-Pé, se sentía ávido de comunicar el sentimiento que se había adueñado de él y recibir alguna aclaración suplementaria. El superior, señor Burósse, le recibió con los brazos abiertos, pero se mostró reticente. Seguramente interesado, le preguntó y escuchó pero, de no ser por su curiosidad y por el temor a comprometer la confidencia, le habría censurado. Sin duda, estaba «en guardia» contra todo eso...

¿Le dispensarían un recibimiento más caluroso los profesores? Al salir de casa del superior, el padre Dézirat se encontró con el padre Sempé (curiosamente, homónimo del establecimiento donde impartía sus enseñanzas), su antiguo profesor de tercero y hoy prefecto de estudios, acompañado por el padre Pène (no el vicario de Lourdes, sino el profesor de física del pequeño seminario). En esta ocasión, la confidencia no llegó muy lejos, pues se vio interrumpida por una carcajada que tenía como blanco... su credulidad. El padre Sempé aún habría reído más sonoramente si aquel día le hubiesen dicho que diez años después sería el primer superior del santuario de las apariciones.

Eso es lo que ocurrió en lo que se refiere al sacerdote mencionado por Jacomet. ¿Y el segundo? ¡Bien! Era el mismo, visto en otro lugar, y que fue confundido con el padre Junca, cura párroco de Omex, que se le parecía.

La «bendición de los rosarios»

La historia de la bendición de los rosarios a la que se había referido el comisario también se aclaró durante el día en la casa Cénac. Estrade

(aferrado a un saliente rocoso), así como Jacqueline Pène y algunos otros, también se fijaron en el extraño gesto de Bernadette.

Ocurrió después de que realizara, sobre el trayecto abierto por los cazadores, su parada en la fuente. Sonriente acababa de sacar el rosario del bolsillo cuando, de pronto, su rostro se ensombreció y, en lugar de iniciar la oración, volvió a guardar el rosario en el bolsillo, sacó otro sin desviar la mirada y con un gesto decidido lo levantó a la altura de los ojos. Una mujer murmuró entonces:

«La Virgen debe de estar bendiciéndole el rosario.» Y ésa fue la señal para que los brazos se alzaran blandiendo o agitando sus respectivos rosarios... mientras Bernadette, sin advertir ese gesto, reanudaba el rezo.

El incidente se interpretó de diversas maneras, pero siempre con severidad por parte de las personas con cierta instrucción. ¿Bernadette había usurpado la función sacerdotal? ¿Hacía teatro? ¿Se burlaba de la gente? Según todas las hipótesis, su gesto no tenía sentido. En la planta baja de la casa Cénac, donde por la tarde los Estrade y los Pène se hallaban en plena discusión, a pesar de su fervor, Emmanuélite confesó: «¡No veo cómo interpretarlo en un sentido favorable!»

Finalmente, el padre Pène decidió llamar a Bernadette, tanto para saber a qué atenerse como para poner fin a sus excesos.

«¿Así que ahora bendices rosarios?», le preguntó en tono jovial para encubrir sus verdaderos sentimientos. Bernadette se echó a reír como si le estuviese gastando una broma.

«¡Yo no llevo estola!»

«Entonces ¿qué es lo que te han visto hacer esta mañana? ¿Es esa visión tuya la que ahora da las bendiciones?»

Bernadette dio entonces su explicación. Por la mañana había llevado a la gruta el rosario de una devota enferma, Pauline Saus, incapacitada para ir a la gruta pero que deseaba mucho ir y verse representada de este modo. Bernadette, por lo tanto, guardaba en su bolsillo dos rosarios. Al principio de la aparición, sin pensar más en Pauline (pues en ese momento solía olvidar con facilidad los mil encargos que se le hacían), cogió el suyo, al azar. Pero la segunda vez, volviendo de la fuente, fue el de Pauline el que cayó en su mano. *Aqueró*, al parecer contrariada, le hizo una señal. Por esta razón, Bernadette guardó de nuevo el rosario de Pauline y continuó rezando con el suyo. Nada de la bendición de la que todavía se hablaba en la ciudad.

Los interlocutores de Bernadette quedaron satisfechos con esta respuesta que cortaba por lo sano con las patrañas, sin entrar en las razones de lo que quería *Aqueró*: ¿había querido prevenir a Bernadette contra las maniobras y tentativas supersticiosas de las que había sido objeto? ¿Había querido insistir en el carácter personal del rosario? De habersele planteado a Bernadette cualquiera de estas hipótesis, la niña no habría sabido qué responder.

Los Soubirous bajo sospecha

Por último, ¿qué había de cierto en el tercer rumor sobre el comportamiento presuntuoso de François Soubirous liderando a la multitud? Sólo la presencia del padre de Bernadette y el que al inicio de la aparición, aquel día lo mismo que los anteriores, unos gritos entre la multitud instaron a quitarse el sombrero y algunos *chist* invitaran a guardar silencio. ¿François y Louise Soubirous participaron en estas iniciativas? Es posible. En cualquier caso, al igual que en el asunto de la harina robada, su miseria les convertía en chivos expiatorios. ¿Estos miserables no habrían montado toda la pantomima para obtener dinero? Ésa era de entrada la hipótesis del procurador y del comisario. Ambos se fueron a dormir aquella noche con un sentimiento de satisfacción: cada uno por su lado, habían concluido la minuta de un informe en el que empezaba a tomar cuerpo la idea. La copiarían al día siguiente, después de completarla, si había novedades. Efectivamente, habría novedades.

Un milagro y un nacimiento

Aquel mismo día hubo una novedad que les pasó despercibida.

Por la noche, en Loubajac, un pueblo situado en el camino de Pau, una mujer se levantó muy temprano para ir a la gruta: Catherine Latapie, llamada Chouat, una ruda campesina nada devota, hecha al trabajo duro (cosa necesaria cuando uno es pobre), y que no estaba en las mejores relaciones con sus vecinas. En octubre de 1856, ya por entonces madre de cuatro criaturas, se subió a un roble con la intención de varear las bellotas con las que alimentaba a sus cerdos. Perdió el equilibrio y se encontró en el suelo, con un hombro dislocado, la muñeca rota y los dedos retorcidos.

El médico recolocó el brazo, que se recuperó al cabo de cincuenta días, pero los dedos anular y meñique quedaron doblados y paralizados, y el dedo corazón curvado a medias. El brazo, el derecho por desgracia, se le

debilitó de manera que Catherine ya no pudo volver a hilar ni a tricotar ni a realizar muchas otras actividades. Una ruina para el hogar, que decayó en 1856 y 1857. Y he aquí que a oídos de Catherine llegó la existencia de una fuente que al parecer había aliviado de sus dolencias a algunos enfermos.

La noche del lunes, alrededor de las tres de la madrugada, una idea esperanzadora la despertó: «Corre a la gruta y te curarás.»

Nada salvo esta esperanza contó ya para ella: ni el trabajo ni las objeciones de su marido. Catherine estaba encinta de nueve meses. Lourdes quedaba a casi seis kilómetros; la gruta, a siete. Y era de noche.

¡Bueno! ¡No importaba! Catherine llevó consigo a dos de sus hijos, a los que no podía dejar solos en la casa, y se marchó. La luna llena, ya en su ocaso, animaba al borde del camino extrañas figuras de árboles y peñascos convertidos en animales vivos. Los dos niños estaban asustados y se detenían a cada paso. Catherine sujetaba con la mano izquierda a la más pequeña mientras el niño se agarraba a su mano ganchuda.

¿Qué hora sería cuando Catherine llegó a Lourdes remolcando a sus dos pequeños y llevando al tercero en el vientre, el bebé que ya había ganado peso y al que sentía moverse desde hacía meses? No lo sabía muy bien. Recordaba haber encontrado en el camino a una chiquilla que le dijeron era Bernadette. ¿Iba o volvía de la aparición?... No lo sabía. ¿Hubo aparición esa mañana? Tampoco lo sabía, tal era la aglomeración de gente. Lo cierto es que tocó el vestido de la niña que veía a la Virgen y se sintió muy dichosa.

En la gruta, después de rezar, salvó la pendiente, se agachó al fondo, bajo la bóveda baja y sumergió la mano en el agua cenagosa. Una gran tranquilidad la invadió entonces. Sacó la mano. Era la que estaba lisiada. Pero ahora notaba los dedos flexibles... los juntó (cosa que no podía hacer desde hacía mucho tiempo) para dar las gracias y se abismó en la oración.

Pero de pronto su alegría se vio atravesada por un violento dolor en las entrañas. Catherine lo comprendió en seguida, pues era su quinta gestación. Era la criatura que quería venir al mundo. ¿Nacería ahí, en una gruta como la de Belén, delante de toda aquella gente? Catherine, llena de confianza, reiteró ahora:

«Santa Virgen, que acabas de curarme, ¡déjame volver a casa!»

Ya antes de terminar su súplica se sintió atendida. Los dolores cesaron y no se repitieron mientras terminaba la oración. Sus dudas se disiparon. La comadrona de Loubajac también estaba en la gruta (había

salido con el grupo siguiente). Inútil avisarla, pues provocaría un alboroto, complicaciones y gastos que Catherine no podía ni soñar en costear. Con sus dos hijos pequeños remontó la pendiente casi vertical, que tanta gente temía, y desanduvo con ánimo alegre, sin pensar en otra cosa, un poco cansada nada más, los siete kilómetros de subidas y bajadas que la llevarían de regreso a Loubajac.

Un cuarto de hora después de su regreso, parió «feliz y casi sin dolor». La comadrona llegó de Lourdes casi al final, justo a tiempo. Casi no tuvo que hacer nada. Era un chico, al que pusieron el nombre de Jean-Baptiste; con los años sería sacerdote. En cuanto a la curación de Catherine, la suya sería una de las siete que retuvo el sumario episcopal.

«Dinero»

Otro hecho que le pasó desapercibido al comisario era el dinero que llegaba a la gruta.

El sacristán Fourcade también fue aquel día a lavar su brazo tullido. Llegó acompañado de su hermano; examinó el lugar, las cavidades que horadaban de manera tan curiosa las paredes rocosas e introdujo el brazo en una de ellas. ¿Y qué es lo que encontró en su interior? Una punta de cirio y una especie de pañuelo. Al volver a meterlos, cayó una perra chica. En Lourdes nadie tiraba el dinero.... Esa moneda la había dejado alguien intencionadamente.

«¡Yo he visto una moneda de cinco francos!», declaró una mujer.

No estaba bien tirar el dinero.

«Hay que recoger esto», concluyó el hermano del sacristán.

Aupó a un niño para que metiera el brazo hasta el fondo de la cavidad: encontró una moneda de cincuenta céntimos, luego otra de veinte céntimos, en moneda de vellón... Un poco más lejos, otros cuarenta céntimos. El sacristán recogió el total y lo contó. De vuelta, una persona le entregó cuarenta céntimos, otra, la Saurré, quince céntimos. ¿Qué hacer con el dinero? Era un donativo piadoso. Bien, se lo llevaría al padre Pomian, para que dijera una misa «el gran día», el 4 de marzo, tan temido y sin embargo esperado con tanto fervor.

MARTES, 2 DE MARZO DE 1858

DECIMOTERCERA APARICIÓN

Camino de la gruta

Día a día, la gente era más madrugadora y la afluencia más densa. El martes, 2 de marzo, los primeros visitantes bajaron a Massabielle hacia medianoche. A las siete, cuando llegó Bernadette, había 1650 personas reunidas, que desbordaban la gruta y el estrecho arenal que la bordeaba. La punta de la isla del Chalet, el lugar de la primera aparición, tenía la orilla abarrotada de gente; el racimo humano se extendía por el oeste fuera de la perspectiva de la gruta.

Pese a la buena voluntad de todos, Bernadette tuvo dificultades para realizar sus habituales ejercicios: caminar de rodillas, besar el suelo y beber de la fuente.

Pero el hecho señalado del día fue su parada bajo la cavidad interior. Se echó a reír y luego se puso seria. Mantenía una conversación. Los espectadores contemplaron con curiosidad y algo de ansiedad las fases de este diálogo... ansiedad porque a medida que se acercaba el último día — ¡el «gran día»!—, la efervescencia era mayor.

Los llamados creyentes estaban convencidos de que aquel día iba a ocurrir algo. ¿Qué? Ahí las imaginaciones se inflamaban. ¿La aparición se haría visible para todos? ¿Presenciarían un gran milagro? ¿O, por el contrario, un gran castigo? ¿Lourdes, Francia, estaban amenazadas por alguna espantosa catástrofe que sería conjurada por la aparición? Este tipo de hipótesis circulaban y adquirían paulatinamente tintes de certidumbre. Se aseguraba, explícita o tácitamente, que tales hipótesis las había pronunciado en forma de confidencia la pequeña Bernadette, tan poco charlatana cuando se la interrogaba.

Apenas terminó el éxtasis, las mujeres que había presenciado las fases del diálogo rodearon a la vidente.

«¿Que te ha dicho?»

Bernadette deseaba esquivarlas y, como le era imposible hacerlo sin decir algo, respondió apresuradamente:

«Que vaya a decir a los sacerdotes que vengamos en procesión...»

Luego se zafó con prisas, concentrando su perezosa memoria en el mensaje recibido.

No lo había contado todo. Le había pedido además una capilla, y sin duda le había confiado un secreto, pero su respuesta pareció suficiente a las que la interrogaban.

Las mujeres que rodearon a Bernadette habían sido las primeras en llegar, las que estaban ya desde la medianoche para conseguir los mejores sitios, lo que ponía de manifiesto tanto su devoción como su gran excitación. Los sueños escondidos de la noche avivaron en ellas las expectativas de milagros o castigos que planeaban sobre el último día de la quincena.

De pronto «comprendieron». ¿La procesión? Era el tributo solicitado para evitar la catástrofe y obtener el milagro. Había que organizar la procesión urgentemente. De lo contrario... ¿qué ocurriría? No se atrevían ni a pensarlo... No había un minuto que perder. Tenían que avisar al señor cura.

Con aires de misterio y conscientes de su importante misión, las devotas salieron apresuradamente hacia la casa parroquial.

En la casa parroquial

Allí estaba el padre Peyramale, a quien el asunto preocupaba más cada día. Se preguntaba qué era ese viento que azotaba la parroquia. ¿Era un viento de locura o un viento de Pentecostés? Qué difícil era discernir lo que guardaban las almas. Sin embargo, la impresión que día día se le imponía al párroco de Lourdes era que el árbol daba buenos frutos: oración, fervor, conversiones. Era un hecho que estos frutos se confirmaban y multiplicaban.

No obstante, la circunstancia era de lo más insólita. Aunque el bien obtenido fuese diez veces superior al de ese día, ¿podría el sacerdote arriesgar en esa aventura visionaria la autoridad que detentaba? ¿Podría embarcar en ella a una parroquia? ¡Por supuesto que no, y mil veces no! La postura exterior del sacerdote era, pues, clara: reserva, abstención, prohibición a cualquier sacerdote o religiosa de acudir a la gruta. La

administración le felicitaba por su sensatez, digna de sus luces. Y sin embargo, en su fuero interno había otra clase de luz. Albergaba dudas y algo le decía: «Si fuese verdad...»

Peyramale estaba siempre presente donde Dios le llamase. No había pobre en la parroquia que no encontrase en él la inmediata acogida que le habría dado al mismo Jesucristo, generoso hasta el disparate. Y si el dedo de Dios estaba también en Massabielle ¿tenía que ser él el último en acudir?

Era evidente que estaba lejos de ver claro. Hacía unos días que la gruta era el teatro de escenas tachadas de grotescas. Al parecer, Bernadette había comido hierba. Una muchacha a la que días atrás (¿el viernes?) había enviado a la gruta, una muchacha llena de sentido común y muy piadosa, Victoire Bonnacarrère, había recibido una mala impresión.

Pero había gente seria que se declaraba convencida, como Estrade, hombre al que su profesión de inspector de contribuciones inclinaba a la precisión y a la objetividad. También Dufo, futuro abogado, gran cristiano y hombre de mucha autoridad. Ambos defendían la autenticidad y encontraban respuestas plausibles a todas las objeciones.

Y además estaba todo lo que tenía que guardarse para sí, lo que pasaba en el confesionario. Ahí, intuitivamente, el padre Peyramale no discutía la convicción de quienes se acercaban conmovidos de corazón. El aprovechaba este movimiento de gracia para animarles a cambiar de vida, cosa que conseguía... ¡y cómo!

La diferencia de postura entre su conciencia interna y su conciencia externa, tan negativa, creaba en el alma sin duplicidad del párroco de Lourdes un malestar tanto más penoso por cuanto no conseguía tomar clara conciencia del mismo... Aferrado a su posición oficial, que debía mantener rígidamente, sentía cómo le nacían arrebatos de fe casi incontestables de los que él mismo se burlaba: «No me gustaría que mi sombrero supiese lo que pienso.»

Esa mañana, a la hora en que dentro de la gruta tenía lugar el acontecimiento por decimotercera vez, no podía pensar en otra cosa. ¿No debería investigar para aclarar su opinión? ¿interrogar como habían hecho ya tantos otros a esa Bernadette a la que aún no había visto?

El grupo de las devotas le sorprendió sumido en esa perplejidad de la que nada traslucía. ¿Quién le creería tan agitado al verle ahí, sólidamente plantado, dominando con una mirada formidable al grupo de feligresas, un poco desgredadas por culpa de la noche pasada al raso? Ver al señor

párroco les hacía temblar. Pero eran muchas y la urgencia les infundió valor.

«Señor cura, la Virgen quiere una procesión para el jueves.»

La increíble petición puso en carne viva el malestar del padre Peyramale. ¡Una procesión! ¡Y para el jueves! Se temía que ese día se concentrarían en Lourdes unas veinte mil personas. Era impensable, de cara a la parroquia, a las autoridades y al obispo.

Y sin embargo, sí, por una vez Dios pedía lo imposible. El enfrentamiento de sus dos sentimientos contrarios fue instantáneo e instantáneamente el buen sentido, el deber y, por lo tanto, una negativa, triunfaron, cargados con todos los rayos de una cólera a la que no era capaz de poner nombre. El deán arremetió contra el rebaño de feligresas en trance. De todas las algaradas célebres que habían jalonado su carrera, ésta, de la que nadie osaría vanagloriarse, fue tal vez la más fulminante. En unos instantes sólo se veían las grupas de las devotas atropellándose delante de la puerta de salida.

Pero entonces el Peyramale interior se manifestó de lleno. ¿Y si fuese voluntad del cielo? ¿Y si la continuidad de un movimiento que estaba transformando la parroquia dependiese de su decisión? En tal caso habría que poner en antecedentes al obispo. Sí, pero sin una prueba, ¡el obispo iba a decir que no!

El sacerdote atravesó el jardín de la casa parroquial agitado por inextricables pensamientos. Una especie de ira le sublevaba contra esa situación, contra estas desconsideradas mujeres, contra sí mismo por haberse mostrado demasiado duro, tal vez infiel al secreto impulso que le llevaba a decir sí.

Entretanto, Bernadette intentaba resolver su problema: «Decir a los sacerdotes que hay que venir aquí en procesión y que se levante una capilla»... Pauline Cazaus sabía que la niña tenía un «encargo» que transmitir y le propuso acompañarla. Bernadette aceptó con la condición de que durante el camino estuviese callada. Ya se lo diría luego...

Se dirigieron al hospicio, a casa del padre Pomian, que intimidaba menos que el señor cura. La escuchó con atención, como de costumbre, pero su desconfianza no hizo sino aumentar desde la primera palabra. Primero había podido sondear a Bernadette en el catecismo, una semana atrás. La ignorancia de la niña le dejó estupefacto. ¿Qué cosa buena podría

derivarse de una chica de catorce años que ignoraba hasta el misterio de la Trinidad? Lo que se contaba de las escenas de los últimos días, «la hierba... el barro...», y por último la postura negativa del párroco Peyramale contribuían en el mismo sentido. Se mostró reticente. La petición de Bernadette le excedía. Era competencia del párroco... En resumen, el padre Pomian no parecía tomar en consideración la idea de comunicárselo él mismo. La propia Bernadette debería ir a explicarse a la casa parroquial, si quería.

Sí, pero llevar ese mismo recado al párroco era un asunto completamente distinto... Pauline Cazaux se eclipsó. Bernadette recurrió entonces a tía Basile, que estaba dispuesta a acompañarla, pero con refuerzos. Juntas fueron a recoger a la madrina, tía Bernarde, una mujer con la cabeza bien puesta, que tendría más peso en disyuntiva semejante.

Las tías no las tenían todas consigo: el párroco las amedrentaba. Era un hombre impresionante, y además sus cóleras eran terribles, tan frecuentes en el púlpito cuando denunciaba los abusos y el egoísmo de los ricos, o incluso al otro lado de esa puerta, nunca abierta o cerrada cuando era necesario, que se le «avinagraba el ánimo». Había clamado tanto que le había quedado la voz ronca para siempre. ¿Qué diría de todo eso el señor cura?

Dominiquette Cazenave estaba en el portal de la iglesia realizando sus labores de sacristana.

—¿Está el señor párroco?

—No, estará en su casa, probablemente —respondió ella.

—¡Es que la Señora le pide una procesión! --añadió la tía Basile, en tono importante y confidencial.

A Dominiquette más bien le dieron ganas de reír. Pero las tías de Bernadette no tenían precisamente ganas de reír.

Y el señor cura todavía menos...

Se detuvo al ver a las visitantes, al pedacito de muchacha entre las dos mujeres.

—¡Tú eres la que va a la gruta!

—Sí, señor cura.

Estar delante del señor cura era algo que le quitaba a cualquiera las ganas de ser «la que va a la gruta».

—¿Y tú dices que ves a la Virgen?

—Yo no he dicho que sea la Virgen.

—Entonces, ¿quién es esa señora?

—¡No lo sé!

—Ah, así que no lo sabes, ¡embustera! Y sin embargo lo ha publicado el periódico y todos esos a los que llevas corriendo detrás de ti dicen que es la Virgen.

El Peyramale «razonable» todavía iba un paso por delante del Peyramale creyente. No era cosa de preparar una procesión para una aparición desconocida...

—Entonces, ¿qué es lo que ves?

—Algo... que se parece a una señora...

—¡Algo! (*Quaoucaré!*)

El párroco repitió la palabra en tono de mofa: ¡algo! ¡Ni siquiera alguien! Decididamente, ¡era el colmo! En medio de la algarada, Bernadette comprendió que si no lo sacaba a colación ya, en seguida iba a «perder» su encargo.

—Señor cura, *Aquero* pide que vayamos a la gruta en procesión.

Si por un momento el párroco había esperado que esta demanda fuese una fabulación de las devotas noctámbulas, ahora sabía a qué atenerse. Y una vez más estalló airado.

—¡Mentirosa! ¿Cómo pretendes que yo pida una procesión? Es monseñor el que decide las procesiones. Si tu visión fuese algo bueno, no te pediría semejantes tonterías. ¿Y para cuándo quiere la procesión? ¿Has dicho el jueves?

Bernadette perdía pie. ¿Había mencionado algún día? Rebuscó en su memoria; estaba todo muy confuso. Un sacerdote de fuera de Lourdes llegó entonces, compasivo, para cubrir su silencio.

—Ten cuidado, criatura, tienes que estar muy segura.

El párroco iba y venía por la habitación murmurando:

—¡Vamos! ¡Una señora!... ¡una procesión!

Bernadette terminó en un murmullo.

—Ya no sé cuándo.

—¿Y de que te ha pedido una procesión estás segura?

—*Que créedi*. (Creo que sí).

—¡Ah! ¿Conque lo crees? ¡Ah, entonces no estás segura! Bien,

cuando uno no sabe a qué atenerse, se queda en su casa. Vuelve y no salgas más. Es una desgracia tener una hija así, que trae loco a todo el mundo. ¡Bien! ¡Nosotros te vamos a dar una antorcha a ti! ¡Harás tu procesión y te seguirán!... ¡Tú no necesitas ningún sacerdote!

La tía Basile temblaba bajo la tormenta; era algo espantoso ver al señor cura pasear así por la habitación gritando como en el sermón, y mucho más fuerte cuanto más ronco estaba.

—¡Es un escándalo!... Y dicen que has comido hierba como los animales.

Bernadette no dijo nada y tampoco se movió, arrebujaada dentro de su capucha. En cuanto a Basile, sentía que se iba convirtiendo en un «grano de mijo». Fue entonces cuando el sacerdote cayó en la cuenta de las dos temblorosas tías.

—¿Son ustedes familia de la niña?

—Sí, señor cura, somos sus tías.

—Es una desgracia tener una familia así, que trae el desorden a la ciudad. ¡Reténganla y no la dejen que se mueva más!

La entrada del padre Pomian interrumpió su parrafada.

—Vea a esta niña. Es la que va a la gruta todos los días. Viene a contamos mentiras.

—¿Vienes a contarnos mentiras, Bernadette? —repitió el padre en tono más amable.

El párroco le interrumpió,

—Retírense. Llévenla a la escuela y no dejen que vuelva a esa gruta. ¡Esto se tiene que terminar de una vez!

Bernadette y la tía Basile salieron de puntillas después de hacer una profunda reverencia; luego se encontraron otra vez solas en la tranquilidad de la calle. Apresuraron el paso hacia el calabozo... la tía Bernarde había desaparecido. ¡Ésa no perdía el norte! ¿Cuándo se había esfumado? Basile fue la primera en recuperar el habla aunque llorosa,

—¡A mí no me van a pillar otra vez para que vuelva a casa del cura!

Estaba enojada por haberse visto arrastrada a esa aventura; había esperado más consideración.

—¿Ves como has hecho que te riñan?

Bernadette se mostraba impasible, como si no lamentara nada.

—Bueno, si él no quiere creerlo, que lo deje. Yo le he dado mi recado. —Dio unos pasos... y luego, de repente, se detuvo—. ¡Ay, tía Basile! Tenemos que volver a ver al párroco.

—¡Otra vez! ¡Ni hablar!

—He olvidado decirle lo de la capilla...

—Conmigo no cuentas. ¡Ay! ¡Nos pones enfermos!

Bernadette estuvo considerando su problema. La discusión había recaído tan pronto en la primera parte del encargo que había omitido la segunda. Tenía que decírselo. Pero ella nunca se atrevería a ir sola. El párroco conseguía que las ideas abandonasen su cabeza. ¿Cómo era lo que había dicho la Señora?... ¡Procesión! La palabra se le había quedado grabada, pero nada alrededor: ¿una procesión? ¿varias procesiones? ¿Y había dicho el día? Antes de ir a la casa parroquial Bernadette habría jurado que no. Pero, entonces, ¿por qué el párroco había preguntado si tenía que ser el jueves? La vidente no logró aclarar el enigma al no tener noticia de la visita ni de la interpretación de las mujeres que la habían precedido.

Por suerte, el resto del encargo lo recordaba bien. Pero ¿encontraría ahora a alguien que la pudiese acompañar a la casa parroquial? Los discursos aterrados de las tías les habían quitado a los miembros de su familia las ganas de enfrentarse al párroco. Mat se negó. No veía otro recurso en el horizonte.

Entretanto, en la casa parroquial el párroco y el padre Pomian, inclinados por un momento a creer, se infundían ánimos en favor de la incredulidad. Las razones eran muchas y concordaban: después del barro y de la hierba, la absurda petición de esa mañana, la vacilación de Bernadette... y hasta su ignorancia respecto de la identidad de la aparición. Miraran a donde miraran no se aguantaba por ningún lado. La petición de Bernadette tenía, en cualquier caso, una ventaja: traía consigo una certeza... negativa, al menos en el terreno práctico.

Fue entonces cuando apareció el padre Pène, el «nuevo vicario», un poco más joven y sobre todo más entusiasta. Su hermana Jacqueline, que no se perdía una aparición, le informaba día a día. La opinión de Estrade, su vecino de rellano en la casa Cénac, le había causado honda impresión; más si cabía la propia Bernadette, a la que desde el inicio de la pasada semana habían tenido la ocasión de interrogar juntos varias veces.

Cierto que el vicario no llegaba al extremo de proclamarse «creyente», pero consideraba que el acontecimiento merecía atención y se

acaloraba fácilmente con el asunto. La prohibición de que el clero acudiese a la gruta le parecía un absurdo. ¿Cómo se podía juzgar sin ver?... Desde hacía unos días, las discusiones sobre la gruta eran cosa habitual en el presbiterio.

Si vamos, no faltará quien diga que inspiramos a Bernadette — argumentaba el párroco.

—Ese argumento no se sostiene replicó Pène—. Todo el mundo en la comarca sabe y ha podido ver que estas manifestaciones empezaron sin nosotros.

—Y aun así no tardarían en decir que nosotros las dirigimos.

—Si a los librepensadores les agrada atribuirnos un papel en este asunto, lo harán tanto si asistimos como si no... y quizá más. Verán «más cálculo». ¡Vayamos sin miedo!

—Sí. Y si la cosa aborta, ¡qué ridículo para nosotros, y qué escándalo!

—Pero, si se trata de una ilusión, ¿no sería más glorioso para nosotros y más beneficioso para la religión que seamos los primeros en proclamarlo?

—Si aquí hay algo divino, alcanzará sus fines sin nosotros replicó Peyramale.

—Por supuesto, lo divino triunfará; pero con tales argumentos, los judíos no tenían necesidad de ir a escuchar a Nuestro Señor... *Fidex ex auditu*, señor párroco. ¿Qué me dice usted de san Pablo?

—¡Ah! Usted es creyente —le cortó maliciosamente el padre Pomian.

¿Creyente? Dado el estado de incertidumbre, el padre Pène se lo tomó como una «especie de injuria».

—¡No! —replicó.

Y recordando las palabras cultas aprendidas en el seminario, para dar a su postura un lustre de ciencia y ortodoxia, añadió:

—Juzga usted sin examinar. Mi actitud expectante es más lógica que su negativa a priori.

El asunto de la visita al obispo complicó el debate.

—Ya que insiste en pretender que podemos ir a la gruta —observó días atrás el párroco—, someteré el asunto a monseñor.

—Hágalo —fue la respuesta del padre Pène—. Pero, para que pueda

juzgar con libertad, no le deje adivinar qué opinión sostiene usted.

De regreso de Tarbes, con un indefinido aire de triunfo, le pareció al padre Pène, el párroco resumió en estos términos la entrevista:

—Monseñor, entre el clero de Lourdes hay quien cree que podemos sin inconveniente asistir a las manifestaciones de la gruta; otros opinan lo contrario. Vengo a solicitarle a Su Ilustrísima una línea de conducta. ¿Podemos ir o es preciso que nos abstengamos?

La objetividad del párroco, seguro como estaba de antemano de cuál sería la respuesta del obispo, excedió su objetivo. Monseñor, a quien visiblemente el asunto no le interesaba, levantó del brazo de su sillón una mano evasiva.

—Bien... pues vayan...

—Pero, monseñor, si vamos, se dirá que somos nosotros quienes instigamos a la muchacha.

—¡Oh, pues entonces no vayan!

¡Vayan! No vayan! Ese juego rebasó la paciencia del vicario.

—Siento decírselo, señor párroco, pero monseñor al principio era de mi opinión, ¡y usted le hizo cambiar!... Por supuesto, obedeceré, pero creo que todo eso me da derecho a mantener mi opinión.

Tales eran las posturas el 2 de marzo por la mañana, a la hora en que el padre Pène entró en el salón de la casa parroquial. Había tenido noticias de algo y venía a recabar novedades después de tomar el desayuno, apenas unos instantes después de que saliera Bernadette.

Le bastó ver la expresión de Peyramale para adivinar que había en su contra algún elemento inédito.

—¿Algo nuevo? —preguntó sin más preámbulo.

—¡Ya lo creo que hay algo nuevo!

El párroco habló en tono triunfal; consideró el vicario que la poderosa personalidad de su rector era algo apabullante. Se detuvo un instante haciendo gala de la condescendencia del fuerte que quiere aplastar al débil. Seguramente había caído en sus manos algún arma nueva. Pero el padre Pène era de naturaleza intrépida.

—¿De qué se trata?

Peyramale refirió el fallo de memoria de Bernadette a propósito de la procesión del famoso jueves...

—Y bien, ¿seguirá usted creyendo? —concluyó.

—¿Y por qué no? —replicó el vicario haciéndole frente.

—¡Ah! ¡Esto es demasiado! —exclamó el deán, haciendo un violento movimiento de cabeza—. ¡Eso es creer *a pesar de todo!*

Su estallido aumentó la calma del padre Pène.

—*Salva reverentia*, señor párroco, déjeme decirle que esta contradicción de Bernadette no destruye a mis ojos la autoridad de los hechos consumados. La muchacha ha podido ser en este punto infiel a su misión. Alguna persona piadosa puede muy bien haberle sugerido que añadiera ese detalle. El demonio ha podido también inmiscuirse en el asunto y arrojar un punto negro en el cuadro. ¡Pero paciencia!, dejemos que los acontecimientos terminen de desarrollarse. Cuando haya terminado el drama, sólo entonces podremos juzgar.

La discusión continuó en un tono correcto pero animado en el que por ambas partes se fueron infiltrando sobreentendidos más o menos transparentes.

«Es usted un joven imprudente, un hombre peligroso para la autoridad de la religión —dijo a entender el párroco.

«Es usted un oportunista y sus posturas delatan su falta de coraje, lo mismo que su coquetería en relación a los librepensadores cuyas alabanzas tanto le agradan, pensaba el vicario.

La inesperada irrupción de un nuevo interlocutor, el padre Fourcade, secretario general del obispo, reanimó la discusión. Monseñor Laurence, de camino a Saint-Pé, acababa de dejarle hacia las diez y cuarto en el cruce del hospicio, a pocos pasos de la casa parroquial. Apenas tomó asiento, el visitante pidió noticias sobre la gruta. El padre Peyramale fue directo a los hechos de la mañana y tomó a esa autoridad, el íntimo del obispo, como testigo. ¡Sorpresa! Sus reacciones se revelaron sobre este punto más próximas a las del padre Pène. Sin duda estaba lejos de imaginar que en menos de seis meses sería el secretario de una comisión encargada de investigar los milagros de Lourdes. Pero ya había recibido informes favorables, y se interesaba positivamente por los acontecimientos de Massabielle. Tal vez fuera ésa la razón determinante que le había llevado a detenerse en Lourdes.

Peyramale, por un momento alcanzado por la certeza, volvía a encontrarse enfrentado a su dilema interior, y se sumergió en un pesado silencio cargado de reflexiones que el vicario interpretó como el mal hu-

mor de la humillación.

El efecto de aquella intervención no tardó en hacerse notar. Al salir de la casa parroquial, el padre Pomian convocó a la tía Basile, que acudió de inmediato. El padre se echó a reír al comprobar que, más de una hora después, aún temblaba.

—Yo no estoy tan contenta como usted, señor cura. Yo no tengo ganas de reír.

—¡Ya te veo! Aún te asusta el señor párroco.

—Bien se puede una asustar de un sacerdote que enfada tanto... La cólera de un sacerdote es una cólera santa.

Después de sondearla, el padre concluyó: —Mantén a Bernadette en casa, escóndela como mejor puedas. Y por lo demás, déjala hacer. Ya veremos el jueves qué ocurre...

Sin la visita del canónigo Fourcade, habría vacilado en dar un consejo de manera tan abierta.

La casa parroquial recibió otra visita ese mismo día: la de Jean-Baptiste Estrade. Peyramale le encontró más entusiasmado aún que a su vicario, casi profético... La vacilación de Bernadette no le parecía motivo de preocupación. ¿Quién decía que ella quisiera la procesión para el jueves? ¿No sería más bien a largo plazo? Así era al menos como él, Estrade, había entendido el asunto... Este punto quedó en suspenso en el ánimo del párroco. En la confusión del día y en la emoción de la mañana no pudo averiguar ni averiguaría nunca que lo del «jueves» había sido una mera invención de las devotas. La cuestión, para él como para Bernadette, quedó irremediabilmente enmarañada.

Estrade, que se acaloraba cuando se trataba de defender la gruta, concluyó:

«Recuerde esto, señor párroco, ¡un día usted irá con capa a Massabielle cantando *Sancta Maria* y yo seré feliz al responderle *ora pro nobis!*»

Eso es al menos lo que llegó a recordar el 5 de octubre de 1872 al ver al padre Peyramale de esa guisa. Una sola mirada bastó entonces, según parece, para comprenderse mutuamente y hacer que ambos elevaran la voz cantando las letanías. Pero el 2 de marzo de 1858 ese episodio estaba aún

lejos.

Bernadette seguía en el trance de tener que buscar a quien la acompañara a casa del señor párroco... Ya casi no le quedaba a quién recurrir. Fue entonces cuando Dominiquette Cazenave se presentó, con curiosidad por conocer las novedades.

—¿Qué te ha dicho Ella esta mañana?

—*De disé as pretres... que hassen basti aci no capero.*

—¿Y no vas a ir a darle el recado al señor cura?

—Mis padres no quieren acompañarme, ni mi madre ni mi tía. Si usted quisiera, Dominiquette.

—¡Claro que quiero!

La Providencia era quien le había enviado a esta buena muchacha cuyas habilidades no eran en absoluto mediocres. Muy pronto comprendió la situación: si vamos de buenas a primeras a la casa parroquial, no vamos a ser capaces ni siquiera de abrir la boca. Sólo conseguiremos que nos expulsen. Hay que preparar el terreno.

—Espérame ahí —le dijo a Bernadette.

Entró sonriendo en el presbiterio y como el recibimiento fue cordial, se decidió a hablar en seguida, y lo hizo con respetuosa amabilidad.

—La niña que va a la gruta necesita hablar con usted. Sus padres no se atreven a acompañarla... ¿Cuándo podría yo traérsela?

—Esta tarde, a las siete —respondió el párroco en tono desabrido.

—Por favor se lo pido, señor párroco, no la intimide. Usted la asusta, sabe...

Todo había salido bien. El terrible párroco era más fácil de amansar de lo que parecía. Quienes conocían su buen corazón nunca habían tenido problemas con él.

Además, su postura había experimentado algún cambio desde esa mañana. El juego de los sucesivos encuentros había intervenido una vez más contra su oposición oficial. Dado que el secretario general juzgaba útil informarse mejor, no podía por menos que aprovechar esta ocasión providencial. Sin embargo, Bernadette no estaba demasiado tranquila. El señor cura no era como «esos señores» de la policía del tribunal que de vez en cuando la hacían reír. No, era como si Dios se enojase hasta echar rayos

y centellas... como Moisés rompiendo las Tablas de la Ley. Tal vez era, como decía tía Basile, una santa cólera... Pero entonces no había cosa más espantosa que esas cóleras. Bernadette todavía estaba bajo la impresión de lo ocurrido. Aún creía oírle mientras recorriendo a grandes zancadas la estancia clamaba: «Quaoucaré! ¡Una señora! ¡Una procesión! ¡Vamos!» La niña hizo acopio de serenidad y valor. Lo necesitaba.

Al anochecer, Bernadette tomó el camino que llevaba al presbiterio del brazo de Dominiquette, cuya tranquila presencia le infundía seguridad. Sólo los cristales amarillos del gran y aislado edificio, el último de la izquierda, al salir de la aldea, horadaban la densidad cerrada de la noche sin luna. Nunca en su vida el corazón le había latido con tanta fuerza, y por primera vez no era capaz de ocultarlo.

—Me gustaría que el padre Serres también estuviese. El ambiente aquella noche, aunque distendido, era impresionante. En el gran salón iluminado por las candelas, estaba presente el presbiterio en pleno; cuatro sotas: el padre Peyramale y sus dos vicarios, Pène y Serres, así como el padre Pomian, capellán del hospicio, armados de preguntas y de toda su teología. El párroco ofreció asiento a la niña, casi tan impresionada por el sillón en cuestión que por el areópago que iba a interrogarla, quien la conminó a «terminar de cumplir su encargo».

—Señor cura, *Aqueró* me ha dicho: «Dígale a los sacerdotes que hagan levantar aquí una capilla.»

El padre Peyramale frunció su poblado entrecejo. ¡Vaya! ¡Entonces no bastaba con una procesión! ¡Un problema más! Bernadette sintió que se avecinaba un nuevo estallido de ira y, en su angustia, improvisó unas palabras, añadiendo algo por primera vez en su vida a los términos estrictos del mensaje.

—Una capilla... lo más pronto posible... aunque sea muy pequeña.

La niña daba pena; el párroco se había propuesto mantener la calma.

—¿Una capilla? Es lo mismo que la procesión. ¿Estas segura? — preguntó glacial.

—Sí, señor cura. ¡Estoy segura!

Sus palabras brotaron en un gran impulso de convicción.

—¿Y sigues sin saber cómo se llama?

—¡No, señor cura!

—Bien, es necesario preguntárselo.

El párroco había concluido. A continuación fueron los otros quienes le formularon sus preguntas en función de sus hipótesis favorables o contrarias. El interrogatorio tuvo lugar a medias en francés y a medias en dialecto. Bernadette, que apenas conocía unas cuantas palabras del idioma nacional, se cansaba y al cabo de pocos minutos todo empezó a embrollarse.

—¿Has oído hablar de las hadas? —preguntó el padre Pomian.

—No, señor.

—¿Has oído hablar de las brujas? —añadió otro.

—No, señor —respondió Bernadette, siempre en dialecto.

—Eso no es creíble —observó en francés el sacerdote—; todo el mundo en Lourdes ha oído hablar poco o mucho de brujas.

—Padre —terció Dominiquette—, Bernadette no le entiende. Háblele de *brouchs* y no de *sourciéros*. Esa palabra no quiere decir nada en el dialecto de Lourdes.

El padre Pène también recurrió a sus escasas nociones de dialecto. Lo que le interesaba era el mensaje de la aparición.

—*Qu'aaou sounne las paraoules qué la dame t'a dit?* (¿Qué palabras te ha dicho la señora?)

Bernadette enarcó las cejas asombrada:

—*N'ou aiou pas nado paraou aquiou.* (No hay ninguna artesa ahí.)

—¡Cómo que no hay palabras! ¡Y la capilla! ¡Y la procesión!

Dominiquette intervino una vez más.

—Padre, Bernadette no le entiende. En Lourdes decimos *parolos* y no *paroulous* como en su valle. Bernadette ha entendido que hablaba de *paraou*, que quiere decir artesa. Señor párroco, déjela ya.

—Sí, es suficiente.

Dominiquette conservó un recuerdo encantador del regreso. La «pequeña» trotaba a su lado con la satisfacción del deber cumplido.

Me cogió del brazo y me dijo:

—*Estoy muy contenta. ¡He cumplido el encargo!*

Yo le dije:

—*Hay que preguntarle el nombre a la Señora.*

—*Sí, si me acuerdo.*

Bernadette estaba preocupada; sabía por experiencia que cuando veía a la aparición olvidaba todo lo demás y las preguntas que había preparado con antelación huían de su memoria. ¿Conseguiría acordarse esta vez?

—No levantarán la capilla si nadie sabe su nombre —insistió Dominiquette.

Entre los funcionarios

En la administración, lo mismo que en la casa parroquial, el día estuvo dominado por una intensa reflexión. Las rutinas que conformaban el ritmo habitual se vieron perturbadas por el fenómeno extraordinario que hacía estragos en Lourdes. Era la gente que pasaba la noche en vela, la gente que oraba durante la noche; era la chiquilla de los bajos fondos que se había convertido en el punto de mira, ¡era el mundo al revés! Era una subversión del orden establecido, tanto más alarmante cuanto no contrariaba directamente ley alguna. Los reflejos funcionaban según las costumbres y los reglamentos eran en principio buenos para cualquier situación. Los organismos responsables intentaban tejer su tela como una honesta araña perdida en el paso de un enjambre de avispas: para nada. Bernadette se les escapaba; la efervescencia iba en aumento, lo mismo que la afluencia a la gruta. Al igual que dos años atrás, cuando la hambruna; al igual que hacía tres años, cuando el cólera, la administración estaba en estado de crisis, reducida a la única solución que queda en casos desesperados: pensar.

Aquel 2 de marzo, a media mañana, el comisario de policía de Lourdes daba el último toque al informe que había iniciado el día anterior en el que resumía con cierta insolencia las apariciones de los cinco últimos días. A su entender sólo cabían dos hipótesis:

O bien la niña está interpretando una pantomima... o bien está aquejada de una alucinación.

En un caso como en el otro se imponía una acción enérgica: el castigo o el desengaño. El comisario añadió al final:

El señor alcalde y el señor procurador imperial han decidido (¡por el contrario!) que era conveniente esperar.

Cometían un error, daba a entender con medias palabras:

Se diga lo que se diga, el jueves próximo, decimoquinto día, no habremos adelantado más, y estoy convencido de antemano de que la visionaria continuará sus ejercicios al día siguiente; ahora bien, el orden público exige que esas reuniones a hora fija cesen cuanto antes.

En su puesto en Argelès, el teniente de gendarmería Bourriot estaba perplejo. La subprefectura acababa de comunicarle que debía prever un servicio de orden para el jueves 4 de marzo. No le hizo mucha gracia... Mordisqueando su bigote masculló:

«Yo no soy bastante teólogo como para me...terme ahí dentro.»

Redactó una orden dirigida al sargento de caballería de Lourdes: el joven D'Angla estaba capacitado; se encontraba ya en la lista para ascender a oficial. Era hora de que demostrara su celo. Le convendría mucho más ocuparse de todo ese asunto... no a un perro viejo como él. Bourriot estuvo tramando una nota que pudiera dispensarle en lo posible de acudir.

Pondré a su disposición a dos hombres de Argelès, dos de Saint-Pé y al sargento Corrège. Se encargará usted de tener un caballo ensillado y a un hombre que, a la primera señal, pueda salir como ordenanza...

Terminó con satisfacción:

... hacia Tarbes.

Y continuó:

Yo estaré en Aucun con el subprefecto para el sorteo.

Por una vez, bienaventurado sorteo... afortunada coartada. Argelès estaba a tres buenas leguas de Lourdes. Aucun a dos leguas y media más allá, en plena montaña. Tarbes estaba a una legua menos. Si el asunto se ponía difícil, acudirían lo más pronto posible a Tarbes, y el capitán Renault se las compondría. Bourriot concluyó con seguridad:

Avíseme para la ocasión.

El subprefecto de Argelès, Duboé, también estaba preocupado. Cuando por la mañana del 26 de febrero recibió el primer informe de Jacomet, se encogió de hombros: «El buen sentido público no tardará en hacer justicia ante tales pamplinas», pensó. Al recibir por la mañana la primicia del segundo informe, dio un brinco ante la cifra de 1300 personas y, sobre todo, ante el número de las que debían prever para el jueves día 4, día de mercado. Él era la persona a la que acababa de dar aviso el teniente

Bourriot. Al mismo tiempo despachó por correo especial un informe dirigido al prefecto Y una nota para el procurador de Lourdes, Dutour. Le anunciaba su visita para esa tarde, entre las seis y media y las siete.

¿Cuál era su tesis? Se hacía eco de la de Jacomet, con una pizca más de desdén: «Atajar esta lamentable causa de agitación.»

Pero el tono tajante de esta decisión menguaría un poco después de la entrevista de la tarde. El alcalde Lacadé también participó. En esta ocasión, como en otras, su ingenuidad afable dominó el juego sin que lo pareciera y su optimismo dilatorio acabó prevaleciendo. ¿Cortar por lo sano?

¿Cómo, si no existía delito, es decir, cualquier medio de causar daño? ¿Y de qué serviría, puesto que esta llama iba a propagarse por sí sola después de la famosa quincena, es decir en menos de cuarenta y ocho horas? En semejante coyuntura, provocar la irritación de una población tranquila, aunque quisquillosa, ¿no significaría cometer el peor de los errores? Un servicio de orden, sí; por supuesto que hacía falta un servicio de orden.

Fue el único punto sobre el que la discusión dio un resultado positivo. El procurador veía todas las dificultades con los tintes más sombríos. El lugar estaba situado de la peor manera para dar cabida a semejante aglomeración: de un lado, una pendiente abrupta; del otro, el torrente; no había más acceso que un estrecho sendero: un movimiento de gente y allí podría producirse un grave accidente. Se sumaba a eso la imposibilidad de llevar socorro. Las multitudes no eran tarea de Dutour y le tenían preocupado. La pequeña revuelta del otro día bajo sus ventanas le había instruido sobre la susceptibilidad de los vecinos. ¿Obedecerían al servicio de orden... sobre todo si eran muchos? ¿Y qué cifra debía prever, con el «tiempo espléndido» que iba a favorecer una gran afluencia? ¡Dieciocho mil personas, cuando no veinte mil o veinticinco mil! Cuando un grupo de gente se pone en movimiento, ¡ya no hay previsión que valga!

Al alcalde se le pidió que reclutara a los militares del castillo; y el subprefecto tendría ocasión de ver a su regreso al teniente Bourriot, a quien debía transmitírsele la orden de incrementar los refuerzos de gendarmería previstos.

Como se trataba de un asunto que afectaba a la religión, era conveniente ponerse en contacto con la autoridad local en la materia. El subprefecto y el prono radar, acompañados por el alcalde, por supuesto, se

dirigieron a la casa parroquia], de donde Bernadette acababa de salir. El acuerdo fue completo.

«No solamente esas medidas son oportunas sino además indispensables», aprobó el deán.

Recordó la extrema reserva que había adoptado como regla y que también había impuesto a sus vicarios. Fue alabada su prudencia, que estaba por encima de todos los elogios. Con su gracia inimitable, relató los nuevos incidentes del día, incluida la petición de la capilla. Se despidieron, congratulándose por ambas partes, en un clima amistoso y hasta caluroso...

Peyramale comprendió claramente que su reserva (sobre la cual el vicario Pène por poco le habría hecho sentir escrúpulo) era la única actitud posible. ¿Qué frutos habría podido dar, sin ella, la entrevista que acababa de terminar tan felizmente?

MIÉRCOLES, 3 DE MARZO DE 1858

DECIMOTERCERA APARICIÓN

3 de marzo, tres de la madrugada. En Anglès, a siete kilómetros de Lourdes, hacía rato que las luces estaban encendidas en casa del maestro Monlaur. Sin embargo, no eran ésas sus horas habituales. Salió de su habitación confortablemente abrigado. ¿Adónde quieren que vaya? A la gruta, por supuesto. Su hija Adelaïde había ido dos días atrás y a la vuelta se declaró maravillada. Él decidió entonces ir el jueves. Un pensamiento, sin embargo, se le impuso en su insomnio: el 4 de marzo, el último día, era día de gran mercado en Lourdes; habría un gentío imposible. Esa mañana, por el contrario, habría sin duda poca gente y tendría la oportunidad de verlo todo sin estorbos.

«Voy a ir hoy», le anunció a su hija Adelaïde, extrañada de oírle trajinar tan temprano.

La joven se levantó para repetirle sus recomendaciones.

«Lo ha entendido bien. Cuando llegue abajo del sendero, coja a la izquierda y colóquese detrás de la roca más grande, frente a la gruta. Allí es donde Bernadette se instala. Y si le empujan cuando ella llegue, usted como si no viera ni oyera nada, se apoya bien en la roca y así no habrá manera de que le desplacen hacia adelante.»

En el camino

Por encima de la estrecha carretera, las estrellas irradiaban un frío intenso y seco. Un círculo de luna en el ocaso blanqueaba suavemente el camino y el paisaje. Era agradable caminar en la soledad de una noche tan hermosa. Pero, a medida que se acercaba a Lourdes, Monlaur se veía más y más sorprendido. En la bajada del sendero que desembocaba en la carretera de Bagnères, le llegó el rumor de pasos y voces dispersas: más numerosos en Lourdes. Después de la puerta de Baous era casi una procesión. Y sin embargo aún estaban lejos de ser las cinco de la mañana. En la gruta, ni pensar en acercarse al famoso peñasco ni tampoco ver y

examinar la topografía de tan singular espacio. Sólo se veía una masa negra de sombreros, capuchas y capuchones; y en cuanto se salía de allí los pies se hundían en el agua... Los más intrépidos, que querían conseguir a cualquier precio un lugar, chapoteaban. Intentaban reunirse con un grupo al que se podía ver en medio de las aguas, sobre la lengüeta de tierra donde Bernadette estaba el día de la primera aparición. Un poco más abajo, algunos grupos que venían del lado de Saint-Pé cruzaron el torrente para llegar antes sin dar un rodeo por Lourdes. Otros pasaban en sentido contrario hacia la otra orilla, el único medio que quedaba para situarse *enfrente* de la gruta.

La improvisada velada empezó con recogimiento. A las dos de la madrugada llegó un grupo de ocho a diez personas procedentes de Ossen, con el rosario en la mano. Consiguieron encontrar un sitio sin obstáculos. El clima de oración que reinaba entre los primeros que llegaron, ya numerosos, se confirmó aunque no tardó en degradarse. Personas incómodas por el exceso de afluencia, o que merodeaban en busca de un sitio, algunos curiosos que se habían presentado en son de burla, y descontentos de toda suerte, fueron ahogando paulatinamente el murmullo discreto de la plegaría y ya sólo podía oírse un barullo confuso salpicado de gritos.

Hacia las seis, la luz del sol empezó a revelar el motivo de la agitación: el número de los presentes doblaba el del día anterior. Había tres o cuatro mil personas, llegadas de más de veinte kilómetros a la redonda. El flujo de gente se dejaba oír desde lejos y, por primera vez, desde la otra orilla del torrente. Habían ascendido al asalto de las menores aristas, a las que la gente estaba aferrada en las posturas más increíbles... El amontonamiento era indescriptible.

La decepción

Cuando a las siete, ya de día, Bernadette llegó con su capucha blanca, acompañada por su madre y su tía, resultaba extremadamente difícil abrirle paso entre la masa compacta. Su cirio se rompió. No se le había podido reservar el espacio de costumbre. Tuvo dificultades para ponerse de rodillas y su campo visual en dirección a la hornacina tampoco estaba despejado. Un empujón de buena voluntad lo despejó y al fin se impuso la calma, y hasta el silencio... Pero a falta de espacio donde arrodillarse hubo que permanecer de pie, y casi nadie vio a Bernadette excepto algunos privilegiados.

Entre éstos se contaba Françoise Junca, de Ossen, encaramada desde las dos de la madrugada a una roca, del lado de la hornacina. La dejó asombrada la «apariencia pobre» de la pequeña a la que todo el mundo seguía. Françoise esperó impaciente el relámpago de transparencia, la sonrisa anunciadora del éxtasis que había suscitado comentarios tan maravillosos. Nada... nada más que una creciente tristeza a medida que iban pasando las cuentas del rosario.

La capucha blanca no tardó en incorporarse. Los que la observaban vieron el rostro de una niña con «los ojos llenos de lágrimas», sin nada de extático en ellos. El rostro de una niña dominada por un gran pesar. Se retiró, acompañada por su madre, que también lloraba, y sin que nadie se atreviese a hacerle ninguna pregunta.

Sólo los más próximos habían visto suficiente para entender y muchos se retiraron sin saber qué había ocurrido. Monlaur regresó a Anglès persuadido de que la aparición se había producido como de costumbre.

Sin embargo, aquí y allá empezó a circular un rumor.

«Bernadette no ha visto nada esta mañana.»

La noticia decepcionó a unos, instruyó a otros, deformándose a medida que se propagaba, cargada de explicaciones divergentes.

«Bernadette ha dicho que no se le ha aparecido la Virgen porque había demasiada gente.»

«No, ha sido porque le han roto el cirio. Ha notado un movimiento.»

«No era posible que la Virgen se le apareciese hoy, con tanto alboroto y tanto empujón», aseguró Rosine Cazenave, tan sorprendida de la manera que se había roto el recogimiento como si se hubiese producido en la iglesia.»

«Laborde, el mesonero —susurraban otros—, decía "majaderías" en la gruta y ha estado haciendo "guarradas".»

Días después alguien añadió:

«Buen castigo tuvo: toda la noche con diarrea. Lo sé por su mujer; ya no se le ve tan orgulloso. Ha pedido perdón.»

Algunos estaban impresionados. Al día siguiente les esperaba milagro o castigo: era la alternativa que progresivamente calaba en las mentes. La ausencia de aquella mañana —¡mala señal!— inclinaba el astil de la balanza del lado malo.

¿Y si la Señora se había enojado porque el párroco le había denegado la procesión?

Durante el día circuló otro rumor.

«Bernadette va a volver a la gruta a las dos.»

«No, ya ha vuelto. Y ha visto.»

La aparición aplazada

¿Qué había ocurrido exactamente? Sigamos a Bernadette para averiguado. Tras abandonar la gruta, remontó el sendero en silencio. La gente empezó a rodearla y a hacerle preguntas y también a consolarla... Las Nicolau la llevaron al molino de Savy para que pudiese descansar. Era la tercera vez que se detenía allí desde el inicio de la quincena, siempre por un nuevo contratiempo. Louise Soubirous también estaba en el molino, no menos afectada que su hija y desfallecida, tanto por la precaria alimentación como por la emoción. Con frecuencia, al levantarse la cabeza le daba vueltas... Sentada, la cosa iba mejor.

Algunas «amigas» se colaron en el molino y empezaron a consolar a Bernadette, que prefería el silencio. «Vuelve, pequeña. A lo mejor la ves...»

«Hay demasiada gente —objetó Sajous. En tono confidencial añadió—: Ven a comer y luego, si quieres volver, iremos por el camino al pie del fuerte, para que no nos sigan.»

La hora de la escuela interrumpió la conversación. Bernadette se aplicó a las tareas escolares, que la rehuían. Al salir, sintió con una mezcla de esperanza e inquietud una llamada interior que reconoció sin esfuerzo como la llamada de *Aqueró*. ¿Ocurriría como el triste lunes de la primera semana de cuaresma? Discretamente, acompañada por su tía, que envió rápidamente a dos vecinas a por un cirio, y del tío Sajous, salió hacia la gruta por el barrio de los molinos y el sendero que transcurría bajo el fuerte.

¡Qué alegría! Cuando llegó, la «señorita» de luz estaba allí, sonriente, esperándola. Sería breve, pero muy grato.

Aún quedaban más de cien personas en la gruta. Entre ellos, Miqueu, un labrador que estaba comiéndose su cazuela de pan y sardinas obligada por la abstinencia del miércoles de cuaresma. Otros pudieron llegar a tiempo, como Dominiquette Cazenave. Todo transcurrió en medio de una gran quietud.

Luego, Bernadette se vio envuelta en el bullicio de preguntas que todos querían hacerle. El tío Sajous, que había sacrificado su jornada para conducirla y protegerla, la acompañó a casa de Ida Ribettes, luego a casa de la señora Prat, la mujer del escribano.

Bernadette tenía también una respuesta que dar al señor cura párroco. Pero éste no estaba en casa. Volvería de noche...

Peyramale en Tarbes

El padre Peyramale salió hacia Tarbes por la mañana. Entre otras visitas, fue a ver a su buen amigo el padre Ribes, director del gran seminario, contento de poder hablar con él a corazón abierto de tantas cosas como debía tratar siempre oficialmente, de fachada, con la preocupación constante de una parroquia a la que no se podía arrastrar a la aventura, y de las consecuencias que sus menores palabras, sus menores actos podían tener en tan insólita situación. Allí se liberó de toda una carga atrasada de reflexiones solitarias. Y el padre Pène, que le tenía por el primer oponente, se habría sentido muy sorprendido de haber oído las frases que pronunció entonces.

Ribes era un hombre que sabía escuchar; su misma atención facilitaba la confidencia. Pero esa atención se iba matizando interiormente de asombro conforme avanzaba la entrevista. Sin darse cuenta, el padre se acaloraba y hablaba con pasión. El Peyramale «creyente» se liberaba del yugo del Peyramale escéptico; se expresaba de forma animada y con facilidad.

«El interés —argumentó— no es lo que guía a Bernadette ni a sus padres. En varias ocasiones han querido ofrecerles dinero y siempre lo han rechazado con indignación. Y sin embargo viven en una gran miseria. — En voz baja añadió—: Anoche hice que les dejaran pan y leña delante de su puerta...»

El asombro del canónigo Ribes iba en aumento. Qué gran corazón tenía el excelente Peyramale, ¡pero qué imprudencia! He ahí la clase de gente cuyo mérito y reputación se sostiene principalmente en su desinterés. ¿No significaría comprometerles y corromperles el acudir a prestarles socorro con tanta precipitación? Pero el hilo del discurso de Peyramale no se prestaba a ninguna interrupción. Estaba fascinado por su proyecto...

Interesado aunque estupefacto, el canónigo Ribes se preguntaba cómo comunicarle su escepticismo sin mostrar dureza. En el momento de

la despedida se limitó a decir en un tono de amable ironía:

«En todo esto, señor párroco, lo que más me admira es su entusiasmo.»

Pronunció tales palabras con demasiada amabilidad y vio marchar a su colega con la impresión de que se trataba de un cumplido. Pero en el viaje de regreso, Peyramale, con su entusiasmo rebajado y de nuevo frente a sus dudas, se dijo: «El bueno de Ribes no cree en lo que le he contado y ha debido de tomarme por un exaltado.»

Al acercarse a Lourdes vio la carretera transitada por una afluencia desacostumbrada incluso en vísperas de un día de mercado. Había coches que no eran los propios de los vendedores: carretas de campesinos y de burgueses, berlinas y también peatones. En la ciudad, los hoteles de Lourdes se habían quedado sin habitaciones y se negaban a aceptar a más gente. Las casas particulares estaban a rebosar de huéspedes. De todos los graneros se sacaron colchones y ropa de cama. Siluetas desconocidas recorrían las calles en busca de albergue. La animación era extraordinaria. ¿Qué les reservaba el día siguiente? «Hay que vivir para verlo», murmuró para sí Peyramale, según un aforismo que solía pronunciar en casos como aquél.

«Hacer que florezca el rosal»

Poco después de su regreso, recibió la que era la tercera visita de Bernadette desde la mañana del martes.

—Señor cura, la Señora sigue pidiendo la capilla.

—¿Le has preguntado cómo se llama?

—Sí, pero sólo ha sonreído.

—¡Se está burlando de ti bonitamente!

De regreso de un viaje que le había liberado (del hervidero de sus preocupaciones), en el umbral de un mañana lleno de esperanzas, el padre Peyramale se sentía conmovido, pero era la suya una emoción tranquila y casi sonriente. Se le ocurrió que debía pedir un indicio.

—¡Bueno, pues si quiere la capilla, que diga su nombre y que haga florecer el rosal de la gruta! —Y al recordar divertido la restricción que la atemorizada Bernadette le hiciera, añadió—: Si dice su nombre y si hace florecer el rosal, le construiremos la capilla, y no será una «capilla muy pequeña», no, será muy grande.

En casa de «Rotchil»

Al salir de la casa parroquial, Dominique Cazenave, que acompañaba a Bernadette, observó:

«¿Habéis comido ya tú y tu familia?»

Sí, debido al tardío regreso del párroco, Bernadette había faltado a la cena con su familia. Dominique se la llevó entonces por las tortuosas escaleras de la calle des Espénettes. Comería con todos los demás el bacalao de cuaresma, tan salado que ardía en la boca.

Cuando empezaban a cenar, escucharon muy cerca, por la plaza del Champ-Commun, una rodadura familiar: regresaba Jean-Marie Cazenave, también llamado «Ganço» y «Rotchil». «Ganço» era el nombre de la casa donde vivían él y sus hermanas; «Rotchil» era el apodo que le valía su posición.

Era propietario de una «gran diligencia» que prestaba servicio entre Bagnères y Cauterets, con seis magníficos caballos de posta. En la ciudad los llamaban los «ferrocarriles» y Jean-Marie solía conducirlos a una velocidad endiablada por las calles de Lourdes.

A las siete de la mañana, Jean-Marie Cazenave estaba en la gruta. Era el día en que no había habido visión. Y esta circunstancia en vez de defraudarle había, paradójicamente, barrido su escepticismo. Durante el trayecto hasta Bagnères, adonde había llevado al recaudador, estuvo reflexionando largamente. Y un pensamiento dominó a los demás.

«Si se lo estuviese inventando, la niña nos habría dicho que hoy había visto algo igual que los demás días.»

Regresó con la diligencia a rebosar. Dominique bajó la calle des Espénettes para contarle que la aparición se había dejado ver después y que tenía a Bernadette en su casa. Jean-Marie dejó la fusta en la posta, subió la callejuela y le preguntó de sopetón:

—¿La has visto?

Bernadette se quedó parada con el tenedor en la mano.

—Sí, la he visto.

Jean-Marie estaba ante ella, bien plantado sobre sus piernas, con la fuerza de sus treinta años y la confianza en sí mismo del hombre acostumbrado a gobernar a los caballos, a los viajeros y a los cocheros torpes que le obstaculizaban el paso; Bernadette se quedó mirando al joven Cazenave, al que le obedecía incluso François Soubirous. «Éste será más

capaz que las tías de ayudar a abrir un camino en medio del barullo del último día», pensó la muchacha.

—Ganço —le preguntó—: ¿quiere acompañarme mañana?

Ganço aceptó.

La prima Jeanne

En ese momento Soubrious acudió a recoger a su hija. La tía y la prima Védère acababan de llegar para asistir a la aparición, pero también por el fallecimiento de la tía Jeanne Soubrious, que se había producido a las cinco de la madrugada. Bernadette salió de inmediato. Quería mucho y admiraba a su prima mayor, tan sabia, que daba clases en Momères, como las religiosas del hospicio. Además era la hermana de su padrino, Jean-Marie Védère, que había ascendido de grado en el ejército: ahora, en Lyon, estaba en el quinto de cazadores con un bonito galón de sargento de caballería... mejor que ser un desconocido. Las primeras palabras de Bernadette fueron para interesarse por él.

—¿Cómo está mi padrino?

—Está bien, pero sigue sin escribir mucho. Pusieron algo de paja en el suelo del calabozo, pues esa noche Jeanne Védère y algunas otras personas quedarían a dormir. No había suficientes camas. En todas partes se respiraba un curioso ambiente de fiesta, de mercado, de espera, que dejó sobre Lourdes grandes esperanzas y grandes inquietudes, alterando el equilibrio de la pequeña y pacífica población. Soplaban el viento de lo maravilloso; milagro o castigos... los rumores continuaban desplegándose entre las dos ramas de esta alternativa.

Desde que llegó al calabozo, Jeanne se vio sorprendida por la cantidad de personas reunidas alrededor de un habitáculo en el que reinaba tan impresionante pobreza. Todos esperaban a que regresara Bernadette. Un grupo de mujeres hipócritas y muy envaradas les hacían dramáticas advertencias a los Soubrious.

«No dejen que su hija vaya a la gruta. Le ocurrirá algo grave.»

Se expresaban en términos trágicos y nebulosos.

«Bernadette "morirá" o "algo se la llevará".»

¿Cómo? ¿Se referían a la dama de la roca, que iba a raptar a Bernadette, o bien eran las potencias infernales las que iban a llevársela por las misteriosas cavidades de la gruta? No estaba claro. ¡Y con razón!

Louise estaba de lo más preocupada. Pero a Bernadette todo eso le sonaba a tonterías. Además se estaba haciendo tarde y era hora de que las forasteras comprendieran que había llegado el momento de ir a dormir. Las mujeres lo comprendieron y se marcharon.

Jeanne pudo entonces hablar con tranquilidad con su prima. Todos los que acababan de irse hablaban de la ausencia de la mañana. Le preocupaba.

—Puede que mañana tampoco la veas.

—No la he visto esta mañana, pero la he visto luego durante el día.

—¿Y por qué no la has visto primero?

Comentaron lo ocurrido. Por la mañana, Bernadette temía haber cometido algún error, pero ahora creía que se debía a que la gente no se había comportado bien dentro de la gruta.

Luego la familia ofreció a la invitada algo de comer. Antes de acostarse se manifestó una última inquietud. ¡Hacía ocho días que esperaba que llegara este jueves! ¡Había deseado tanto estar junto a su prima en el gran día! Con tantos miles de personas como iban a congregarse en Massabielle, iba a ser imposible ver cumplido su deseo. Bernadette se quedó unos segundos pensativa y dijo con firmeza:

—Tranquila, estarás en la gruta.

Con esta confianza, apagaron la tea de resina. El silencio y el sueño invadieron el calabozo.

Entre los funcionarios

Dentro del marco más noble de sus lechos con baldaquino, los altos funcionarios se pusieron el gorro de dormir con la conciencia satisfecha por el deber cumplido. En medio de sus monótonas costumbres, ése había sido un día duro cargado de responsabilidades, cuyo balance de resultados elaboraron en su imaginación. ¡Y lo de hoy no era nada!

El día 2 de marzo por la tarde, el subprefecto regresó bastante tarde a Argelès... Por la mañana avisó al teniente Bourriot de cuáles habían sido las decisiones que había tomado. La nota del día anterior le parecía insuficiente. El teniente redactó otra, de manera meticulosa y de mal humor. Pero esta vez lo puso todo, con una pizca de exageración: el horario, el uniforme, la comida de los hombres, por turno, en lo posible y, lo más importante, la limpieza de los caballos, que debía realizarse a horas

fijas: «a mediodía y a las tres...» Seguían consejos más sensatos, aquello que uno suele olvidar y que termina jugándonos malas pasadas. Por lo cual insistía:

Recomiende a sus hombres mucha calma, y mantenga cerca de usted a los menos dotados de esta cualidad...

Mentalmente inspeccionó el pelotón. Se fijó en el rostro sanguíneo y en las orejas con forma de abanico del gendarme Courrèges. Escribió su apellido entre paréntesis al final de un aparte. Se encogió de hombros al recordar la última de «ese animal» y masculló:

«¡Diablo de Courrèges!»

Todo el asunto era un fastidio. ¿Qué pintaba ahí la gendarmería? Sería más bien competencia de los curas ocuparse del servicio del orden de sus hijos de María. Y entretanto ellos esperarían calentitos dentro de su casa parroquial. Y si ocurría cualquier calamidad, ¿quién pagaba el pato? La gendarmería. Al final del informe añadió una nueva advertencia:

No se hagan notar demasiado. Por lo que se refiere al milagro, dejen que actúe la autoridad: alcalde, comisario de policía, procurador imperial, juez de paz. Es asunto de ellos. El nuestro es mantener la circulación libre y el orden.

El teniente Bourriot se detuvo insatisfecho. ¿Comprendería lo que quería decir?

Lo demás no nos incumbe. Transmita estas recomendaciones a sus hombres.

Después de tantas explicaciones, se podían tomar las medidas previstas en caso que se produjera un tumulto. Era el reglamento.

Prescribir a todo el mundo coger el mosquetón...

Mosquetón... el mosquetón... en medio de tanta gente sería poco manejable. Añadió:

...y llevar una pistola guardada en el bolsillo. Las armas estarán cargadas.

La idea de fondo en semejantes casos era impresionar para no tener que llegar a usarlas. En consecuencia, calma, disciplina, prestigio. Terminó

de pulir sus últimas descripciones.

El uniforme será el reglamentario, como estando en armas y no de servicio en la ciudad. Haga que lleven puestos los barboquejos y someta a inspección a sus hombres antes de partir. Llevarán en todo momento los guantes puestos. ¡Ocúpese de que se haga así!

En Pau, el procurador general apuntaba más alto. Aquel mismo día escribió:

Señor ministro de Justicia:

Acabo de dar cuenta a Su Excelencia de un hecho que no ofrece a mi entender, al menos hasta este instante, un carácter delictivo, pero por la agitación que está causando en el distrito de Lourdes e incluso más lejos, merece que lo ponga en su conocimiento. Se trata de la aparición de la Virgen a una humilde niña de Lourdes, de trece años, llamada Bernadette Soubirous...

El caso Bernadette llegaría esa noche a París en sobre cerrado al Ministerio de Justicia.

En Tarbes, a media tarde, el prefecto recibía el informe del comisario. Los tres puntos clave, que Jacomet había destacado hábilmente, saltaban a la vista.

Cuatro mil personas... esta mañana... ¿Qué ocurrirá mañana, día de mercado y decimoquinto día?... El señor alcalde ha decidido que no era preciso intervenir.

¡De verdad que ese Lacadé! El prefecto le respondió de inmediato por telegrama: el primero sobre el caso de la gruta, que llegó a Lourdes a las siete. Lacadé acababa de transmitir sus instrucciones a los agentes municipales, y de enviar una nota al comandante del fuerte de Lourdes para requisar la tropa. Leyó tranquilamente el mensaje. Todo lo que había previsto el prefecto ya estaba hecho hacía veinticuatro horas, excepto un punto: la vigilancia e inspección nocturna de Massabielle. El barón Massy parecía temer que alguien ocultase en el interior de la gruta algún artilugio o fuegos artificiales capaces de provocar la desbandada de la multitud. Creía que la presencia de los agentes de la autoridad era la mejor forma de neutralizar los perturbadores esfuerzos de la noche y del misticismo. Así se haría.

Todo estaba ya preparado, archipreparado incluso. El alcalde se

durmió con la conciencia tranquila del deber cumplido.

Velando las armas

Entretanto, los funcionarios de los escalafones inferiores no daban más de sí. A las once de la noche, el comisario de policía se dirigió a Massabielle acompañado por cuatro agentes. Su buen amigo el sargento de caballería D'Angla ya estaba allí: aquella noche no dormiría.

El primer motivo de asombro fue descubrir a personas que «esperaban». ¡Ya!

Pasearon sus linternas para averiguar si existía alguna forma o algún reflejo, susceptible de explicar las apariciones. Levantaron una escalera que habían recogido en Espéluges y se encaramaron hasta la hornacina: no encontraron ningún artilugio escondido en su interior. Al azar recogieron todo lo que encontraron: «Cinco monedas de cinco céntimos y un ramo compuesto por hojas de laurel y dos capullos de rosa?» (¿dónde habían podido recogerlos? ¡y en esta estación!) que habían sido arrojados allá arriba... Por último, «un viejo rosario, a medias desmontado». Era un botín si interés, excepto quizá esas rosas que habrían hecho realidad un milagro, ya que se hablaba de un rosal que debía florecer.

El comisario, después de realizar el inventario, cuando ya lo habían hecho el alcalde y el procurador, fue a tomarse un buen y ganado reposo, mientras que los tres agentes del último escalafón se quedaban allí, con el secretario Joanas, en medio de una muchedumbre que iba en aumento conforme pasaba el tiempo.

La noche era hermosa y fresca. La luna se elevaba oblicuamente por el horizonte. El torrente murmuraba removiendo el ínfimo centelleo de las estrellas.

JUEVES, 4 DE MARZO DE 1858

DECIMOQUINTA APARICIÓN

La noche del comisario fue corta. El 4 de marzo cinco de la mañana (él escribiría «cuatro» en su informe), se encontraba de nuevo en la gruta con Capdevielle, adjunto, delegado en el lugar por el alcalde. Realizaron una segunda inspección sin más resultado que la noche anterior. Esperaron entonces la llegada de Bernadette. La aglomeración, ya considerable, aumentaba en la oscuridad, suavizada por una media luna en su ocaso

En pie de guerra

Seis de la mañana. Cuando clareaba, los militares del fuerte se concentraron delante de la alcaldía. Por su parte, las brigadas de Saint-Pé (a diez kilómetros) y de Argelès (a quince kilómetros) se habían dado cita ante la gendarmería de Lourdes. Los dos sargentos de caballería, D'Angla y Corrège, se pusieron de acuerdo. El primero ostentaría el mando. Leyó y comentó el dispositivo previsto por el teniente Bourriot.

Establecer un control en la carretera... Los que se dirijan a la gruta pasarán por la izquierda de la carretera y los que vuelvan por la derecha.

La antigua puerta de Baous, que nunca había canalizado a tanta gente, sería el punto de partida del dispositivo; luego, el Pont-Vieux, cubierto de hiedra, donde estaría apostado el gendarme Bernard Pays, de Lourdes; por último, el terrible despeñadero, el único lugar donde el paso era viable entre el camino del bosque y la gruta. Se había previsto un cordón de quince hombres. Con el refuerzo y la tropa podrían incluir bastantes más y guardar una reserva. Eran las seis y media. La corriente circulaba con tranquilidad, bajo la vigilancia del sargento, que se movía de un lado a otro, glorioso, recomendando a todos prudencia.

Frente a esta muchedumbre, el cielo que clareaba recortaba como una sombra chinesca la masa negra del castillo, donde las ventanas horadaban pequeños cuadrados de luz muy pálida. A medida que pasaban los

minutos, una gloria dorada iba aureolando el viejo fuerte. Enorme, recostado sobre su gran peñasco como un buey hierático protector de la ciudad parecía contemplar con estupor una afluencia como no había vuelto a ver desde las hordas árabes, un recuerdo perdido en la noche de los tiempos.

En ese día decisivo en los anales de la ciudad, el alcalde fue por instinto a buscar refugio en la ciudadela... ¿Regreso a los orígenes? Mejor, un modo de ver sin ser visto. Se hizo acompañar por Dominique Auzous, el zapatero, que trabajaba ocasionalmente como auxiliar en el ayuntamiento.

A medida que se iba levantando el día, contemplaba con mayor facilidad un espectáculo que podía considerar, en cierta medida, obra suya: el orden, la tranquilidad. No se oía grito alguno ni entre la multitud ni entre el servicio del orden cuyos uniformes ponían aquí y allá una brillante nota de color. A la izquierda, en el camino del bosque, la multitud fluía hacia la gruta, sosegada como el torrente, y en su misma dirección. Con todo, cerca de las siete se dibujó una corriente contraria, con algunos remolinos y atascos. El alcalde no tardó en comprender qué ocurría: las proximidades de la gruta estaban intransitables y la gente retrocedía por el Pont-Vieux para alcanzar la orilla derecha. El sol empezaba a iluminar esa orilla. Con majestuoso resplandor en unos minutos barrió la oscuridad del valle desde el horizonte iluminado hacía ya largo rato hasta el prado de la Ribère situado enfrente de Massabielle. El sol iluminaba una abigarrada multitud: capuchas blancas, rojas... Desde lo alto de la ciudadela glorificada por el sol levante el alcalde se sintió bañado en una discreta felicidad. Tenía bajo su mirada a siete mil de sus administrados (¡o quizá ocho mil!). Para un día como ése, significaba la seguridad de un mercado sin precedentes. Para la jornada siguiente, confusas promesas de seguridad, más radiantes por ser todavía imprecisas. La gente hablaba de una fuente maravillosa, hablaba de curaciones. Sobre la desheredada grupa de Massabielle, insuficiente pastizal del rebaño de cerdos de la comuna, Lacadé creía ver cómo se levantaban (¿quién sabía?) hoteles, un establecimiento termal y, cada verano, una afluencia semejante a la que acudía a Cauterets o a Bagnères. Poco después, al redactar el informe dirigido al prefecto, no podría dejar de traslucir un asomo de sus dorados sueños:

Éste es un lugar pintoresco, y presumo que los forasteros vendrán a visitarlo durante la temporada.

A esa misma hora, mientras el padre Pomian celebraba sin ninguna

inquietud la misa que le encargaran el martes para el «gran día», el padre Pène no aguantaba quieto. Merodeó por las calles, sin objetivo, a contracorriente de la riada de visitantes que acudía a la gruta, un flujo de personas que disminuía conforme pasaba el tiempo. Incluso la plaza de Marcadal se veía desierta el día de mercado principal. Lourdes era una ciudad muerta: la vida había escapado a otra parte. Se sentía encerrado, como en cuarentena.

«¡Ve!... ¡No vayas!»

La reciente entrevista con el párroco y el obispo acudía a su mente con un arranque de indignación. El balancín episcopal se había detenido ahí, manteniéndole exiliado de la tierra prometida.

Aunque después de todo, ¿por qué quedarse en la ciudad? Nada prohibía pasear discretamente por la orilla opuesta. Desde el hospicio, por caminos apartados, el vicario ascendió la ladera, muy por encima de la carretera de Pau y de la Ribère, demasiado atestadas para dejarse ver. Desde el linde de un castañar observó a quinientos metros de distancia el extraordinario hacinamiento de la muchedumbre. Mil ideas se agitaban en su cabeza sobre los acontecimientos y su futuro. A pesar de las sardónicas palabras del padre Pomian, nunca había estado tan cerca de confesarse «creyente». Desde el viejo peñasco tapizado de minúsculos personajes acechó la señal que todo el mundo esperaba.

En la gruta

Hacía unos minutos que habían dado las siete... ¡Las siete! El momento esperado por miles de personas en el interior de la gruta, en pie toda la noche, y en posturas a veces críticas. Las siete: la hora a la que Bernadette había llegado los días precedentes... Pero Bernadette no estaba.

La impaciencia alcanzó un punto febril. Las gentes apiñadas sufrían calambres exasperantes, suspendidas en la roca, aferradas a los árboles o apretujadas en el suelo. Otros, curiosamente aislados en medio del agua, aprovechando hasta la piedra más pequeña que emergía del torrente, que traía poca agua, vacilaban sin querer abandonar un lugar insustituible.

¿Qué ocurría? ¿Habían secuestrado a Bernadette? Sin embargo, el adjunto y el comisario de policía estaban allí desde las cinco, acompañados por los agentes de la alcaldía y el gendarme Malé. Todos ellos defendían con firmeza el muy envidiado espacio reservado a Bernadette. La autoridad, en consecuencia, esperaba a la vidente. Entonces, ¿qué podría

haberle impedido venir?

Hubo un momento crítico: ruidos, exclamaciones... los pies que habían estado quietos durante tanto rato empezaron a moverse sin poder hacer otra cosa que pisar otros pies. Las que imprudentemente habían bajado con sus miriñaques tuvieron que aceptar ver cómo se rompían. Madeleine Pontic perdió sus zuecos.

Jacomet, sensible al ambiente, se dejó ganar por la impaciencia colectiva. Cerca de él estaban el carretero, Martin Tarbès, y su hijo Jean. Los dos habían construido con varas y travesaños una especie de senda, o pasarela para asegurar que Bernadette pudiese pasar. El chico tenía veinte años. Era muy mañoso y travieso y despierto como no había otro. El comisario le había concedido la medalla de salvamento dos años atrás por haber rescatado a dos personas del torrente. Era el hombre indicado para la situación.

«¡Jean! Ve a ver si llega Bernadette.»

Jean obedeció al punto, abriéndose paso allí donde no lo había gracias a su habilidad y simpatía. Quedaron esperando su regreso como a la paloma del arca.

Pero ¿dónde está Bernadette?

¿Qué estaba haciendo Bernadette? Todos los habitantes del calabozo estaban despiertos desde las cinco. A las cinco y media, mientras Jeanne empezaba su aseo, se presentaron tres señores haciendo alarde de amabilidad y seguridad en sí mismos: eran tres médicos de Burdeos, según entendió tía Jeanne. Deseaban examinar a Bernadette: su salud y la naturaleza de lo que había visto. ¿Había tenido nunca visiones anteriormente? No, Bernadette, no había tenido visiones. Le hicieron luego más preguntas... Aquello llevaba durando una hora y muy bien podía alargarse más. Toda la familia estaba ya preparada y no sabía cómo librarse de los tres personajes de clase alta y de tan alta autoridad. La misma Bernadette les despidió con sus francas palabras. No insistían, pero volverían a las tres de la tarde.

Por el momento eran sólo las seis y media. No había prisas, de no ser por la misa que debía celebrarse por la tía Jeanne, hermana mayor de François Soubirous, fallecida la antepasada madrugada.

Bajo la bóveda románica, los cirios iluminaban el oscuro ornamento con detalles de plata. Los santos dorados velaban bajo la penumbra de las

capillas laterales. En un reclinatorio vacío, Tècle Soubirous, madre de Jeanne Védère y hermana de la difunta, acababa de encender por primera vez la candela (una larga mecha de cera, similar a nuestras vulgares colas de rata, pero artísticamente adornada y revestida de prestigio). Durante todo el año, colocada sobre la silla de la difunta, la llama la representada en las ceremonias. Jeanne Védère, absorta en sus oraciones, olvidó su temor a no encontrar un sitio en la gruta. Confió al Señor el deseo determinante de su vida: ser toda para Él. Que Él hiciera cambiar de opinión a sus padres, que se negaban a ceder. Una mano tocó su brazo.

«Su prima ya se ha ido.,

Aún no había sonado el *Requiescat in pace*. De puntillas Jeanne se apresuró hacia la salida de la iglesia. Bernadette todavía estaba en la plaza del Porche.

«¿Así que me dejas?»

«Es que... tenía mucha prisa.»

Partieron en silencio. Dentro del grupo estaba el padre Soubirous, su hermana Tecle, la madrina, algunos miembros más de la familia y, sobre todo, Jean-Marie Cazenave el *Ganço*, que había prometido su asistencia para cruzar las apretadas filas de la multitud... Por la mañana, François Soubirous fue a despertarle. Decidieron tomar un desvío, el camino de Pet de Pesqué, el menos atestado. Pero desde el calabozo un grupo empezó a seguirles y fue engrosándose en la iglesia. De camino, por delante y por detrás de ellos, la gente los veía, se hacían signos y se juntaban en grupos, respetando sin embargo el recogimiento de Bernadette, que sólo sería interrumpido en tres ocasiones.

Al llegar detrás del fuerte, Jeanne se acercó más a su prima, temiendo perderla de vista, y murmuró a media voz.

«No podré verte nunca en la gruta. Toda esta gente nos separará.»

Bernadette renovó su promesa del día anterior con calmosa seguridad.

«Esté tranquila, estará cerca de mí.»

Llamó de usted a su prima mayor, la institutriz, que aquella mañana tenía la impresión de ser la pequeña

Un hombre que venía de Luz se les acercó.

«Rece por mi hija, que está ciega.»

Su hija estaba con él, abrigada con una capucha roja. Llevaba los ojos vendados. Su aspecto era tan frágil que costaba atribuirle una edad; su expresión, muy desdichada. Bernadette la miró y respondió:

«Llévela a que se lave en la fuente.»

Un poco más adelante era una señora y su criada llevando con ella un bulto, un niño lisiado de tres o cuatro años que no hablaba ni caminaba...

«Coja este cirio. Ofrézcaselo a la Virgen por mi hijo.»

«Señora, rezaré por su hijo. En cuanto al cirio, llévelo usted misma a la gruta o a la iglesia.»

Las respuestas de Bernadette eran dulces aunque firmes. Poseía una especie de autoridad que su prima no le conocía. No aceptó el cirio que la dama se esforzaba en poner en sus manos.

Una especie de gracia la mantenía tranquila, recogida, retirada en sí misma, indiferente al fervor con que la asediaban a medida que iban acercándose a la gruta. De todas partes se presentaban ante ella con un rosario para que lo tocara. La niña aceptaba para librarse cuanto antes, pues llegaba con retraso. Fue una solución peligrosa... como no tardaría en darse cuenta... pues de este modo instituyó un rito en el que quedaría prisionera.

El gendarme Malé, apostado en el Pont-Vieux en ejercicio de sus funciones, se sintió conmovido cuando vio pasar a la vidente («Me causó un gran efecto»). Estuvo a punto de arrodillarse. Más tarde, al anochecer, se puso su ropa de calle, menos vistosa, y bajó al lugar de la aparición para orar.

Después del puente se hacía cada vez más difícil avanzar. Los gendarmes intervinieron, pues el propio Cazenave empezaba a verse en apuros. Sin la fusta ni los caballos, sin la altura de la silla y de la rodadura fulgurante de la diligencia, su autoridad algo perdía ciertamente...

La suerte de Jeanne

Entre las siete y cinco y las siete y diez, Jean-Marie Tarbès, el emisario de Jacomet, encontró a Bernadette en lo alto del sendero que iba a la gruta. Entre el confuso murmullo de la multitud se destacó un grito que acalló todos los demás.

«¡Aquí está! ¡Aquí está!»

Jean-Marie corría casi a la misma velocidad que el rumor que traía y que confirmó. Pudo recuperar su sitio de milagro, caminando en el último tramo sobre los hombros de los más fuertes. Todo le estaba permitido. ¿Acaso no era el heraldo de la buena nueva?

La situación de Bernadette, pese a la ayuda que le brindaban los gendarmes, era muy distinta. El dispositivo improvisado por los dos Tarbès, los esfuerzos de Ganço y la buena voluntad de todos no sobraron para ayudarla a llegar a su sitio... Jean Védère se quedó bloqueada en el camino. Tristemente resignada, se detuvo hasta que oyó una voz potente.

«La niña pregunta por una de sus primas.»

«Estoy aquí —respondió Jeanne—, pero no puedo avanzar.»

Entonces se le acercó un gendarme acompañado por un personaje vestido de civil (no tardaría en saber que era el comisario de policía): la cogieron de la mano y al principio del paso reservado, prohibido a la multitud desde la madrugada, se la mostraron a Bernadette.

«¿Es ella?»

Cuando asintió, fue conducida hasta el «buen sitio», debajo de la amplia boca cónica que horadaba la gruta, justo enfrente de Bernadette.

Ésta acababa de arrodillarse, en medio del inmenso dispositivo; llevaba un pañuelo usado en la cabeza y otro muy descolorido sobre los hombros a modo de toquilla.

Encendió su cirio. Se hizo el silencio; un silencio vibrante, cálido, en torno a la silueta de la niña y del hueco abierto en la roca adonde apuntaban todas las miradas. La emoción era muy intensa aquella mañana, a la medida de la afluencia y de la expectativa: el día del milagro había llegado.

Bernadette se santiguó, empezó a rezar el rosario con sencillez, sin un ápice de afectación. Hizo un signo que todos imitaron. La plegaria, interrumpida desde el amanecer por la agitación del último momento de espera, se reanimó. Los rosarios detenidos volvieron a deslizarse entre los dedos que habían olvidado este movimiento. Algunos «descreídos», súbitamente conmovidos, rebuscaron en sus recuerdos las palabras de una oración lejana: «Ruega por nosotros, pobres pecadores.»

Jeanne Védère mantenía la vista fija en la mano derecha de su prima intentando recitar la oración al mismo ritmo. En el tercer Ave de la segunda decena, la mano palideció y una sonrisa apareció en su cara, que

también palideció: el mundo exterior huyó de Bernadette. Los que tuvieron la suerte de verla bien quedaron impresionados por la evidencia de su dicha: una dicha que no podía compararse con ninguna otra que hubieran podido imaginar hasta entonces; una dicha que compartían y que, para ellos, de forma intuitiva, tenía ya un nombre: «Dios te salve, María»; al repetir con Bernadette estas palabras sentían próxima la presencia de la que estaban invocando.

El comisario y el adjunto sacaron sus cuadernos Y empezaron a tomar notas; el comisario sobre todo. Abrió dos rúbricas: sonrisas y saludos, e iba poniendo palotes al lado. Tenía ya unas veinte sonrisas. Al acabar, había anotado treinta y cuatro sonrisas y veinticuatro saludos. Al final renunciaría a incluir estas cifras en su informe: fuera de la atmósfera en la que cada gesto de la vidente adquiría una formidable importancia, esta minucia terminó pareciéndole vana. De momento, le convenía mantener algún tipo de actividad, pues le preservaba de dejarse ganar por la emoción generalizada.

Al fondo de la gruta, una tía de Bernadette lloraba como si fuese a perder a su sobrina. Pensaba en los pájaros de mal agüero que ayer noche habían anunciado la muerte o el rapto de la vidente. El torrente murmuraba. El tiempo se deslizaba suavemente, casi sin ruido, renovándose de continuo, aunque parecía inmóvil de alegría y de fervor. Bernadette prosiguió lentamente el rezo del rosario, entrecortado de saludos y sonrisas. Al acabar se llevó a la frente «los tres dedos» entre los que sostenía la Cruz. Pero este movimiento duró poco, como si la mano hubiese penetrado en una masa resistente: volvió a caer; lo intentó una segunda vez y de nuevo vio detenido su movimiento. Al tercer intento consiguió, esta vez con suma facilidad, alcanzar la mitad de la frente, pausadamente. Con la mirada vuelta hacia la izquierda, Bernadette iniciaba una de aquellas extraordinarias señales de la Cruz —extraordinarias sobre todo por su sencillez— que habían maravillado a los testigos de anteriores apariciones. A su alrededor, los que la vieron repitieron su gesto. La Cruz de Cristo, devaluada y amputada por la costumbre y la negligencia parecía haber descendido una vez más, enteramente renovada desde lo alto de la roca y, a través de Bernadette, pasaba a los congregantes.

Bajo la cavidad

Hacía casi media hora que había empezado la aparición. La vidente se levantó, con el cirio en la mano, pasó sin verla por encima de una gran

piedra y entró en la gruta. Jeanne Védère, que estaba situada en el límite del espacio reservado, pudo seguirla de muy cerca, justo bajo la cavidad. Bernadette estaba enfrente de ella; con el rostro iluminado de alegría, saludó. Jeanne se quedó sobrecogida y algo parecido al pavor se apoderó de ella... el sentimiento de estar en un lugar sagrado, de un espacio usurpado: «Hay alguien aquí, muy cerca, al alcance.» Retrocedió unos pasos, aunque sin perder de vista a su prima.

Bernadette seguía mirando bajo la cavidad, con la vista apenas alzada pero de frente, como si hablara al mismo nivel con otra persona. Movía los labios, pero ningún sonido se filtró al exterior. Durante dos minutos permaneció en esta posición con expresión feliz. Jeanne Védère contó durante esta sola fase unas dieciocho sonrisas. Luego su expresión alternó seriedad y tristeza durante tres minutos antes de iluminarse de nuevo. Saludó dos o tres veces y volvió a ocupar el puesto del principio, donde de rodillas continuó el rezo del rosario, siempre intercalado de saludos y sonrisas, durante un cuarto de hora.

Volvió entonces a subir hasta debajo de la bóveda, pero esta vez para encontrarse con una decepción. Se mantuvo en actitud de espera durante dos minutos como mucho; luego, pareció contrariada, bajó una vez más, miró en dirección a la hornacina, se persignó, quedó un momento ensimismada y volvió a levantarse. *Aqueró* se había ido al terminar el rosario. La niña apagó el cirio y, sin decir nada, emprendió el camino de regreso a Lourdes, indiferente a la muchedumbre todavía silenciosa, que devoraba sus gestos con la mirada. Habían dado las ocho. La aparición de esa mañana, más larga que los días anteriores, había durado tres buenos cuartos de hora.

La hora del espejismo

La multitud abandonó la gruta como si saliera de un oficio divino. Pero la decepción era intensa y habría sido violenta de no ser por el clima de oración y de alegría reinante mientras tuvo lugar la aparición. No se había producido el tan esperado milagro: «Hoy me han engañado, pero no volverá a pasar», pensaban unos, mientras que los más escépticos se burlaban socarronamente. Los más fervorosos, muy numerosos pese a todo, algo febrilmente seguían esperando. Confusos, buscaban el rastro del milagro (que daban por seguro). Su sed de maravilloso buscaba el indicio que no podía faltar. En el desierto del milagro, había llegado la hora del espejismo...

El silencio de Bernadette escondía un secreto maravilloso que no tardaría en ser desvelado. El pájaro que la había sobrevolado durante la aparición, ¿no era acaso una paloma? A lo largo de todo el día los comentarios exageraron estos detalles. A la decepción le bastaba una nadería para transformarse en un triunfo.

La capucha roja

Bernadette alcanzó la mitad de la cuesta acompañada por los suyos. Jean Cazenave la cogía de la mano derecha mientras con su propia mano derecha invitaba a la multitud a apartarse. Pero, por alguna razón, Bernadette aminoraba el paso.

—¿Qué haces? ¡Camina!

Precisamente se veía un bonito hueco, que la gente no iba a tardar en ocupar.

Bernadette tenía la mirada fija en un punto a su derecha.

—¿Qué miras?

—A esa chiquilla de ahí.

Era la niña de la capucha roja que se había detenido con su padre implorándole en el camino de ida; una niña de su misma edad, muy desvalida. *Ganço*, que la había transportado en su diligencia, también la reconoció.

Más que piedad, en la mirada y en la voz de Bernadette había un perceptible impulso de afecto.

—Te has encariñado con esa pobre niña, ¿verdad?

—¡Sí!

—Entonces, dale un beso.

Ganço llamó a una persona que estaba cerca.

—¡Joven!, pídale a esa *toye* (ése era el nombre que recibían los habitantes de Barèges) que se acerque.

La llamada fue repetida a su alrededor, deformándose. La silueta roja se acercó con andar dificultoso: llevaba los ojos tapados por una venda para ocultar la desgracia de sus ojos enfermos y para protegerse de la luz que los dañaba. La niña a la que nadie en la escuela quería porque se equivocaba en los juegos más simples sintió una intensa emoción al saber que la llamaban.

Bernadette fue a su encuentro, enriquecida por todo lo recibido esa mañana. La cogió de las manos y le dio un sonoro beso. La niña, a la que hacía mucho tiempo que nadie quería besar, se sintió restablecida. Las dos estallaron en risas cogidas de las manos. Bernadette la besó por segunda vez y se marchó sin preguntarle su nombre.

Este incidente la liberó del gentío, apiñado ahora alrededor de la capucha roja... Bernadette se marchó a buen paso protegida por Ganço.

En el calabozo

Había que seguir el plan trazado la noche anterior por Clarens, preocupado por sus «primos» Soubirous. Había previsto lo que iba a ocurrir. La gente haría lo imposible por acercarse a la vidente e intentaría rodearla y abrazarla. Se avecinaba un día de locura: no le dejarían ni tiempo de comer. Clarens temía por la frágil salud de Bernadette, por su estado nervioso —si es que existía tal estado nervioso—, también por su familia. Al advertir la pobreza en que vivían los habitantes del calabozo, las visitas ofrecerían, impondrían, sus regalos. La policía se apresuraría a denunciarles como estafadores; entonces sería ya demasiado tarde para defenderlos... Clarens decidió entonces esconder a la vidente en su casa. Pero un imprevisto comprometió la realización del proyecto: Bernadette tenía que llevar su respuesta al párroco y pasar por casa. La gente la seguía. Iban a invadir el calabozo. No quedaba otra solución que cerrar a cal y canto la única puerta.

Jeanne Védère, que había perdido de vista a su prima desde la subida, consiguió dar con ella en la carretera. Aprovechó el momento de respiro para preguntarle por algunos detalles de lo que había visto en la gruta que la habían intrigado.

—¿Por qué has empezado tres veces esa señal de la Cruz tan bonita?

—*Aqueró* no la había hecho aún. Yo no conseguía que la mano me llegara hasta la frente.

—¿Por qué unas veces te ponías contenta y otras triste?

—Me pongo triste cuando *Aqueró* está triste y sonrío cuando ella sonrío.

—¿Y por qué has ido a mirar en ese agujero? Jeanne sentía aún viva la impresión del momento en que, por intuición, se había visto obligada a retroceder.

—*Aqueró* había bajado allí. Sólo con que hubiese alargado un poco

la mano, habría podido tocarla.

—¿Y por qué hablabas tan bajo que yo no he oído nada?

Bernadette pareció sorprendida por la pregunta.

—Pero si nosotras hablábamos como le estoy hablando yo ahora a usted.

Entretanto, la multitud, lejos de dispersarse, crecía minuto a minuto. Al cabo de unos instantes se produjo una segunda oleada más numerosa que la precedente, y un recrudecimiento del entusiasmo. La palabra «milagro» flotaba en el aire. La calle des Petits-Fossés estaba taponada. La gente reclamaba la presencia de Bernadette y no se iría antes de verla. Durante la espera algunos, quién sabe si como anticipo, arrancaban como si fueran reliquias pequeños fragmentos de la fachada.

«¡Se la van a llevar en los bolsillos!», exclamó el sargento D'Angla, al cargo de supervisar el regreso. La noche pasada en vela y la jornada de espectacular actividad le habían excitado sobremanera. Previno a Jacomet e instaló a dos gendarmes de guardia ante la puerta del calabozo. Su idea de Dios y del mundo se veía alterada; la impaciencia le dominaba.

«El desorden causado en nombre de Dios no es por ello menos intolerable —exclamó, dando una patada en el suelo. Y añadió—: Válgame Dios, que permita semejante escándalo' .»

La aglomeración seguía creciendo. Entre los «asediados» se impuso una idea: permitir que viesen a la niña y se marchasen a continuación.

Hicieron subir a Bernadette a la primera planta. La niña se asomó a la ventana de la habitación alta de los Sajous. ¿Creían que la concurrencia se dispersaría después? Ocurrió lo contrario: aquello no hizo sino redoblar su entusiasmo.

«¡Ber-na-dette! ¡Ber-na-dette!», reclamaban.

Era imparable como una inundación. Hubo que abrir una segunda vez la ventana, luego una tercera y, finalmente, también la puerta.

La riada de gente tomó al asalto la escalera. Entre las primeras visitantes estaba Jeanne Adrian, la institutriz de Gavarnie, que había pasado toda la noche en la gruta. Abrazó a la vidente con «todo el impulso de su corazón» y se marchó feliz a su pueblo a reponerse de la noche pasada en blanco antes de reincorporarse a la clase del día siguiente.

El desfile

Bernadette cayó presa de la multitud: «Había más mujeres que hombres y muchos niños.» Labios de todas las consistencias oprimieron sus mejillas y sus manos. Unas discretas tijeras se llevaron algún hilo del forro de su vestido. Bernadette se había convertido en objeto del fervor colectivo, un poco salvaje entre los más exaltados.

«¿Por qué me tocan? —protestó la niña—. No tengo ningún poder.»

Era inútil protestar.

Algunos querían más. No les bastaba con que tocara los rosarios, medallas y otros objetos: era necesario que Bernadette les tocara también a ellos con sus propias manos. La niña volvió a protestar, aunque riendo, pues hacía mucho tiempo que tenía la costumbre de ponerle al mal tiempo buena cara.

«Y cuando les haya tocado, ¿qué más?»

La riada de gente se renovaba constantemente hasta el punto de hacerle temer que se alargara hasta la noche. Se sentía cansada. Si sólo con ceder pudiese arreglarlo todo de golpe. Intentó acabar de una vez.

«¡Pero qué quieren que yo les haga!... ¡Tráiganlos todos a la vez y los tocaré!»

Su petición cayó en saco roto. La gente entendió únicamente su consentimiento y no hacían sino presentarle más y más rosarios. Algo en esta ceremonia la ofendía, pero la necesidad la acuciaba y así improvisó una solución de compromiso cuya explicación recibiría su prima cuando pasó.

En efecto, Jeanne Védère también se había puesto a la cola en la escalera. Contagiada del ambiente y obligada a regresar en el mismo día, experimentaba la oscura necesidad de llevar algo consigo. Presentó sus tres rosarios para que los tocara; todo un arsenal: el de los Siete Dolores, el de las camaldulenses y el Rosario de santo Domingo.

«¡Usted también! —murmuró Bernadette—. Pero ¿qué quiere que haga? ¡Yo no soy sacerdote!»

No obstante, pareció resignarse, no sin antes poner las cosas en su sitio.

«Voy a hacer que toquen el rosario que yo llevaba en la Gruta», y concienzudamente mezcló los rosarios de Jeanne con el suyo, apretándolos entre sus manos: una sencilla manera de devolver a la «señorita» de la roca

lo que así convergía hacia ella. Pero Jeanne Védère vio en este gesto algo más. Pues ¿acaso no había tocado la Virgen ese mismo rosario?

El rosario de cuatro chavos se convirtió en objeto de codicia. Dos damas pretendieron cambiárselo por los suyos, auténticas piezas de orfebrería. Pues también desfilaron entre la multitud algunas personas ricas. Crinolinas, joyas y sombreros brillantes contrastaban con la miseria del calabozo. Todos los miembros de una de las más ricas familias de Pau —«el señor, las señoritas y las doncellas»— desfilaron uno tras otro para «abrazar a la pobre niña». Ya nadie desdeñaba «entrar en esa pobre casa», observó Adelaïde: una casa que el procurador había calificado el lunes pasado de «infecto tugurio» y de la que ahora la gente se llevaba pedazos como si fuesen reliquias.

Ahora, aquella miseria que formaba parte del orden establecido se juzgaba insoportable. Los visitantes ofrecían «cuantiosas limosnas» que veían rechazadas. Ni la insistencia ni la habilidad surtían efecto.

A falta de dinero, un señor intentó que le aceptaran objetos en especie: unas extrañas frutas, desconocidas para la familia Soubirous, a las que él llamó naranjas. Tuvo que llevárselas.

Luego fue una criada con una niña de seis o siete años en brazos, la hija del señor Sempolis, de Tarbes, semiparalizada de brazos y manos. Había desembarcado la noche anterior en el hotel, a la espera del «milagro». La criada parecía agotada después de haber estado haciendo cola en la calle y luego en la escalera. Louise, experta en la materia, le ofreció una silla frente a Bernadette. La mirada de la niña enferma respondió a la de la vidente; luego descendió hacia el bolsillo de su delantal, del que sobresalía un objeto rojo... era la manzana que Bernadette no había tenido tiempo de comerse. Los frágiles brazos sacudieron el aire con gestos desordenados en dirección al fruto. Bernadette, comprendiendo de inmediato, puso con habilidad la manzana en el hueco de su mano de dedos medio agarrotados. La manzana cayó al suelo. Alguien la recogió y Bernadette volvió a ponérsela en la mano. Otro espasmo y la manzana rodó por el suelo. La pequeña enferma se echó a llorar. Un tercer intento se demostró también infructuoso. La criada recogió la fruta y se marchó agitándola delante de los ojos de la niña, que sonrió...

Esta sonrisa suscitó el parecer de que se había producido un nuevo milagro... Desde Anglès, Adelaïde escribiría al respecto con fervor.

La oleada contenida un instante volvió a ponerse en movimiento. Se organizó un servicio de orden: Soubirous se quedó en la puerta, donde era

muy fácil tropezar. «¡Cuidado con el escalón!... ¡No se aprieten en la escalera!» (¿Soportaría la escalera?) Tarbès se había hecho con un buen sitio, al lado de Bernadette, y se encargaba de «hacer circular» a los que se entretenían. Afuera los gendarmes seguían de guardia, pero su misión ya era otra. Uno de ellos se había situado cerca de la puerta y se dirigía, con discreción y suma corrección, a los que salían, que sacudían negativamente la cabeza. Al ver aquello, la sombrerera Anna Dupin, señora Dupas, sintió que se avivaba su curiosidad (venía acompañando a casa de Bernadette a los sobrinos del padre Gaillon). Mientras caminaba hacia la entrada, se acercó al gendarme lo suficiente para escuchar el diálogo.

«¿Le ha dado dinero a la niña?»

«No.»

Ésa era la gran preocupación de Jacomet, que en aquel momento terminaba de redactar su informe para el prefecto.

Ha corrido el rumor de que los padres reciben un donativo de quince céntimos por persona. Puede ser, y yo voy más lejos, me atrevo a creer que es cierto. Pero hasta el momento nos ha sido imposible probarlo. Sin embargo estamos ejerciendo una vigilancia constante. Lo aclararemos.

Decididamente, las preguntas eran un mal método. Había que probarlo personalmente. Nuevos emisarios se pondrían a la cola y deslizarían una moneda en la mano de Bernadette. Los Soubirous eran listos... siempre sospechosos y nunca cogidos en falta. Pero el gesto experto con que la niña recogería las propinas la delataría. La operación se desarrolló sin éxito. Lo intentaron primero con un gendarme... pero el anzuelo era demasiado evidente. El sargento envió entonces a su mujer, a la que Bernadette no conocía; también en vano, pues la vidente, que no rechazaba los apretones de mano, de inmediato retiraba la suya como si quemase en cuanto percibía la redondez del metal. Jacomet no pudo confirmar su hipótesis, pero no por ello abandonó la vigilancia. «Lo aclararemos», continuaba pensando.

Se acercaba la hora de la comida y la afluencia no había disminuido demasiado; más bien se renovaba. El improvisado servicio de orden aceleró el ritmo y el desfile delante de Bernadette se hizo entonces en filas de dos o tres. Los de la segunda y la tercera pasaban el brazo a través de la primera para tocar como podían a Bernadette, ya fuese la mano o el rosario.

Esta vez consiguieron ganar terreno. La hora de la cena aceleró el proceso. El final, que ya no esperaban que llegara, llegó.

«¡Deben de haber pasado diez mil!», evaluó Sajous con cierta exageración.

Quedaba aún una señora, la última. Pero sacó provecho. Hábilmente supo trabar conversación con Bernadette; y luego quiso comprarle el rosario, oferta que vio rechazada con aspereza. Quería ofrecerle algo de dinero, a pesar de todo... tampoco en esta ocasión tuvo más éxito. ¡Bueno! Ya que Bernadette era tan desinteresada, ¿por qué sencillamente no le regalaba el rosario?

«¡No lo venderé ni lo daré!»

Aunque la hora de la comida hacía mucho que había pasado, no intentaron librarse de la visita. La dama cayó en la cuenta de repente. Ofreció a la niña unas naranjas... insistió. Bernadette, que había resistido tan enérgicamente, no era despiadada y terminó por aceptar

«¡Sí!, pero con la condición de que usted coma con nosotros!»

Se sentaron, pues, a la mesa, con ella y con Tarbés. No había probado nunca tan mala comida en tan humilde compañía, pero nunca había sido tan feliz dijo la dama.

En casa del párroco

Bernadette no se entretuvo comiendo. Tenía que aprovechar ese respiro para ir a la casa parroquial a cumplir su encargo. La llevaron hasta allí camuflándola como pudieron.

El padre Peyramale la esperaba con disimulada emoción.

—¿Qué te ha dicho la Señora? —le espetó.

—Le he preguntado el nombre... Ha sonreído. Le he pedido que hiciese florecer el rosal y ha vuelto a sonreír. Pero sigue queriendo la capilla.

—¿Tienes tú dinero para construir esa capilla?

—No, señor cura.

—Ni yo tampoco... Dile a la Señora que te lo dé ella...

—Luego añadió—: ¿No te ha pedido que vuelvas?

—No, señor cura.

—¿No te ha dicho si iba a volver ella?

—No me lo ha dicho.

El sacerdote le dio la espalda decepcionado. Bernadette se sentía descorazonada por no haber obtenido el último día la respuesta... pero, en fin, había cumplido con el encargo.

Ya no le quedaba sino regresar a su refugio, la casa que el «primo» Clarens compartía con Isidore Baudéan, el fabricante de velas, en el 15 de la calle Bourg. Y, sin ceremonias, se mezcló en los juegos de los pequeños hijos del director, sin preocuparse más de los acontecimientos. Su anfitrión, algo emocionado al tener en su casa al personaje del día, parecía no dar crédito a sus ojos. ¿Quién creería que aquella niña era una extática? La misma niña que reía de buena gana, y que con tanta facilidad hacía amistad con unos niños mucho más pequeños que ella, resultaba desconcertante.

Su tranquilidad pronto se vería amenazada.

«La ciega de Barèges»

Después de la decepción de la mañana ¿cómo se explicaba aquel brote de entusiasmo? Para entenderlo, conviene regresar a la cuesta de Massabielle, en el momento en que Bernadette abandonaba el lugar después de abrazar a la niña de Barèges, la niña de la capucha roja.

La pequeña irradiaba felicidad. Era el final inesperado de una larga noche. Durante dos días, en Luz-Saint-Sauveur, había estado llorando y suplicando a su padre para que la llevara a Lourdes. Y la respuesta era no. Una especie de desesperación cargada de pasadas tristezas se apoderó de ella. Una vez más estaba en cuarentena y su enfermedad le impedía ir a donde iba «todo el mundo». Arrancó el permiso a fuerza de lágrimas; pero sus penas no habían terminado. Por culpa de sus ojos no pudo siquiera llegar hasta la gruta. Se quedó bloqueada en mitad de la pendiente y ahí estaba cuando, sin esperarlo, Bernadette la llamó distinguiéndola entre mil...

Se sintió colmada. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien. La luz hostil que le hería la vista parecía ahora estar haciéndole señales. Se quitó la venda que había levantado instintivamente para ver a la vidente y descubrió que no sentía ningún dolor. El verdor que la rodeaba sustituyó a su noche. El gesto llamó la atención de sus vecinos de Barèges, que la rodearon. Ella murmuró extasiada.

«Veo mejor.»

Al instante se elevó una exclamación:

«¡Milagro!»

Por fin se había producido el prodigio esperado en vano durante toda la noche.

El rumor se propagó «con la rapidez de una chispa eléctrica» según la fórmula muy actual de Peyramale. Siguieron en comitiva a la niña de Barèges, que descendió hasta la gruta, donde ardían dos cirios; se lavó en la fuente antes de regresar a la ciudad, sin parecer incomodada, emocionada solamente, y se paseó por el mercado en medio del cacareo del corral y de las aldeanas. Miraba dichosa. La luz ya no la molestaba. La niña estaba radiante y unos a otros se señalaban con el dedo a la «curada».

De ahí el entusiasmo y la riada incesante de gente que fue pasando por el calabozo a lo largo del día.

«¡Pero tiene que quedar constancia de lo ocurrido!»

Surgió entonces la idea de conducirla hasta el procurador imperial, el mismo que había interrogado a Bernadette y que no creía. Ahora tendría que rendirse al milagro.

En aquel momento Dutour saboreaba una cierta sensación de alivio. Había pasado toda la mañana encerrado en el tribunal trabajando para distraer la espera. Sólo se había visto interrumpido por buenas noticias. Éxito completo del servicio de orden, decepción de la multitud reunida en la gruta como para el juicio final. El asunto estaba cerrado.

Fue entonces cuando un grupo de obreros irrumpió en su despacho.

«Hay novedades: una ciega se ha curado. Venga a comprobarlo.»

Los hombres parecían emocionados y convencidos. Imposible ignorarlo. Por otra parte, el procurador se sentía confundido: si después de todo había un milagro...

Unos minutos después regresaron los visitantes, llevando por delante a la niña de la capucha roja, acompañada de un hombre que no era otro que su padre. Dutour se sintió impresionado al verla tan radiante pese a su fragilidad. Una energía sobrenatural parecía realmente sostenerla. Experimentó una especie de malestar al abordar un caso semejante con el aparato de la justicia.

—Bien, criatura... Debes de estar muy contenta.

—Sí, señor, muy contenta.

—¡Eras ciega y ahora ves!

—No estaba ciega del todo, pero ahora veo bastante mejor.

—Es cierto, señor, que ve mucho mejor —terció el padre—. La verdad es que no veía. Ahora es otra cosa.

El milagro no estaba, pues, del todo claro. Pero iba a dar que hablar. El procurador tomó nota de los elementos para un informe. La niña se llamaba Eugénie Troy. Hacía nueve años que veía mal: ¿casi nada o nada? Las declaraciones eran vagas sobre este punto. Según los testimonios, la niña había querido ir a Lourdes animada por una inspiración, y fue una inspiración complementaria la que empujó a Bernadette a llamarla sin conocerla. ¿Qué pensar?

Desde el tribunal el grupo se encaminó a la casa parroquial. Las palabras del padre se hacían más y más expresivas al ofrecer su testimonio: «En un tono de la más profunda convicción, con lágrimas en los ojos, afirmó bajo juramento que su hija había recuperado la vista milagrosamente.» Algunos hombres de Barèges que le acompañaban apoyaron su declaración. El cura, que esperaba una señal en respuesta a sus cavilaciones, estaba impresionado. Redactó acto seguido un proceso verbal que envió al obispo.

Así, mientras Bernadette se reía a gusto con los hijos de Clarens, como convenía a un jueves de fiesta, los acontecimientos se sucedían amenazando su retiro.

El último desfile

Algunos amigos de Clarens consiguieron que les dejara ver a Bernadette. Uno de ellos se fue de la lengua y pronto siguieron las llamadas a la puerta, que no tardaron en multiplicarse.

A los habitantes del calabozo tampoco les daban respiro. Desde primeras horas de la tarde, los peregrinos acudían con la intención de ver a Bernadette y al saberla ausente se quedaban esperando su regreso.

A las tres volvieron a presentarse los médicos que ya habían estado por la mañana. Mostraron sorpresa al no encontrar a la vidente. ¡Pero si habían quedado citados con ella! Louise, siempre preocupada por la salud de su hija, preguntó:

—¿Cree que está enferma, doctor?

Los doctores dijeron algunas banalidades sobre su asma.

—¿Y no creen que está enferma de la cabeza?

—No hemos observado nada en este sentido.

Miraron a su alrededor, aspirando discretamente el fétido hedor del calabozo.

—¿Esta casa es de ustedes?

—No.

—¡Bien! Pues si quieren conservar a sus hijos, convendría que no siguieran viviendo aquí...

Cuando se iban los médicos llegó Jeanne Védère, deseosa de volver a ver a su prima antes de regresar a Momères.

Y mientras tanto, la muchedumbre arracimada en la puerta no hacía sino aumentar. Entre la concurrencia reconocieron la capucha de Eugénie Troy, que llegaba sin su escolta. Su presencia animó el ambiente. La calle estaba abarrotada y los Soubirous se veían desbordados. Sólo había una manera de salir del apuro: que vieran a Bernadette.

Entre las tres y las cuatro, Frainois Soubirous fue a llamar a la puerta del director de la Escuela Superior de Lourdes. Venía a recoger a su hija. De este modo Clarens pudo escapar por los pelos de una situación que se estaba poniendo difícil.

En el calabozo el desfile se reanimó. Se hacía de noche. Bernadette estaba agotada. Después de tanto beso, notaba cómo sus mejillas se volvían pegajosas y estrujadas como una fruta marchita. Empezaba a sentir una opresión en el pecho. El asma, que no la había molestado en las tres últimas semanas, amenazaba con una violenta recaída. Pidió un respiro.

«Cerrad la puerta con llave.»

Pese a todo, aprovechando su condición de amiga y «patrona» de François Soubirous, Dominique pudo colarse en el interior.

«¿Estás muy cansada?», preguntó a Bernadette al advertir su expresión.

«¡Oh, sí! Sí sólo fuesen los abrazos...»

Una racha de milagros

Mientras la niña se iba a dormir, una racha de milagros continuaba soplando en la comarca. Un grupo que volvía a Anglés vio la noche repentinamente atravesada por un intenso resplandor «como un fuego en el

aire»: una luz que permitía «ver un alfiler a diez pasos»... Al llegar ante el polvorín, el grupo volvió sobre sus pasos en dirección a Lourdes, hasta el primer albergue, donde encontraron a la patrona asustada. Otro grupo formado por seis o siete personas, entre las que estaba el ujier Lacoste, de retiro a Saint-Pé, también presencié la incandescencia enfrente de la gruta.

Dos luces que atravesaban la orilla del torrente y recorrieron cada una casi cien metros de distancia.

Las luces se perdieron bruscamente, en mitad de la noche, pero aún pudieron ver la gruta «como iluminada por varias antorchas».

A pesar del número, sintieron que el pánico se apoderaba de ellos, incluido el más duro de los siete: Capitayné, el cazador furtivo, que se detuvo en el primer refugio que le salió al paso y no volvió a ponerse en camino hasta que clareó.

Al día siguiente, el ujier Lacoste relataría lo ocurrido al doctor Balencie y al maestro Monlaur:

—¡Usted sabe que no soy demasiado ortodoxo! Pues bien, a pesar de eso, tuve miedo y me puse de rodillas diciendo: ¡Dios, ayúdame!

—Pero estaría usted un poco achispado... —¡Achispado! — respondería el ujier con indignación—. Había bebido una taza de café en todo el día y las personas que estaban conmigo no habían bebido absolutamente nada. Y sin embargo, ¡pregúnteselo a ellos!

¿Adónde iría a parar todo eso? Como decía Peyramale: vivir para ver.

DEL 5 AL 24 DE MARZO DE 1858

Al día siguiente del que había sido el «gran día» reinaba la confusión. Se atrevieran a confesárselo o no, los «creyentes» se sentían en su mayoría decepcionados, al menos los que habían esperado maravillas.

No cabía duda que se aferraban a simples migajas: estaba la paloma que había volado dentro de la gruta y las huellas que dejó en la roca. Hubo entonces quien dijo que la Virgen había dejado impresa su huella en las entrañas de la roca. Estaba el misterioso resplandor de la noche del 4 de marzo; la «curación» de la pequeña Sempolis. Y, por último, estaba lo de la «ciega de Barèges», que había suscitado tanto entusiasmo. Pero en todos estos rumores había algo inevitable, evanescente. A los relatos más impresionantes sucedían de inmediato los desmentidos. La paloma no era una paloma. Las huellas no eran sino una forma accidental de la roca. La misteriosa luz no era sino un «meteorito» que cabía inscribir con el cometa en el cargado palmarés astronómico del año 1858. En cuanto a la pequeña Sempolis, no se encontraba ni mejor ni peor que antes. Por lo que hacía a la «ciega de Luz», su caso suscitaba las más vivas controversias.

Bernadette no salía a defender la causa de los milagros. No parecía siquiera interesarse en ellos. Los ignoraba y se sentía más inclinada a desmentirlos, de manera que muchos terminaron considerándola un poco inocente, muy por debajo del fervor del que era objeto.

Quién sabía si el «acontecimiento» no se había visto truncado por la excesiva simplicidad de la chiquilla,, que parecía tan incómoda por transmitir lo que la Señora quería comunicarle al sacerdote, y viceversa, y no había sabido obtener de ella ninguna señal patente, ni siquiera una declaración sobre su identidad.

La satisfacción era completa, por el contrario, entre los funcionarios. El servicio del orden había sido un éxito y en Lourdes las aguas volvían a su cauce. El inesperado resultado era que, a pesar de la concurrencia del 4 de marzo, no se había producido ningún accidente ni desorden. Casi un «milagro», consideraban los funcionarios, pero un milagro que era obra suya y que cada cual atribuía con mayor empeño al grado de su

participación en las medidas administrativas. No eran los únicos en sentirse complacidos. Tarbés, que había llevado la pasarela de madera; los trabajadores que habían dado eficaces paletadas en el sendero de Massabielle; los numerosos espectadores que espontáneamente habían mantenido la disciplina de orden y oración, cosa de mucho mérito en medio de aquel hacinamiento, todos sentían cierta satisfacción al pensar que, gracias a su esfuerzo, todo se había desarrollado de la mejor manera.

La gloria del Lavedan

Los verdaderos triunfadores de la jornada, sin embargo, fueron los adversarios de la gruta, secretamente alterados durante la mañana del gran día... ¡Ya verán lo que es bueno!, proclamaban entonces los «creyentes! Bueno, miles no se había visto nada en absoluto!

Los redactores de los diarios locales la emprendieron felices con el tema. Cazenave, director del *Lavedan*, redactó él mismo el editorial del día 4 de marzo (aparecido de hecho el 5 o el 6). En un tono de ligera ironía empezaba diciendo:

¡Otra vez Bernadette!, nos dirá usted, querido lector. Un poco de paciencia. Hemos creído obligado ofrecerles algunos detalles, tenemos la confianza de que serán los últimos...

y victorioso concluía:

¡Qué decepción! ¡Cuántos pobres crédulos se han visto humillados!... Cuántas personas han comprendido entonces, aunque por desgracia demasiado tarde, lo ridículo de su actitud, y han deplorado su excesiva credulidad.

La *Ere impériale* de Tarbes (diario semioficial de la administración gubernamental) lanzaba como flecha de parto la idea que el barón de Massy mantenía en reserva por si el caso se reavivaba.

Así nos las vemos, y no nos las veríamos en Lourdes si los padres de la supuesta santa de once años hubiesen seguido los consejos de los médicos que les sugirieron enviar a la enferma al hospicio.

El *Bagnerais* practicaba la ironía en segundo grado:

Nosotros también creemos en la existencia de un milagro... Está en la credulidad prodigiosa de esta multitud a la que basta un simple rumor

para convencerse y a la que el espectáculo de su chasco no ha conseguido desengañar.

Nunca los periodistas comarcales habían experimentado un júbilo semejante. Nunca tampoco habían tenido un material tan jugoso donde afilar la pluma. Por primera vez, la celebridad alcanzaba las páginas locales... Los artículos del *Lavedan* daban la vuelta a la prensa parisina, desde el *Courrier Français* al *Charivari*, pasando por *L'Union*, el *Journal des Débats*, *La Patrie*, *Le Courrier de Paris*, *La Presse* e incluso el *L'Indépendance belge*.

No obstante, su triunfo no impresionaba a los creyentes, airados por el tono zumbón. Era muy fácil machacar una creencia después de desfigurarla. Y qué decir de aquellos artículos tan célebres: estaban plagados de errores.

¡Ay, si yo fuese un periodista de renombre! —escribió a su hermana el joven Pimorin, de veinte años, recién salido supernumerario en el registro de Lourdes—. Haría callar a ese hatajo de papanatas, y a todos esos charlatanes. Lo que está pasando no puede imponerse como artículo de ley; el que no quiera creer que no crea, pero ¿de qué sirve bromear tontamente sobre cosas que puedes llegar a ser serias? Lo más sensato es esperar.

La vida silenciosa

En realidad, lo que estaba pasando en Lourdes estaba más allá de ese vano duelo entre los defensores del milagro a ultranza, dispuestos a dar como pruebas decisivas patrañas en ocasiones irrisorias, y sus adversarios, fecundos en caricaturas burlescas. El auténtico acontecimiento era de tal naturaleza que nadie sabría expresarlo... pues no respondía a las fórmulas hechas, ni siquiera al talento de un publicista, sino a una experiencia íntima, rápidamente desfigurada en cuanto se convertía en tema de literatura.

De manera soterrada a la repercusión de esas vanas disputas, muchas personas sencillas gozaban de su convicción silenciosa y discreta, que producía, en plena vida, auténticos frutos, de ahí su pudor. Lo que para ellos tenía valor era haber rezado en la gruta como no lo habían hecho nunca antes, durante las apariciones y más quizá, durante las largas vigili-
as que las precedían. Durante esa nocturna y luminosa espera, la potencia de

Dios parecía muy próxima. Le esperaban a El, pronto a venir. Y vino, no a través de los ojos sino del corazón. Lo que recibieron entonces, permanece. Aquello continuó, motivo por el cual continuaron las peregrinaciones a la gruta, donde la plegaria nunca se agotó. Antes del alba, la primera luz del día revelaba algunas formas arrodilladas, silenciosas, asombrosamente in- móviles. Tanto al llegar como al irse, los peregrinos bebían y se lavaban en la fuente, cuyo caudal aumentaba día a día; y de esas abluciones salían rejuvenecidos, regenerados, más cercanos a su bautismo y al Evangelio.

El aliento de las bienaventuranzas pasaba por la Bigorre. Entre los habitantes de Lourdes, cuyos «olfato mercantil» y «codicia de ganancia» había podido advertir el sargento de caballería D'Angla, el dinero parecía haber perdido importancia... El fervor por aquella niña pobre, Bernadette, había invertido la pirámide de los valores establecidos. Los pobres ocupaban ahora la primera línea. Un impulso de generosidad cruzaba la comarca: en Massabielle cada día llovían más ofrendas, en dinero y en especies. ¿Por qué? ¿para qué? Quienes las hacían no sabrían responder. Daban por dar, sin una razón clara, pero con el mismo celo que antes empleaban en adquirir. El dinero que aflucía hasta la gruta no suscitaba codicias. Se recogía con orden, a merced de las iniciativas particulares y era entregado a personas acreditadas con fines piadosos o caritativos.

En el extremo de esa corriente silenciosa e inadvertida se situaba, mucho más discreta que todos los demás, Bernadette Soubirous. Instalada en una especie de indiferencia respecto de lo que suscitaba pasiones en la opinión pública, ni siquiera iba a la gruta. Los más allegados habían observado solamente que era más feliz, su salud más sólida y se mostraba más eficiente en todo cuanto emprendía. En cuanto a sus gentileza y docilidad, así como su buen humor, no habían advertido nada, pues eran cualidades sobre las que Bernadette nunca había dejado que desear.

Lo que no iba tan bien era la escuela, incluido el catecismo, que tenía que plantificarse en la cabeza para hacer la tan deseada primera comunión. En la escuela, las hermanas se divertían señalando:

«Más te habría valido que le pidieses a tu Señora que te enseñara el catecismo.»

No había nada que responder a esto.

Para vencer la inercia de su memoria recurrieron a alguien más joven que ella, la pequeña Julia Garros, de nueve años, primera en catecismo, una chiquilla de una vitalidad prodigiosa a quien se le encargó ayudar a

Bernadette a repetir el catecismo durante los recreos.

Bernadette admiraba su autoridad, y la facilidad con que repetía del derecho y del revés las frases del libro, aunque no la consolaba tanto como la desazonaba, igual que en tiempos de hambre el ver cómo comían los demás.

En cambio dominaba casi sin pensar otro problema en apariencia más difícil: hacer frente a todas las personas que seguían teniéndola en el punto de mira. Pero ¿es «dominar» la palabra adecuada? Su «simpleza» una vez más dejaba estupefactos a sus fervientes seguidores hasta decepcionarles. Llegaban a preguntarse si había que admirar o deplorar una «ingenuidad que no sabían cómo calificar». ¿Era posible ignorar hasta ese punto la especie de gloria de la que era objeto, estar tan poco a la altura de su privilegio, ser tan diferente de la «santa», del «oráculo» que habrían deseado encontrar en ella, en lugar de parecer que no había cosa que le gustara más que reír y jugar como una chiquilla?

La exaltación no encontraba terreno abonado en ella. Respondía de manera concisa, sin pasión y, casi siempre, de forma decepcionante. ¿Quién era la Señora? Seguía sin saberlo. ¿Los secretos? Tenía prohibido revelados: eran para ella sola y no tenían interés para nadie más. No «tenía poderes» ni compartía los fervores sentimentales ni la indignación ni sabía nada de ningún milagro. Sus admiradores se sentían descorazonados.

Ahora se volvían hacia la gruta, hacia la fuente. Allí obtenían satisfacción. Una semana después del 4 de marzo la vidente pudo disfrutar de una especie de respiro.

El resultado era, sin embargo, frágil. Bernadette tendría ocasión de comprenderlo tras un acontecimiento insignificante con importantes repercusiones.

El tullido dentro de la chimenea

El martes 9 de marzo, al salir de la escuela, una compañera de clase, Joséphine Doucet, la abordó con muchas zalamerías:

«A mi hermanito le gustaría verte. Está enfermo y hace días que sólo piensa en eso.»

Bernadette estaba dispuesta a ir, pero ese día era ya demasiado tarde.

Al día siguiente, miércoles 10 de marzo, al salir de la escuela acompañó a Joséphine. Apenas a cinco minutos de camino por la costanilla que subía hacia Bartrés, entre los árboles, a la derecha del camino, se

levantaba una casa cuadrada flanqueada por unos hangares que olían a oveja y a heno. Era la granja Piqué. En la gran sala, a la derecha de la chimenea, Bernadette se topó con un extraño espectáculo.

Una boca abierta como boca de lobo: pertenecía a un niño enclenque que estaba sentado sobre una especie de cuna cerca del fuego, en el interior mismo de la inmensa chimenea, según era costumbre en la comarca.

Se llamaba Jean-Marie. Tenía nueve años y medio y era la desesperación de la familia. Antes su salud no era muy buena, es cierto, pero desde Navidad las cosas iban de mal en peor. Ahora ya ni caminaba. De vez en cuando sufría violentos espasmos. En cuanto a la boca, era mucho si la cerraba una vez al día para una muy breve comida. Los doctores Lacrampe, Peyrus y Bordères habían arriesgado todo su saber en un diagnóstico. Nunca habían visto nada semejante y pronunciaron graves palabras: «neuralgia... incurable».

Los amigos y vecinos acudían a la casa movidos por la piedad tanto como por la curiosidad. Todos ellos traían consejos y remedios que habrían surtido excelentes resultados en otros casos, pero sin ninguna eficacia en éste. Algunos también traían golosinas. La familia carecía de medios para darle más y sólo con ellas conseguían que cerrara la boca para esa única comida. Al ver a Bernadette, el pequeño lisiado profirió un gañido de alegría «como el ladrido de un perrito». Más allá de la boca que invadía el rostro como una llaga abierta, dos ojos miraban con avidez. Eran unos ojos llenos de vida y su tez se veía fresca y rosada; pero lo cierto era que uno sólo veía la boca, la lengua seca y rasposa y la baba que desde los labios chorreaba lentamente sobre las rodillas, y toda aquella agitación: hipidos, espasmos... Daba lástima verlo. Pero Bernadette puso buena cara, miró a los ojos llenos de vida y con una sonrisa amistosa le dijo al pobre ser:

—*Quinteba?* (¿Cómo estás?)

Con un nuevo hipido, que la madre tradujo, él respondió:

—*Non pos gayré pla.* (No muy bien.)

—¿Eres tú el que ha hecho esto? —preguntó ella descubriendo intuitivamente el único tema de conversación posible.

A su lado, el niño tenía una pequeña capilla construida con ramas de abeto en la que había enganchadas una buena cantidad de imágenes abigarradas: una auténtica colección que aumentaba de día en día con los regalos de las visitas. Él era su autor, pues en medio de sus desgracias

conservaba la curiosidad, el deseo de aprender y de expresarse, una actividad tenaz polarizada por el dibujo. Con trazos apretados llenaba incansablemente con extraños rostros unas hojas de papel que no debía malgastar.

La visita de Bernadette fue corta debido a la comida y a la escuela, que empezaba al cabo de una hora.

—Tengo que irme, pórtate bien. (*Anem quey a partie portat pla.*)

Jean-Marie no apartaba sus ojos de ella y profirió una serie de gañidos en los que latía la desesperación de no poder ser comprendido.

—Dice que tienes que volver —interpretó la madre.

—Lo prometo.

Al oír estas palabras, la boca paralizada del niño enfermo se animó de alegría. Mientras Bernadette se alejaba, sus labios se agitaron en «tres grandes bostezos» y por fin se cerraron.

Ahora me gustaría mucho comer y beber —pidió el niño con una voz normal.

La madre, que desde hacía meses no hacía otra cosa que llorar ante la idea de perderle, se sintió transportada de esperanza. Hacía tanto tiempo que no pedía algo de comer. ¡Era un «milagro» de la niña santa!

...Un breve milagro, pues apenas terminó de comer, escribió Jean-Marie en su estilo y ortografía muy personales:

Todos los demás tormentos (tormentos) volvieron a empezar con la misma violencia que un momento antes; desde esa noche no pude cerrar la boca, ni beber ni comer (Diario de Jean-Marie.)

Permaneció en el mismo estado todo el día siguiente. Volvía a cerrar la boca sólo para tomar una breve comida, a mediodía.

Bernadette regresó el viernes, 12 de marzo. Y no acudió sola, pues Joséphine había contado el «milagro» de la primera visita y las chiquillas de la clase de indigentes, Therèse Courouau, Marie Chouatou y compañía, tenían la costumbre de salir en pandilla. Bernadette saludó al niño lisiado con su habitual buen humor.

—*Quinteba!*

—No muy bien —respondió. Éste iba a ser el estribillo de todas sus visitas.

—¿Tienes hambre? (*As hamie?*)

—Sí.

—Bien, ¡pues haz el esfuerzo de cerrar la boca y come!

Esa vez, como dos días atrás, la boca se cerró después de «tres o cuatro bostezos». De pronto, Jean-Marie pudo preguntarle a la niña sobre las apariciones. El tiempo pasaba volando, pero antes de que Bernadette se marchase la boca estaba otra vez abierta.

El sábado 13 de marzo, a las once y media tuvo lugar la tercera visita; en esa ocasión venían más niñas. Bernadette, que intuía lo que había de repliegue sobre sí mismo en el estado del niño, le instaba a responder. En casa de los Soubirous y los Castérot nadie «se escuchaba» y se contestaba enérgicamente a los caprichos. Por instinto adoptó los métodos familiares pero con el tono alegre que le era propio.

—¡Así que nunca quieres levantarte! ¡Siempre soy yo la que tiene que venir!

—¡Ay, si pudiese levantarme sí que me levantaría!

—Bah, eres un *gardul*. Si no, ya lo creo que te levantarías. Y estarías dando saltos por la habitación. Vaya, eres un pillo, te haces el enfermo para que te den de comer cosas ricas. Bueno, pues yo no te quiero porque eres un *gardul*.

—Bernadette, intenta que cierre la boca, ¡que hoy todavía no ha comido nada! —la animó la señora Doucet.

—¿No has comido nada?

—No.

—Pues come, *gardul*.

Estas reprimendas risueñas surtían un maravilloso efecto y Jean-Marie se puso a comer alegremente, cuando la madre cayó de pronto en la cuenta de que había olvidado algo.

—¡Tenía que recoger un queso en casa de Minjote Théas, para el presidente Pougat! Anda, ve a por él, Joséphine.

Quedaba poco tiempo antes de volver a la escuela. Las niñas corrieron a pesar del cielo encapotado que amenazaba lluvia, mientras Bernadette seguía dando de comer al niño. Luego pasarían a recogerla. Aún había tiempo.

Era pecar de optimismo. El tiempo fue pasando y no las trajo de vuelta.

—Es la hora, me voy —dijo Bernadette.

—¡Pero espéralas! No pueden tardar. Además, mira qué tiempo hace ahí afuera. No es razonable salir ahora.

De hecho el cielo estaba derramando una espantosa aguanieve que se convertía en barro... Cuando al cabo de una hora llegaron las otras niñas, venían caladas hasta los huesos y tiritando de frío.

—Tenéis que quedaros aquí y secaros —decidió la granjera.

Muchas de esas niñas pobres no tenían ropa de recambio. A la señora Doucet le alegraba tener una excusa para que se quedara la niña que traía suerte, Bernadette. El más feliz era Jean-Marie. Lo que él no había previsto era que Bernadette, después de agotar sus recursos con él, se iría al granero con las niñas a jugar una enorme partida de no se sabía qué.

Entonces (nos cuenta Jean-Marie en el estilo alambicado que le gustaba cultivar) *mis intelectuales y temibles furias volvieron a abrumarme con sus temibles reproches, como si yo les hubiese hecho alguna afrenta.*

Y la partida se alargaba... A las tres, la madre fue a buscar a Bernadette.

—¿Quién me llama?

—Jean-Marie.

—¿Y qué quiere?

—Tener la alegría de verte.

No. Bernadette no estaba dispuesta a dejarse ver. Ella creía en la virtud de la energía.

—¡Eh! Tú no quieres comer nada, *gardul* —empezó Bernadette.

Efecto inmediato: tres bostezos y una comida de un cuarto de hora. Después de lo cual Jean-Marie escribió:

Todos mis sanguinarios sufrimientos volvieron a ejercer su temible tiranía sobre mí...

A las cuatro se marcharon las niñas, contentas de haber disfrutado de una tarde de novillos con la excusa de los Doucet.

Los Doucet, por su parte, veían renacer su esperanza. Ahora Jean-Marie cerraba la boca dos veces al día. ¡Sí! Era preciso que Bernadette le visitara.

El domingo por la mañana la niña consintió en hacer una doble

visita, al ir y al volver de Bartrés. En esta ocasión dio con un argumento decisivo para conseguir que el enfermo comiera.

—Bueno, ya que no quieres, me voy... ¡Adiós! Ya no te quiero.

Apenas se cerró la puerta, también el niño cerró la boca. Corrieron a llamarla y entonces ella le administró, a buen ritmo y durante una hora, dos comidas.

En esta ocasión se mantuvo la mejoría aun sin la presencia de Bernadette y ya no eran dos sino tres o cuatro las comidas que tomaba cada día.

Sin embargo, este éxito tuvo en la ciudad unas consecuencias que Bernadette no sospechaba. Fue proclamado el nuevo «milagro». La casa parroquial estaba informada.

El lunes, 15 de marzo, tres visitantes notables se presentaron, después que lo hubieran hecho antes muchos otros, en la granja Piqué. Eran el párroco, flanqueado por su vicario, el padre Pène, y el padre Pomian, limosnero del hospicio, muy interesado en esclarecer los hechos, en su condición de confesor de Bernadette. Los padres, desbordantes de alegría y de agradecimiento, alabaron el cambio que se había producido en el niño. Desde Navidad todo iba de mal a peor. Ahora no se podía comparar... Además, el niño parecía haberlo sentido. Ya no quería tomar sus medicamentos. Decía que la Virgen le curaría con el agua de la gruta o a través de Bernadette. El párroco interrogó a Jean-Marie, que seguía sentado en aquella especie de cuna instalada en el rincón derecho de la chimenea. El niño reprodujo en su famoso diario la conversación que mantuvieron en estos términos:

—*¿Sientes dolor?*

—*Sí.*

—*¿Qué te duele? (Est dou souffres tu?)*

—*Todo, pero más particularmente el estómago.*

—*¿Y quién te ha hecho esto? —añadió, señalando la pequeña capilla.*

—*Yo —le respondí.*

—*Me han dicho que tenías plena confianza en la gruta, ¿es verdad? (Ont ma dit que tu avec pleine confiance en la Grotte; est-ce vrai?)*

—*Sí.*

—*¿Bebes agua de la gruta? (Boit tu de son eau?)*

—*Sí.*

—*¿De qué le sirve tener confianza en ella si no te cura?*

—*Es igual. Me curaré cuando Dios lo quiera.*

El párroco se retiró perplejo. Nada realmente sustancial. El niño seguía sufriendo; no caminaba y sin embargo sus padres aseguraban que existía una mejora progresiva realmente extraordinaria. Su fervor, su esperanza, y el abandono del pequeño lisiado a la voluntad de Dios eran conmovedoras. Peyramale regresó a la rectoría con una impresión lo bastante buena para escribir al obispo:

Hecho interesante... Mejoría notable. Si se cura radicalmente, entonces podremos decir con san Agustín: Causa finita est.

Pero por el momento sólo era una esperanza y la postura del párroco continuaba siendo ambivalente. Siempre lo mismo. Por parte de las almas, la oración en la gruta se practicaba con orden y fervor y no agotaba la que debía practicarse en la iglesia. Al contrario, pues «nunca se habían visto tal afluencia a las instrucciones» de cuaresma, ni se habían frecuentado tanto los oficios. Y por lo demás... El dedo de Dios estaba ahí. El milagro estaba en marcha. Un poco de paciencia y estallaría en toda su potencia. ¡Pero qué inescrutables son los caminos de Dios! Hasta el momento, preciso era confesarlo, las esperanzas no habían traído sino decepción tras decepción. No se hablaba sino de prodigios pero, como mariposas que escapaban de la red, huían en cuanto se intentaba una verificación precisa.

La «ciega» de Luz

El 4 de marzo, después de la visita de la niña de Troy (la ciega de Luz), el padre Peyramale había estado a punto de poner la mano en el fuego asegurando que estaba ante una señal de los cielos... Pero el día después el alcalde Lacadé le puso sobreaviso.

—Señor cura, acabo de regresar de Tarbes. Monseñor me ha hablado esta mañana de su informe... Es muy impresionante. Me disponía a felicitarle a usted, pero acabo de recibir la visita del doctor Theil, de Luz. Bien, pues él asegura que esta niña no ha estado nunca ciega.

—Ciega no, sin duda, pero su padre me ha asegurado que no veía ni siquiera lo justo para valerse por sí misma.

—Pues bien, señor párroco, no solamente podía moverse sola sino

que además atendía un despacho de tabaco en Barèges durante el verano. Es decir, que veía suficiente para contar el dinero y devolver el cambio.

—Pero, señor alcalde, si usted hubiese oído como yo las exclamaciones del padre, si hubiese visto sus lágrimas, no se le ocurriría dudar de su palabra. Él está en mejor situación que usted para valorar el estado de su hija. Me pregunto si estamos hablando de la misma persona.

Esa misma noche (5 de marzo) el párroco escribió al párroco de Luz solicitando más información. El 6, mientras esperaba la respuesta, el alcalde se desplazó a Luz: la información que recogió fue de lo más desfavorable. Así las cosas, el lunes 8 de marzo Troy desembarcó con su hija, se dirigió a la gruta «en acción de gracias», pese a las amenazas del procurador, que le había prohibido dejarse ver por Lourdes.

Una cosa era cierta y es que el hombre actuaba en contra de sus propios intereses. Peyramale señaló este punto en su carta al obispo del 15 de marzo. No obstante, no se atrevió a añadir lo que había escrito a su hermano el martes sobre el mismo tema: «Si no estamos ante un hecho milagroso, es un laberinto del que no podemos salir.»

Fue entonces cuando el párroco de Luz se personó en Lourdes. Había estado de viaje, razón por la cual no había respondido. Sus precisiones fueron tan claras como aplastantes: la niña nunca había estado ciega y su estado no había experimentado sería mejoría, salvo la alegría y el fervor que le habían procurado su viaje a Lourdes, una exaltación compartida por sus padres, cuya emoción, aunque sincera, estaba llena de ilusión. Ésa fue la constatación que hizo el doctor Theil, enviado expresamente.

Una vez más, el párroco se veía sumido en el «dédalo del que no se podía salir». Su entusiasmo se había venido abajo. Melancólicamente le escribió a su hermano: «Qué difícil es dar con la verdad.»

Medidas de policía

Entretanto, Jacomet y el procurador se sentían muy ufanos. Sin estridencias, desde luego, pero con la satisfacción de ver su postura confirmada en toda la línea. Había que aprovechar esa nueva decepción. Celebraron consejo con el alcalde para asegurar una unidad de acción capaz de devolverle a la población su «buen sentido».

El conciliábulo fue optimista.

En resumidas cuentas, no más visiones ni milagros. Eso terminaría por saberse... Sólo quedaba un punto negro: la afluencia a la gruta. Se

había interrumpido entre el 8 y el 13 de marzo, gracias al mal tiempo, era cierto, pero luego la gente había vuelto con el sol. Jacomet tenía anotados todos los hechos en su cuaderno: el domingo 14 de marzo el movimiento recuperó fuerzas; aquel día al fondo de la gruta ardían dos cirios, renovados por la noche; el martes, cinco; diez el miércoles por la mañana, acompañados de toda una escenografía: un crucifijo de hueso, rodeado de ramas de laurel y de boj, además de tres grabados que representaban a la Virgen. En resumen, «el cielo se reanimaba».

El alcalde se mostró, como de costumbre, partidario de no intervenir. La gente estaba tranquila y rezaba sin provocar daños o desorden. Todo terminaría por sí solo. Los otros dos creían que había que ayudar a ponerle fin: los actuales resultados no se habrían conseguido de no haberse tomado las molestias de vigilar, advertir y amenazar. Jacomet era partidario de las intervenciones enérgicas: había que cerrar la gruta. El procurador prefería una política más discreta, la que él practicaba con merodeadores y delincuentes rurales: breves y discretas advertencias y medidas preventivas.

«No se fíen; les tenemos vigilados y a la menor tentativa sospechosa, ¡pobres de ustedes!»

No había solución mejor para meter a la gente en vereda. En el asunto de la gruta, Dutour ya había multiplicado las presiones en ese sentido. Había advertido a Troy. Acababa de hacer lo mismo con Romain Capdevielle, el novio de Marie Dufo —hija del abogado—, ardiente partidario de la gruta. El joven y brillante redactor del *Memorial* de Pau publicó los días 9 y 15 de marzo unos artículos deplorables en los que dejaba a Bernadette por las nubes y, lo que era peor, en el tono más peligroso, el de la objetividad. Sin duda Capdevielle conseguiría así los sufragios de su deliciosa novia y de su futuro suegro, que besaba la mano de Bernadette y la llamaba santa, pero a qué precio para el orden público (¡Ay, los Dufo!)... Con todo, tras la elíptica amonestación del procurador, el pretendiente parecía haber acusado el golpe. No volvería a pasar.

A continuación, convendría estrechar la acción en torno a Bernadette y a su familia. No había duda que no se podía reprocharles nada en concreto. La docilidad de la niña había desmentido incluso las previsiones del comisario. Al contrario de lo que predijera en su informe del 2 de marzo, no había vuelto a poner los pies en la gruta. Pero sería imprudente confiar. Su conducta podría estar dictada por la habilidad. Se decía que el

mismísimo Pougat, el presidente del tribunal, la aconsejaba. ¿Qué tramaban los Soubirous escudados en su aparente discreción? Convenía vigilar de cerca y velar por que no proliferaran los «milagros» como el ocurrido en la granja Piqué.

El interrogatorio del 18 de marzo

Se decidió realizar un interrogatorio. Tendría lugar al día siguiente, jueves 18. Previamente, Dutour redactó, a la atención del procurador general de Pau, un informe que completaría después de haber visto a Bernadette. Pero ya vaticinaba cuáles serían los resultados:

(la niña) no parece querer complicaciones con la autoridad local, y conviene agradecersele, aunque sin dejar de vigilar su conducta y la de sus padres.

En el interrogatorio del jueves, en presencia del procurador, del comisario y del alcalde, asistido por el secretario del ayuntamiento, Bernadette no hizo sino confirmar su buena disposición. No hubo manera, desde luego, de extraer información sobre los secretos acerca de los cuales la interrogaron, con los periódicos en la mano (los famosos «artículos Capdevielle»). Sobre eso, ella declaró que no podía hablar, luego se calló y les dejó decir con deferencia. Pero en el tema de los milagros, ella llevaba el agua al molino de los señores. ¿Enfermos? Sólo había visto a dos: la pequeña Sempolis, el 4 de marzo (¡qué lejos quedaba!), la única que le llevaron a casa; y a Jean-Marie Doucet, al que había visitado ante la insistente demanda de su compañera de clase. No volvería a verlo, ya que se lo prohibían. Ella no había curado a ninguno de los dos.

—¿Y la niña de Barèges?

Bernadette recordaba haberla visto y abrazado por compasión, pero ella no veía que hubiese ahí ningún milagro.

—Yo no creo que haya curado a nadie, y además yo no he hecho nada para curar —concluyó.

Importante declaración.

Quedaba pedirle que especificara, por si hacía falta, qué había ocurrido en el transcurso de las últimas apariciones, y sobre todo hacerle prometer que no volvería a Massabielle. También en este punto su declaración fue satisfactoria. Ella no había prometido ir después de los quince días; no tenía la intención de volver. No obstante, en un tono

prudente concluyó:

—No sé si volveré a la gruta.

El tono era tan conciliador que el procurador Dutour se creyó autorizado a traducir estas palabras en términos de promesa categórica al dirigirse al procurador general.

Ha prometido no volver a aparecer por allí y no prestarse más al abuso con que la credulidad y la mala fe distorsionan sus actos y su persona.

Por parte de Soubirous, todo iba pues a pedir de boca. El jueves por la mañana, día 18, era el primer día de gran mercado. Desde el jueves 4 de marzo, de célebre recuerdo, mantenían su puerta cerrada a cal y canto, conforme a las advertencias que recibieron. Bernadette, efectivamente, suspendió sus visitas a la granja Piqué, donde Jean-Marie lamentaba su ausencia con la boca más abierta que nunca.

«Agua peligrosa»

El problema quedó reducido desde entonces a casi nada: a la fuente y a la gruta convertida, cada vez más, en lugar de culto. Al menos, el tan temido día de mercado no provocó ningún recrudescimiento de la afluencia: diez cirios igual que el día anterior, y cinco solamente el viernes. Pero desgraciadamente el domingo 21 de marzo volvía a batirse el récord; diecinueve cirios. Por último, el 23 de marzo a las ocho de la tarde se celebró una verdadera ceremonia: en presencia de seiscientas personas fue transportada a la gruta una Virgen de escayola dentro de una hornacina de alambre, que proporcionó un tal Felix Maransin, quien solía utilizarla todos los años para la estación del Corpus.

Por la mañana, al hacer el inventario de la decoración, Jacomet reparó en la presencia de un cesto con dinero.

«¡Mira! ¡Mira!»,

Pasó el día haciendo averiguaciones sobre ese punto. ¿El dinero era para los Soubirous? Por unos y otros averiguó que desde el 4 de marzo el dinero fluía a la gruta, aunque no se daba el menor abuso. Los donativos iban a parar a manos de personas intachables y desinteresadas.

La investigación puso de manifiesto la raíz de todos los problemas: la fuente, que continuaba atrayendo a sanos y a enfermos. Pero también en ese punto las cosas iban por buen camino. Las denuncias de falsas cu-

raciones terminarían despertando a la gente y el oportuno análisis del farmacéutico Pailhasson, que había declarado el agua «peligrosa», era suficiente para empujarles a reflexionar.

Las multitudes eran como los niños. Si uno sabía distraer su atención, se cansaban. Unos días, y nadie pensaría más en el tema...

JUEVES, 25 DE MARZO DE 1858

DECIMOSEXTA APARICIÓN

Así llegamos a la tarde del 24 de marzo, en medio de una calma que los funcionarios juzgaron de buen augurio. Bernadette se rodeó de silencio ausentándose de la mirada de los curiosos que paulatinamente se olvidaron de ella. La administración podía respirar.

El anuncio hecho a María

Con todo, la fiesta del 25 suscitaba una discreta esperanza: quienes pese a la reserva de Bernadette seguían persuadidos de que era la «Santa Virgen» creían que podía manifestarse el día de su Anunciación. Las «comadres» dejaron volar su fantasía, de manera tan gratuita como tenían por costumbre.

«Bernadette se va a Roma», se decía por Lourdes el sábado 13 de marzo.

«Se va el viernes que viene, y con un sacerdote», precisaban el sábado siguiente, 20 de marzo.

«El sacerdote es su confesor, y el día antes del viaje, que es el día de la Anunciación precisamente, Bernadette irá a la gruta.»

Estos rumores se desacreditaban ante los más serios, en los que se inspiraban.

Aquella noche Bernadette se acostó al anochecer, como de costumbre, un poco fatigada. Su salud, excelente desde mediados de febrero, experimentó aquel día una ligera recaída. Aun así pudo conciliar el sueño. Apretados dos o tres en cada cama, en el pesado ambiente, los habitantes del calabozo se abandonaban al sueño sobre sus jergones con una misma carga de cansancio.

Pero ocurrió que en plena noche Bernadette se despertó, aunque no a causa de la habitual opresión que anunciaba una crisis de asma. Esa vez fue por la alegría, una alegría que reconoció de inmediato. Sentía la

urgencia de ir a la gruta... una inclinación que era una promesa. Toinette dormía a su lado, y los padres en la otra cama. Las campanadas dieron la una... varias veces. Aún no era de día. Confiada, volvió a dormirse.

Pero antes de las cuatro ya estaba despierta. Se vistió a tuestas y esperó impaciente los primeros indicios del despertar de su familia.

—Tengo que ir a la gruta. Daos prisa si queréis acompañarme.

—Pero, vamos, te va a sentar mal... ¡Ya estás bastante enferma!

—Ahora estoy curada.

—Espera a la tarde, cuando haya sol.

—No, tengo que ir ahora, y de prisa...

Obtuvo el permiso. Un poco antes de las cinco, iba camino de la gruta. Todavía era de noche. Esta vez nadie lo sabía. «Estaremos tranquilos», pensaron.

¡Sorpresa! El rumor que circulaba desde hacía una semana había arrastrado a decenas de personas. El comisario, a quien no se le escapaba ningún rumor, verdadero o falso, también estaba en la gruta.

También la muchacha blanca, fiel a la cita que había fijado sólo con Bernadette.

A la alegría de las otras apariciones se sumaba el placer de la amistad recuperada después de una larga ausencia. El rosario de las noches de insomnio, el rosario laborioso de la depresión se convirtió en luz y transparencia.

El nombre de *Aqueró*

Durante las tres semanas de ausencia, Bernadette había estado ensayando mentalmente una bonita frase, ceremoniosa como una reverencia, que en parte le habían sugerido:

«*Mademisello, boulet aoué la bountat de me disé que es, s'il bou plan?*» (Señorita, ¿tendría la bondad de decirme quién es, por favor?)

Pero la «frase bonita» era demasiado complicada. Bernadette se liaba, tropezó y dijo *voluntad (boulentat)* en lugar de *bondad (bountat)*, dos palabras que era incapaz de distinguir. La más larga le parecía más educada.

La «señorita» de luz sonrió de nuevo. ¿Se estaba burlando, como decía el párroco? No... había tanta amabilidad y tanta bondad en su mirada.

Tenía que volver a empezar.

«Boulet aoué la boulentat de disé...»

La sonrisa de *Aqueró* se hizo aún más amplia. Se echó a reír, pero esta vez Bernadette no iba a renunciar.

«Boulet aoué la boulentat!», suplicó una vez más. Silencio... Pero Bernadette estaba decidida y nada la detendría ya. Lo repetiría diez veces si hacía falta, ya que la «señorita» no mostraba enfado.

No fue necesario llegar a tanto. A la cuarta ocasión *Aqueró* dejó de reír. Cambió el rosario, llevándoselo al brazo derecho. Sus manos se separaron, y las extendió con las palmas hacia el suelo. De aquel gesto tan sencillo emanaba majestad; su silueta de niña adquirió grandeza; su juventud, un peso de eternidad. Con un movimiento acompasado, juntó luego las manos a la altura del pecho, levantó los ojos al cielo y dijo:

«Que soy era Immaculada Councepciou.»

Hacía cerca de una hora que había empezado la aparición. El semblante de Bernadette recuperó el color. En la claridad del nuevo día, se incorporó, alegre, desbordante de acción de gracias, más allá de toda reflexión.

Entonces sintió deseos de dejar algo en señal de reconocimiento antes de abandonar la gruta. Desgraciadamente, no tenía nada y no era posible dejar el corazón. Miró el cirio, que descubrió entre sus manos, todavía sin apagar. ¿Y si lo ponía junto a los otros que ardían bajo la bóveda? Había muchos: todos los agujeros de la plancha instalada el sábado por Tarbes ya estaban ocupados: parecía un bosque chisporroteante y crepitante por el soplo de chimenea que aspiraban las misteriosas cavidades de la gruta. Pero el que ella sostenía no le pertenecía: era el cirio de congregante de tía Lucile. Con medias palabras, ésta le dio a entender que comprendía su deseo y que lo aprobaba. Con sus diestras manos, Bernadette lo encajó entre unas piedras, bajo la cavidad, de donde por fin había brotado la respuesta.

«Que t'a dit? Que t'a dit?» (¿Qué te ha dicho? ¿Qué te ha dicho?)

De todas partes empezaron a arreciar las preguntas devolviéndola así a los problemas, durante un momento desvanecidos. Hacía apenas un momento estaba escuchando las palabras tan maravillosas y transparentes de la muchacha... Bernadette comprendió de golpe que aquellas palabras, que nunca antes había oído, eran en realidad difíciles, complicadas... que

ni siquiera, a decir verdad, las comprendía, lo mismo que las palabras que oía en clase... sobre todo la segunda. ¿Cómo era? Con-che-sión... ¿Cun-chet-sió? Sentía que iba a olvidarse de su «recado», igual que el día de la procesión... y además que ese día había otro. Aqueró *Immaculada* seguía pidiendo la capilla.

Rápido, había que irse, recogerse. Bernadette se aferró a los jirones de la segunda palabra, que ya se le estaba olvidando, y emprendió la carrera repitiendo en voz baja:

«*Immaculada Coun...- chet-siou , Immaculada Coun...- chet-siou.*»

Hizo una señal a su tía, indicándole que la acompañara a la casa parroquial. Los curiosos se resignaron, respetuosos y algo decepcionados, al no recibir respuesta a sus preguntas. Empezaban a habituarse a su mutismo y a su testarudez. ¿Otro secreto? ¿Y todo iba a quedar en suspenso como el 4 de marzo?

Sin embargo, algunas mujeres se decidieron a seguirla

Julie Garros, Ursule Nicolau y algunas más. Entre ellas, siguiéndolas muy de cerca, estaba Jeanne-Marie Tourré, de doce años, que espiaba en los labios de la vidente las extrañas palabras que ésta iba repitiendo a media voz.

El cielo estaba más claro. Por detrás del reducido grupo, se desvanecían las últimas estrellas. Enfrente, el castillo encaramado en lo alto en pleno cielo recortaba en la claridad del nuevo día una sombra chinesca calada de curiosas transparencias. El sol asomaba por la ladera...

Ursule Nicolau, a la cabeza del grupo, se adelantó hasta alcanzar a Bernadette, la cogió del brazo sin dejar de caminar y la abrazó, al tiempo que le preguntaba en voz muy baja:

—¿Sabes algo?

Bernadette se echó a reír. Ursule advirtió que estaba muy contenta.

—¿Sabes algo?

—*No digos pas, mes que m'a dit: Que soi Immaculada Conceptiou.*
(No lo digas, pero me ha dicho esto: Soy la Inmaculada Concepción.)

Ursule corrió a decírselo (con la promesa de que guardaría el secreto) a Eugénie Bayal. Eugénie se lo dijo a su hermana Germaine, que lo repitió (siempre con la promesa de guardar el secreto) a Dominique Cazenave.

En casa del párroco

Entretanto, Bernadette subió la calle Baous, cruzó la plaza del Porche y, por último, llegó al callejón sin salida. Y así la vemos subiendo la escalera que llevaba a la casa Lavigne, un enorme y cuadrado edificio de altos tejados abuhardillados. Tranquila porque había conseguido retener las dos palabras que había estado a punto de olvidar, Bernadette se sentía sin embargo cada vez más intrigada e incluso algo decepcionada. Lo mismo que todos los demás, a ella le habría gustado tanto creer que la maravillosa Aparición era la Santa Virgen... ¿En cambio, quién era esa «Cunchetsiou»?

Empujó la puerta y lanzó su recado a la cara del párroco, casi a bocajarro.

—*Que soy era Immaculada Counhetsiou!*

La roca Peyramale vaciló a causa del impacto, cuyo alcance apenas comprendió. La cólera que en los casos difíciles acompañaba en él el ejercicio de la autoridad empezó a funcionar como un mecanismo reflejo bien engrasado. Estuvo a punto de decir «¡Tú eres la Inmaculada Concepción!» o «¡Pequeña orgullosa!» Pero las palabras se atropellaban y se le atascaban antes de pronunciarlas. Por otra parte, Bernadette, dándose cuenta de lo brusco de su frase, repitió con confianza:

—*Aqueró ha dicho: Que soy era Immaculada Counhetsiou.*

Esta vez el sacerdote se contuvo. Sus palabras fueron elocuentes y desabridas.

—Una dama no puede llevar ese nombre.

Sacó a relucir su teología, los artículos leídos cuatro años atrás, cuando se definió el dogma, los sermones del 8 de diciembre: «Veamos, la Virgen fue concebida sin pecado... su concepción es inmaculada... pero ¿cómo puede decirse que ella sea *su concepción?*»

—¡Me estás engañando! —espetó—. ¿Sabes lo que eso quiere decir?

Bernadette sacudió la cabeza tristemente.

—Entonces, ¿cómo puedes decirlo, si no lo has entendido?

—Lo he repetido durante todo el camino.

El arma de su autoridad (aquellos imponentes y fugaces estallidos de ira que esgrimía en favor del «bien») le abandonó. En el fondo de su corazón y de su pecho notó cómo subía una marejada, que le anegó como cuando era un niño. ¿Estaba enfermo? Lo que anegaba su pecho eran

sollozos.

—Ha vuelto a pedir la capilla —murmuró Bernadette ante su silencio.

El párroco hizo acopio de fuerzas para pronunciar la última frase, que le permitiría salvar las apariencias.

—Vuelve a tu casa. Te veré otro día.

Lo que quiere decir «Inmaculada Concepción»

Bernadette se marchó totalmente desconcertada. Si el señor cura no lo sabía, ¿quién lo iba a saber? Volvió a su casa, donde la esperaban con preguntas. Allí se presentó Dominiquette (la valiente mujer que la había acompañado a la casa parroquial el día 2 de marzo). Se la llevó aparte, a la penumbra, «junto a la puerta del gran pestillo».

—¿Sabes cómo se llama la Señora?

—¿Quién se lo ha dicho? Yo sólo se lo he dicho a Ursule.

Dímelo a mí.

Quería decírselo primero al párroco.

—*Dímelo.*

Bernadette cedió para librarse de ella y, siempre acompañada por su tía, se dirigió a casa del padre Pomian. Una vez más, Bernadette contó la escena de la mañana: la sonrisa de *Aqueró*, las cuatro veces que le había hecho la pregunta y, por último, la respuesta. Aquí unió el gesto a la palabra. Extendió las dos manos y las juntó a continuación, luego, con la cabeza muy erguida sobre los hombros, alzó los ojos al cielo. A través de ese gesto, algo pasó. Estrade y su hermana estaban al borde de las lágrimas... Pero mientras la miraban todavía como a un oráculo, la niña sublime de hacía un instante, convertida de nuevo en una niña pobre, preguntó avergonzada:

«Pero ¿qué quieren decir estas palabras: Inmaculada Coun-chet-siou?»

El día acabó para ella con una gran alegría. Entonces, era verdad que era la Virgen.

Entretanto el recorrido de la noticia a través de la ciudad fue más lento, más laborioso que los vanos rumores de los días precedentes.

«La Virgen ha bajado más que de costumbre.»

«Le ha gustado mucho la decoración, sobre todo la estatua.»

«Bernadette ha recibido varios secretos.»

«La Virgen le ha pedido que deje el cirio en la gruta», se contaba en la ciudad. Esta última interpretación exigía una auténtica iluminación. Gracias al día de fiesta, la afluencia batió todos los récords: sesenta y cinco cirios a mediodía, cincuenta más a las diez de la noche, cuando Jacomet hizo la última ronda, y sesenta y un francos, la mayor parte en moneda de vellón, dentro del cesto de la gruta. Esta cantidad suponía un desfile considerable: centenares y hasta miles de personas. También se batieron los récords de plegarias. Delante de la hornacina, el rosario no se había interrumpido y todavía continuaba a aquellas horas tardías. El ambiente era alegre aunque era una alegría discreta y ardiente, como la luz de los cirios que animaban la palidez del claro de luna con su intenso resplandor.

En la conciencia de la gente, la alegría y la revelación de aquella mañana no eran, sin embargo, lo principal. Era la fiesta litúrgica, era la aparición después de tres semanas sin ella, lo que atraía a la multitud. La fórmula, en cambio, no gustaba: querían que fuese distinta, razón por la cual tuvo una carrera poco exitosa. La fórmula no llegó siquiera a oídos del comisario. Quienes se dedicaban a propagarla incluyeron correcciones bienpensantes: «Soy la Virgen Inmaculada... María Inmaculada... La Virgen de la Inmaculada Concepción»; como mucho, «María, la Inmaculada Concepción». La insólita frase fue transformada en fórmulas ya conocidas.

Había otros, no obstante, y entre ellos uno especialmente, que habían retenido sin error las palabras y andaba dándoles la vuelta para penetrar su sentido. Aquella noche, al escribir a su obispo, ese hombre se las transmitió literalmente subrayando al mismo tiempo su asombro y su crítica. Era Peyramale quien, aunque con el ánimo agitado, sentía que su corazón había salido de dudas. Cuanto más se decantaban las cosas, más pensaba él: esa niña no ha podido inventar tales palabras. Tal cual, aquello debía tener un sentido. Acudió entonces a las figuras de la retórica aprendidas en el seminario: «Es la blancura mismas para decir «es muy blanco», ¿cómo se le llama a eso? ¿Y cómo podía aplicarse a un concepto teológico tan engañoso? Poco a poco, la luz acompañó a la calurosa adhesión del corazón, que fue el primer impulso de Peyramale, a todas sus conjeturas.

DEL 26 DE MARZO A LA NOCHE DEL 6 DE ABRIL

Los días que siguieron al 25 de marzo se caracterizaron por una especie de fervor y de excitación difíciles de distinguir. Había fervor. Había oración. Había conversiones de corazón. Era algo de lo que no le cabía duda al padre Peyramale, situado en el lugar preciso para constatar tal estado de cosas. Había agitación también, una agitación de la que era menos consciente porque su temperamento emotivo también estaba algo afectado por ella. A una edad en la que la fe se hacía más oscura, casi opaca, él había captado de golpe, de forma casi palpable, el impacto de lo sobrenatural. Saboreaba el sentimiento de un umbral misterioso en el cual la Virgen se mantenía en potencia. Llegaban nuevos tiempos. El cielo se había entreabierto y parecía que iba a abrirse. Lo maravilloso estaba ahí, a las puertas de la ciudad, e iba a presentarse.

Las apariciones y milagros de aquel mes de marzo no fueron sino un inicio, los primeros brotes de una primavera de gracia. Si el párroco mantenía esa impresión dentro de unos límites, los más exaltados vivían en cambio a la espera de nuevas visiones... tal vez destinadas a ellos. Otros acechaban la continuación de los acontecimientos en un estado de agudo suspense. Ya no había aquella vigilancia de la que habla el Evangelio, aquellas vigilias de tranquila oración que reunían a multitudes cada vez más numerosas antes de cada una de las apariciones de la quincena, sino un apetito desmesurado, una bulimia de lo maravilloso. En este estado de hipersensibilidad colectiva se dibujaban bruscos movimientos, nacían rumores que se hinchaban antes de propagarse.

«La niña irá a la gruta —se empezó a murmurar el viernes santo (2 de abril)—, a la una de la tarde.»

En un abrir y cerrar de ojos, más de trescientas personas (a las que muy pronto se unió el comisario) se encaminaron a paso de carga hacia Massabielle. Bernadette no estaba. Los presentes confrontaron la información de que disponían. ¿Quién había dicho que iría?... Entonces llegó

la noticia de que se habían equivocado... La muchedumbre se dispersó, decepcionada como los invitados a un banquete que se hubiesen equivocado de día.

El 6 de abril por la noche, por enésima vez, se difundía el rumor de que «la niña iba a ir a la gruta». Lourdes se acostó en estado de vigilia. Al día siguiente, desde las cuatro de la madrugada ya había gente en el camino.

¿De dónde procedía el rumor? ¿Y qué había de cierto en él? Lo sabremos siguiendo a la vidente en su actividad de los últimos días.

Entre el 18 y el 25 de marzo, cuando sus padres cerraron la puerta a cal y canto, Bernadette pudo recobrar la calma. Las visitas y todo tipo de solicitudes se multiplicaban. La aparición del día de la Anunciación había desatado las aguas.

La mañana del martes 6 de abril hubo que ceder a una ofensiva procedente de Adé. El antiguo alcalde de este municipio, Blaise Vergez, al que llamaban Blazi, comerciante de vinos, quería ver a Bernadette. Había ido a la gruta los días 17 y 18 de marzo y lavado en la fuente el brazo y el hombro aquejados de reumatismo.

Ayudado por su médico, el doctor Larré, se quitó la chaqueta y se inclinó bajo el chorro de agua helada. No obtuvo un alivio inmediato y se marchó decepcionado y preocupado por aquel desatino. Pero de vuelta se sentía mucho mejor. Deseaba ver a Bernadette para manifestarle su reconocimiento, para lo cual pidió su recomendación al párroco. Envió a su hijo con la calesa. Los Soubirous no sabían qué decir, pero las palabras persuasivas de Blazi hijo encontraron un terreno favorable. Estaban desbordados. Y había para estarlo, pues hacía dos días que la afluencia de visitantes, multiplicados por las vacaciones de Pascua y por el inicio de la temporada, era una locura. Los agentes de guardia apostados en la gruta por orden de Jacomet el domingo de Pascua contaron 3625 visitantes, de ellos 805 forasteros; el lunes 5 de abril 5445, de los cuales 3433 eran forasteros. La mayoría de estos últimos, retenidos por los oficios y la comida de Pascua, esperaron al lunes para irse. Todos querían ver a Bernadette y saber cuándo sería la próxima aparición. Y así, desde el día 25, el calabozo estaba siempre invadido. Irse, cerrar de verdad la puerta sin que quedara nadie detrás y dejar que la gente llamara sin oírles más, era una idea demasiado tentadora para resistirse a ella mucho tiempo. La familia en pleno se marchó, con la mayor discreción posible, al amanecer,

en la calesa de Blazi. Adé estaba a una buena legua de Tarbes. Los Soubirous «cenaron» allí («comieron», según la gente del norte) con Blazi padre y con el párroco. El comerciante estaba contento. Sí, su brazo iba mejor.

«Jacomet dice en Lourdes que usted recibió el golpe de gracia!»

Blazi cortó en seco. Ciertamente que había dicho algo parecido, al irse de la gruta, helado de frío y dolorido. Pero luego...

«Que digan lo que quieran protestó—, pero lo cierto es que yo no podía abrocharme los pantalones y que hoy sí puedo. —Y uniéndome alegremente lo espiritual con lo trivial, algo muy propio de su robusta personalidad, añadió—: No podía santiguarme y ahora puedo.»

Les habría gustado seguir disfrutando del agradable ambiente después de una buena comida, pero Bernadette apresuró el regreso. A las cuatro estaban de vuelta en Lourdes. Algo la tenía preocupada. Fue a rezar a la iglesia, luego entró en el confesionario.

Antoinette Tardhivail no iba a tardar en enterarse de lo que la corroía. En esos momentos estaba colocando, en compañía de sus dos hermanas, Marie y Théotiste, los adornos de las vísperas de la «tercera fiesta de Pascua», como llamaban a ese martes.

Nada de lo referente a las apariciones se le escapaba. Durante la quincena estaba en casa de su hermana, la mujer del farmacéutico Duserm, en Bagnères, cerca del querido Carmelo que se había visto obligada a abandonar debido a su mala vista y a su mala salud. A pesar de la alegría que le procuraba el contacto con el ambiente espiritual en el que un día había esperado vivir, hervía al saberse tan lejos de las apariciones de las que poco a poco toda la comarca iba teniendo noticias y que a ella le llegaban por las cartas de sus hermanas y amigas. A su vuelta había tenido mala suerte. Ella, la Antoinette que todo lo sabía, no supo hasta el último minuto lo de la aparición del 25 de marzo. Mal situada, con el estorbo de su mala vista, sólo consiguió ver la mancha blanca del capuchón de la vidente. Se desquitó el 28 de marzo por la noche, domingo, al interrogar durante un largo rato a Bernadette, que le contó con todo detalle la aparición y luego, entre risas, el examen que le hicieron los tres médicos que pretendían absolutamente darla por enferma.

Aquel 6 de abril por la noche, no le pasó desapercibida la entrada de la niña en el confesionario. «Vaya, vaya, se dice que suele consultar con su confesor cuando se siente atraída hacia la gruta...»

Espió la reacción del padre Pomian al salir y lo vio imperturbable. Ya que no podía hablar con Bernadette, que evitaba las preguntas indiscretas, le preguntó a su madre, visiblemente preocupada, que dejó escapar:

«Sí, la niña siente la llamada de la gruta... Pero no hay que contarlo. La policía nos vigila, sabe usted.»

Minutos después, la ciudad estaba enterada de la noticia.

«Mañana Bernadette va a la gruta.»

«Ha hecho bendecir un gran cirio.»

«Lo ha ofrecido el alcalde de Adé para lograr su curación.»

¿Qué había de cierto en todo eso?... No se sabía muy bien. Había tantos falsos rumores y falsas alertas. Con aires de misterio y de cautela que no pasaban desapercibidos, la gente se acercaba hasta el calabozo para verificar el rumor.

«Pero ¿cómo lo han sabido?»

La situación se volvía preocupante. Si el rumor prosperaba, ese demonio de Jacomet terminaría enterándose. La policía no tardaría en caer sobre ellos. Había que pensar, encontrar algo. Pero ¿dónde estaba Bernadette?

El padre Serres la había convocado al anochecer. Unas señoras, que habían venido de Bagnères a propósito, eran la razón. Querían ver a la vidente a cualquier precio. La niña las conquistó, trataron de retenerla, colmándola de caricias. El breve instante que mendigaban se convirtió en un hora larga. Y el comisario ya estaba enterado.

Entonces se elaboró un plan en el que la intervención de Blazi hijo, que seguía en Lourdes, jugó un papel determinante. Lo único que tenían que hacer era llevar a Bernadette a Adé. Luego podrían decir, sin mentir, que Bernadette no estaba en Lourdes. Policías y curiosos se quedarían con dos palmos de narices. Pero al día siguiente por la mañana, y Blazi daba su palabra, Bernadette estaría en la gruta al despuntar el día, antes incluso si quería.

Hacia las ocho de la tarde, la calesa salió por la carretera de Tarbes mientras la gente se hacía eco de los tumores:

—Bernadette ya no está en Lourdes. Se ha ido a Adé.

—¡No es verdad! Estaba en Adé esta mañana y ha vuelto esta tarde

para la aparición.

—¿Vuelto? ¡Vamos, si se acaba de ir!

—Que sí. Ha vuelto a las cuatro.

—Pues yo le aseguro que se ha ido esta tarde, al anochecer.

Nadie comprendía nada. Pero, en definitiva, el rumor dominante era el primero, el más conforme con los deseos de la gente: al día siguiente por la mañana, la niña iría a la gruta.

MIÉRCOLES, 7 DE ABRIL DE 1858

DECIMOSÉPTIMA APARICIÓN

Las campanas de la parroquia dieron la medianoche. Por fin era 7 de abril. Antoinette Tardhivail ni siquiera deshizo la cama.

«Si me duermo, podría no despertarme a tiempo», explicó.

Antoinette y Théotiste

Sus hermanas, Marie y Théotiste, la tranquilizaron. En vano. No, esta vez no iba a perderse la aparición. Se pondría en las primeras filas y no olvidaría sus «dobles lentes».

Instaló sus cuarteles en el pasillo, encima de un baúl, desde donde esperó impaciente las campanadas del reloj durante las horas que parecían estirarse del interminable silencio nocturno. Tenía miedo a equivocarse.

«Théotiste, ¿qué hora es?»

La pregunta puntuó el paso de la noche.

A las cuatro, antes del amanecer, las tres hermanas estaban en la calle, en el momento en que Bernadette subía una vez más a la famosa calesa. Hacia las cuatro y cuarto llegaron a la gruta. No eran las primeras, pero pudieron elegir su sitio. Antoinette se instaló al fondo de la gruta, hacia lo alto de la pendiente arenosa que subía hasta encontrarse con la bóveda, en un lugar donde todavía podía estar de pie, bajo el borde más interior de la misteriosa hendidura. Según sus «informes» (y ella siempre estaba bien informada), desde allí podría verlo todo.

Había muchísima gente en el camino. Al advertirlo, el carretero Martin Tarbès corrió a avisar al doctor Dozous, que estaba tomando el «almuerzo» matinal (lo que en París llamaban el «desayuno»). En la parada, lo mismo que en el incendio, y en la hora de los refrescos corporativos, les unían las buenas relaciones de teniente y simple bombero.

El doctor, que era incrédulo, sentía curiosidad.

«Avísame», le había dicho al carretero.

Sajous, que había recibido la misma consigna, tuvo aquella mañana la misma idea.

Los tres apresuraban ahora el paso por el camino que llevaba a la gruta.

Mil personas

Bernadette les había precedido. Cuando llegó, a las cinco, había ya varios cientos de personas. Las plataformas de la roca estaban ocupadas. Cuando se fue, había en el lugar unas mil personas. Gracias a la amabilidad de todos, Bernadette pudo ocupar su sitio, a unos diez pasos delante de la hornacina exterior. Por fin Antoinette conseguía contemplar la escena cuya descripción había pedido que le hicieran al menos unas cien veces y que ella había imaginado mil veces. Bernadette se arrodilló con gran sencillez entre Germaine Raval, a su derecha, y Justine Cassou, a su izquierda. Qué suerte tenían esas dos, pensó.

Encendieron un cirio, un cirio enorme que debía de pesar dos libras, demasiado pesado para sostenerlo mucho tiempo y bastante grande para que ella lo apoyara en el suelo y lo mantuviera a la altura del pecho.

Esa mañana había en la hornacina una estatuilla de escayola colocada sobre una alfombra de terciopelo estampada. Delante de la figurita irrisoria, Bernadette empezó a rezar el rosario con calma y fervor con la mirada fija más allá de ella.

El último en llegar

Pero ¿qué era aquel alboroto? Un paso grave y una voz autoritaria se acercaban al lugar que todo el mundo codiciaba. El murmullo se convirtió en gritos de hostilidad al comprobar que el rezagado, contrariando la respetuosa costumbre, no se había quitado el sombrero. Era Dozous, acompañado de Tarbès. Con unas palabras que no daban opción a la réplica, apartó a Justine Cassou y ocupó su sitio, a la izquierda de la vidente. Las protestas arreciaron. Haciendo frente a las mismas, explicó dándose importancia la evidencia del derecho que le asistía.

«No vengo como enemigo sino en nombre de la ciencia. He venido corriendo y, empapado de sudor como estoy —descubrió un segundo su calva, que brilló iluminada por la llama de los cirios—, no puedo exponer-

me a estas corrientes de aire. He venido sólo a estudiar el hecho religioso que aquí tiene lugar. Permítanme que prosiga ese estudio.

El discurso devolvió las aguas a su calmado cauce.

Bernadette iba por la segunda decena. Saludó y sonrió. Su semblante se transfiguró. Antoinette Tardhivail experimentó «un sobrecogimiento». «Sí, Nuestra Señora está ahí.» Algunos hombres se inclinaron y se quitaron las gorras (toleradas por la gente, cosa que no ocurría con los sombreros). Bernadette continuó rezando el rosario «pero de una manera bastante irregular», observó Dozous. En ocasiones se detenía embelesada y no hacía sino reír y llena de alegría volver a saludar. De vez en cuando, una lágrima brillaba suavemente a la luz del cirio antes de secarse en sus mejillas. Al final del rosario, que duró una larga media hora, la niña seguía embelesada. Y los demás quedaban embelesados al contemplarla...

La prueba del fuego

Sin embargo, un movimiento de alarma, de preocupación, agitó a los que se encontraban más cerca. «Mire cómo sale la llama de las manos», murmuró Antoinette, que habría gritado si no fuese por el nudo que le atenazaba la garganta.

Cierto que era extraño. Una vez terminada la oración, Bernadette guardó el rosario y juntó ambas manos verticalmente a lo largo del cirio cuya llama, agitada por la famosa corriente de aire a la que se había referido Duzous, amenazaba con apagarse. ¿Cuándo levantó Bernadette las manos? Lo cierto era que en aquel momento rodeaban la mecha como entre las dos valvas de una concha, con las muñecas apretando el tallo de cera. A través de sus dedos entreabiertos, la llama iluminaba con una luz intensa las palmas curvadas de sus manos.

«¡Pero se está quemando!»

Varios de los presentes creyeron que la llama tocaba los dedos y pasaba entre ellos. Algunos trataron de socorrerla.

«¡Déjenla!»

Con un ademán perentorio, Duzous detuvo cualquier posible intervención. No daba crédito a lo que estaba viendo. Se concentró en observar el fenómeno y también él pudo ver cómo la llama pasaba entre los dedos de Bernadette como a través de una rejilla.

Y Bernadette no perdía su sonrisa. Con lágrimas en los ojos, la vecina de las Tardhivail sacudió la cabeza.

«¿Querían un milagro? ¿Es que no es eso un milagro?»

La hicieron callar. Pero la palabra llegó hasta los confines donde estaban los que no podían ver nada. «¡Milagro! ¡Milagro!»

Nadie se atrevía a añadir nada más. Volvió a hacerse el silencio, más denso y lleno de respeto y también de aprensión. ¿Cómo le quedarían las manos cuando se hubiera acabado todo eso? A pesar de lo que parecía un hechizo, el tiempo se hacía largo... ¿Cuánto duró? Diez minutos, respondería luego Duzous, que había echado alguna que otra mirada a su reloj.

Las manos abandonaron su curiosa posición y Bernadette volvió a coger el cirio de la manera habitual. Se levantó, saludó de manera encantadora en dirección a la hornacina y caminó bajo la bóveda. Llegó bajo la cavidad interior, muy cerca de Antoinette, que pudo ver así su rostro en primer término.

Los negros ojos, animados y brillantes, de la vidente estaban fijos en el embudo rocoso. Parecía escrutar el interior. Luego sus labios se movieron sin emitir ningún sonido. Apenas un soplo... Se entristeció. Luego sonrió. Los que la contemplaban desearon saber qué era lo que oía, para compartir con ella su alegría y su tristeza. Ningún sonido llegó al exterior, pero hoy sabemos de quién era ella espejo. Se sumaron mediante la plegaria a la invisible conversación con la que se llamaba «Inmaculada Concepción».

Unos minutos después una especie de velo cayó sobre la palidez del rostro. Bernadette saludó por última vez con un respeto y una gracia inimitables. Se levantó. Hacía casi una hora que había empezado el éxtasis.

Duzous no permitió que se fuese. Esperaba este momento. Cogió a la vidente de las manos y, volviéndoselas, secó una en el revés de su manga y murmuró:

«¡No hay nada!» (*Nou ya pas arré!*)

«¡No hay nada! ¡No hay nada!», repitieron en eco a su alrededor.

«No sé qué es lo que ves —añadió el médico, conmocionado—, ¡pero ahora creo que ves algo!»

Entre sus dos bomberos, el carretero y el cantero, el teniente doctor se marchó muy distinto del que era al llegar, emocionado y subyugado por el desconcertante juego de la llama sobre la epidermis de Bernadette.

«¡Ahora sí creo!», confesó.

Sí, decididamente, «la fe» vino a él torrencialmente, con todo lo que tal cosa suponía en un hombre apasionado.

«Me voy a Saint-Pé (era médico del pequeño seminario) y les contaré lo que he visto.»

Así lo hizo. Pues a la hora de defender sus opiniones, no tenía igual. Él, que en el café Français había tachado en ocasiones de «farsas» las apariciones y calificado de «chaladita» a Bernadette, propagó la noticia del milagro con la virulencia que le caracterizaba.

En el pequeño seminario, donde la reserva era la posición oficial, acogieron su turbulento entusiasmo con algunas sonrisas. El propio arzobispo no tardaría en tildar sus palabras de cuchufletas. Pero nada alteró a Duzous. Su convicción era siempre independiente de los demás... ¿Que le contradecían? Si era una contradicción ligera (aquellas sonrisas eclesíásticas amablemente escépticas), él no lo advertía. Si era violenta, su convicción se alimentaba de ella y se embriagaba como el guerrero primitivo con la sangre de sus enemigos.

Al regresar de Saint-Pé sus discursos inundaron la ciudad. Dos días después mantendría su confuso y profético entusiasmo ante el comisario, que se presentó ante él invitándole a ser más discreto. Jacomet no podía hacer otra cosa que anotar en las estrechas páginas de su cuaderno algunos ejemplos de las palabras que tenían excitada a la gente, con objeto de hacer llegar su informe a Dutour, desconcertado por esta novedad. Esto es, línea a línea, lo que Jacomet anotó:

—*He quedado impresionado y
es un hecho sobrenatural
a mi entender ver
a Bernadette arrodillada
delante de la gruta, en
éxtasis, sosteniendo un
cirio encendido y
cubriendo la llama
con sus dos manos,
sin que al parecer
sintiese la menor
impresión por el contacto
de sus manos con el fuego.
Ni la más ligera huella
de quemadura.*

*El alto clero está
conmovido... Acepta
el hecho.
—¿Qué hecho? (pregunta
Jacomet)
—Éste: Si la niña no llegase
a hacer algún
milagro,
si por ejemplo
no llegase
a obtener una
curación,
ya sea por imposición de sus manos
ya sea a través de su plegaria,
bien, la gran cantidad
de gente que
acude a la gruta
bastaría para
convencerle de que hay
algo
milagroso. Por
lo demás, recuerde
que dentro de pocos
días verá usted
ir en procesión.*

Pero volvamos a la mañana del 7 de abril. Poco después de las seis, Bernadette regresó al calabozo, seguida por una muchedumbre entusiasta aunque devota. En todo el día no pudo librarse de los curiosos. Por la tarde, al pasar bajo las ventanas de las señoritas Tardhivail, volvió a verse reclamada y retenida con cierta brusquedad. Las tres hermanas, Marie, Théotiste, pero sobre todo Antoinette, la importunaron con sus preguntas.

—¿Quién te ha enseñado a saludar tan bien? —preguntó Marie.

—Yo no sé cómo saludo.

—¿Y lo de la gruta?

—Yo repito lo que la Señora hace.

—¿Y por qué has ido debajo de la bóveda?

—La Señora se metía por allí para hablar conmigo.

—¿Para hablar contigo? —Antoinette ardía en curiosidad por saber más.

—Me habla desde allí.

—¿Y cómo sabes tú que tienes que ir?

—Porque me avisa con el dedo.

—¿Y qué es lo que te ha dicho?

—Dice que quiere la capilla.

—Y tú parecía que le decías algo. ¿Qué le decías?

Bernadette, sometida desde la mañana a una continua ráfaga de preguntas, empezaba a mostrar cansancio. Antoinette creyó entender que la niña había pedido un milagro para convencer a los que no querían creer. (¿Era la floración del rosal para el párroco?)

—¿No te ha dicho algo más? —insistió Antoinette.

Bernadette se cerró en banda. Antoinette sacó la conclusión de que bajo la roca se reveló un secreto o una confidencia.

—Pero ¿por qué has puesto las manos en la llama?... ¿No tenías miedo a quemarte?

Bernadette parecía perpleja. Todavía no había llegado a entender porqué el doctor Duzous le había examinado las manos con aquella expresión de estupefacción. Y ahora Antoinette se las examinaba de la misma manera. Cogió las manos de Bernadette y se sorprendió de no encontrarlas siquiera ásperas; las suaves manos de la niña sólo mostraban algunos pinchazos en el índice de las labores de costura. No, desde luego que no tenía una piel de salamandra.

En la cabeza de la sacristana Tardhivail nació una idea diabólica.

—Junta las manos como esta mañana... ¡así!

Y mientras el gesto de recogimiento le hacía bajar la mirada, la otra deslizó una vela entre los dedos de Bernadette. La niña retiró las manos precipitadamente dando un grito.

—*Quem cremy!* (¡Que me quemó!)

La pequeña Marie Dusern, de siete años, que estaba allí seguramente tomando clases de catecismo, se quedó petrificada.

—¡Vamos! Pon bien las manos como esta mañana...

Bernadette escapó a toda prisa del experimento que las tres hermanas repitieron con cautela, aunque en vano, sobre sus propias manos.

Pero ¿qué le pasaba a la gente? Al dejar a las Tardhivail, alguien la atrapó de nuevo; en esta ocasión era la señora Garoby, que no se consolaba de haberse perdido la aparición de la mañana por la enfermedad de su marido. Ella también traía una vela. Esta vez Bernadette levantó la mano a tiempo. De verdad que la gente estaba loca. Y se esfumó tan rápidamente como pudo.

DEL 7 DE ABRIL AL 16 DE JULIO DE 1858

CUANDO BERNADETTE DESAPARECE...

Lo que sigue no se refiere a la historia de las apariciones ni a Bernadette, y ya lo hemos relatado en otro lugar.² Esta extraña fase supuso para Lourdes un período crítico, un tiempo de prueba.

En la gruta, desde luego, la plegaria no se interrumpió ni tampoco la actividad que con carácter gratuito (a menudo atinadamente) realizaban algunos obreros y artesanos locales. Habían captado la fuente, acondicionado el «despeñadero»... y proseguían las mejoras.

Pero algo menos saludable y más ruidoso crecía de manera alarmante: una agitación superficial que procedía de dos movimientos antagónicos. Por una parte, la población se exaltaba y se dejaba ganar por supercherías supuestamente sobrenaturales. Por otro lado, la administración, alarmada y nerviosa, adoptaba medidas que provocaban la irritación. Así, los dos procesos provocaban reacciones en cadena: las intervenciones administrativas atizaban la pasión; la pasión hacía proliferar los abusos, y estos abusos daban pie a nuevas medidas más rigurosas de las que resultaba un mayor grado de exasperación. No había razón que detuviera este proceso.

¿Y qué hacía Bernadette en medio de todo esto? Apenas ocho días después del 7 de abril, la niña había sido postergada, olvidada. La visión se había agotado en ella y proliferaba en otro lugar. La «nueva ola» triunfaba.

Surgió con la fiebre que tuvo sus primeros síntomas en la multitud del 24 de febrero, y sus primeros desafueros en la del 4 de marzo.

Fue el 11 de abril, cuatro días después de la última aparición pública, cuando empezó todo. Cinco mujeres acudieron a la gruta: Marie Cazenave, costurera, de veintidós años; Honorine Lacroix, Madeleine Cazaux y otras dos mujeres de fuera de Lourdes.

² Lourdes. *Documents authentiques*, t. 2-3, París, Lethielleux, 1958.

Su piedad a flor de piel sintió la atracción de un misterio de orden completamente natural: el agujero apenas visible en el punto más oscuro de la bóveda... No la chimenea ampliamente abierta hacia la hornacina donde Bernadette veía a veces a la aparición, sino muy al fondo, una especie de hendidura estrecha oculta a tres metros del suelo, adonde Bernadette no se había acercado nunca. ¿Y si ese agujero guardara el secreto de las apariciones? Pero estaba muy alto... Era necesario llevar una escalera. Encontraron una a doscientos metros del lugar, en la granja de las Espélugues. La apoyaron contra el muro y las cinco mujeres subieron una tras otra seguidas por una hija de Cheust. La empresa era ardua. Había que avanzar primero casi tumbadas «como lagartijas (según la expresión del procurador Dutour) por una pendiente fuerte y rugosa... y no sin ansiedad, pues no todo era entrar, había que salir.

La esperanza de un misterioso encuentro las aterrorizaba y atraía a la vez. El corazón les latía con violencia. La adelantada, Suzette, portaba el cirio. A medida que avanzaba, la pendiente se hacía más suave y la bóveda se elevaba, liberando la espalda que antes rozaba la pared. Pudo ponerse a gatas y luego de rodillas. Empezó a rezar el rosario con los ojos cerrados... Los abrió. Entonces vio «una forma blanca»... una forma de mujer emergiendo de una peana, luminosamente envuelta en luz... sin cabeza... con cabeza... El procurador y el comisario identificaron fríamente una sorprendente estalagmita blanca con forma de estatua. Pero la imaginación de las cinco muchachas bajo la luz temblorosa de la vela, el humo que escapaba convertido en vaporoso velo y el juego de sombras proyectaron ante sus ojos una película alucinante.

Bajaron embelesadas y desfallecientes: ¡habían visto a la Virgen! Otras repitieron el 15. Y Peyramale, que se reprochaba haber dado un trato tan duro a Bernadette, las acogió favorablemente, tanto más porque la primera de las muchachas, Marie Cazenave, cuya vocación se veía castigada por la oposición familiar, gozaba de gran reputación de piedad y hablaba de estos temas con habilidad.

No había en este episodio nada diabólico, en el sentido dramática de la palabra. Ningún prodigio, ni «posesión» ni inmoralidad. No hubo más plegaria que el rosario piadosamente recitado, si bien con una avidez de favores sensibles que respondería a lo que los autores llaman gula espiritual. Una tentación de lo más común en semejante situación. Durante los meses que siguieron, el fenómeno se exageró y degradó.

Ante esta circunstancia, también la administración endureció su

postura. Las escenas ridículas que tenían lugar en la gruta le proporcionaron los argumentos decisivos. El orden público estaba amenazado. Se imponía tomar medidas. Y llegó el desalojo de la gruta, el proceso de las «noticias falsas», la prohibición de beber de la fuente y la solución radical preconizada desde hacía tiempo por Jacomet: cerrar la gruta. Se levantaron barreras el 15 de junio, que fueron derribadas el 17 (¡por los mismos a quienes el comisario había reclutado para ponerlas!); reconstruidas el 18, fueron derribadas la noche del 27, reconstruidas el 28 y nuevamente derribadas la noche del 4 de julio, para ser reconstruidas el 10... Los procesos verbales se multiplicaban. También las visionarias, cuyos hechos y gestos eran cada día más absurdos. Ya no era la oración, demasiado febril pero objetivamente correcta, de las cinco mujeres del 11 de abril, sino una profusión de muecas y ritos supersticiosos.

En ese momento se decidió cortar por lo sano. El párroco de Lourdes (8 de julio) y el obispo de Tarbes (12 de julio) exigieron enérgicamente que se pusiera fin a tales abusos de inmediato. A mediados de julio, la gruta quedó libre de tales calamidades. El retorno a la calma y a la auténtica plegaria se produjo lentamente... a distancia de la gruta todavía cercada por la empalizada.

VIERNES, 16 DE JULIO DE 1858

ÚLTIMA APARICIÓN

¿Dónde estaba Bernadette a mediados de julio? La niña nada contaba ya para lo que tenía exaltados los ánimos de la gente.

Había dejado de ir a la gruta y rezaba en la más común discreción. Ninguna visión desde el 7 de abril, ni siquiera el día de su primera comunión.

El movimiento de resistencia a la administración no encontró en ella el apoyo que esperaba. Se la veía pasiva, se diría que indiferente. En junio, cuando el comisario levantó la valla delante de la gruta, ella no predicó la guerra santa.

«No hay que detenerse en los hombres. Dios lo permite», dijo ella.

En el momento en que había quien alardeaba de un proceso verbal como de un diploma de confesor de la fe, ella decía:

«¡No vayáis!»

¡Decepcionante Bernadette!

La «cara» del prefecto

El 16 de julio, festividad de Nuestra Señora del Monte Carmelo, resonaban en la ciudad «risas interminables», como anotó el comisario Jacomet en su informe del día.

Desde esta mañana, todo es un ir y venir, se forman grupos de mujeres que ríen a mandíbula batiente.

¿Qué ocurría? Tres mujeres condenadas por el tribunal de Lourdes por «noticias falsas» relacionadas con la gruta habían regresado de Pau, adonde habían acudido «en apelación», pilotadas por Dozous, que alborotaba mucho en todo lo tocante a Massabielle; fueron ¡absueltas!

No se hacían a la idea. Nunca habrían creído que «el prefecto pudiera perder un proceso». Se reían de las caras del comisario y del procurador. Se imaginaban la que el barón Massy debía de estar poniendo en Tarbes. Era tema de inagotables bromas que se difundían en los portales de las casas mientras bajaba de las montañas el fresco de la noche.

La llamada

Entretanto, una niña olvidada se preocupaba de algo muy distinto. Acababa de notar la llamada interior que había aprendido a no esperar más. La Virgen (ella sabía ahora el nombre de su atracción) la llamaba, empujándola hacia Massabielle... hacia un lugar prohibido. Escindida entre la invitación y la prohibición, aún no veía claro... ¿Cómo pedir consejo sin poner a sus padres en un apuro, sin desencadenar, como ocurrió el 26 de febrero, una discusión que atraería a la gente? Sólo una cosa le parecía incontestable: lo que iba a pasar aquella noche debía quedar fuera del alboroto que reinaba en Lourdes.

Las ocho. El sol se había puesto hacía unos minutos tras los castaños de la orilla derecha, arrojando sobre la gruta, que sólo salía de la oscuridad durante aquellos días, alrededor del solsticio, un último reflejo de su resplandor rojo. Dejó en el cielo un derrame malva que poco a poco cambió a negro... Dos sombras caminaban presurosas por la calle Basse. La mayor era Lucile Castérot, de veinte años, la tía más joven de Bernadette. ¿La otra? No era la célebre capucha blanca de la vidente. Y sin embargo, dentro de esta «esclavina» demasiado grande, debajo del «gorro» que le ocultaba tres cuartas partes la cara, estaba Bernadette Soubirous. Había esperado a esa hora y elegido ese disfraz para seguir la llamada.

Sus pasos la llevaron no a la izquierda, del lado la gruta, el lado prohibido, sino al opuesto, por la carretera de Pau, por la orilla derecha.

En el prado de la Ribère

Nadie la reconoció y nadie la vio salvo Françoise Brinjot y otra congregante, que se había barruntado algo. La mejor manera de no llamar la atención era admitirlas en el grupo. Las cuatro muchachas bajaron por los prados de la Ribère, que se extendían frente a la gruta. Había gente rezando, en solitario o en grupos. Emergían algunos cirios en la oscuridad. Las recién llegadas no traían ninguno. Se trataba ante todo de no llamar la atención.

Bernadette se arrodilló. Enfrente, del otro lado del Gave, en el último resplandor del día, la gruta elevaba su masa oscura.

Oscura excepto para Bernadette. Apenas empezó el rosario, separó las manos con las palmas hacia abajo, en lo que era un saludo de alegre sorpresa. En la penumbra, sus tres acompañantes vislumbraron una sonrisa.

Alguien encendió un cirio... se aproximó, quedó muy cerca. Una mujer. ¿Se habría dado cuenta de algo? No, estaba de rodillas, vuelta ella también hacia la gruta. Rezaba. La llama vacilante iluminó el perfil de Bernadette. Lucile pudo ver mejor la palidez, la alegría de la niña...

¿Cuánto duró? El fluir del tiempo era imponderable en la cálida noche. Un adormecedor olor a heno perfumaba la oscuridad. El canto del Gave sobre los guijarros y las llamadas de los grillos rehicieron incansablemente cada instante parecido al que se iba. Las cuentas que se deslizaban entre los dedos de las cuatro mujeres renovaban alegremente el impulso de los Ave María. Las miradas de las tres compañeras iba de la invisible presencia de Nuestra Señora, en algún lugar, delante de ellas, a Bernadette, que era su icono, emergiendo de la oscuridad.

«Ni las tablas ni el Gave»

Se levantó. ¡Se había terminado! Entonces estallaron las preguntas a las que Bernadette respondió concisamente, de manera, como siempre, decepcionante para los curiosos.

«¿Qué te ha dicho?»

«Nada.»

Poco le importaba el silencio. El contacto con la Virgen había estado más allá de las palabras. Estaba contenta. Le bastaba con haberla visto y nunca la había visto tan hermosa...

Volvió a su casa como si no hubiese ocurrido nada. Todo habría pasado desapercibido de no ser por las señoritas Tardhivail. Pero éstas lo sabían todo. ¿Cómo?

Misterio... El caso es que allí estaban ellas, cuchicheando y cargadas de preguntas.

«Pero ¿cómo has podido ver con la distancia y con esta barrera?»

«No veía ni las tablas ni el Gave. Me parecía que estaba en la gruta, y que no había más distancia que las otras veces. Yo sólo veía a la Virgen.»

La noticia no salió de un círculo restringido: el padre Pène, algunos parientes y congregantes. El comisario, a quien sin embargo no se le escapaba nada, no lo llegaría a saber nunca.

Los que estaban dentro de la confidencia se preguntaban si Bernadette volvería a ver a la Virgen. La aparición no se lo dijo y ella tampoco lo había preguntado. Pero desde hacía tiempo sabía intuitivamente que no debía organizar su vida en la espera de estos favores gratuitos. Valientemente reanudó su actividad cotidiana, su camino de fe sin otro argumento que la fidelidad diaria.

Fue la última vez sobre esta tierra que Bernadette vio a la Virgen.

CONCLUSIÓN

SENTIDO DE LAS APARICIONES

Hemos llegado al final de la película de los acontecimientos que conmovieron a la ciudad de Lourdes en 1858. Hemos seguido a la pequeña Bernadette desde la cuna hasta el momento en que, desde la orilla del Gave, veía por última vez a Aquélla que por fin había dicho su nombre. «La historia de las apariciones» ha terminado. Bernadette se reintegró de por vida a la senda común.

Al término de esta narración que ha querido sin comentarios, el autor desearía ponerle punto final, retirarse de puntillas y dejar al lector a solas con el Acontecimiento. Quien haya sabido leer en transparencia ya no necesitará un pedagogo; y no se parlotea delante de un icono.

Pero esta deseada transparencia no puede ser más que un sueño de autor. Y más de un lector habrá tropezado al contrario con este relato realista, tan distinto de los que habrá leído hasta el momento. Seamos entonces explícitos. Retrocedamos un poco e intentemos captar el sentido de las Apariciones de Lourdes: el orden que se manifiesta y el mensaje expresado³ a través de ellas.

I. Orden de las apariciones

El acontecimiento de Lourdes ofrece un orden y una armonía que se imponen más a medida que penetramos en él.

Ordenación estática

No insistiremos en la ordenación estática de las dieciocho apariciones, en las que se pueden destacar unos armoniosos paralelismos: dos series de tres apariciones imprevistas enmarcan las doce apariciones de la quincena, en cuyo centro se sitúa un acontecimiento mayor como es el descubrimiento de la fuente. Estos paralelismos se materializan en forma

³ El problema consiste en desprender objetivamente este mensaje. Tarea difícil que exige un método y unas, normas rigurosas, susceptibles de poner coto a la subjetividad. Dispensó al lector de unos preámbulos y precauciones que encontrará en *Lourdes, Histoire authentique*. volumen 6, pp. 253-259.

de gráfico, pero no insistiremos en ello, ya que no es más que un marco sobre el cual estaríamos insistiendo artificialmente.

Ordenación dinámica

La progresión del acontecimiento es más importante, ya que revela con mayor claridad las intenciones.

A través de esa especie de incoherencia en la que se desenvolvía Bernadette, inmersa en las dificultades, y sin saber adónde se dirigía, una mano firme guiaba los acontecimientos.

Durante la primera fase, el cielo actúa con las resistencias que la tierra suele oponer a los acontecimientos insólitos. En efecto, en Lourdes todas las personas responsables de Bernadette, desde los parientes hasta el párroco, pasando por las hermanas del hospicio, cuya oposición fue especialmente ruda, intentaron poner fin a la aventura. Era lo prudente y razonable. La visitante celestial no actuaba con precipitación. No había obligaciones ni prodigios: ella puso el tiempo de su parte, la fructificación cotidiana de los acontecimientos, el sufrimiento y la paciencia de Bernadette.

La dama espaciaba las primeras apariciones. Primero la del 11 de febrero y luego la del 14 provocaron la prohibición de ir a la gruta (la segunda, de forma más enérgica). En cada ocasión, el obstáculo fue superado por el conjunto de las reacciones generales: la intervención de las «niñas» el 14 de febrero, luego la de las «personas mayores» el 18.

Aquel día, la Inmaculada habló por primera vez invitando a Bernadette a acudir al lugar «durante quince días». El contexto se sustenta en la vana esperanza de que esas visitas tendrán lugar en secreto. Era una discreción humanamente imposible y que no entraba en los designios de arriba.

El 21 de febrero, la afluencia de público empezó a inquietar a la policía. Bernadette sufrió su primer interrogatorio. El comisario le prohibió acudir a la gruta. Pero la situación ya no era la de los primeros momentos. La vidente ha prometido ir «durante quince días». La acción celestial era lo bastante comprometida como para que el cielo afirmase sus derechos.

El 22 de febrero, Bernadette, que desde la infancia había dado numerosas muestras de su obediencia, se ve arrastrada por una «fuerza irresistible» hasta la cita acordada, donde, sin embargo, no tiene lugar la

aparición. Esta aparente contradicción tenía un sentido: así se ve cómo ésta resuelve armoniosamente una situación inextricable. En ese primer martes de la quincena, la violencia interior inflingida a la dócil Bernadette, que su pena y su desazón demuestran, hace comprender a los padres que no tienen derecho a mantener la prohibición. El camino hacia la gruta queda abierto de nuevo. La solución pasaba por el sufrimiento y el conflicto de la vidente.

Desde entonces, la afluencia y el entusiasmo suben en picado. Pero, a causa de esto, asoma otro peligro, esta vez desde el interior, el desarrollo espiritual de la peregrinación: el fervor llega a la efervescencia y el sentimiento suplanta a la fe. Al «milagro» de la gruta se le piden pruebas y demostraciones sensibles que no puede satisfacer. Se da una tendencia a decantarse por lo excepcional. La epidemia de los visionarios se encuentra en germen. El 23 de febrero se vislumbran los signos que lo anticipan. Ese día, Estrade, convertido y trastornado, comparó el éxtasis de Bernadette a las poses teatrales de Rachel, a la que la niña superaría. Era un camino peligroso, ya que no era por ahí por donde el cielo pretendía obrar sus maravillas. Si alguna muestra de belleza sensible había servido para abrir el apetito espiritual de las masas, ella no podía satisfacerla con autenticidad. Lo que podía hacer realmente era desviarlo. Más tarde, el mismo Estrade se deslizará por la pendiente de las admiraciones equívocas hasta llegar a extasiarse ante la visionaria Joséphine.

El 25 de febrero, desde lo alto se da un cambio de orientación. El estilo de las apariciones cambia para hacerse más austero. El éxtasis se vuelve más apagado. Bernadette realiza ejercicios repulsivos, como besar la tierra, cavar en el suelo embarrado y comer hierba. El entusiasmo se viene abajo. Estrade murmura: «No entiendo nada.»

Ese mismo día la prueba se hace más pesada para Bernadette, ya que padece el más largo de los interrogatorios que se le hacen. Se le vuelve a prohibir acudir a la gruta. A la mañana siguiente, 26 de febrero, la aparición vuelve a fallar. Se retorna a la situación del día 22. Era una prueba útil más, ya que si el sentimiento de los espectadores se vio decepcionado, la razón salió ganando, es decir, si Bernadette no ve según su voluntad es porque no está actuando, concluyeron algunos testigos.

Los espíritus, conducidos de nuevo a la austeridad de la fe mediante la ducha fría del 25 de febrero, esperaban prodigios para el 4 de marzo, el último día de la quincena. La fiebre sube, la imaginación colectiva se pone a trabajar. La decepción será muy dura. ¡Feliz desilusión! La excitación

colectiva puede crear la ilusión con tanta veracidad que la efervescencia de ese día provocó, con el retorno de la aparición, el espejismo de un milagro: la falsa curación de la ciega de Barèges. Si en tales condiciones se hubiera producido un verdadero milagro o una verdadera revelación, ¡lo inermes que estaríamos para apreciar su autenticidad!

Tres semanas más tarde, cuando ya se habían disipado las ilusiones surgidas con la excitación del 4 de marzo, la mensajera anónima revela su nombre a Bernadette, pero aquí también, a contracorriente de la expectación general. Hemos visto ya hasta qué punto la fórmula «Yo soy la Inmaculada Concepción» confundió o desanimó a los más creyentes. Esta conclusión no obtuvo momentáneamente gran eco. Bernadette, reprendida por Peyramale, y sin explicación hasta la noche, padeció aquel día una última prueba. Fue necesario el paso de los años para que los espíritus se acostumbrasen a esa paradójica expresión: Yo soy la Inmaculada Concepción.

Finalmente, después del 7 de abril, en el momento en el que la efervescencia provocó la epidemia de visionarios, en una atmósfera favorable al prodigio, el carisma se acalla en Bernadette, ya que la visión no era un don natural de su persona, sino una gracia momentánea.

Ella sólo tendrá una aparición, discreta como deseaba y cuando la epidemia había acabado, el día 16 de julio. Un doble símbolo ilumina el significado de este silencioso adiós:

Por una parte, la fiesta del monte Carmelo. Antes de dejar a Bernadette, la Virgen insinúa que a partir de entonces su presencia y su protección, simbolizadas por el escapulario, permanecerán, pero mantenidas en la oscuridad de la fe.

Por otra parte, la distancia: entre la vidente y la Virgen, que, en otras ocasiones «se aproximaba» casi hasta tocarla, se encuentran esta vez las aguas del Gave y las barreras levantadas por los hombres:

¿Qué significan las olas? escribió san Gregorio, sino el mundo de aquí abajo... el flujo de la vida corruptible, ¿y qué representa la orilla, sino la integridad del eterno reposo?

El 16 de julio, Bernadette tuvo ante sí un icono de las vicisitudes que la separaban de la felicidad del «otro mundo»: la empalizada levantada por el comisario representaba las contradicciones de los hombres, y el río Gave las amargas aguas del sufrimiento y de la agonía.

Así, las apariciones acabaron tal como habían empezado: en la

primera como en la última, el agua se interpone entre la vidente y la Virgen —un agua infranqueable... que, sin embargo, será franqueada mejor de lo que Bernadette se atrevió a esperar. El 16 de julio, esta distancia simbólica desapareció un instante, como prueba de esperanza:

Yo no veía ni las tablas ni el Gave. Me parecía estar en la gruta a la misma distancia que en las otras ocasiones. Yo sólo veía a la Santa Virgen.

Es la última vez. Después de este episodio oscuro, inadvertido, que casi estuvo a punto de caer para siempre en el olvido, Bernadette se reincorporó a la vida cotidiana. Ella se borró, mientras que la gruta, la fuente y los milagros pasaron a primer plano. Era preciso que Lourdes creciese y que ella menguase. Posteriormente, las oposiciones, las necesidades del testimonio la vuelven a sacar a la luz pública, pero por poco tiempo. El 4 de julio de 1866, la muchacha abandonó Lourdes «para esconderse», y desde entonces, el Espíritu Santo fue su guía por caminos ajenos a toda forma de prestigio y de boato externo. Su santidad permanecerá misteriosamente velada para su entorno.

Ordenación del mensaje

Otro aspecto dinámico de las conductas de arriba: la progresión del mensaje.

Primero, la plegaria y la contemplación silenciosa (11-14 de febrero); luego, las palabras pronunciadas en varias etapas: la convocación, que actúa como un discreto prefacio (18 de febrero), seguida de una nueva fase de silencio contemplativo (19-23 de febrero). Inmediatamente después, la aparición va desarrollando progresivamente las consignas espirituales de plegaria, la invitación a la penitencia y el mensaje «a los sacerdotes» para la institución de la peregrinación (2 de marzo). Finalmente, el 25 de marzo, la misteriosa «Aqueró» revela su identidad. El acontecimiento se termina igual que como empezó, silenciosamente, en la oración y en la contemplación.

Así es la armonía de los grandes rasgos. Falta profundizar en el contenido objetivo del mensaje.

2. Objetivo del mensaje

El mensaje de Lourdes se puede resumir en cuatro puntos, propuestos

como actos más que mediante discursos, y más que mediante discursos, según el estilo de la Biblia y en concreto el de los profetas: cuatro puntos que se apoyan en cuatro palabras muy sencillas, y que ordenan la vida de peregrinación.

A. POBREZA

El primer punto estaba implícito. Se manifestó con una especie de pudor, pero con una coherencia impresionante, mediante una serie de actos significativos.

Principalmente reside en la elección de la mensajera, una elección a contracorriente de las consideraciones humanas, que extrañó y, hay que resaltarlo, chocó a la opinión general.

El testimonio de Bernadette

Bernadette Soubirous era sin duda una de las últimas personas a las que la razón humana habría acudido para que transmitiese un mensaje celestial. Todo aquello que se valora en el mundo (aunque se trate del mundo eclesiástico) estaba ausente en su persona. Era pobre en todo: dinero, salud, instrucción. Incluso su formación religiosa dejaba que desear: a los catorce años, «lo ignora todo sobre el misterio de la Trinidad», y no había recibido su primera comunión. La miseria la había apartado del catecismo y sumergido, en cambio, en una ignorancia que la hacía pasar por necia. Sabemos en qué medida la pobreza había hecho caer el desprecio sobre los Soubirous, hasta el punto de que la policía los tenía por sospechosos, tan grande era su desamparo.

No fue por casualidad por lo que la Virgen escogió a esos seres sospechosos, a esos miserables. Uno de los principales ejes del fenómeno de Lourdes se basa en esta frase clave del Evangelio: «Bienaventurados los pobres» (Mt. 5,3). La Virgen descubre la beatitud de estos últimos ante los ojos de los detractores de los Soubirous y de todos aquellos que, con más radicalismo, ignoran a «esa gente sin interés». La multitud acude a reverenciar a esa chiquilla rechazada. Le envidia su felicidad y desea alguna migaja de la misma. Luego se extrañará del estado de indigencia en el que la sociedad terrenal ha dejado sumida a la elegida del cielo. Bernadette no les permitirá que reparen por la vía fácil ese escándalo que ni siquiera cabía en sus mentes, porque sólo habría solucionado un caso individual, el suyo, dejando los demás en la misma situación, y sólo para

satisfacer la buena conciencia general. Así, ella rechaza «el deshonesto dinero» (Lc. 16,9). Y como las condiciones de trabajo de aquellos tiempos no permitían a los pobres cargados de familia el «remontarse», mientras Bernadette estuvo con ellos, los Soubirous siguieron ofreciendo el insoportable espectáculo de una miseria aceptada con dignidad.

Quienes volvían a sus hogares con el dinero que Bernadette había rechazado, devuelto o tirado, experimentaban en el acto el choque del mensaje evangélico acerca de la riqueza y la pobreza: ese mensaje que llamaba a cada uno a que tomara, según su condición, una forma personal en plena vida. El significado general se percibió y formuló de inmediato. Antoinette Tardhivail escribió el 29 de marzo de 1858:

Sus padres son muy pobres y sin embargo, no aceptan nada... Son pobres, tan pobres como lo era Nuestro Señor en la tierra, y es en esta criatura en quien María ha puesto los ojos con preferencia sobre tantas jóvenes ricas que, en este momento, envidian la suerte de ésa a la que habrían mirado con desprecio, y ahora se consideran afortunadas por poder abrazarla o tocarle la mano.

Cuatro años más tarde, el magisterio del obispo extraería la misma conclusión, citando a san Pablo:

¿Cuál es el instrumento que... el Todopoderoso... utilizará para comunicarnos sus intenciones de misericordia? Una vez más será lo que el mundo tiene por más débil (I Cor. 1,27): una niña de catorce años... nacida... de una familia pobre.

La Virgen fue comprendida de inmediato y sin equívocos.

Pobreza, debilidad y humildad, todos estos rasgos evocados por monseñor Laurence componen la noción bíblica de pobreza. Esta pobreza espiritual, esta hambre y sed de Dios implican algunas raíces de indigencia material. Ésta no ha tardado en apagarse entre los ahítos de este mundo, entre los que se dejan encerrar en la dorada prisión de su felicidad egoísta, de su seguridad material.

Tratándose de un mensaje en varios actos, sería inútil indicar más detalladamente los indicios de esta intención del cielo.

«Los pobres acogen la buena nueva»

En la vida local de Lourdes, los pobres fueron los primeros en mostrar interés por el acontecimiento. Solamente las niñas de la «clase

indigente» participaron en las primeras apariciones de los días 11 y 14 de febrero. Hasta el domingo 21 de febrero, sólo la clase popular estuvo presente en la gruta y seguiría siendo predominante a lo largo de todas las apariciones, hecho que acarrearía el descrédito, cuando no el rechazo, de quienes habrían aceptado únicamente a Bernadette: «Estoy escandalizada de ver a las mujeres que la acompañan», decía Dominique Cazenave, y otras como ella. De hecho, a partir de un cierto nivel de miseria, la apariencia de moralidad, cuando no la misma moralidad, se convierte en un lujo casi inaccesible. El escándalo de Dominique englobaba, en primer lugar, a las dos tías maternas de Bernadette, cuyo matrimonio a destiempo había hecho correr las habladurías. También los fariseos se escandalizaban del entorno de Cristo, quien respondió con un matiz paradójico, «... Las mujeres de mala vida os precederán en el reino de Dios» (Mt. 21, 31), afirmación que se cumplió al pie de la letra en Massabielle.

Los pobres fueron los primeros en captar el verdadero significado del mensaje, los primeros en ser generosos. Una vieja indigente fue la primera en depositar en la bandeja de la gruta, en abril de 1858, una moneda de cinco francos (y rechazó la calderilla que le ofreció un vecino gritando: «Es toda entera para la Virgen»). Fue un paralítico cargado de hijos, un tal Jacquet llegado desde Tarbes en carretilla, el primero en echar la primera moneda de oro. Jacomet dejó constancia de ello:

Las ofrendas más importantes nos llegan de esta categoría de visitantes que se encuentran entre los más desafortunados, y a veces entre los más pobres.

Sin duda, el flujo de riqueza que más tarde manaría sobre Lourdes oscureció por un tiempo la transparente señal de los primeros días, algo que se empieza a redescubrir dificultosamente hoy día. Pero Bernadette, por su parte, vivió esta dimensión del mensaje con una brillantez sin fisuras. Se negaba rigurosamente a recibir dinero en cualquier caso e impuso esta ley a los suyos con una constancia increíble. Y tanta sutileza puso en rehuir a los donantes como otros a los estafadores. En su desinterés había algo de carismático. «Me quema», decía cuando a escondidas se le introducía dinero en los bolsillos. Sin saberlo, hablaba como el apóstol Santiago: «Ahora, ricos, llorad sobre vuestras riquezas... Es un fuego que habéis atesorado» (Sant. 5, 1-3). ¡Qué poco nos parece a nosotros que el dinero pueda ser como un fuego!... Sobre este punto, la exigencia evangélica se cumple en la persona de Bernadette a rajatabla.

Sus compañeras advertían que se complacía con la compañía de los pobres, prefiriéndola a la de los ricos. Cuando en julio de 1860 entró como interna en el hospicio, las monjas, deseosas de hacer bien las cosas, la colocaron en la «primera clase», frecuentada por las señoritas de la clase acomodada. Bernadette rechazó esa ventaja y suplicó ser adjudicada a la clase de las indigentes. Tal posibilidad no existía para las pensionistas, ya que esa clase, ajena a la organización de la casa, no contaba con internas. De este modo, al menos obtuvo la «segunda clase», con el menor nivel de comodidad que ello representaba.

La muchacha amaba hasta tal punto la pobreza, que no sólo la deseaba para sí sino también para los suyos. Y esta reacción es digna de destacar. A menudo, quienes oficialmente hacen gala de su pobreza desean para sus allegados, confusa o claramente, la riqueza a la que ellos mismos se han sustraído, más material que espiritualmente. El deseo de Bernadette para los suyos, su constante preocupación cuando la dedicación al comercio puso fin a la precariedad de la familia, se resume en estas palabras: «Con tal de que no se enriquezcan... Adviértanles que no se enriquezcan.»

La pobreza es la práctica personal de esta virtud, y todavía más, el amor a los pobres, el punto que resulta la parte más abrupta e ignorada del mensaje. A lo largo de los siglos, éste sigue siendo uno de los puntos más firmes y desconocidos del mensaje evangélico, uno de los que darán lugar a las mayores y más inconscientes aberraciones. El desprecio y la ignorancia de la existencia de los pobres continúan siendo frecuentes entre los cristianos. Los pobres, con sus desgracias, sus peticiones y la mala conciencia que crea su presencia no son queridos, no se les soporta. Tan pronto se reúnen unos cuantos en algún lugar caen sobre ellos acusaciones de perezosos, bebedores o ladrones. Estas acusaciones son ciertas en algunos casos, no más numerosos que en otros grupos, pero cuando se habla de pobres, se tiende a generalizar, a estigmatizar a la categoría por entero. Cuántos pretextos y buenas razones encontramos para no cumplir con nuestros deberes hacia ellos (como en otro tiempo aquellos que agobiaban a los Soubirous) sin percatarnos de que nos exponemos al juicio de Dios. Cuántas sorpresas nos esperan al otro lado cuando se oiga la palabra final:

«Marchaos lejos de mí, malditos, al fuego eterno. Pues yo tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; carecía de refugio y no me acogisteis, iba desnudo y no me vestisteis...»

Entonces, nosotros responderemos: «Señor, ¿cuándo te hemos visto

con hambre y con sed, o desnudo, o enfermo, o en prisión, y no te hemos socorrido?»

Pero nuestra insistencia se verá rechazada por anticipado, y el Señor ya nos previno con su respuesta: «En verdad os digo, cada vez que no habéis ayudado a uno de esos pobres, es a mí a quien habéis dejado de ayudar» (Mt. 25, 31-45).

No es posible que Jesucristo lo haya dejado más claro. Pero ya que, a despecho de esta insistencia, ha permanecido incomprendido tanto tiempo, era preciso que la Virgen condujera el mundo que se estaba enriqueciendo a esas palabras fundamentales, era necesario que a través de los Soubirous, los pobres que Ella había escogido, nos llevase a experimentar en directo la culpabilidad de nuestro menosprecio, de nuestra negligencia, las ilusiones de nuestra buena conciencia a ese respecto. Pues todas aquellas ofensas de las que la familia Soubirous fue objeto en su momento, las sufren de nuestra parte los pobres de hoy día, con más frecuencia de la que creemos.

Mediante las apariciones de Lourdes, Nuestra Señora quiso restaurar en nosotros el amor hacia los pobres y por la pobreza, un amor original y liberador.

B. ORACIÓN

Entre la pequeña Bernadette, escogida por su pobreza, y Aquélla de la que el Señor había observado la pobreza (Lc. 1,48), se establece al principio un contacto silencioso, un contacto por la *oración*: éste es el segundo punto del mensaje. También aquí, los actos se adelantan a las palabras, precediéndolas.

Desde el inicio de la primera aparición, Bernadette extrajo su rosario instintivamente e intentó persignarse. Ese gesto ya tenía sentido para ella. Y nos hace comprender mejor por qué fue ella, la pastora insignificante, la escogida. No fue solamente por no ser nada a los ojos del mundo. Fue también por la riqueza de la que estaba dotada a los ojos de Dios, basada en el espíritu. Su oración, de pocas palabras sin duda, pero sentida, le había permitido asumir, con Dios, la miseria y el sufrimiento, la soledad y las vejaciones de Bartrés:

Yo pensaba que Dios lo quería. Cuando se piensa que Dios lo permite, uno no se lamenta.

Esta única confidencia llegada hasta nosotros acerca de la profundidad de las raíces espirituales más profundas de Bernadette dice mucho al respecto.

Sí, si el cielo escoge lo que no tiene valor en este mundo, no es por el gusto gratuito de burlarse del mundo; y no es la nada lo que Él escoge, sino lo que existe de verdad. Los Soubirous, con su infortunio material, su generosidad sin segundas, la autenticidad de su trabajo manual y la sencillez de su corazón, ya existían para Dios antes del 11 de febrero de 1858, más que las familias importantes de Lourdes. Bernadette ya contaba más a los ojos de Dios que De la Fitte y sus títulos, su fortuna, su influencia y su rango de oficial general, más que la señora Pailhasson con su lujo y su belleza...

Las apariciones empiezan con la oración, con la única que Bernadette conocía entonces: el rosario. Hasta el momento lo había practicado con seriedad, pero de forma elemental (todavía ignora los misterios del Rosario en los que dicha recitación halla su completo significado). Esta plegaria se iluminará y hará más profunda en el transcurso de las apariciones. Se enriquecerá con la contemplación, real aunque anónima, de Aquélla a la que se dirigen las palabras: Yo te saludo, María. Es una especie de ósmosis. Bernadette imita la señal de la Cruz de Nuestra Señora, su recogimiento, su alegría ante el «Padre que» está «en los cielos».

Su plegaria halla sus raíces en todo momento en el silencio: el silencio del primer y del último día, las pausas en el curso de la recitación del rosario, un recogimiento que Bernadette mantiene tanto como puede cada vez al regreso de cada aparición, ya que esta oración es básicamente contemplativa.

La peregrinación

La gracia irradia al exterior. La oración de Bernadette es contagiosa. Los testigos, al principio en pequeño número y luego en multitudes, redescubren un acto que debería ser la incesante respiración del alma, en el aliento de su Creador y Salvador. Oran en la gruta como nunca antes lo habían hecho.

El tiempo, del que eran avaros cuando se trataba de asuntos espirituales, ahora lo prodigan. El deseo de asistir a las apariciones y ocupar un buen lugar les lleva a acudir cada vez más temprano, incluso antes de la medianoche. Venciendo el peso del sueño, improvisan lo que toda comunidad cristiana viva ha reinventado periódicamente desde sus

orígenes, la plegaria nocturna en la que se despierta la espera escatológica, consustancial al misterio del Cristo: «Velad y orad.»

Reinventarán algo más: la peregrinación. La oración empieza en los caminos que, desde bien lejos, hollan las multitudes en ruta hacia Lourdes con rosarios, cánticos y letanías. Esta oración en marcha empieza con un acto pleno de sentido: abandonar el propio hogar y partir con toda el alma hacia un lugar santo para encontrarse con Dios. Yavé empezó por ahí con Abraham:

Abandona tu país, tu familia, y la casa de tu padre hacia el país que yo te indicaré (Gén. 12, 1-2).

En Lourdes, ese mismo movimiento de cuerpo y alma sacude día a día a toda la región, y pronto lo haría con toda Francia, luego el mundo, por todas las vías de comunicación: por tierra, ferrocarril, mar y aire. En ese gesto de compromiso, el hombre recupera la condición viajera que le es propia.

La peregrinación es un camino hacia un objetivo que simboliza y actualiza el fin sobrenatural. La partida implica una victoria sobre la inercia habitual. Abandonar la propia casa significa romper con las costumbres mediocres y prosaicas, es entrar en el sendero de las exigencias olvidadas, de los sacrificios por realizar. La marcha hacia el lugar santo reanima el sentido escatológico y la esperanza consustanciales al espíritu de oración.

Cuando en mitad de la quincena la Virgen formula el segundo punto de su mensaje, lo hace con pocas palabras. Ya antes había sido comprendida más allá de las palabras. No será hasta el 24 de febrero cuando romperá el silencio que había guardado desde el principio de la quincena, para pronunciar esta sencilla frase: «Rogad a Dios por los pecadores.»

La «capilla»

Desde aquel momento, el movimiento de oración no cesa de fluir, ampliándose, hallando su integración y su realización y estatuto dentro de la Iglesia. La misma Virgen orientará esta última etapa, el 2 de marzo:

«Vaya a decir a los sacerdotes que se acuda a este lugar en procesión y que se levante una capilla.»

Con insistencia, repite en las siguientes apariciones el segundo punto

de este requerimiento:

«Vaya a decir a los sacerdotes que hagan construir aquí una capilla.» «A los sacerdotes», «*atz prêtres*» esa palabra insólita en el dialecto de Lourdes sorprendió en boca de Bernadette. Y sin embargo, es cierto que la Virgen no dijo «al señor cura», como preconizaron algunos por simple afán de verosimilitud. La elección de la palabra no carece de importancia. Se refiere al sacerdocio en su conjunto jerárquico. (Se sabe que en tiempos de los padres de la Iglesia, la palabra «cura» sin ninguna precisión se refería al obispo, y no a los «sacerdotes de segundo rango», como se decía entonces.) Desde este primer contacto, el párroco de Lourdes lo comprendió: el requerimiento de Bernadette iba más allá del sacerdote de Lourdes y concernía también al obispo. El 2 de marzo señala, pues, una etapa eclesial en el mensaje, pues la Virgen encarga la fundación y la dirección de la peregrinación a la jerarquía eclesial, sin que la oración improvisada corriera el riesgo de corromperse, como sucedió durante un cierto período de tiempo con el episodio de los visionarios.

Ella les confía «a los sacerdotes» la organización de las procesiones, ya esbozadas en todos los caminos que conducían a las apariciones, y que tomarán forma permanente con la procesión eucarística de la tarde y la procesión mariana de la noche.

La Eucaristía

La Virgen pidió que se construyera en Lourdes un lugar de culto en el que la oración pudiera hallar su inserción eclesial, su dimensión litúrgica y su forma plenaria: la Eucaristía. En efecto, la oración de los hombres se hace orgánica con el sacrificio de Cristo, porque el Salvador toma la delantera en el Acto mismo de la Pasión y de la Resurrección redentoras.

Aquí se realizaba otra aspiración, que brotó del impulso de los hombres hacia Massabielle. Desde la época de las apariciones, las multitudes llegaban respondiendo a la llamada de Nuestra Señora. Estas masas de cristianos buscaban confusamente su alimento. La fuente (simple sacramental) no bastaba. Era necesario el Pan de la Vida. Los visitantes también buscaban su unidad. Faltaba la Eucaristía, el sacramento del cuerpo místico y del crecimiento orgánico de la Iglesia, sacramento de la caridad. Esta necesidad también fue comprendida de forma espontánea. La misa y el Cuerpo de Cristo se convirtieron en el objetivo mismo de la peregrinación a Lourdes.

Bernadette fue tan ejemplar sobre este segundo punto del mensaje como sobre el primero. No es necesario demostrarlo.

C. PENITENCIA

El tercer punto está relacionado con el segundo. También posee raíces profundas en la infancia dolorosa y generosa de Bernadette y se inscribe en un marco litúrgico. La quincena de las apariciones coincide con el inicio de la cuaresma. La mañana siguiente al miércoles de ceniza (18 de febrero de 1858) la Virgen declaró: «No le prometo hacerla feliz en este mundo, pero sí en el otro», una presentación discreta.

La fase penitencial propiamente dicha se manifestó bruscamente, en medio de la quincena, el miércoles de los Cuatro Tiempos. Los ejercicios de penitencia irrumpieron sin preámbulo en el feliz entramado de las apariciones. Los espectadores se sintieron desconcertados y consternados. Ya conocemos el significado de esta lección, que ponía freno al entusiasmo de las masas, en el umbral de un sendero peligroso.

Conversión y penitencia

Falta por entender el significado de unas palabras, de unos gestos austeros, que todavía hoy día nos desconciertan.

«Besad el suelo como penitencia por los pecadores... por la conversión de los pecadores...», dijo la Virgen el 24 de febrero. Y esta frase se repitió los días siguientes.

Aparecen dos términos en esta sentencia: conversión y penitencia, dos palabras rigurosamente idénticas en el vocabulario bíblico.

¿Qué es la penitencia en las Escrituras? Según la designación más usual es el acto mediante el cual el hombre se aparta del pecado para dirigirse hacia Dios, significado expresado simultáneamente por el hebreo *shuv* y el griego *epistréphein*, como el latín *convertere*.

La palabra francesa *conversion* también está cargada con la fuerza de esa imagen que ha hecho que el lenguaje del esquí la haya escogido para designar una voltereta ejecutada sobre el terreno. Todas estas palabras significan, pues, la penitencia a partir de la imagen simbólica del giro completo.

Otra serie de palabras sirve para designar de forma más interiorizada, a nivel psicológico, el movimiento del corazón condicionado por esa

vuelta de campana. Es una transformación del espíritu (en griego μετανοια, μετανοειν; cfr. μεταμελειν μεταψιψωσκειν), un lamento, un arrepentimiento (en hebreo: *naham*; en latín: *poenitere*, *poenitentia*), de donde viene nuestra palabra penitencia.

Ha sido esta última raíz, con un matiz más negativo, la que ha triunfado en el lenguaje de hoy, no sin antes materializarse y degradarse, como tantas palabras del lenguaje cristiano, rebajadas por la mediocridad de quienes las usan (pensemos en la caridad, que para muchos ha pasado a significar la limosna presentada bajo las formas caricaturescas que inmortaliza la estatua de la avenida Boucicaut de París). Un primer desplazamiento ha hecho olvidar que el lamento por el pecado es lo contrario del acto positivo mediante el cual el ser humano se dirige hacia Dios. Un segundo desplazamiento ha hecho olvidar incluso el lamento por el pecado, quedando sólo los ejercicios de penitencia, en lo que éstos tienen de más negativo y de externo, es decir, de artificial. En cierto modo, la penitencia se considera como una autodestrucción lenta, un rechazo estéril de la alegría de vivir, o también (y ésta será la última forma de degradación, de falsificación) una ostentación hipócrita: «Laurent, apriéteme la túnica con el cilicio...»

El hecho de que la Virgen haya revalorizado la palabra penitencia asociándola a su sinónimo bíblico más importante, el de conversión, no carece de trascendencia.

Conversión es el término que expresa de forma más específica el significado de la peregrinación. Más que una tierra de milagros, Lourdes es una tierra de conversiones. Si las sanaciones corporales son la excepción, la sanción del alma está abierta a todos, a cada uno según su categoría, ya que la vida cristiana está hecha de sucesivas y progresivas conversiones, a partir de la primera que normalmente coincide con el bautismo. Son más secretas que los milagros y permanecen refractarias a las estadísticas, pero son con toda seguridad más numerosas. (Peyramale se vio impresionado por las mismas durante la quincena misma de las apariciones.) Asimismo, las conversiones son también fundamentales en los designios de Dios.

En efecto, en Massabielle, como en el Evangelio, el milagro que salva a los cuerpos es un signo destinado a manifestar de forma concreta el poder divino, capaz de salvar al hombre por entero, por la vía del espíritu.

Volveremos sobre el tema.

Ejercicios de penitencia

Pero, ¿por qué la penitencia, un acto eminentemente espiritual, tomó en la gruta de Massabielle, la mañana del 25 de febrero, una forma tan extraña y tan agresiva? Fue por una razón que nosotros ya conocemos: Lourdes se sitúa en la corriente profética y, en esta corriente, es de ley que el mensaje se ofrezca con gestos simbólicos, con signos abruptos, destinados a causar efecto. Así, el propio Jesucristo, el «profeta» por excelencia (Dt. 18,18; cfr. Mt. 21, 11, 16; Lc. 7, 16; Jn. 6, 14; 9, 17), pronunció palabras y realizó actos desconcertantes que chocaron profundamente a sus interlocutores, y que, sin embargo, contenían la semilla de una reflexión de largo alcance. Así, ocurre cuando tuvo lugar aquella especie de fuga a la edad de doce años (Lc. 2, 41-50), cuando expulsó a los vendedores y pareció que invitaba a la destrucción del «templo», que «reconstruirá en tres días» (Jn. 2, 19), cuando aceptó el homenaje aparentemente equívoco de Magdalena, la prostituta, y comentó con unas palabras que debían escandalizar a los fariseos: «Ella será perdonada en gran medida porque ha amado mucho» (Lc. 7, 47), cuando Él declara al más versátil de sus apóstoles: «Tú eres Pedro, y sobre esta Piedra levantaré mi Iglesia», y cuando le dirige poco después esta brusca increpación: «Retírate, Satanás, pues tú me escandalizas» (Mt. 16, 18 y 23; Mc. 9, 34), y finalmente, cuando muere en la Cruz, un gesto profético supremo y soberano, insoportablemente riguroso.

Formalmente, el difícil acto de la penitencia (lamento por el pecado y conversión hacia Dios) necesita una preparación mediante ejercicios externos cuya función es múltiple: vencer la inercia del pecado y comprometer al cuerpo, parte sustancial del ser humano, en el acto de la conversión. En resumen, en todas partes, el hombre, que no es un ángel, sólo accede a las realidades espirituales mediante signos sensibles y corporales. En la Biblia, al igual que en la Iglesia actual, la penitencia como signo (ejercicios de penitencia) es la vía normal que conduce a la penitencia como realidad (conversión del corazón).

En estos ejercicios sensibles, la tierra siempre ha sido el símbolo privilegiado: «*Hacer penitencia por el polvo y la ceniza*», se lee en Jb. 42, 6. Todavía en la actualidad, la penitencia cuaresmal empieza con la imposición de cenizas: «Recuerda, hombre, que polvo eres y en polvo te convertirás.» La tierra, elemento inferior, elemento duro, pesado, «sucio», y sin embargo nutricional, la base de las raíces, nos conduce al reconocimiento de nuestra humilde condición, de nuestra pesadez espiritual, al

barro con el que hemos sido modelados. El gesto de Bernadette besando la tierra húmeda y horadándola, no sin disgusto, se inscribe dentro de una tradición plena de sentido que devuelve al hombre a sus raíces.

Estos ejercicios repulsivos no tardan en dar frutos. A partir del gesto penitencial de Bernadette, la fuente de agua viva brota en el fondo de la gruta, como símbolo inagotable de las gracias concedidas a Lourdes. Brota poco a poco, trabajosamente, arrastra el fango que todavía mancillaba su primer surgimiento. Pasa de turbia a clara. Así, la austera penitencia abre la vía a la gracia de Dios en el corazón mancillado de los pecadores.

Sí, estos ejercicios absurdos están llenos de sentido...

Sin embargo, sólo son un aspecto y una fase de la penitencia y están destinados a vencer en su propio terreno, mediante gestos concretos y materiales, la inercia del pecado, que nos domina; son solamente el anuncio de la penitencia interior y real que nos vuelve a poner frente a Dios. Ya lo hemos dicho con anterioridad, ni Bernadette ni los peregrinos de la gruta se entretuvieron en la realización de esos ejercicios. Bernadette sólo comió hierba una vez. Sólo caminó de rodillas, besando el suelo, durante cinco días. La transmisión del signo a la realidad se realizó espontáneamente, con rapidez y armonía.

Esta espiritualización no dejó de manifestarse a lo largo de la vida de Bernadette. En 1859 solicitó permiso para ayunar en cuaresma y no lo obtuvo. Su estado de salud no le permitió nunca la práctica de manifestaciones externas de austeridad, que le serán racionadas o prohibidas remitiéndose a la obediencia debida. Ella había sido llamada a una penitencia más interiorizada; la aceptación del yugo escogido por el Señor, un yugo que le resultó pesado a la medida de su misión en la obra de la Redención. Así, entre ellas se contaban las pruebas morales que se vislumbran más de lo que pueden detallarse; también están las pruebas de salud que los informes médicos nos han permitido conocer y que son atroces e ininterrumpidas. Bernadette siguió siendo sencillamente humana en todo este proceso, no hubo estoicismo ni declaraciones inflamadas sobre la felicidad de sufrir y los encantos de la cruz; hubo incluso quejas, a veces expresadas en tono humilde, a la manera de los salmos de Job en las profecías del Antiguo Testamento, pero con un abandono de amor, sin asomo de arrepentimiento, a Dios y al prójimo.

Tras las huellas de Bernadette

¿En qué se ha transformado la penitencia en la peregrinación a

Lourdes?

En principio se trata del mismo acto de peregrinación, el acto mediante el cual el hombre abandona su hogar y se encamina hacia el lugar de la gracia en el que las manifestaciones externas de penitencia siempre han mantenido su lugar en vigencia (subida del camino de la cruz, oraciones con los brazos en cruz, etc.).

Milagros y enfermos

Pero aquí, el elemento chocante es la afluencia de enfermos. Esas pobres criaturas de Yavé, pobres en salud, un bien fundamental para el ser humano, tenían un lugar en Lourdes y en seguida supieron hacerse con él. Mediada la quincena, ya acudieron a la fuente y los milagros dieron a este movimiento un alcance que no ha cesado de aumentar hasta nuestros días.

Milagros y enfermos, la Virgen no pronunció esas palabras y, sin embargo, forman parte del mensaje profético; al igual que su pobreza, tienen su lugar en el mismo. El lugar de los milagros es incluso tan chocante que algunos han sentido la tentación de ver en ello el punto clave. En el lenguaje coloquial, «Lourdes» se ha convertido en sinónimo de «milagros». Hace tiempo éstos ocuparon el primer plano, algo excesivo, pero que no desequilibró la vida de peregrinación. En la época de Zola y Huysmans, había un ambiente fervoroso, una polarización que a veces era exclusiva. Era un tiempo en el que se ponía a la multitud a orar para lograr «el milagro» a toda costa, si es que no se había producido en el curso de la peregrinación, la época en la que el padre Picard sumergió un muerto en la piscina, mientras dirigía las súplicas de los congregados pidiendo la resurrección del mismo. El énfasis en la fe en el milagro llegaba hasta tal extremo que lo esencial de la fe quedaba relegado: la «milagrositis», si se puede denominar así esta desviación, distraía y obstaculizaba el impulso fundamental hacia la oración. Esta crisis ya está superada hoy día. El milagro ha reencontrado su lugar verdadero como don gratuito, que se toma tal como lo ofrece Dios, con un fervor despojado de inútiles excrecencias. Ha vuelto a encontrar su función discreta y reconfortante, de la que deberíamos guardarnos mucho de despreciar, ya que también es un don de Dios.

Esta función se ilumina a la luz del Evangelio según san Juan, cuyas últimas palabras recogen una frase de Jesús: «Felices aquellos que creen sin haber visto» (Jn. 20, 28). Para Cristo, los milagros no son lo más importante, hay incluso un apetito de prodigios que Él mismo desalentó

(Mt. 12, 38-39; cfr. Le. 11, 29 y Jn. 6, 30). No son cosas normales que se puedan ir exigiendo, ni tampoco fines en sí mismos.

Sin duda, la sanación del sufrimiento corporal no es puramente un medio, sino que es un bien concreto, y en cierta medida un fin, aunque según el designio evangélico se presenta sobre todo como un medio.

Con el fin de que conozcáis que el Hijo del hombre tiene el poder de borrar los pecados... declaró Jesús antes de decirle al paralítico: «Levántate y anda» (Mc. 2, 9-11).

A través de esas curaciones visibles, que realizaba a favor de unas cuantas personas, Cristo pretendía comunicar que Él había llegado para traer a todos la liberación del pecado, la salvación eterna. El milagro era la señal y la prenda de que «los plazos» habían terminado.

Así, en Lourdes el milagro representa la señal de un don más íntimo otorgado con mayor generosidad. Recuerda que el poder de Dios sigue vivo para salvar al ser humano por entero. Es el testimonio corporal y concreto de la gracia que se ofrece a todos.

Ésta es la razón de que Lourdes nunca decepcione, aunque el milagro siga siendo una excepción. Los enfermos que no reciben ese regalo excepcional reciben, en número, uno más elevado. Para ellos permanece entreabierto el secreto más escondido de la Redención, y cuyas sombras sólo veremos disiparse en el más allá de las vicisitudes de este mundo, aquel que recuerda que Dios salvó al mundo mediante el sufrimiento. Con Él retrocede la fuente de los dolores nacidos del pecado, repercutiendo sobre el pecado, origen de todos los males, para engullirlo. De este modo, mediante el amor, la esterilidad del dolor humano se convierte en salvación. Éste es el profundo secreto que se revela a tantos enfermos, siguiendo a Bernadette, y que cambiará sus vidas, ya que desde ese momento, comprometen todo lo que les aplasta en la Redención y prosiguen en sus carnes «lo que falta en los sufrimientos de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia» (Col. 1, 24).

Con los enfermos, al igual que con Bernadette, lo que la penitencia tiene de más austero reencuentra su pleno significado, un significado muy sencillo, pero cuya experiencia se sitúa más allá de las decepcionantes fórmulas de siempre, un inefable descubrimiento. Asimismo, «la carne y la sangre» no pueden revelarlo sino sólo «el Padre que está en los cielos» (Mt. 16, 17).

Resulta chocante advertir hasta qué punto ese significado profundo

de Lourdes ha ido progresando en los últimos años. Gracias a una atenta pastoral, centrada en el Evangelio, los peregrinos comprenden cada vez mejor el alcance del misterio de la Penitencia, reducido con demasiada frecuencia a unos apartes mezquinos y ridículos. Descubren todo lo que se halla ligado a éste vitalmente. La penitencia reencuentra en Lourdes sus dimensiones de conversión, que se realiza en el mismo acto de peregrinación. Éste es el efecto específico y se alimenta de los tres signos establecidos desde los orígenes:

En primer lugar, *la fuente* mana de las entrañas de la tierra. Este inextinguible sacramental significa el afecto de Nuestra Señora hacia sus criaturas, así como la gracia del Señor, una gracia que alimenta la conversión del corazón.

En segundo lugar, *el testimonio de los enfermos*, llegados a partir de esta llamada. En los peregrinos de buena voluntad, su simple presencia plantea una cuestión inevitable que se resume en ésta: «¿Por qué ellos sí y yo no...? Yo también tal vez un día... y para acabar inevitablemente, la muerte. ¿Cómo puede entonces la vida de los enfermos cobrar un significado? Lo que ellos han comprendido, ¿acaso no es lo esencial? ¿Y qué hago yo aquí, paseando una salud inútil al margen de la Redención?»

En tercer lugar, *los milagros* concedidos desde lo alto y de los que son objeto algunos enfermos. Éstos son simultáneamente un recordatorio del Evangelio y un signo escatológico que manifiestan que el poder del Salvador no permanece dormido durante el tiempo que separa ambos advenimientos.

El impacto histórico

Pobreza, plegaria y penitencia (en el sentido pleno de conversión) son las tres palabras clave con las que se concluye el lado práctico del mensaje de Lourdes.

Éste nos devuelve a los preámbulos del Evangelio, a la predicación de Juan Bautista, al bautismo de la penitencia, al sermón en la montaña que empieza con estas palabras: «Bienaventurados los pobres», y propone el nuevo estatuto de la oración y de la conversión. Se trata de un retorno a las fuentes en sus orígenes.

Esta invitación llegaba a tiempo a mediados del siglo XIX, ya que aquella época representaba el fin de un mundo envejecido con anhelo de renovación y el punto de partida de un mundo nuevo cuyo desarrollo se si-

túa al margen y a menudo enfrentado al Evangelio.

La mitad del siglo XIX significa, efectivamente, el triunfo del reino del dinero sobre el reino medieval del honor y las tradiciones. «Enriqueceos», es la consigna del señor Guizos a los franceses de esa época. El dinero se convierte en la ley tentacular de la actividad humana, la medida de la jerarquía social, de la influencia —a veces incluso de la capacidad electoral— y finalmente de la reputación y de la moralidad burguesas. Es en este momento clave cuando la Iglesia empieza a perder a las masas pobres que, hasta ese momento, le habían pertenecido, una lenta hemorragia más grave que un cisma, ya que los pobres son, paradójicamente, como dijo el diácono san Laurent, «los tesoros de la Iglesia». Dicho con más profundidad, en esa época un nuevo mundo de los pobres nació fuera de la Iglesia y que le será ajeno. Y éste es el momento escogido por Nuestra Señora para recordar el sentido evangélico de la pobreza.

La mitad del siglo XIX representa el alborear del progreso técnico y de sus conquistas: el vapor, domesticado por fin, revoluciona la industria; la electricidad empieza a transformar la vida. La era de la eficacia material queda abierta, pero los valores espirituales se eclipsan. Éste es el momento escogido por Nuestra Señora para recordar el valor y la eficacia espiritual de la oración.

Finalmente, esta era de progreso empezó a abrir a los privilegiados del mundo las posibilidades de disfrute material de un desarrollo que había de ser embriagador. Era el momento de recordar el sentido evangélico de la penitencia.

D. «YO SOY LA INMACULADA CONCEPCIÓN»

Queda la última frase, la que concluye y personaliza el mensaje. Tres rasgos, intencionados evidentemente, le proporcionan un relieve sorprendente. Ha sido espaciado a lo largo de los quince días y entregado de manera inesperada, cuando ya no se esperaba, una circunstancia que pone de manifiesto su gratuidad. Fue proclamado el día 25 de marzo, un día litúrgicamente asociado al misterio. Finalmente, fue formulado de una manera que era a la vez desconcertante y muy impresionante, donde se afirmaba la autoridad sobrenatural de la mensajera.

¿De qué manera esta sétima frase culmina el mensaje?

La identidad de la mensajera

Ya desde el principio, Ella puso de manifiesto el significado y el alcance de su mensaje.

Aquella que escogió a una niña pobre llamada Bernadette, era La que asimismo había sido elegida por su «pobreza», en el sentido pleno del término y que la gracia entiende como la cualidad asumida de los humildes en Dios: «Él ha contemplado la pobreza de su servidora» (Le. 1, 48). «Él ha derribado a los poderosos de su trono y ha colocado a los pobres en su lugar» (1, 52).

Aquella que llegó para recordar la urgencia de la oración, es Aquella en quien concluye la oración del Antiguo Testamento y empieza, de manera ejemplar, la del Nuevo: «He aquí la esclava del Señor» (Le. 1, 38). «Mi alma exalta al Señor» (1, 46). Y lo que continúa.

Aquella que llegó para recordar la penitencia, en la plenitud de su dimensión como conversión del corazón, así como de austeridad, es Aquella cuyo corazón se volvió por entero hacia Dios, sin asomo de desfallecimiento, desde el primer momento. También es Aquella que, exenta de todo pecado personal, aceptó cargar con el fardo de nuestra penitencia, desde el pesebre de Belén hasta la pobre vivienda de Nazaret, y sobre todo en el Gólgota, donde su vivencia fue experimentar el peor de los dolores que se pueda arrancar del corazón de una madre, un dolor en plena Redención.

Pobreza, plegaria y penitencia, sí, el nombre de la mensajera otorga a estas palabras un significado concreto y un rostro ejemplar.

También aquí, una vez más, la realidad se adelantó a las palabras. Bernadette primero aprendió a conocer a la Virgen contemplándola, contemplando a aquella niña sin asomo de vanidad en su luz, reflejando su sonrisa —como el niño que de ese modo aprende a conocer a su madre antes de conocer el nombre—, imitando sus plegarias, obedeciendo sus órdenes. Toda esta pedagogía es lo contrario del proceso logomáquico que atiborra la mente con palabras exangües.

Bernadette recibió todo esto de una presencia luminosa, humilde, orante ¡y tan triste cuando hablaba de los pecadores!

«La Inmaculada Concepción»

Pero, ¿por qué Aquélla que llegó de esta manera para auxilio de los pecadores se presentó concretamente como la *Inmaculada Concepción*?

¿No es una especie de contradicción? Presentarse a los pecadores

como la Virgen sin pecado, ¿no es marcar las distancias respecto a aquéllos? ¿Valía la pena bajar a su nivel para luego aparecer como una princesa distante, ajena a su miseria?

Esta paradoja nos lleva al fondo del mensaje de Lourdes: el significado del pecado y de la conversión. Es preciso disipar un error que nos lo oculta. Nosotros, pecadores, tenemos tendencia a creer que hay que ser un pecador para «comprender» a los pecadores.

Pues no, no se comprende al pecador mediante el pecado, ya que el pecado no es una técnica positiva, sino que esencialmente es privación, ausencia, vacío; es pecado en la medida exacta en que trunca la bondad del acto realizado. No es por tanto un elemento de comprensión, sino un factor de oscurecimiento.

Más grave todavía, es un factor de oposición, ya que crea división y conflicto en el interior del alma, tanto como en la sociedad. Un pecador no es un amigo para otro pecador. Según los casos, puede ser un adversario (dos enojos o dos deseos que se enfrentan), o bien la imagen objetiva de lo peor de uno mismo y que se desearía anular. Encontrar nuestros defectos en otra persona es algo que instintivamente nos produce horror. ¿«El infierno son los otros»? Sí, los otros pecadores. Así podemos entender mejor por qué el Verbo encarnado, aunque lo tomó todo del hombre, incluso la muerte, mantuvo la excepción en el pecado.

Por la misma razón, no existe verdadero amor al pecador sin odiar al mismo tiempo su pecado. Nosotros pecadores oscilamos peligrosamente entre la dureza y la complicidad respecto a los demás. O bien condenamos a los que hacen el mal con un desprecio farisaico, o bien, si nos inclinamos a comprenderles, perdemos el sentido del mal: no sólo disculpamos al pecador sino también a su pecado. Lo toleramos, lo aprobamos y, por poco, estamos dispuestos a considerar que era «el pecado más bonito del mundo». ¡Cuántos cristianos mantienen entre sus amigos el rencor, el odio, la maledicencia y todo lo demás! No, no es así como se ama a los pecadores. Amarlos de esta forma es actuar como esa extraña esposa a la que los diarios le dedicaron hace unos años el honor de sus titulares: sentía un amor posesivo hacia su marido, al que mantenía con pequeñas dosis de arsénico en un estado intermedio entre la vida y la muerte para luego curarlo con extremada devoción. El amor entendido de esta forma es peor que el odio. Así es el falso amor que nos hace cómplices del pecado. Quien verdaderamente ama a un enfermo odia su enfermedad y busca por todos los medios su curación. Quien verdaderamente ama a un pecador odia del

mismo modo su pecado y no se detiene hasta que lo libra de él.

No, no se comprende al pecador con el pecado, sino con el amor y la misericordia. Aquí estalla la dimensión positiva de la Inmaculada Concepción.

La Virgen es Aquélla a la que ningún pecado ha recortado la capacidad de amar.

También es la más dotada de misericordia, ya que se puede ser misericordioso en la medida en la que uno se sabe objeto de misericordia. Por eso, en Ella se encuentra la más elevada conciencia de la más elevada misericordia de Dios: la más elevada misericordia porque Dios la ha purificado preservándola del pecado, colmándola desde el principio con una cantidad de gracias; la más elevada conciencia de esta misericordia, ya que su pureza la capacitaba más que a ningún otro ser para expresar ese raro y difícil sentimiento de entre todos: la gratitud.

De esta forma en Ella se realiza idealmente ese soberano amor por los pecadores que esencialmente implica un odio soberano a su pecado. Ésta es la razón de su tristeza inolvidable cuando hablaba de los pecadores.

Éste es el sentido de la llamada que dirige a los pecadores para que se comprometan a fondo en la Redención. El dogma de la Inmaculada Concepción, definido abstractamente por Pío IX en 1854, aquí toma valor de exigencia, un rostro del que Bernanos supo expresar mejor que nadie el misterio y la mirada:

Esa mirada no es de indulgencia... sino de tierna compasión, de dolorosa sorpresa, de no se sabe qué sentimiento todavía inconcebible que la hace más joven que el pecado, más joven que la raza de la que Ella ha surgido, y antes que madre por la gracia, es madre de las gracias, la hija menor del género humano.